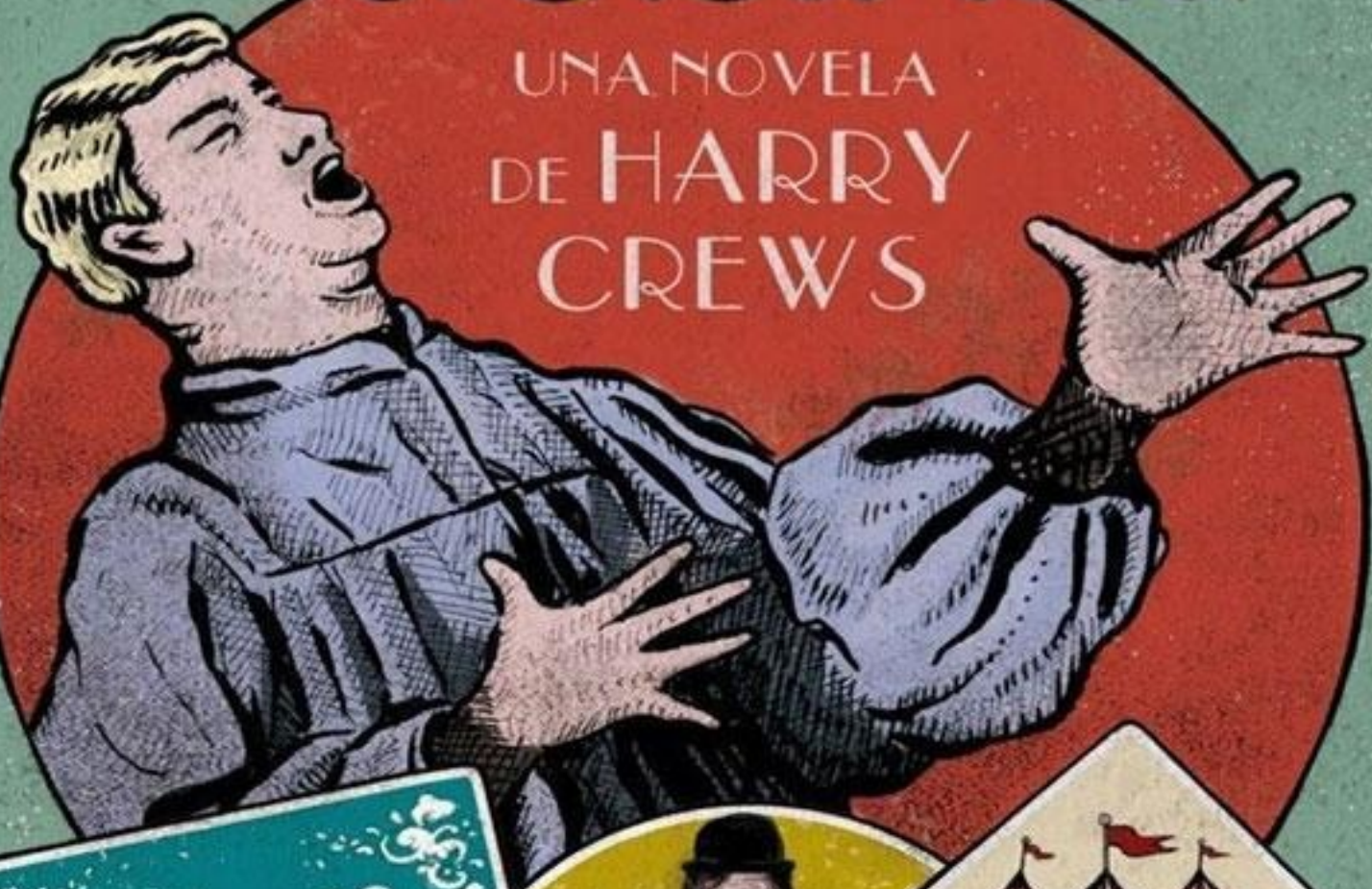


# EL CANTANTE DE GOSPEL

UNA NOVELA  
DE HARRY  
CREWS



PROLOGO  
DE  
KIKO  
AMAT



ACUARELA & A. MACHADO

Lectulandia



Coincidiendo con la llegada de un circo de *freaks*, un joven con voz de ángel, convertido en un próspero cantante de gospel, regresa a su pueblo, Enigma, donde están a punto de linchar a un negro por matar y violar a la que fuera su novia. Los lugareños lo idolatran de un modo absurdo y le atribuyen poderes curativos que no posee. Él, atormentado por la dramatización de su farsa, no quiere que la verdad salga a la luz, pues teme que la magnitud de la decepción pueda resultar calamitosa. Como afirma Kiko Amat en el prólogo, «Enigma es un pueblo lleno de retraso, burricie, violencia, racismo e, inevitablemente, fanatismo religioso, rama cristiana sureña extrema. Palurdos locos y creyentes: una eterna receta para la catástrofe».

Publicada en 1968, *El cantante de gospel* es la ópera prima de Harry Crews y, al igual que el resto de su obra es, como continúa diciendo Amat, «un libro sobre gente fracturada intentando recuperar su orgullo, hombres y mujeres incompletos, quebrados, rebelándose contra el destino y la mala fortuna. Los feos, abandonados, extraviados, deformes del mundo: sus anhelos y dolores, sus culpas y sus venganzas, su deseo de escapar de esa mala pata. Ese es el gran tema Crews, ni más ni menos. Gente haciéndolo lo mejor que pueden con el material que les ha tocado en suerte. Sin moralina ni regañinas éticas (aunque sus libros están llenos de moralidad; una moralidad superior)».

«No me resulta particularmente placentero hablar de que no somos lo que parecemos en este mundo. En realidad, somos carnívoros y nos comportamos como asesinos y chupasangres y abusamos de los demás siempre que podemos. Pero en todo eso hay belleza, hay humor, hay felicidad, hay éxtasis». HARRY CREWS.

**Lectulandia**

Harry Crews

# **El cantante de gospel**

ePub r1.0

Titivillus 17.09.2018

Título original: *The gospel singer*  
Harry Crews, 1968  
Traducción: José Elías Rodríguez Cañas

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# MENTIRAS VERDADERAS

HARRY CREWS Y SU ESCRITURA:

HERMOSA, LIMPIA, DURA

KIKO AMAT

ESTA VEZ VAMOS A HACERLO DEL SIGUIENTE MODO

Ustedes se leen primero el libro, y luego regresan a este prólogo. Es una cita, si quieren llamarla así. Como «a las siete menos cuarto en la Puerta del Sol», pero sin salir de estas páginas. Les veo tras el telón, en el tiempo que necesiten para leer *El cantante de gospel*: horas, días, semanas o —hagan el favor de no joderme, por favor— meses.

Soy un ávido lector de prólogos, y sabe Dios que algunos de ellos eran tan impactantes y verdaderos como la literatura que pretendían introducir: recuerdo en particular el de Gordon Burn para *Ball the wall*, de Nik Cohn (que terminó tan subrayado, el pobre, como los ensayos que precedía) o la *Introduction* del propio Crews para la colección *Classic Crews*. Algunos de esos prólogos se quedaron conmigo para siempre, confirmando cuál debería ser la definitiva ambición de un prologuista: crear algo que pueda equipararse en ambición y altitud a la obra prologada. Que permanezca. Lo mismo sucede con las notas interiores de los discos, o los ensayos periodísticos sobre músicos. Es una faena que roza lo imposible, pero alguien tiene que hacerla.

Existen precedentes, es cierto. Muy de vez en cuando alguien logra coronar esas elevaciones —pienso, por ejemplo, en las notas interiores de Kevin Pearce al disco recopilatorio de The Wild Swans. Pero, del mismo modo que no tendría sentido leer sobre esos prodigios sin antes haberlos escuchado, sugiero que ataquen este texto después de haberse enfrentado a *El cantante de gospel*. Además, para cuando terminen, serán otras personas, distintas a las que son ahora. Y yo quiero hablarles a esas personas, no a ustedes. Mejorando lo presente, por supuesto. Ya sé que son muy majos.

## LA INEVITABLE BIOGRAFÍA DEL TIPO

En una gran mayoría de los prólogos que he realizado a lo largo de mi vida he tratado de obviar la biografía del autor. No se trataba de pereza (una dolencia que desconozco), sino de relevancia. En muchos casos, simplemente, la vida del autor no venía a cuento. En otros, era del dominio público. En otros más, la cosa sí venía a cuento pero era un auténtico tostón.

Nada de eso puede aplicarse a Harry Crews: su vida siempre viene a cuento. Su biografía es importante, y explica muchas cosas de su creación. El caso es parecido al

de Dennis Potter, uno de mis artistas favoritos. Dennis Potter, que realizó complejas, intensas y conmovedoras series para la BBC como *The singing detective* o *Pennies from heaven*, reflexionó repetidamente sobre los conceptos «verdad» o «ficción» aplicados a un artefacto artístico. Potter defendía una verdad emocional, una construcción narrativa que, si bien seguía unos preceptos narrativos «inventados» (trama, diálogos, personajes que no existieron en la vida real, escenarios que nunca había visitado, etc.), sí jugaba con elementos de La Verdad. O, más aún, explicaba una verdad camuflada de ficción que resultaba ser más auténtica que la expuesta en una autobiografía. Más fiel al núcleo.

En *The singing detective*, por ejemplo, la trama orbitaba en torno a un detective-cantante literario inventado por un escritor aquejado de artritis psoriásica<sup>[1]</sup>. Ninguna de las evoluciones narrativas del ficticio detective-cantante tenían una relación directa con la vida de Potter —ni siquiera lo que le sucedía al postrado y ágrafo escritor de falanges petrificadas y piel hecha jirones— pero sí la tenían los temas expuestos (sus *grandes* temas: lujuria, engaño, abandono, lealtad, traición, duda espiritual, el PASADO —en mayúsculas de granito—, la clase obrera y sus aspiraciones, etc.) y, para hablar de algo más pedestre, también la enfermedad que sufre el ficticio autor de la serie, y una parte de su *background* infantil, y... Un montón de elementos, la verdad.

Potter, asimismo, siempre se enfrentó con uñas y dientes a los periodistas que buscaban elementos biográficos en sus obras, no porque dichos elementos no existieran sino porque tal vez consideraba que desvelar la tramoya era una forma de matar la magia y la artesanía. Pónganse en su lugar: un hombre dañado, acomplexado y con más traumas que el danés recurre a la novela para hablar de sí mismo y de su alma herida, utilizando todos los recursos de engaño, pericia e imaginación para conseguirlo. Y entonces llega un gacetillero con mal aliento, levanta la sábana y se pone a berrear: ¡Era un truco! ¡Era un truco!

Eso encendería a cualquiera, no me digan.

En todo caso, y pese a que podría estar discutiendo sobre Dennis Potter hasta el día del juicio final<sup>[2]</sup>, lo que trataba de expresar era simplemente esto: la forma más pura, efectiva y bella de relatar una verdad personal (que siempre es universal, porque todos somos lo mismo) es recurriendo al artificio, al guiñol y al decorado<sup>[3]</sup>. Y Harry Crews siempre trabajó sobre estos presupuestos. En la mentada *Introduction* a su primera colección de trabajos, Crews afirmaba (hablando de la escritura): «Me sedujo el crear mundos que nunca habían existido, pero también el enhebrar un tejido de mentiras que —al menos para mí— terminaba siendo mucho más verdadero que lo que me había sucedido en la vida real». Y, aunque en *A childhood* (la biografía de su niñez) sí recurrió al uso no disfrazado del Yo<sup>[4]</sup>, Crews casi siempre habló de él y de su circunstancia inventando un imponente y alternativo mundo ficticio. Y, si se fijan bien, en ese mundo ficticio está toda la verdad que uno necesita para comprender.

Cuando le preguntaron a Dennis Potter si él era, directamente, el escritor con

psoriasis de *The singing detective*, el autor respondió: «Todos ellos son yo». Dicho de otro modo: Todos mis personajes tienen cosas de mí mismo. Yo soy *todo esto*. Todo habla de mí. Pero —podría haber también añadido— hablar de uno mismo sin salsa puede ser muy aburrido: hablemos, pues, de mis dolencias y cicatrices y vergüenzas y culpas<sup>[5]</sup>, pero hagámoslo en el contexto de una novela de detectives. Con canciones de los años treinta en *playback*. Mientras los protagonistas danzan. El concepto Crews es parecido, si bien puede debatirse que Crews necesite en realidad utilizar andamios y explosiones de narrativa. Su biografía, aunque uno la cuente de manera adusta, tiene mucha tela.

### ¿VIENE YA ESA BIOGRAFÍA O NO?

Ya va, ya va. Harry Crews nació el 7 de junio de 1935 en Bacon County, Georgia. Su padre murió de un ataque al corazón cuando él tenía tan solo veintiún meses, y su hermano cinco años. Myrtice, su madre, volvió a casarse con un señor tirando a borrachuzo y violento —y con afición a disparar la escopeta en interiores— al que finalmente abandonó para dirigirse a Jacksonville, Florida. Crews siempre consideró al adoptivo y *gun-crazy* progenitor como su verdadero padre, pese a todas sus graves carencias y demencias.

Crews sufrió dos terribles dolencias en el transcurso de su infancia<sup>[6]</sup>. La primera fue a los cinco años, una contracción muscular de origen psicológico (estrés por culpa de la situación familiar) que agarrotó sus piernas y le conminó a estar postrado en cama durante seis meses. La segunda fue un accidente: cayó en una caldera de agua hirviendo que su madre utilizaba para depilar la piel de los gorrinos. Crews se despellejó vivo<sup>[7]</sup>, y tuvo que pasar otros muchos meses en cama hasta que su piel volvió a crecer.

En 1953, Crews se alistó en los Marines<sup>[8]</sup> con solo diecisiete años. En la mencionada introducción a *Classic Crews* citaba como razones: «Como éramos buenos chicos sureños e ignorantes, hicimos lo que suele hacer la buena gente sureña e ignorante: nos alistamos tan rápido como pudimos, pues estábamos ansiosos de verter nuestra sangre al estilo bueno, sureño e ignorante». No obstante, existe otra razón, que Crews confesó al entrevistador Rodney Elrod en el transcurso de una conversación: «Quería irme de allí. Y alistarme en los Marines era la única forma que se me ocurrió de abandonar el estado»<sup>[9]</sup>. Escapar, poner tierra de por medio de cara a tus raíces, es un tema recurrente en Crews, y vertebraba una gran parte de su obra. Unas páginas más adelante hablaremos del concepto de escapada y lastre, de evasión *como* victoria, en *El cantante de gospel*, y por extensión en todos sus libros.

Allá en los Marines, Crews no solo topó de bruces con el gran mundo, sino también con la literatura. Mickey Spillane y Graham Greene fueron los que dejaron un corte más profundo (hablaremos también de ellos y de su influencia en Crews algo

más adelante). Al licenciarse, Crews regresó a Bacon County para visitar a su familia (episodio narrado fielmente en *A Childhood*), y unos meses más tarde se enroló en la Universidad de Florida. En *Classic Crews* aduce que no se enroló en dicha universidad para aprender a escribir narrativa, sino para que le enseñaran a ganarse la vida mientras él aprendía solito cómo escribir narrativa. A los dos años, como era de esperar, Crews salía rebotado como un muelle de la institución y se iba a recorrer mundo en una Triumph. En ese gran mundo, el futuro escritor se empleó una variopinta serie de curros-basura<sup>[10]</sup>, durmió alguna noche en comisaría y en Montana fue derrotado «en una pelea justa por un indio Blackfoot con una sola pierna».

Después del periplo, el testarudo cara-búfalo Crews encaminó sus huesos de nuevo a la universidad de Florida, empeñado en aprender a escribir o morir en el intento. Para entonces, ser novelista ya se había convertido en su principal obsesión, una de esas compulsiones focalizadas que te lo quitan todo menos la meta en sí misma (escribir, vamos). Crews recibió su primera clase de escritura creativa, y también su primera crítica constructivo-Nagasaki, de las manos de Andrew Lytle<sup>[11]</sup>. Lytle poco menos que se limpió el trasero con aquel primer intento de Crews, y le recomendó, sin ambages: «Quémalo, hijo. El fuego es un gran refinador».

Crews no se desanimó. Tras casarse con la también estudiante universitaria Sally Ellis en enero de 1960, tuvo un hijo (Patrick Scott) y consiguió graduarse. Trabajó de profesor de inglés en un instituto de Jacksonville, donde la familia se había mudado recientemente, y —cabezota como él solo— volvió a enrolarse de alumno en Gainesville, en el máster de English Education. Escribir a piñón fijo y tratar de graduarse trajeron consigo un resultado predecible: divorcio, del que Crews se enteró un día en que abandonaba soñoliento su habitación de escribir. Sally Ellis accedería un par de años después a segundas nupcias con Crews, mientras el aspirante a escritor era rechazado y admitido en esta universidad y aquella, y terminaba volviendo a enseñar inglés en Florida. Su segundo hijo (Byron Jason) nacería en julio de 1963.

Tan solo un año después, en julio de 1964, su primer hijo moriría ahogado en la piscina de un vecino. Tenía cuatro años. La experiencia quedaría narrada en su sobrecogedor ensayo sobre culpa y supervivencia y lazos de sangre «Fathers, Sons, Blood»<sup>[12]</sup>. El autor nunca se desharía de la culpa por aquel suceso, y esta culpa —«real como una herida abierta»— acabaría vertiéndose como plomo fundido sobre una gran parte de su obra. Crews y su mujer, a consecuencia de la fatalidad, se divorciaron por segunda vez. Damon Sauve, autor de su biografía online, aduce acertadamente que la muerte de su hijo y el divorcio de su mujer, dos hechos a los que Crews culpaba de su obsesión por la escritura, se agravaban aún más si el autor empezaba a considerar el inexistente fruto de sus esfuerzos literarios. «Crews se dio cuenta» aduce Sauve, «que aprender a escribir le había costado su familia». Mucho más tarde, el propio escritor manifestaría en una entrevista con Rodney Elrod que «aprendí a reconciliarme con la idea de que un matrimonio feliz con hijos y nietos no era lo que me deparaba el destino».



Crews aprendió a escribir, como ustedes ya saben. Y cómo. En 1968 publicó la novela que sostienen boquiabiertos en las manos (y que, si han seguido mis específicas instrucciones, ya deberían haber leído), *El cantante de gospel*. Lo demás era esperable: Crews terminaría publicando quince novelas, y algunas de ellas se convertirían en mis favoritos pedazos de narrativa universal, paredes maestras de un canon personal: *Car* (1972), *The Gipsy's curse* (1974), *A Feast of Snakes* (1976), la mencionada *A childhood: The biography of a place* (1978). Y, sin duda, *El cantante de gospel*. Una novela llena de verdad, *freaks*, culpa, PASADO —en mayúsculas de mármol esculpido— y emoción. Joder: mis cosas favoritas.

Y justo cuando estábamos intentando contactarle para el *show* de variedades Primera Persona, que habría de celebrarse el 4 y 5 de mayo del 2012 en el CCCB de Barcelona, Crews murió. Era el 28 de marzo de 2012. No me afectaba tanto la muerte de un artista predilecto desde que fallecieron Curtis Mayfield (1999) y Francisco Casavella (2008). Quizás empeoraba su desaparición la completa certeza de que Crews aún podía realizar grandes cosas. Que su cruzada no había terminado, y aún le quedaban cartuchos en la bandolera. Una auténtica catástrofe, su muerte.

#### POR QUÉ ME GUSTA HARRY CREWS (UN LISTADO)

1) **Admiro sus huevos:** No literalmente, por supuesto. Nunca he contemplado sus sureñas gónadas. Lo que trataba de decir era que admiro su coraje, su resistencia casi equina de tipo duro y magullado por la vida. Crews no escribió por *hobby*, ni por seguir una carrera de *creative writing* (como una gran parte de los escritores americanos de clase media actuales), ni por vanidad, ni para ser querido (aunque, como todos los autores, sí anhelaba ser leído). Crews escribió porque no tenía más remedio, porque aquello era lo que tenía que hacer. Su *destino*, aunque suene melodramático. Y para alcanzarlo, no le quedó más remedio que trabajar duro, muy duro, durísimo, partirse el espinazo haciéndolo. Y hacerlo, además, mientras trataba de sacar adelante una familia<sup>[13]</sup>. En ese sentido, Crews se parece a la mayoría de mis héroes literarios y musicales: Bill Withers, Mose Allison, Jim Dodge, Alison Statton, Jah Wobble, Wreckless Eric. Gente normal, con afectos y pasados normales, gente ya hecha, moldeada a base de desaires y triunfos pírricos, y que busca un determinado tipo de fruto en la creación de cosas magníficas. Algo que no sea notoriedad, grupis o ego. Algo más elevado.

2) **Lo vivido:** Ya mencioné antes el concepto Mentiras Verdaderas como fundamento de la obra de Crews. Para comprenderlo, les recomiendo que piensen en la escena final de *Sospechosos habituales* (Bryan Singer, 1995). El agente Kujan (Chazz Palmintieri) se está relajando en la oficina, pies encima de la mesa, tras haber

interrogado a Verbal (Kevin Spacey) y concluido satisfactoriamente el enigma Keyzer Söze. Y entonces cae en que el taimado Verbal se ha inventado toda la historia a partir de elementos físicos del despacho donde había sido interrogado: una taza marca Kobayashi es el origen del abogado Kobayashi, por ejemplo. ¿Sí? ¿Estamos?

Crews trabaja del mismo modo. Agarra elementos de su vida y los espolvorea sobre una base de ficción. A excepción de *A childhood*, ninguna de sus historias es literalmente biográfica, pero todas acarrean innumerables elementos arrancados de su periplo por la Tierra. Eso —como también afirmaba Dennis Potter— aporta una inestimable carga de emoción auténtica al texto, y en mi opinión es la manera deseable de escribir novelas que rocen la excelencia. Del mismo modo, que muchos aspirantes a escritores no hayan comprendido esta simple premisa explica por qué tantos debuts (o manuscritos con intención de serlo) apestan como condenados.

Les voy a poner un ejemplo (gratis), pues veo que algunos de ustedes bizquean: pongamos que Juan tiene un perro. Le llamaremos Floro. No es un nombre de resonancias demasiado perrunas, pero no importa. Pongamos que Floro fallece, y le rompe el corazón a Juan. No, mejor pongamos que a Juan le *roban* el perro. Juan es oficinista, y procede a buscar a Floro. Al final encuentra a Floro. Lo tenía una vecina. Ahora Juan decide escribir una novela sobre el suceso (aquí viene lo peliagudo). Mi consejo: por el amor de Cristo, Juan, *ni se te ocurra escribir la verdad*. Cúrratelo un poco. Lo que tienes que hacer es utilizar elementos de la desaparición de Floro, y tu amor por el can, y el alivio al recuperarlo, y todo eso (todo verdades emocionales), y trasladarlos a una trama adictiva, rítmica y coherente: Floro es raptado por un clan de gánsteres corsos, por ejemplo, y a partir de esa premisa narras todas las peripecias que le acontecen al protagonista tratando de salvar al chucho. Intentemos que el protagonista, además, no sea oficinista: ahora es tramoyista, o mamporrero, o cobrador del frac, o asesino a sueldo. ¿De acuerdo? Espero que haya quedado claro, Juan. El mundo está lleno de novelas intrascendentes y autoindulgentes escritas por medianías mal vividos sin nada que decir. No añadamos otra.

3) **El estilo:** Es conocida la pasión de Harry Crews por Graham Greene. Primer axioma que emerge de aquí: Puestos a tener una pasión, al menos escoge una tan óptima como esa. Existen varias entrevistas donde Crews habla de su autor favorito, y cómo «disecionó» *El fin de la aventura* (descomponiendo el número de personajes, escenas, escenarios) para aplicar luego lo aprendido a su propia narrativa. Sin embargo, el libro favorito de Crews era *El poder y la gloria*<sup>[14]</sup>. Crews dijo, al respecto del autor y el libro: «Lo que me encanta de Graham Greene es que siempre cuenta una historia, y su historia siempre posee esa narrativa hermosa, dura y limpia que tanto admiro». Lo mismo puede decirse de su fan sureño. Harry Crews cuenta siempre una historia (vertiginosa, violenta, rítmica, adictiva, llena de emoción y acción), y lo hace invariablemente con una prosa hermosa, dura y limpia. Sin

florituras ni mariconadas. Buscando la belleza, pero no en los rododendros en flor ni en la poesía barata (el sentimiento barato), sino en la condición humana. Más aún, en el sector más degradado e hidrorrepelente de esa humanidad. Francisco Casavella afirmaba que su meta era crear un estilo «elástico, duro y hermoso», una frase casi idéntica a la de Crews. Concisión, limpieza, dureza. «*Short, brutalist and funny*», como lo zanjó B. S. Johnson. Esas son las metas. Crews no era divertido (siempre ha dicho que no se considera «una persona divertida», y tampoco lo son sus libros, en el sentido ja-ja de la expresión) pero sí todo lo demás.

Y en cuanto a Mickey Spillane, otro amor primigenio de nuestro literato karateca, su influencia es evidente. Los autores de novela negra tienden a utilizar un estilo seco, cortante y férreo, aunque siempre fluido y orientado hacia una conclusión no abstracta, que en cierto modo recuerda al lenguaje forense o policial. Jonathan Ames dijo que el lenguaje forense era la sublimación de toda la prosa, el tipo de comunicación escrita perfecta: florido, técnico y, sin embargo, enormemente concreto y utilitario. No se malgasta nada, y todo cumple una función (todo son pruebas). La literatura de Crews está afianzada en los mismos preceptos. En *El cantante de gospel*, por añadidura, incluso aparece un párrafo escrito en típico lenguaje forense: «Esto es lo que tengo, Rich. Un varón, blanco, aproximadamente uno ochenta y cinco de alto, setenta y siete kilos...». Uno casi puede imaginar a Crews relamiéndose al escribir este fragmento en particular.

Dicho esto, pese a su amor por Graham Greene (al que sí se parece<sup>[15]</sup>, si uno sabe cómo y dónde mirar) y el mencionado Spillane, hay un innegable elemento *pulp* en Crews. Es *pulp* elevado, si existe tal cosa: *pulp* con emoción. Imaginen un Richard Allen<sup>[16]</sup> excelso, y lo que sale de la ecuación no es Stewart Home (con todos mis respetos) sino Harry Crews. Todas sus novelas acaban con baño de sangre o colosal violencia, tiene querencia por la burda solución del *showdown*, o *grande finale* en público, y es poco delicado en su resolución de algunas tramas. Crews escribe novelas de indios y vaqueros, solo que sustituidos por *rednecks* y *freaks*, y trabajadas con una prosa afilada y tensa, y con una gran cantidad de *pathos*. O sea, que —rectifico— no se parecen en nada a novelas de indios y vaqueros (a no ser que estemos hablando de Oakley Hall).

4) **La temática:** Hay varias formas de acercarse a los *freaks* y los desposeídos. Una forma es hacerlo con cinismo, buscando réditos, haciendo trampa. Esa es la práctica de Chuck Palahniuk, o el Kubrick de *El hombre del brazo de oro*, y tantos otros. Reticencia hacia la materia tratada (gente apestada), pero suficiente astucia y artesanía para hacer como que te importan, de veras. Crews no es así, nunca así. Su lema podría ser el de Nelson Algren, hablando de —precisamente— *El hombre del brazo de oro*: «*I like this people in my book*». Incluso si son adictos, putas, matones, gánsteres, policías, basura. ¿Quién es el normal, aquí? Define «normal». En *Classic Crews*, el autor habla de cómo su madre terminó comprendiendo que «la mejor

ficción va siempre de lo mismo: gente haciéndolo lo mejor que pueden con los materiales que tienen a mano, a veces actuando con honor, a veces sin él, a veces con amor y compasión, a veces sin ellos».

*El cantante de gospel* es —como toda la obra de Crews— un libro sobre gente fracturada intentando recuperar su orgullo, hombres y mujeres incompletos, quebrados, rebelándose contra el destino y la mala fortuna. Los feos, abandonados, extraviados, deformes del mundo: sus anhelos y dolores, sus culpas y sus venganzas, su deseo de escapar de esa mala pata.

Ese es el *gran tema* Crews, ni más ni menos. Gente haciéndolo lo mejor que pueden con el material que les ha tocado en suerte. Sin moralina ni regañinas éticas (aunque sus libros están llenos de moralidad; una moralidad superior). Como afirma en *A childhood*: «No era culpa suya, ni mía, ni de nadie. Simplemente sucedió así». Y aún más: «Estos no eran hombres violentos, pero sus vidas estaban llenas de violencia». En la mayoría de escritos de Crews uno no se topa con hombres sucios, sino con hombres que inevitablemente han sido *ensuciados* por el vivir. Como Richard Price, Crews entiende que no hay una sola visión de las cosas, y que todo hombre, incluso el más mezquino, tiene sus razones. Es lo que hay, y no hay más que hablar. En su trabajo no existen el hombre bueno ni el hombre malo, aunque (como en *The Wire*) se cruza uno con hombres que actúan de peor forma que otros. «*No one is innocent*», cantaban tantos grupos punk.

El Crews clásico, como es común en los grandes escritores, siempre habla de lo mismo. En su caso: familia, violencia, individuos desafectos, gente no-convencional, y una posibilidad de redención, de limpieza fundamental, que no siempre se alcanza. Dios-sexo-y-violencia. Salvación y perdición. Traición y lealtad. Caída y auge. Esta perra vida, y las concesiones que nos obliga a realizar. Los grandes temas.

5) **El género:** La temática escogida hace que Crews forme parte de un casi-género sin nombre, que es el de la literatura de los descastados. Una literatura dura y al tiempo compasiva que se pone en el lugar (a veces no hace ni falta: el autor *ya* escribe desde ese lugar) de los que han sido dejados de lado por el progreso, la popularidad, el lucro o la belleza física. La casquería humana, vamos. Antes que Crews lo hicieron Nelson Algren, Fante, Kesey, Genet, etc., y después de Crews lo están haciendo Steve Earle o Donald Ray Pollock<sup>[17]</sup>. Y en España lo tocaron en los últimos años Carlos Herrero, el injustamente desconocido Pablo Rivero y el grande entre grandes Santiago Lorenzo.

Crews matiza ese género, y casi lo convierte en subgénero: literatura de descastados que se centra en los freaks. Gente descastada incluso entre descastados. Palurdos con enfermedades cutáneas (el Gerd de *El cantante de gospel*), rarezas de circo (en *The Gipsy's curse* el protagonista —Marvin Molar— es un monstruo sin piernas que anda con los brazos y que encima —macho, *t'has pasao*— es sordomudo), parias tan cepporros y desesperanzados que la única opción de grandeza a



su alcance es comerse un coche entero (*Car*), culturistas abollados por la proteína y los anabolizantes (*Cuerpo*, también publicado en *Acuarela*), y un largo etcétera de energúmenos asilvestrados y feotes. En *Classic Crews*, el escritor cuenta una anécdota que puede esclarecer el porqué de su amor por los *freaks*: una mañana se levantó en una caravana de feria<sup>[18]</sup> y se encontró con una mujer barbuda y un hombre con la cara hendida, casados y residentes *freaks* de la feria, dándose un beso y haciendo planes para la cena. «Nunca volví a ser el mismo», diría Crews. Freaks. Amor freak. En *El cantante de gospel*, como veremos ahora, campan unos cuantos de ellos. Todos los géneros y subgéneros apuntados, en cualquier caso, definen mejor a Crews que el epíteto *southern gothic*<sup>[19]</sup> que tan desacomplejadamente airean algunos al referirse a él.

#### UNA SINOPSIS MÁS O MENOS INTEGRAL DE *EL CANTANTE DE GOSPEL*

Me encantaría ser tan conciso en mis sinopsis como el admirado Santiago Lorenzo<sup>[20]</sup>, pero me temo que no soy capaz. Lo haremos a lo largo: el debut de Harry Crews habla de un hombre, el cantante de gospel que titula el libro. El Cantante de Gospel no es una metáfora, sino un cantante de gospel. El mejor en lo suyo, un tipo afortunado («todo lo que tocaba se convertía en oro del mismo modo que el aire común se convertía en música celestial al salir de su boca»), una *rockstar* de su género. El Cantante de Gospel (CG, a partir de ahora) regresa a su pueblo, Enigma, donde están a punto de linchar a un negro (Willalee) por matar y violar a la exnovia de CG (la casta y altruista pubilla sureña Mary Bell Carter, querida por todo el pueblo). Al villorrio llega también un *freakshow*, cuya mayor atracción es Pie, un fulano con el pie más grande del mundo (70 cm).

Enigma es un pueblo lleno de retraso, burricie, violencia, racismo e inevitablemente (pues siempre aparece cuando se dan los factores listados) fanatismo religioso, rama cristiana sureña extrema. Palurdos locos y creyentes: una eterna receta para la catástrofe. La familia de CG es para verla. ¿Se acuerdan de los catetos horribles que con tan poca ecuanimidad pintó Clint Eastwood en *The million dollar baby*? Rácanos, aprovechados, groseros, codiciosos, antiestéticos y mendaces. Pues así es la sangre de la sangre de CG: una caterva de sanguijuelas inútiles colgadas de su cuello que solo traen problemas. Y que gozan viviendo en una porqueriza. Y que comen como cafres.

La trama de la novela avanza desde este escenario por los acostumbrados espacios temporales (el presente-presente, y el pasado a base de *flashbacks*), y de mano de un narrador omnisciente, divino e itinerante, que ahora está en la cabeza de CG, ahora en la de su hermano Gerd<sup>[21]</sup>, ahora en la del negro proto-linchable Willalee, ahora en la del manager de CG, Didymus (que es ladino y artero como él

solo). No les pormenorizaré todos los detalles de la acción —por si algún espabilado ha decidido ignorar mi consejo y está leyendo el prólogo antes que la novela— pero, resumiendo: nada resulta ser lo que parece. La pía Mary Bell era más puta que las gallinas, y encima estaba más chiflada que un cencerro. Willalee finiquitó a la moza con un picahielos, en efecto, pero no por las razones que imaginábamos (no la violó, eso para empezar). Didymus no es trigo limpio, como avisé y como verán/han visto. Pie sí posee un majestuoso pinrel, pero paradójicamente es el personaje más centrado y sincero del libro. Y en cuanto al viejo CG: toda su vida es una mentira. Una mentira cuyas implicaciones y ramificaciones solo se descubren leyendo el libro hasta su conclusión final.

¿Temática? Ya fue mencionada, hablando en general de la obra de Crews. En este caso concreto se trata del deseo de escape de un destino (y de un emplazamiento geográfico: el funesto Enigma, allá donde todos los sueños mueren antes de nacer); la calidad de un don (la voz de CG) y con qué fin (alto o bajo) se emplea; la música como gran redentor humano y como vía económica de escape; compasión y qué formas toma; la mentira en todas sus variedades; lo ruinoso del sexo sin amor y la lujuria (les dije que Crews era altamente moral; solo que no de la forma convencional); salvación y limpieza (en negativo: la imposibilidad de aquellas); familia y lazos de sangre (en negativo, también) y variopinta *freakidad*. Rabia, odio, soberbia, inseguridad, maldad y culpa. Mucha culpa. Me chiflan las novelas con culpa, y aquí la hay a destajo.

#### PUNTOS ÁLGIDOS, DEBILIDADES (DEL PROLOGUISTA) Y CONEXIONES RAZONABLES

O, dicho de otro modo, hechos, situaciones y parecidos que considero relevantes, y que provocaron que creciera mi entusiasmo por el libro.

a) **Johnny Angelo:** Quiero decir El Cantante de Gospel. Me lié entre ambos protagonistas, y no es extraño. CG recuerda realmente al personaje central de aquella gran novela de Nik Cohn, *I am still the greatest says Johnny Angelo*. CG es la versión torturada e impura de Angelo. Cohn se inspiró en P. J. Proby, Crews quizás hizo algo parecido con Elvis Presley<sup>[22]</sup>. Podría ser, de veras: Elvis cantó gospel, sus orígenes son palurdo-creyentes, su madre era un adefesio, estuvo en las garras de un manager controlador y ruin (que acabó con su carrera y desactivó su amenaza), fue elevado a un estatus semidivino por sus fans (que incluso creían que podía sanar, como el CG de la novela) y terminó sobrepasado por el poder de su propio talento y popularidad (que se convirtieron el algo mayor que él, y ciertamente en algo que funcionaba con total independencia de su alma). Así, podemos concluir que CG = Elvis. Y no se hable más.

b) **El ausente:** No es casualidad que algunos de los mejores libros de la historia funcionen en base a la descripción épica de un personaje ausente. Es una táctica que abona la fascinación, y el lector queda atrapado por el enigma del personaje fuera del escenario. De *El Gran Gatsby* a *Kumble fish*, esta artimaña siempre ha funcionado. Y, aunque CG no es exactamente un personaje ausente, sí le vemos a través de los ojos obsesivos y adoradores de mucha gente, lo que viene a ser lo mismo. Aquí también funciona.

c) **La música.** Toda esa dulce, dulce música, que cantarían las Vandellas. Jim Dodge, Cohn, Colin Wilson y otros han hablado antes del poder redentor de la música, «el arco sináptico que traza sobre la mente y la carne» (*El cadillac del Big Bopper*), la capacidad que esta tiene para elevar al hombre a un estadio superior, sobrehumano (uno de los grandes preceptos Wilsonitas). *El cantante de gospel* está lleno de música, mayormente litúrgica, concentrada en las afortunadas laringes de CG. Una reflexión secundaria sobre el don de CG podría ser también la forma en que algunos dones están desperdiciados en ciertos receptores de ese don. ¿Cuántas veces no habremos visto a un patán tocado por la mano de Dios? «Todo hombre sabe que su don le liberará si es lo bastante afortunado», dice Pie. «O lo bastante desafortunado, según el punto de vista». El don como maldición. El talento como estigma.

d) **Por patas:** El deseo de escapar, ya mencionado antes, y por añadidura el concepto de Pueblomierda. El lugar de donde deseas huir con todas tus fuerzas, y que sin embargo siempre te acompañará allá donde vayan a reposar tus fatigados pies. «Siempre he sabido, sin embargo, que una parte de mí nunca dejó, nunca podría dejar, aquel lugar», escribió Crews en *A childhood*. La necesidad de escribir la «biografía de un lugar» para entender cómo este ha quedado encadenado a perpetuidad a tu espíritu fue la razón de ser de *A childhood*, pero Crews ya incidía en el mismo concepto en su debut<sup>[23]</sup>.

El lugar que odias también te hizo como eres. Y, para colmo, nunca te lo vas a poder extirpar de la memoria. Menudo regalito. «Hay Enigmas por todo este país», afirma Pie, «por todo el mundo, y en todas partes hay hombres que luchan por salir de ellos».

e) **Crews:** Él mismo. Solo él. Cómo era. Sus pintas y cara de acémila y peinados inquietantes. Dije en *Bendito Atraso* algo que quisiera parafrasear: «Harry Crews lleva encima un caparazón de mito e historia apócrifa tan espeso y consistente que se antoja imposible hablar del tipo real. Muchos de ustedes ya habrán oído hablar de sus rasgos definitorios, tan poco escritorzuelo, tan de personaje de sus propias novelas: 27 años de karate. Exmarine. Nariz rota por varios puntos claves. Querencia por el zipizape de bar (...). Indudablemente divorciado, y encima dos veces y, para colmo, de la misma mujer. Hijo de Bacon County, Georgia, un lugar tan subdesarrollado, tosco, *hillbilly* y brutal que a su lado Tres Mil Viviendas parece Manhattan (el propio

Crews afirmó<sup>[24]</sup> que de niño no comprendía por qué los modelos en los catálogos Sears Roebuck conservaban todos los dedos y ojos y extremidades; en su pueblo todo el mundo era tullido, cojo, bizco o manco). Aficionado a la cetrería (el arte de cazar con aves rapaces) (...) Y, como ornamento culminante, aquel tatuaje que el hombre descubre a la mínima de cambio: *How do you like your blue eyed boy, Mr. Death?* (un verso de e. e. cummings). La mayoría de veces parece alguien recién arrancado de una fila de identificación de sospechosos en Odesa (Ucrania). Cuando sonrío se asemeja peligrosamente al bruto homicida de hueso frontal prominente en *El chico de oro*. Hay una foto en la que se le ve dando clase en 1980, y lo que sugiere la imagen es un asesino de masas a puntito de empezar a degollar rehenes. Como todo esto que acabo de recitarles aún debía parecerle poco, un día Crews se afeitó una espléndida cresta en su cocorota. Un fin: no esperen que aparezca próximamente en *L’Hora del Lector* ni nada parecido. A su lado, incluso el Hemingway caza-búfalos y pugilístico parece Isabel Allende».

f) **Verdades y mentiras:** Una nada desdeñable sección del libro trata el tema de vivir mentiras y pretender ser lo que no eres. Esto suena a Club Súper 3, pero es de vital importancia. CG se odia a sí mismo, y sabe que carece de alma. Y sin embargo, ese poder. Ese don, del que CG no se siente merecedor (recuerden el don como maldición), porque (aunque nadie sea consciente de ello), el Cantante de Gospel es un auténtico desgraciado. Y esa es una de las razones por las que —¡atención, spoiler!— CG corrompe a Mary Bell Carter. Lo dice así de clarito: «Era su defensa segura y firme contra Dios». Su conciencia de realizar un acto malévolo era la forma idónea de contrarrestar lo inmenso de un don inmerecido. Lo inmenso de su mentira, que la propia depravación no hace sino amplificar. Y eso, a su vez, origina nuevas mendacidades. «Cuando un hombre miente es porque le da vergüenza la verdad o porque desea que la mentira sea cierta», afirma Didymus en un fragmento de la novela. Y luego, insiste en que «el único camino es la verdad, admitir la verdad». El Cantante de Gospel le cree y actúa en consecuencia, con pésimos resultados. A la gente no le gusta la verdad. Les hace sentir mal, y solo ocasiona nuevos infortunios.

g) **Clímax / showdown:** Desde *Regreso al futuro* a *Carrie*, pasando por *Oh brother where are thou*, Hollywood demuestra de forma casi axiomática que a la gente le encanta un buen espectáculo final, donde se ponga a los malvados en la picota (a base de humillación pública, si puede ser, desvelando sus maniobras ante el resto de ciudadanos) y donde el héroe sea aplaudido por todos. El final de *El cantante de gospel* es puro clímax de película americana, si bien visto desde las antípodas (termina espantosamente mal). Recuerda a *Arde Mississippi*, pero con freaks y con la —¡atención, spoiler!— defunción del protagonista. Es otro recurso algo basto, pero también sigue funcionando.

h) **Masa enfurecida:** *El cantante de gospel* centra parte de su acción en la jauría



sedienta de sangre. La pestilente ralea. La turba se convierte aquí en un anónimo protagonista con mil ojos y manos, que toma decisiones y se torna imparable e incuestionable. Cuando la bola del *mob rule* tumultuoso empieza a rodar, no hay cristo que lo detenga. La amenaza de linchamiento y turba incontenible que planea sobre toda la trama como una gran amenaza termina haciéndose realidad al final. Axioma no refutable: un linchamiento siempre es un gran The End. O un disturbio. O una revuelta, si así lo desean. ¿Se imaginan una Revolución Francesa con un «Bueno, ahora vámonos a casa, que tengo que hacer lavadoras»? No: deben correr caudalosos tiberes de sangre. La masa termina adoptando en la novela el papel de redentora: si la salvación de CG pasaba inevitablemente por su muerte, es la masa la que se encarga de aplastarle.

#### Y AHORA, A MODO DE CONCLUSIÓN

Considero que, a lo largo de estas diecisiete páginas, les he ofrecido suficientes razones para admirar a Harry Crews, sumergirse en su obra, y establecer con el autor una relación fructífera y apasionada que permanezca intacta en su entusiasmo hasta el fin de sus días.

En cuanto a mí, solo puedo decirles que Harry Crews me habló. Que tocó alguna cuerda en mi interior, y lo hizo de forma tan fiera que el impacto de la nota emergente nunca ha dejado de reverberar en mi caja torácica. La razón es esa Gran Verdad, esa Mentira Verdadera, una verdad que no puede conseguirse mediante erudición, o documentación, o número de páginas, o talleres literarios, sino que emerge como un geiser de algún punto del alma del autor. Una cosa fiera y emocional que nace de ese fuego interior, y que distingue a los autores con cicatrices de los pusilánimes o simplemente académicos. Y que solo puede transcribirse con fidelidad utilizando una prosa hermosa, limpia y dura.

¿Qué más puedo decirles? A la mierda *Las Benévolas*. Tenemos a Harry Crews.

*Barcelona, mayo de 2012*

# SOBRE EL AUTOR

POR HARRY CREWS<sup>[25]</sup>

Nací el 7 de junio de 1935 al final de un camino de tierra en el condado de Bacon, Georgia. Un camino muy largo. Mi padre murió cuando yo era un bebé y mi madre, sin otra cosa que simple coraje, tras toda una vida de desesperación y falta de alternativas, nos crió a mí y a mi hermano.

Gracias a la G. I. Bill<sup>[26]</sup> asistí a la Universidad de Florida, no porque pensara que alguien pudiera enseñarme allí a escribir ficción (algo que llevaba queriendo hacer desde que era un crío), sino porque pensé que alguien podría enseñarme allí a ganarme la vida mientras yo me enseñaba a mí mismo a escribir ficción. Sin embargo, tras dos años ahogándome y agonizando entre la Verdad y la Belleza, dejé la Universidad por una moto Triumph. Me dirigí al oeste en una clara mañana de primavera con siete dólares y cincuenta y cinco centavos en el bolsillo y durante el año siguiente estuve en la cárcel de Glenrock, Wyoming; un indio blackfoot al que le faltaba una pierna me dio una paliza en una pelea justa en una reserva de Montana; fregué platos en Reno, Nevada; recolecté tomates en las afueras de San Francisco; un hombre que se creía Cristo me expulsó el demonio que llevaba dentro en un albergue de la YMCA de Colorado Springs y en Chihuahua, México, me hice amigo de un piloto aéreo mexicano obsesionado con las alforjas de motocicleta. Volví cojeando a la Universidad de Florida, purificado y santificado, dispuesto a absorber todo lo que quedara de Verdad y Belleza. Tuve la suerte, además, de conocer a Andrew Lyde. Casi todo lo que aprendí en la Universidad me lo enseñaron Andrew Lyde y un hombre llamado Smith Kirkpatrick.

Y así están las cosas. Actualmente doy clases de inglés a estudiantes de primer año en el Junior College del condado de Broward en Fort Lauderdale, Florida. Estoy casado con una chica muy guapa que sabe escribir a máquina. Hemos tenido dos hijos. El mayor, Patrick Scott, se ahogó en 1964. El otro chico, Byron Jason, tiene cuatro años. He publicado relatos en *The Sewanee Review* y en *The Georgia Review*. *El cantante de gospel* es mi primera novela.

Esta novela es para Smith Kirkpatrick,  
de quien soy aprendiz

## UNO

Enigma, en el estado de Georgia, era una calle sin salida. Habían plantado el juzgado justo en medio de la autopista 229, en el punto donde la carretera terminaba de manera abrupta, como una cinta cortada por la mitad, al borde del pantano de Big Harrikin. Desde la ventana de la celda de la cara norte del juzgado, Willalee Bookatee Hull divisaba todo el pueblo. Se balanceaba suavemente, distribuyendo el peso de un pie al otro. Detrás de él, sobre una mesa de madera, un plato de alubias se cuajaba bajo una fina capa de grasa y dos panecillos descansaban junto al plato. En una de las esquinas de la celda, un cubo servía de orinal y, por encima, a la altura de los ojos, alguien había escrito a lápiz en la hoja de un bloc el reglamento de la cárcel del condado de Lebeau.

En el asfixiante calor de la celda, Willalee Bookatee se balanceaba como el péndulo de un reloj ante el brillante marco de luz de la ventana. No se oía nada salvo el continuo zumbido de las moscas que se quedaban adheridas al plato. El sol se alzaba al oeste, dividiendo la calle en luces y sombras. En el otro extremo del pueblo, donde la autopista 229 se abría paso a través de la llanura ardiente, había una mula atada bajo la rúcana sombra de un cinamomo. Dormía bajo una silla de montar, mientras moscas repletas de sangre revoloteaban lánguidamente a su alrededor. En la parte soleada de la calle había un Buick del año 1948 con una cola de zorro en la antena y una pegatina de *Viva la Armada* en la luna trasera, aparcado delante de la droguería de Marvin, que además de tienda era la oficina de correos y tenía colgada de un poste la bandera de Estados Unidos. El Buick era el único coche en toda la calle. Hacía dos meses que no llovía.

Willalee Bookatee seguía balanceándose, medio aturdido, perdido en una especie de ensueño, con la mirada más ocupada en la pancarta de lienzo con letras rojas, blancas y azules que atravesaba la calle que en los granjeros o sus mulas amarradas. La pancarta, fijada en uno de sus extremos a la tienda de semillas de Harvey y del otro a la funeraria de Enigma, rezaba así: ¡BIENVENIDO A CASA, CANTANTE DE GOSPEL! Aunque Willalee Bookatee predicaba los evangelios y conocía de memoria largos fragmentos de las escrituras, no sabía leer. Pero sí sabía, como todo ser humano en Enigma, que el Cantante de Gospel volvía a casa. Se habían preparado para la ocasión, deseaban que llegase el momento y rezaban por ello. Por todo el pueblo ardía furiosamente un ansia irrefrenable por ver, escuchar y —si Dios lo quería— tocar al Cantante de Gospel, que sin ayuda de nadie había concentrado la atención de todo el universo en Enigma, Georgia. El Cantante de Gospel había dado un propósito y un significado a sus vidas por la sencilla razón de que podían decir cosas como «soy del mismo pueblo que el Cantante de Gospel» o «le conozco desde que era un renacuajo».

Willalee había visto al Cantante de Gospel en innumerables ocasiones en la



televisión Muntz que había comprado en Albany, Georgia, y que había traído a casa en la parte de atrás de un carromato de trementina para ponerla en su cabaña. ¡Y ahora el Cantante de Gospel regresaba a casa! ¡Estaría aquí, en Enigma! Pasearía de nuevo por el pueblo su magnífico cuerpo, alto y rubio; tan magnífico, alto y rubio que ofendía la ropa que lo cubría, daba igual lo cara o entallada que fuera. Y lógicamente la ropa que llevaba era cada vez más cara, porque el Cantante de Gospel había pasado del estudio de televisión en Albany al de Tallahassee, luego al de Atlanta, después al de Memphis y, finalmente, al de Nueva York.

Cuando Willalee Bookatee encendía la televisión Muntz y la voz del Cantante de Gospel inundaba la cabaña, era como el bálsamo que se vierte sobre una herida. Nada importaba. El mundo se sumía en un gigantesco agujero. Todo —el corte de una cuchilla, un ojo escaldado por el alquitrán o la quemazón de la gonorrea pillada con alguna puta mulata de Tifton— desaparecía salvo esa voz, que se introducía en su cabeza y en su carne hasta alcanzar el lugar donde su alma reposaba. Y así podía soportar lo que fuera durante otra semana más.

La gente blanca no hablaba de otra cosa. Mientras recolectaban algodón en los campos, desgranaban mazorcas de maíz o se sentaban frente al banco del pueblo mascando tabaco y escupiéndolo entre los pies, el Cantante de Gospel nunca andaba lejos de sus pensamientos. En una ocasión, Willalee Bookatee oyó decir a uno de ellos que el Cantante de Gospel tenía en el maletero del coche ropa suficiente para vestir a toda la gente de Enigma. Willalee Bookatee había visto el coche y, aunque era de los grandes, sabía que allí dentro no podía haber algo para todos los habitantes de Enigma. Pese a todo, se lo creía. No era algo que se comprendiera con el entendimiento. No resultaba imposible porque se trataba del Cantante de Gospel, porque todo lo que tocaba se convertía en oro del mismo modo que el aire común se convertía en música celestial al salir de su boca. ¡Sí señor! Albany, Tallahassee, Atlanta, Memphis, Nueva York. Había oído a los blancos mencionar estos lugares con tanta frecuencia que sonaban en su cabeza como una campana. Y le alegraba poder decirlos en alto como un mantra, chasqueando la lengua, como le ocurría a todo el mundo en el pueblo, porque no importaba dónde hubiese ido el Cantante de Gospel, sino que hubiera comenzado sus días en Enigma, Georgia. En su Enigma. Había nacido de ellos y eso les enorgullecía. Había surgido de sus pálidas carnes, de sus niños con parásitos intestinales, de sus tierras pantanosas y de su famélico ganado, tan hambriento que cuando llegaba la época de la matanza en invierno, del cuello del animal brotaba un charquito de sangre no mayor que el pañuelo de una dama. Se había abierto paso, hermoso, pleno como el sol, entre todos los males y vilezas de su entorno. Había salido de ellos, de su especie, sin ningún tipo de anunciación o explicación. Y todos sentían lo mismo que Willalee Bookatee, que algún día el Cantante de Gospel, instantánea y misteriosamente, les salvaría de la tragedia que encarnaba Enigma.

Apartó los ojos de la pancarta y dejó que la mirada se filtrase por las rendijas de

sus pestañas. El calor subía de la tierra distorsionando todo el lugar. Por todas partes de Enigma, clavados en postes o en las fachadas de las tiendas, había carteles rojos que proclamaban: FERIA DE RAREZAS \*\* ENTRADA GRATUITA PARA NIÑOS MENORES DE CINCO AÑOS \*\* VENGAN TODOS \*\* VENGAN A VER AL ENANO CON EL PIE MÁS GRANDE DEL MUNDO. Los carteles rojos aparecieron justo la noche después de que colgasen la pancarta de bienvenida del Cantante de Gospel. Fue el día antes de que metiesen en la cárcel a Willalee Bookatee, el mismo en que Willalee había pedido al tío Judge, un negro de Nashville que sabía leer y escribir, que le dijese lo que ponía en los carteles. Y apenas escuchó lo del enano y el pie, decidió que merecía la pena gastarse unos centavos o lo que fuera para verlo. Pero resultó que ni siquiera llegó a ver el lugar donde instalaron las carpas de la feria. Y tal y como pintaban ahora las cosas, no iba a ver nunca el pie de aquel enano.

Willalee Bookatee se sentía a sí mismo como en el centro de un misterio. Nada era igual que antes ni volvería a serlo. Era un extraño para sí mismo. Se miraba las manos y negaba con la cabeza. Se arrodillaba, pero, pese a que era predicador, no podía rezar. Lo más cerca de la oración que alcanzaba a estar era cuando sacaba del bolsillo trasero del pantalón una fotografía que desdoblaba cuidadosamente y contemplaba, arrodillado, hasta que la inquietud abandonaba su corazón y encontraba la calma. Había recortado la foto de una revista que la señorita MaryBell Carter le había comprado en Tifton. Era del Cantante de Gospel, con las manos blancas y hermosas en alto, la cabeza dorada reclinada hacia atrás y la boca abierta, cantando. Así, en mitad de la noche, con la luna recortándose en las rejas de la ventana, permanecía de rodillas durante horas ante esa imagen, sin rezar pero en calma, porque la oración carecía de sentido después de lo que había hecho. A veces susurraba: «¿Asesino? ¿Asesino, yo?», y el misterio se extendía ante él tan infinito como la noche.

Desde tan lejos como le alcanzaba la vista emergió una camioneta de la superficie negra de la autopista 229. Atrapaba y retenía el sol naciente en pequeñas explosiones de luz. Willalee la miraba como en un sueño, con la alegría indiferente de contemplar algo nuevo, porque Enigma solo tenía ocho manzanas de extensión y en los tres días que había estado encerrado en la celda del juzgado no había hecho otra cosa que mirar el pueblo. Los primeros dos días no fueron tan malos porque todo el mundo en Enigma se había acercado a visitarle, casi siempre después de haber pasado por la funeraria. Unos pocos incluso habían venido a verle en coche desde Tifton, donde la 229 corta la interestatal 41. Había discurrido un río constante de gente desde el velatorio al juzgado y el *sheriff*, un hombre gordo con un solo pulmón, le había pedido a su mujer que preparase bocadillos y café para vender. Se había producido un enorme alboroto por todo Enigma que casi —decían algunos— amenazó con trastocar y retrasar los planes de bienvenida para el Cantante de Gospel. Pero el negocio decayó tan repentinamente como había empezado. Enigma se adaptó rápidamente a Willalee Bookatee Hull y los visitantes eran cada vez más escasos.

La camioneta alcanzó la calle entre detonaciones del tubo de escape hasta frenar con un chirrido delante del juzgado, a diez metros escasos de donde se encontraba Willalee. Un muchacho alto y pálido de piel cuarteada y pelo lechoso bajó de la camioneta y se quedó quieto, mirando con ojos entrecerrados bajo la sombra de sus manos enjutas y acartonadas.

Alzó la vista al sol un instante, dejando caer de repente la mandíbula y revelando una lengua y dientes del color del mildiú. Alrededor de una llaga abierta en su mejilla que tenía el color y el tamaño de una uva pululaban mosquitos. Miró arriba, hacia Willalee, que desvió la mirada al humeante horizonte y asió con más fuerza los sólidos y calientes barrotes. Cuando Willalee centró de nuevo la vista, el muchacho ya había desaparecido y antes de que pudiese posar los ojos otra vez en el horizonte, oyó la voz quejumbrosa de Gerd, el hermano del Cantante de Gospel. La puerta de la prisión se abrió tras él, pero Willalee siguió contemplando el extremo en el que la autopista 229 se cruzaba como una daga con el horizonte.

—Da pena verla, ¿verdá?

—Un horror, desde luego.

Escuchó las voces detrás de él; solo un resuello asmático distinguía la voz del *sheriff* de la de Gerd. El sonido apagado de las llaves golpeando en el aro de latón que el *sheriff* llevaba colgado del cinturón marcaba las pausas que tomaba para coger aliento.

—¿Está siempre así mirando por la ventana? —preguntó Gerd.

—Casi todo el tiempo.

—¿Y eso?

—Lo más seguro es que esté mirando a la funeraria. Pensando en el culo blanco que se agenció.

—A ese negro le tiene que haber pasao algo pa hacer eso.

Willalee escuchaba, aferrándose aún más fuerte a los barrotes. El aspecto más aterrador de su crimen era que todo el mundo en Enigma parecía haber olvidado su nombre. De repente se había convertido en «el negro» o «ese negro»; había dejado de ser Willalee Bookatee Hull. Había crecido con Gerd, le había mentado, había trabajado para él o al menos para su padre, y también le había robado. Pero ahora Gerd, como todos los demás, había olvidado su nombre. Y en cuanto a lo de que estaba pensando en el culo de la señorita MaryBell, no era cierto. Que recordara, nunca había pensado en su culo. Sus ojos estaban más bien clavados en la carretera de la que, tarde o temprano, surgiría el coche enorme y negro del Cantante de Gospel. Ahora su única esperanza era que el Cantante de Gospel llegase antes de que le colgasen.

—Podía haber sío peor. Podía haber usao una cuchilla de afeitar —dijo el *sheriff*.

—Sí. Una cuchilla deja un desaguisao mayor que un picaor de hielo. Pero con el picaor de hielo tampoco se las apañó mal. To lleno de agujeritos moraos —dijo Gerd.

—La dejó hecha un colaor.

—¿Se sabe ya con seguridad cuántas veces la ensartó?

—Sesenta y una —dijo el *sheriff*—. Hiram lo escribió en un cartón que colocó en la ventana. La gente que iba al velatorio no hacía más que preguntar qué era lo que había hecho el negro y como Hiram se cansó de repetir to el rato, lo escribió en un cartón y lo puso en la ventana. Lo puedes leer tú mismo. Sesenta y una.

—Voy a ver otra vez a esa pobre muchacha de Dios —dijo Gerd—. Con toa la gente que ha venío no he tenío oportunidad de echar un buen vistazo.

—Y además, virgen —dijo el *sheriff*, sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Ese negro atacó a un ser inocente. Lo sabe to el mundo en Enigma —continuó Gerd.

—¿Lo sabe el Cantante de Gospel? —preguntó el *sheriff*.

—Ma le mandó un telegrama —respondió Gerd—. Pero uno nunca sabe cuando le llegará, porque cada día está en un sitio.

—Va ser duro pa él volver así —dijo el *sheriff*.

—Estas cosas pasan.

—Vaya que sí.

—Los caminos del Señor son inescrutables —dijo Gerd—. Igual ha sío una bendición que la matase, porque ahora no tendrá que sufrir toa la vida que la gente de Enigma sepa que perdió su flor con el negro.

Una cerilla se encendió contra la puerta de la celda. Willalee olió las tenues volutas de tabaco Prince Albert y la boca se le hizo agua. Le habían sacado de la cama a las tres de la mañana y le habían trasladado a la cárcel sin tabaco. Como ningún negro de Enigma se había atrevido a visitarle, llevaba ya tres días sin fumar nada. Y para distraer su mente del delicioso cigarrillo, trató una vez más de recordar el picador de hielo y cómo se había salpicado la ropa con aquellas manchas de sangre increíblemente brillantes. Tenía un picador de hielo. Lo tenía clavado en un estante encima de la pila que le hacía las veces de refrigerador y en el que había un bloque de hielo de diez centavos envuelto en un saco de arpillera. Ahí fue donde lo encontraron, manchado con la misma sangre brillante. Cuando le sacaron de allí desnudo y dando voces, su mano derecha era una masa compacta de sangre desde la muñeca a la yema de los dedos. Allí se encontraba también ella, encogida al pie de la televisión Muntz, con la cabeza torcida en un ángulo extraño y una mueca en el rostro que no era de alegría. La sangre de su yugular perforada circundaba sus cabellos como si se tratase de un halo.

—¿Crees que el Cantante de Gospel llegará hoy? —preguntó el *sheriff*.

—Sí.

—¿No tenía que haber llegao hace tres días?

—Sí.

—En Enigma dicen que mandó un telegrama —dijo el *sheriff*.

—Así es. Cash lo trajo de Tifton.

—¿Qué decía?

—Decía que no iba a llegar cuando se suponía, pero que iba a venir —dijo Gerd.

—Este Cantante de Gospel...

—Es tremendo.

—No va a ser fácil pa él —dijo el *sheriff*—. MaryBell muerta y además violó por el negro. Sabe Dios que también él carga con su cruz. Siempre pensé que al ser el Cantante de Gospel su vida no sería na fácil. Algunos pensaban lo contrario, pero yo no. Con toas las cosas que pasan y to lo que tiene que hacer.

—Tampoco me parece a mí que tenga una vida fácil —dijo Gerd—. Pero tampoco la peor del mundo.

—Nunca se olvidó de los suyos —dijo el *sheriff*—. Nadie se lo puede echar en cara. ¿Cómo va ese ganao con certificaio que os envió por tren? ¿Ya debe estar casi listo pa llevarlo al mercao?

—Está muerto.

—Lo lamento, Gerd. ¿Qué pasó?

—Estaba bien y se murió. Pa dijo que Enigma lo mató, que un cerdo Poland China en Enigma era como un pez fuera del agua. También dijo que en Enigma nunca se había criado ganao de raza.

Se oyó una risa breve y ahogada.

—Pues tanto no sabe, porque ha criado al Cantante de Gospel, que es un pura sangre.

—Un pura sangre, desde luego. Nadie dice lo contrario.

—Es una pena que no vuelva a casa más de corrió. Ni siquiera pude verlo la última vez que estuvo, con to esa gente detrás suya. Parece que cada vez viene menos.

—El domingo que viene hará siete meses menos una semana que no está en casa —dijo Gerd—. Pero manda cartas. Está donde hace falta, dejándose el corazón en las canciones.

—No le estaba echando na en cara, Gerd. No hay hombre mejor que el Cantante de Gospel.

—Ha hecho mucho por tos nosotros.

—Es un alma buena, sí señor.

Willalee se preguntaba si podía concebir esperanzas de una visita del Cantante de Gospel. Habían sido amigos en el pasado, cuando ambos tenían quince años, el año en que cambió la voz del Cantante de Gospel, cuando pasó del aullido quebrado de un adolescente a una voz fantástica y poderosa de límites desconocidos. Y fue esa misma voz lo que les separó y desde entonces Willalee Bookatee ya no había podido acercarse lo suficiente para poder hablarle.

El Cantante de Gospel comenzó a actuar en iglesias de la comunidad, en misas de renacimiento evangélico. Luego fue al estudio de televisión de Albany, mientras que Willalee iba a trabajar el alquitrán en el atrofiado anillo de pinares que rodea Enigma. Día tras día, mientras cargaba con el grasiento cubo de veinte litros de trementina y la



ropa embadurnada de alquitrán le iba comiendo vivo, su mente se sosegaba pensando que llegaría el domingo y podría tumbarse en su cabaña a escuchar al Cantante de Gospel en la radio y, después de traer la Muntz, también podía verlo de cuerpo entero, alto y asombrosamente limpio y hermoso.

Willalee rezó en silencio una oración para el Cantante de Gospel con la esperanza de que la oyese, porque el Cantante de Gospel podría ser su salvación, su única salvación. Tenía una fe absoluta y perenne en que el Cantante de Gospel conocería los detalles del crimen que había cometido y que no podía recordar. Iban a colgarle y Willalee Bookatee no quería partir hacia Dios con aquel misterio. Pero el Cantante de Gospel podía ayudarlo, el Cantante de Gospel podía hacer cualquier cosa. Albany, Tallahassee, Atlanta, Memphis, Nueva York. ¿Acaso no había sido el único hombre nacido en Enigma en salir al mundo y triunfar?

—¿Has visto al freak?<sup>[27]</sup> —preguntó el *sheriff*.

—¿Qué freak?

—El del pie.

—No.

—¿Alguien lo ha visto?

—Me dijeron que estaban montando el campamento en las afueras del pueblo. No mu lejos de la carpa del Cantante de Gospel.

—Me pasaría por allí pa ver qué están haciendo —dijo el *sheriff*— pero me da cosa dejar aquí al negro.

—No creo que sea buena idea dejarle —dijo Gerd.

—Algunos de los chicos ya se han pasao por aquí —señaló el *sheriff*—. Y no me extrañaría que se lo cargasen.

Gerd estaba encendiendo otro cigarrillo. Willalee Bookatee ya había oído hablar a esos hombres. Desde la noche que lo detuvieron, le habían estado pidiendo al *sheriff* que se lo entregase. Iban a colgarle. Lo sabía. Con o sin juicio, daba igual. Trató de ignorar el olor del cigarrillo.

—Gerd, ¿crees que vendrá hoy?

—Ma dice que tiene el pálpito de que sí.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —preguntó el *sheriff*—. ¿Lo ha dicho?

—Nadie lo sabe —dijo Gerd.

—Estará bien que vuelva. Nos animará. Nos dará ilusión.

De nuevo la risa ahogada.

—Quizá traiga con él la lluvia.

—Quizá.

—¿Ya te vas?

—Antes voy a pasar por el velatorio.

—Vale, ven a ver al negro cuando quieras. Porque no va a estar aquí pa siempre, no señor.



## DOS

Gerd odiaba el sol. No estaba hecho para él. Jamás sudaba, pero le abría llagas. Su piel se estiraba al sol hasta romperse como un plástico transparente. Las grietas le producían un picor terrible y si se rascaba, algo que por otra parte no podía evitar, se convertían en llagas gruesas y arrugadas. Bajo la ropa, la piel era una costra más o menos maleable, pero una costra al fin y al cabo. Normalmente no salía cuando hacía calor. Lo normal era que se quedase tumbado en una hamaca hecha de sacos, en el cobertizo del algodón, pidiendo a voces que su hermano pequeño Mirth le acercase un vaso de té helado y la medicina color púrpura con la que pintaba sus heridas. Pero no eran tiempos normales. Además de todo lo que había ocurrido en Enigma, el Cantante de Gospel volvía a casa. Quizás incluso ese mismo día. Gerd *estaba seguro* de que sería hoy. Por eso había estado fuera toda la mañana con ese calor imposible, tratando de asegurarse de que tendría una oportunidad de verlo antes que Mirth o Avel, o que papá y mamá. Una oportunidad de hablar con él antes de que se encontrase rodeado de la multitud de Enigma, de sus seiscientos habitantes.

Gerd estaba de pie delante de la camioneta, debatiendo consigo mismo sobre la conveniencia de pasarse por el velatorio para ver a MaryBell y arriesgarse a perderse al Cantante de Gospel. Había venido al pueblo expresamente para verla a ella y a Willalee Bookatee Hull. A ambos, porque como el negro no solo la había matado, sino que también la había violado, no podía pensar en una sin pensar en el otro. Pero se estaba haciendo tarde y el coche de su hermano podría entrar estruendosamente en el pueblo de un momento a otro.

Alzó la vista y vio a Willalee, oscuro e inmóvil como una sombra tras los barrotes de la ventana. Gerd, de pie en el polvo humeante, se agitó de rabia. ¡MaryBell! Gerd la había deseado con tanta fuerza que le daba dentera solo de *pensarlo*. Ahora ella se había ido para siempre. ¡Ese negro! No le bastaba con violarla, también tenía que matarla. Ya nadie podía tocarla en el lugar donde la había enviado. Después de que un negro la violara, seguro que cualquiera se la podía haber tirado, hasta Gerd podía haber tenido su oportunidad. ¡Oh, Dios!

Mientras pensaba en su piel vasta e intacta, aparcó la camioneta junto al juzgado y cruzó deprisa la calle hasta la funeraria de Enigma, en cuya falsa fachada de madera había un enorme ventanal —el más grande de Enigma— tapado con estores de papel amarillo rematados con una pesada cinta del mismo color. En la esquina inferior derecha del ventanal habían pegado un trozo de cartón manuscrito a lápiz de cera negro con trazos inclinados:

61 veces acuchilló el negro a la señorita MaryBell Carter. Una vez la violó y puede que más.

La puerta del velatorio estaba cerrada. Gerd la abrió y entró. Estaba más oscuro y fresco que en la calle. En la pared de enfrente había un busto de Cristo con melena castaña y ojos inertes color avellana. Bajo el Cristo, como si se tratase del pie de una viñeta, se leía en letras rojas: COMPRE LOS MEJORES FERTILIZANTES EN LA TIENDA DE HARVEY. Bajo el anuncio había un calendario dos años atrasado.

En la parte de atrás de la angosta sala, habían colocado a MaryBell dentro de un ataúd de pino blanco con bisagras de cobre que se apoyaba con una leve inclinación sobre un catafalco hecho de tablones y dos caballetes de carpintero y cubierto con una vieja tira de terciopelo negro. Tres señoras, una con sombrero negro, estaban sentadas en sillas de madera en la cabecera del ataúd. Portaban pañuelos húmedos y grises. A los pies tenían dos crisantemos ajados y moribundos, plantados en latas de gasolina. Encima de sus cabezas ardía una solitaria bombilla eléctrica.

Una mosca de alas azules voló en círculos desde el techo hasta posarse en la nariz de MaryBell. Sin mover la cabeza y casi sin mover los ojos, la señora del sombrero negro metió las manos dentro de su vestido, sacó un abanico de cartón en forma de corazón y con la cara de Cristo estampada y lo agitó en el aire pesado. La mosca de alas azules regresó zumbando al techo.

Gerd se acercó con ojos sobresaltados al contemplar la belleza fría y muerta de MaryBell. Hasta dos días antes, cuando Hiram abrió la tapa del ataúd al público, nunca la había visto tumbada. Por supuesto que se la había imaginado a menudo en sueños, pero verla así extendida ante él, seductora y hermosa, era algo totalmente distinto, a pesar de la frialdad y de que llevase tres días muerta, con una serie de perforaciones azules que formaban un diseño de encaje a lo largo del cuello y desaparecían bajo la blusa, que cobijaba unos senos que Gerd jamás había visto. Se pasó la lengua por los labios y trató de imaginar el sabor de sus pechos, pero no pudo porque nunca los había visto y mucho menos saboreado. Cerró los ojos frente a la insoportable belleza de la piel de MaryBell y juró por enésima vez que algún día tendría una chica, que contemplaría un seno, saborearía un pezón y consumiría la misteriosa unión con otra carne.

—¿Qué tal, Gerd? —dijo la señora del sombrero negro, mientras otra se envolvía la nariz en un pañuelo para sonarse.

—He estao mejor, señora Carter. He venío a presentar mis respetos a su pobre y cristiana hija —respondió Gerd, hablándole a la parte de atrás del sombrero negro, que permanecía firme como la piedra tallada. Gerd se acercó más al féretro, con la mirada irresistiblemente atraída por la pequeña progresión de heridas que discurrían hacia el pecho turgente y almidonado de MaryBell.

—¿Ha llegao ya?

—No, todavía no.

—No la vamos a enterrar hasta que venga. MaryBell estaba esperando pa ver al Cantante de Gospel. La pobre no hablaba de otra cosa.

—Creo que estamos tos igual —dijo una de las otras dos señoras, mientras hundía

de nuevo la nariz en el pañuelo—. Pa mí que ella era el corazón de Enigma. Nadie en Enigma pensaba en otra cosa que no fuera MaryBell y el Cantante de Gospel.

Se abrió una cortina justo a la derecha del calendario de fertilizantes y tras ella apareció un hombre de baja estatura, de pie y ligeramente desenfocado. Tenía el hombro derecho más alto que el izquierdo, lo que le hacía ladear la cabeza, otorgándole un aspecto de constante y perpleja sorpresa. Los ojos parecían moverse de manera independiente y el izquierdo daba periódicamente una vuelta en busca de sí mismo.

Se dirigió directamente al ataúd. Con un ojo miraba la cara empolvada y serena de MaryBell y con el otro a Gerd.

—Parece que estuviera viva, ¿verdá?

—Desde luego, Hiram —contestó Gerd—. Has hecho un trabajazo.

Se inclinó hacia Gerd y le dijo tapándose la boca:

—Me llevó muchísimo tiempo con tos esos agujeros del picahielos.

—Lo sé —dijo Gerd.

—Nadie se da cuenta de toas las penurias por las que tengo que pasar —continuó Hiram—. No es fácil llevar la funeraria cuando no tienes las herramientas adecuás.

—Debe ser tremendo —dijo Gerd.

—La llevé a Tifton pero no tenían ningún hueco y al final la llevé a Cordele. Pero nadie lo aprecia. Nadie sabe lo complicaao que resulta enterrar a los muertos en Enigma.

—Siempre he dicho que somos mu afortunaos por tenerte —dijo Gerd.

Hiram le dedicó una media sonrisa y se cogió el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, alguien tiene que ponerlos bajo tierra —dijo.

Con un ademán repentino y vertiginoso, la señora del sombrero negro aplastó la mosca de alas azules contra uno de los costados del ataúd con el abanico del Cristo.

—Las moscas azules son insufribles en esta época del año —dijo en voz baja.

—No tiene por qué preocuparse por las moscas azules, señora Carter. Por algo la he llevao a Cordele.

Hiram miraba fijamente con un ojo a la señora Carter, mientras el otro parpadeaba rápidamente entre el féretro y Gerd.

—Está embalsama contra to.

—No parece que las moscas zumben encima suyo —dijo la señora Carter.

—Así es —replicó Hiram—. No tiene por qué preocuparse por las moscas azules después de toas las molestias que sa tomao pa tenerla lista pa el Cantante de Gospel —añadió.

Gerd puso la mano en el borde de la caja y con un extremo del dedo corazón pudo sentir el brazo de MaryBell, firme, prácticamente sin blandura, como de plástico inflado.

—Era una muchacha cristiana demasiao delicá y buena como pa tener moscas

alrededor —dijo.

—No se lo desearía a nadie —dijo la señora Carter, rascando la mosca muerta de la barbilla de Jesucristo con una uña cuadrada y amarillenta.

Hiram se inclinó otra vez hacia Gerd y le dijo con la mano delante de la boca:

—Lo ves, nadie aprecia al agente funerario. No importa que te tengas que ir a Tifton, a Cordele o donde sea.

—Gerd, ¿crees que el Cantante de Gospel podría cantar *Farther Along* para mi MaryBell?

—Señora Carter, estoy seguro de que el Cantante de Gospel estará orgulloso de cantar en el funeral de su hija —respondió.

—Eso estaría bien. Pero sobre lo que quiero es que la cante aquí mismo, en el velatorio. Solo ellos dos juntos aquí dentro y él cantando. Algo me dice que si están juntos y solos aquí dentro, ella podría oírle cantar —dijo la señora Carter.

Gerd tocó de nuevo el brazo de plástico inflado. Notó lo frío que estaba bajo la manga de algodón. Y ese frío hizo que recordase más intensamente su calor: su boca grande y roja, sus cabellos rubios, de pie con las piernas descubiertas y calientes por el sol, con el polvo arremolinándose bajo el vertiginoso dobladillo de la falda. ¡Dios, muerta, estaba muerta, sin que él la hubiese tocado nunca! Nunca tuvo ni la más remota posibilidad de tocarla.

—¿Tú crees que lo haría?, ¿cantaría pa ella a solas en el velatorio? —continuó la señora Carter.

—Nadie puede responder del to por el Cantante de Gospel —contestó Gerd—. Pero hará lo que pueda. Si hay algo con lo que puede contar es con que el Cantante de Gospel hará cuanto pueda.

—Ya sé que no puedes hablar por él —replicó la señora Carter—. Y claro que tos sabemos que hará lo que pueda.

—Con eso podemos contar —apuntó otra de las señoras.

Hubo unos momentos de silencio en los que solo miraban al ataúd. Gerd trató de pellizcar con la yema de los dedos la carne de MaryBell bajo la manga de algodón. El ojo suelto de Hiram recorría todas las caras. Otra mosca azul rompió el silencio con su zumbido y todo el mundo, sin pretenderlo y sin ni siquiera darse cuenta, alzó los ojos de la caja para verla revolotear encima de sus cabezas. La mano de la señora del sombrero negro se introdujo furtivamente en el vestido y resurgió tensa, dispuesta a golpear con el abanico de Cristo.

Hiram miró primero a la señora Carter, luego a la mosca, y luego a las dos al mismo tiempo. Un gesto de dolor le cruzó el rostro cuando la mano, de forma casi imperceptible, se echó hacia atrás, preparada. La mosca continuó su descenso circular.

—¡Bueno! —gritó Hiram de repente, extendiendo los brazos por encima del ataúd—. Seguro que ha ido a un lugar mejor.

La mosca regresó penosamente al techo donde se posó del revés.



La señora Carter miró a Hiram con el ceño fruncido.

—Tenía que haberle dao con el abanico.

Gerd quitó rápidamente la mano del ataúd.

—¿A quién?

—A la mosca.

—¿Hay otra mosca? —preguntó Hiram.

—Volverá a bajar —dijo una de las señoras.

Hiram miraba como si quisiese escupir.

—Gerd —dijo—, ¿puedes venir un minuto? Señoras, si nos disculpan...

Se movió con sigilo hasta desaparecer al otro lado de la cortina.

A regañadientes, Gerd retiró su mano de MaryBell y siguió a Hiram.

La parte de atrás de la funeraria ocupaba la mitad de espacio que el velatorio. Sobre dos caballetes, había un ataúd en el que Hiram todavía estaba trabajando. Otros dos más, ya terminados, estaban colocados uno encima del otro frente a un banco largo sobre el que pendía una bombilla tenue cubierta con una lámpara metálica. Encima del banco había botes de barro de distintos tamaños de los que sobresalían espátulas de madera. Un olor mezcla de jabón con lejía y polvos de maquillaje flotaba en la habitación como humo muerto.

Y fue ese olor a lejía y cosméticos, junto con la visión de los botes con espátulas de madera, lo que le recordó a Gerd la otra vez que había estado en la trastienda de Hiram. Había sido mucho tiempo atrás, algo más de quince años, pero Gerd lo recordaba como si hubiese sido ayer. Él tenía entonces siete años y su hermano, el Cantante de Gospel, cinco (claro que esto fue antes de que el Cantante de Gospel *fuese* el Cantante de Gospel, aunque después de convertirse en el Cantante de Gospel, todos, incluido Gerd, lo recordaban como si siempre lo hubiese sido). A su primo Maze le había propinado una coza la mula y estaba tendido muerto, aún vestido con el peto y los zapatos de faena, en la mesa de Hiram. Acababan de traerlo desde Tifton, el lugar más cercano donde había médico. Maze había dejado de respirar justo cuando el doctor le puso en el pecho el círculo plateado del estetoscopio. El tío Lorne, hermano del padre de Gerd, estaba de pie junto a la mesa detrás de Hiram, que fumaba un cigarrillo mientras desvestía al cadáver. El primo Maze tenía en el cuello, en el nacimiento del pelo, una herida tan larga y profunda como el arañazo de un rosal y en su piel pálida florecía una mancha de sangre no más grande que la yema del pulgar, pero el cogote lo tenía blando como un globo lleno de gelatina.

—¿A que no has conoció a nadie como la señora Carter?

—Es terrible —dijo Gerd, que no estaba pensando en la señora Carter, ni siquiera en MaryBell. Hiram estaba sentado ahora en un secreter de rejilla de hierro con cubierta enrollable. Encendió un flexo, cuya luz reveló aún más botes de barro sobre los que asomaban espátulas. Esos recipientes eran la verdadera vocación de Hiram y eran lo que Gerd recordaba de manera más nítida.

—Se ha plantao en mi velatorio y no para de aplastar moscas contra la caja. No

soporto quedarme ahí a verlo —se quejó Hiram.

—No debería hacer eso —asintió Gerd.

El primo Maze fue el primer muerto que Gerd y su hermano habían visto. Y aunque ninguno de los dos lo dijo, ambos se habían quedado estupefactos por lo diferente que parecía la muerte en la cara del primo Maze respecto a cómo la habían visto antes, en los rostros del ganado mutilado y muerto en la matanza. Cuando se golpea a una vaca en la cabeza con un hacha y cae al suelo, antes de cortarle el cuello, parece una vaca que se haya quedado dormida de costado. Y aunque la cara del primo Maze no tenía marcas, lo que reflejaba no era precisamente sueño.

—Haces to lo posible en el mundo por ellos —continuó Hiram, alzando las manos en un gesto de desesperación—, usas to lo que sabes, ¿y cómo te lo agradecen?

La cara de Maze estaba ligeramente cóncava por todas partes. La boca, abierta y colgando. Las mejillas, caídas en el medio como masa blanca a medio cocer. Los ojos hundidos, pero expresivos, a través de las cuencas negras. Los músculos, ligamentos y tejidos, nacidos.

—Ya te lo digo yo. Se sientan ahí y se ponen a aplastar moscas —dijo Hiram—. Dios, no puedo soportarlo. No sé si habrá quien pueda.

—Nadie —dijo Gerd.

No se dieron cuenta de que el tío Lorne estaba llorando hasta que desnudaron el cuerpo, pálido e increíblemente tieso. Lloraba sin hacer ruido, pero vieron las lágrimas correr por la barba grisácea de varios días.

—Casi prefiero que te quedes fuera, Lorne —dijo Hiram, acercando a la mesa una palangana de metal y dos trozos de jabón con lejía—. No deberías ver esto.

Pero el tío Lorne no le respondió, se limitó a quedarse allí de pie mientras sus lágrimas formaban manchas en el banco donde yacía muerto su hijo. También allí se quedó el padre de Gerd y del Cantante de Gospel, con el corazón igual de encogido pero incapaz de llorar por el primo Maze, al que tenía por su propio hijo. Gerd y el Cantante de Gospel se apoyaron contra una pared y mantuvieron la boca y el corazón en silencio mientras observaban la cara del primo Maze, en otro tiempo fuerte, completa y sonrojada, pero ahora casi irreconocible. Era como si hubiesen injertado la cara de otra persona en el cuerpo del primo Maze, un cuerpo que extrañamente no parecía afectado por la muerte, sumido en un sueño de músculos fuertes y relajados. A Gerd no le hubiese extrañado que volviese a respirar, pero nadie habría pensado lo mismo de aquella cara.

—¿Vas a pedir al Cantante de Gospel que venga a mi velatorio a cantarle *Farther Along* a MaryBell? —preguntó Hiram. Sacó de uno de los botes de barro una espátula de madera con un poco de maquillaje en el extremo. La deslizó entre sus dedos. Gerd la miraba como esperando que Hiram la fuese a convertir en serpiente de un momento a otro.

—La señora Carter quiere que lo haga —dijo Gerd—. Así que supongo que se lo

preguntaré.

—No veo pa qué le va a servir si ya está muerta —dijo Hiram—. Bastante tiene ya con los vivos como pa perder tiempo con los muertos.

—El Cantante de Gospel hace lo que puede —dijo Gerd.

—Eso es lo que digo —prosiguió Hiram—. Tiene tanto que hacer que mejor que lo haga pa los vivos.

Hasta que Hiram no hubo lavado, secado, vestido y peinado el cadáver, no se puso manos a la obra con aquella cara horrible y desmoronada.

Y lo hizo todo con las pequeñas espátulas de madera, que manejaba con la misma delicadeza y destreza que una mujer aguja e hilo. No llegó a tocar la cara del primo Maze con los dedos, solo con aquellas finas piezas de madera. Abría los labios e insertaba almohadillas de algodón. Las mejillas huecas crecían. De un bote de barro sacaba con el extremo de la caña un montículo de fino maquillaje blanco que servía para lograr una sólida máscara blanca que, mezclada con otra medida de polvos del tamaño de un guisante, cambiaba el color de la carne.

Gerd apretaba la espalda contra la pared y sentía que el aliento se le detenía en la garganta mientras observaba cómo Hiram borraba la muerte de la cara del primo Maze. Allí donde Hiram tocaba con sus espátulas de madera, la carne cobraba vida. Los círculos oscuros desaparecieron, los ojos hundidos se elevaron. Hiram le estaba trayendo de la muerte y a Gerd no le habría sorprendido verlo agacharse para de repente insuflarle vida.

—Llévate a mi pequeña Anne —dijo Hiram, mientras devolvía la cuchara de madera al bote de barro del secreter—. Nunca ha visto al Cantante de Gospel.

Esto hizo que Gerd apartase la cabeza del banco de trabajo de Hiram, en el que había estado contemplando el fantasma del primo Maze. Anne, la niña de Hiram, no había visto nunca a nadie porque era ciega. Nació así.

—No, no lo ha visto —dijo Gerd, no porque pensase que era lo que tenía que decir, sino porque Hiram, extrañamente, le miraba como pidiendo esas palabras.

—Y el Cantante de Gospel podría hacer más por esa chiquilla —dijo Hiram— que si le canta *Farther Along* a MaryBell.

—¿Más por ella?

—Si deja que lo vea —continuó Hiram.

—¿Que lo vea?

—Porque si se pone de rodillas y con las manos abiertas, y deja que ella le recorra el cuerpo con las suyas, podría hacer por Anne más que nadie en este mundo. Ella ha palpao caras antes, pero no hay nadie en Enigma, ni en ninguna otra parte, tan hermoso como el Cantante de Gospel.

—Palabra de Dios —asintió Gerd.

Hermoso. Sí, hermoso. Cada recuerdo del Cantante de Gospel destilaba belleza: el cabello dorado, rostro fuerte pero frágil, ojos azul intenso bastante juntos, huesos y ligamentos elegantemente formados. Gerd llevaba oyendo que el Cantante de Gospel

era hermoso incluso antes de que acabaran de limpiar el útero de su madre cuando nació.

Y era la belleza —no afeminada, sino viril— de su hermano lo que le había apartado del resto de los hombres. Después del funeral del primo Maze, Gerd confesó al Cantante de Gospel lo mucho que se había asustado al ver a Hiram trabajar con el primo Maze, para traerle de entre los muertos. El Cantante de Gospel, en pantalones cortos negros, con sus doradas piernas abiertas, replicó que *él* no se había asustado una mierda —antes de que le cambiase la voz, el Cantante de Gospel maldecía mucho. Hiram, dijo entonces, no podía traer a nadie de entre los muertos. Porque Hiram era feo. Y cojeaba. Pero *él* podía resucitar a los muertos. Él podía hacer cualquier cosa. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas encendidas; desde aquel día Gerd no volvió a dudar de su hermano. Ni siquiera se sorprendió cuando la voz de su hermano cambió diez años después. Le pareció natural que su hermano tuviese una voz que nadie había escuchado antes.

—Pero sabes que to el mundo en Enigma andará tras él —dijo Hiram, levantándose del secreter.

—No va a tener un minuto de descanso —dijo Gerd.

—To el mundo va a pedirle que cante canciones a chicas muertas y esas cosas, y no va a tener tiempo pa sus asuntos.

—Es verdá.

—Así que si tú se lo pides de mi parte cuando lo veas... Dile que está ciega y que quiere verlo.

—Claro, Hiram. Se lo pido de tu parte.

—Hay mucho que pedir, Gerd. Y no va a tener mucho tiempo, con to el mundo tras él y sin saber cuánto se va a quedar. ¿Me lo prometes?

Hiram cogió a Gerd por el brazo. El polvo de maquillaje color carne se desprendió de los dedos de Hiram y le cayó en la piel. Gerd apartó el brazo.

—Tengo que volver a casa, Hiram. Solo he venío al pueblo a por algunas cosas y ya las tengo —dijo Gerd, reculando hacia la cortina.

—No tengas tanta prisa, Gerd.

—Tengo que irme.

—Quédate a hablar un rato. Es mu triste estar aquí dentro sin nadie que retocar. Los agentes funerarios también se sienten solos.

—Puedes salir ahí con la señora Carter.

—Va a seguir aplastando moscas y prefiero estar aquí solo que ver cómo se toma a guasa mi velatorio.

—Tengo que irme. Papá me dijo que no tuviese mucho tiempo la camioneta en el pueblo. —Gerd ya estaba atravesando las cortinas.

—¡Prométemelo, Gerd! —gritó Hiram. Y cuando comprobó que no decía nada, gritó otra vez—. ¡Prométemelo!

Pero Gerd no respondió, como tampoco contestó a la señora Carter cuando le

preguntó mientras cruzaba el velatorio si trataría de interceder por ella ante el Cantante de Gospel. Cómo odiaba que siempre le estuvieran acosando para que hablase de parte de ellos con el Cantante de Gospel. El pueblo entero. Todo el mundo quería algo y todos pensaban que Gerd podía conseguirles lo que querían del Cantante de Gospel. Pero por supuesto eso no era así. El Cantante de Gospel escuchaba cada ruego y luego tomaba su propia decisión. Ser su hermano no constituía una garantía. Y aunque así fuese, Gerd ya tenía sus propias súplicas. Había mentido a Hiram al decirle que tenía que volver a casa con la camioneta de su padre. Lo más probable es que su padre estuviese en la cama y aunque no estuviese en la cama posiblemente no habría salido fuera de la casa como para echar en falta la camioneta y estaría pensando que Gerd estaba tumbado en la hamaca en el cobertizo del algodón. Pero estaba claro que no estaba allí ni iba a estarlo en todo el día. Conduciría de vuelta hasta la salida del pueblo, donde la 229 se encontraba con el camino de tierra que llevaba a su casa, plantada en medio del pantano de Big Harrikin. Allí esperaría el resto de la tarde, dentro de la camioneta aparcada entre los matorrales, mirando la carretera en busca del coche de su hermano: el gran Cadillac negro con cromados brillantes que en las escasas visitas del Cantante de Gospel rugía por Enigma y sus alrededores como un animal sanguinario de otra época.

Gerd no se detuvo a mirar a Willalee Bookatee, que seguía en la ventana del juzgado, balanceándose en la sombra compacta de la celda. Ahora lo que ocupaba su mente era la víctima de Willalee Bookatee. ¡MaryBell! Un nombre que recorría su boca como mantequilla dulce. Gerd, pensando en ella mientras subía a la ruidosa camioneta sin puertas y se dirigía hacia la salida del pueblo, ignoraba el calor, cada vez más intenso e increíblemente seco, el sol cegador y el escozor y desgarramiento de su piel.

MaryBell pasaba una y otra vez ante los ojos grises y vidriosos de Gerd. Lentamente, salió del lugar donde la tenía escondida y se dirigió hacia el lugar donde fabricaba sus sueños. A pesar de estar muerta, respondía obedientemente a sus órdenes y deseos, igual que había obedecido en el pasado durante incontables horas mientras él se mecía suavemente en la hamaca hecha de sacos dentro del cobertizo del algodón. Ella lo amaba, lo besaba en la espalda leprosa, en el pecho, la tripa y... ¡Dios misericordioso! Él florecía, cambiaba de forma, se volvía hermoso como solo el Cantante de Gospel podía serlo y ella no quería otra cosa que estar con él. Ya no era un leproso y lo amaban. Imaginó entonces que se casaban y que el Cantante de Gospel cantaba en su boda y que por la noche *MaryBellMaryBellMaryBell* lo agarraba y sujetaba con su montura abierta y húmeda, le llenaba la boca con los pechos, los pezones duros como el caucho chocaban contra sus encías podridas, propagando su sabor agridulce...

En una curva lenta y abierta con dirección este de la 229, Gerd dio un volantazo y esquivó por los pelos a un cerdo de patas famélicas y tumorosas plantado en medio de la carretera. El coche entró en la cuneta y terminó deteniéndose contra un canal de

drenaje de hormigón. La visión se hizo añicos. La montura de MaryBell se descompuso en fragmentos de muslos y vientre, y en metros de piel del color del requesón. Una nube de polvo se levantó desde el suelo de la camioneta cubriendo el espacio sin oxígeno que tenía ante la cara.

Tenía el dedo pulgar en la boca. Le sabía a los pechos con los que soñaba. Durante un instante, se encontró perdido, incapaz de saber hacia dónde iba y cuando lo hizo comprobó que se había pasado el camino de tierra y los matorrales donde supuestamente tenía que haber parado. Por la posición de la camioneta, inclinada dentro de la cuneta y atorada contra el colector, supo que se encontraba totalmente atascado. Estaba saliendo de la cabina y ya tocaba el suelo estirando la pierna cuando quizás por centésima vez la terrible y absoluta finitud de la muerte de MaryBell lo inundó por completo. ¡Muerta!, ¡maldita sea!, ¡muerta e inmaculada! Salió de la camioneta todavía con el pulgar en la boca. Un sollozo le atenazó la garganta. Gimió y miró con ojos entrecerrados la autopista temblorosa. Por aquella vía negra y ardiente vendría el Cantante de Gospel.

Gerd se sentó a uno de los lados de la cuneta, bajo un pino y con la cabeza apoyada en las manos. Ahora que MaryBell estaba muerta no había ningún motivo para quedarse en Enigma. Al menos cuando estaba viva podía verla de vez en cuando, con las piernas al sol, la carne estallándole en el cuerpo, inspirando y expirando bajo esos pechos que le bajaban desde las clavículas y le subían desde el ombligo y que no parecían dejar de moverse nunca en ambas direcciones. Pero tan pronto como se enteró de que la habían matado, supo que de una vez por todas tenía que convencer a su hermano para que le llevase con él.

La idea de dejar Enigma le rondaba desde hacía mucho tiempo. No recordaba cuándo había sido la primera vez y durante mucho tiempo ni siquiera se permitió pensar en ello y mucho menos compartirlo. Después de todo, ¿no se trataba de algo imposible? Había nacido en Enigma y se había criado en Enigma. ¿Qué tenía él que le redimiese de su nacimiento? No sabía de nadie excepto su hermano que hubiese vencido a Enigma, pero, claro, el Cantante de Gospel tenía voz y hermosura. Su hermano era una casualidad. Todos lo sabían y todos lo aceptaban. Y al mismo tiempo nadie esperaba que esa casualidad le sucediese a él. Ni siquiera lo esperaban. Era algo claramente imposible. Las probabilidades eran demasiado bajas.

Pero el Cantante de Gospel era su hermano. Si pudiese hablar con él antes de que su padre, Mirst y el resto de habitantes de Enigma le rodeasen pidiendo a gritos atención. Si pudiese tener con él un momento de tranquilidad, seguro que podría conseguir que el Cantante de Gospel le dejase entrar en el gran animal negro del Cadillac y abandonar Enigma para siempre.

¡Abandonar Enigma! ¡Escapar! Escapar del calor, de la sequía y de su propia piel magullada y fea. A un lugar donde los hombres no sudasen, donde las calles fuesen frescas como el viento y alegres como la lluvia, donde las corrientes fluyesen como leche por la tierra almibarada. Agarraría una guitarra y se sentaría a la sombra de un



edificio dorado entre el sonido de las monedas y la risa de los niños. Sabía que existían lugares así, los había visto en el cine de Tifton, que era su templo cuando su piel estaba en buen estado. Cuando la piel se lo permitía, solía pasarse sentado toda la tarde en la oscuridad de orín y palomitas de maíz de aquel palacio, mirando con devoción cómo aquellos fantasmas pálidos y dulces se movían por el cielo de Hollywood, en el que Rock Hudson y Doris Day —ajenos al sudor, la sangre y el dolor— se sentaban a la vera del Señor.

Gerd deseaba tener una Doris Day. MaryBell habría sido la mejor Doris Day que pudiera haber encontrado, pero ahora estaba muerta. Aunque tenía que haber otras en el mundo. En algún lugar había una para él y el único modo de conseguirla era a través de su hermano, el Cantante de Gospel. En primer lugar porque tendría que convertir a Gerd en un Rock Hudson. Sacaría a Gerd de Enigma, le sanaría la piel, le engordaría y le retocaría los dientes. Quizás hasta le remodelaría la cara entera. Sería como masilla en las manos del Cantante de Gospel. Cualquiera cosa por ser un Rock Hudson, porque solo los Rock Hudson conseguían a las Doris Day.

Miró sus dedos palmeados. El calor empapaba la tierra. Sus ojos se contraían como canicas en una chimenea y el cuerpo entero le parecía un furúnculo enorme sin sajar. No obstante, esperaría sin moverse del sitio el resto del día al Cantante de Gospel e incluso hasta la noche si fuera necesario. Después de todo era de ese sol que abrasaba furiosamente el pantano de Big Harrikin del que le iba a salvar el Cantante de Gospel. Volvió la vista hacia la telaraña que formaban sus manos y trató de imaginarse en la hamaca del cobertizo del algodón con MaryBell, pero no pudo. Tenía la piel en carne viva por el sol.

Se movió para acomodarse bajo la sombra de los pinos y mientras lo hacía fijó la mirada en los ojos de algo que, simultáneamente, le hizo gritar y ahogar el grito en la garganta. Ese algo estaba sentado en una cepa a menos de seis metros de él. Tenía brazos que parecían piernas y piernas que parecían brazos, y una cabeza pequeña y cuadrada encajada tan profundamente en el tronco que la mitad de su cara estaba oculta entre las clavículas.

—Hace un calor del carajo, ¿no? —dijo la Cosa.

Gerd cruzó lentamente los dedos, luego las piernas y después, durante un momento, hasta los ojos. Quería rezar porque sabía que lo que estaba viendo debía de ser el mismo diablo o alguno de sus secuaces, que para el caso daba lo mismo. Abrió la boca, pero todo cuanto acertó a decir fue: «Dios, Dios».

—Tienes toa la razón —dijo la Cosa—. Este tiempo no es bueno pa los freaks.

Metió la mano dentro de lo que parecía ropa o quizás su propia carne y sacó un mondadientes. El labio inferior, de color rosado, se abrió como la tapa de una lata de sardinas, dejando a la vista un inmenso diente en la mandíbula inferior. Frunció los labios y movió la mandíbula como un conejo comiendo una zanahoria.

—¿Qué andas haciendo por aquí?

—Dando una vuelta —dijo Gerd.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la Cosa.

—Garvin, pero me llaman Gerd —dijo, paralizado.

—Es un mal día pa pasear por una cuneta, Gerd —dijo la Cosa. Ladeó la caja de zapatos que tenía por cabeza y añadió—. ¿Alguna vez has visto una feria de rarezas?

Gerd descruzó las piernas lentamente.

—¿Eso es lo que eres tú?

—Bueno, no es que yo sea la feria entera, si es lo que preguntas.

Recogió el labio, dejando el diente dentro de la boca, que inclinó con tristeza.

—Pa ser honesto y sincero, ni siquiera soy un buen freak. Por eso estoy aquí en esta cuneta contigo. Pie, mi jefe, me envió a echar un ojo mientras el resto montaba el campamento. Pero si encuentro un blanco..., si vuelvo con un cliente, a Pie no le importará.

Gerd descruzó también los dedos y pestañeó. Incluso tanteó el terreno para poder acercarse a la cepa donde estaba sentada la Cosa.

—Seguro que no —dijo—. Sé quiénes sois. To el mundo en Enigma habla de la feria. No había visto a un freak antes. Ni nadie en Enigma. Hasta ahora no había venío ninguna feria y to el mundo piensa ir a verla. Ahora la mayoría están ocupaos en la celebración pa el Cantante de Gospel, estamos esperando al Cantante de Gospel.

—¿Acaso no le espera to el mundo? —dijo la Cosa, mientras se secaba la frente sudorosa contra las clavículas—. Vaya, llevo en esta cuneta dos días seguíos torrándome. Espero que llegue hoy, pero si no, volveré mañana.

—¿Cómo es que estás esperándole?

—Más que na porque Pie me lo ordenó. Hay que saber cuándo llega pa estar listos pa la avalancha que siempre le acompaña. El Cantante de Gospel trae consigo mucha gente.

—Es mi hermano —dijo Gerd.

—Seguro —replicó la Cosa—. Y el mío, y me consta que Pie piensa que el Cantante de Gospel también es *su* hermano. Pie no se comió una rosca hasta que empezó a seguir por toas partes al Cantante de Gospel y aprovechar el gentío que mueve. Ahora, Pie está tumbando en una caravana con electricidad y aire acondicionao, con esa puta pelirroja que pagó en Alpine, Texas, allí ganamos una pasta con la Alianza de toas las Iglesias de Texas pal Cristo de Hoy. El Cantante de Gospel actuó allí. Pie ahí con una mujer normal y yo aquí en una cuneta.

Ahora no estaba mirando a Gerd, sino a la vena desnuda y negra que formaba la autopista 229. Sacudió la cabeza lentamente y bajó la voz.

—Aunque supongo que es lo justo. Yo no soy un raro como él. No soy ni el más bajo, ni el más alto, ni el más feo, ni el más asqueroso ni el más raro, pero ese Pie tiene el pie más grande del mundo.

—Pero es mi hermano —gimió Gerd—. De verdá que es mi hermano.

Ya le había ocurrido antes, la gente no se creía que el Cantante de Gospel fuese su hermano y le ponía enfermo. Lo más maravilloso e importante de su vida y nadie lo

creía.

—Escucha, Gerd, ¿has visto alguna vez una feria de rarezas? ¿No tendrás una moneda en el bolsillo pa ver al hombre al que le nace un brazo de la espalda? Venga, saca esa moneda oxidá del bolsillo y vamos a verlo.

—No puedo. Estoy esperando al Cantante de Gospel —dijo Gerd, añadiendo en voz baja—. Y de verdá es mi hermano.

—Y si tienes un dólar puedes ver a Pie —dijo la Cosa—. No va a salir de esa caravana por menos de un dólar. Un dólar por cabeza porque tiene el pie más grande del mundo. Algunos raros tienen potra.

—Ahora no puedo.

—¿Ni siquiera pa ver un pie que es como la mitá de alto que tú? Los dedos son tan gordos como la cabeza de un bebe. ¿Ni siquiera por ver algo así?

—Nadie tiene un pie así de grande —dijo Gerd, mostrando una lengua descolorida entre los dientes.

—Trae paca la moneda y ya verás —dijo la Cosa.

Se levantó de la cepa, pero no andaba sino que arrastraba las piernas en círculos, como si fuese una oruga enorme. Fue reptando hasta Gerd, que seguía sentado en el suelo.

—Venga. Vámonos de aquí. Por un cuarto de dólar te enseño al hombre con dos ojos en la misma cuenca y la otra hueca del to.

Tener tan cerca a la Cosa ponía nervioso a Gerd. De su cuello salía un pequeño nódulo de carne como un cuerno y a Gerd le volvió a asaltar de repente la convicción de que estaba mirando a los ojos sulfurosos del diablo. Olía a azufre.

—No creas que no te lo agradezco —dijo—. Y pienso ir a veros a tos los freaks, de verdá, pero ahora tengo que quedarme aquí hasta que llegue el Cantante de Gospel.

Los ojos de la Cosa se quedaron clavados en un lado del rostro de Gerd. Miraba fijamente, inclinando su cuerpo compacto e informe.

—¿Pero qué es lo que ta pasao en la cara?

—Es una enfermedá. Me agrieto.

—Menuda llaga —dijo la Cosa, asintiendo con la cabeza a la altura del ombligo.

—Eso no es na —dijo Gerd—. Si vieras las que tengo en la espalda.

—¿En la espalda? —La Cosa chascaba su boca de conejo, rascándose la punta de la nariz con su inmenso diente.

—Las tengo por toas partes —dijo Gerd.

—¿De verdá? ¿Me las dejas ver?

Gerd no dejaba nunca escapar la oportunidad de enseñar su piel enferma. Soltó los broches metálicos de los tirantes y se desabotonó la camisa.

La Cosa silbó por un lado de la boca.

—¡Guau! Vaya espectáculo. Eso es un chollo, ¿no has pensao nunca en ser freak?

Gerd se abotonó la camisa y se abrochó los tirantes.

—Mi hermano es el Cantante de Gospel. ¿Cómo voy a ir viajando por ahí en una feria de rarezas?

—Sí, sí, pero te estoy hablando de mucha pasta. Pie convertirá cada una de esas llagas en dólares. ¿No quieres salir de este pueblo y ser alguien de provecho?

—Ya soy alguien. Soy su hermano y el Cantante de Gospel me va a llevar con él.

—Palabras. Pie hará algo más que hablar. Dime —dijo acercándose—, ¿se te encostran las llagas y luego sueltan ese jugo morao?

—Lo morao es medicina. Lo venden en Tifton.

—Bueno, eso da lo mismo. A los clientes les puedes decir que tu sangre es de ese color. Se creen cualquier cosa en las ferias de rarezas. También podemos pegarte unas escamas.

—No me vais a poner na porque no pienso ir a ninguna parte.

La cabeza cuadrada de la Cosa se echó atrás como una pesa y clamó al cielo alzando sus brazos con forma de piernas.

—Pa mí que no me estás escuchando. ¿Es que no quieres algo más de este mundo que librarte del ejército? Al menos piensa en mí. Pie me dará un plus si le llevo una atracción nueva. Siempre está buscando raros. Es un tío mu majo, pero que mu majo. ¿Qué otro enano conoces que esté encamao con una pelirroja en una caravana con aire acondicionao y remolca por un Cadillac? Lo ha conseguido to con su pie. Y puede hacer lo mismo por ti.

—El Cantante de Gospel tiene un Cadillac —dijo Gerd.

—Claro —dijo la Cosa—. Y de su propiedad. Escucha, no soy mu distinto a ti. Salvo que Pie me encontró en una cuneta del este de Tennessee. Estaba tan triste que me había olvidao hasta de llorar. Mis padres no soportaban mirarme, así que me escondían en el granero. No me aguantaba a mí mismo. Pie me llevó y me dio un hogar. Quizás no sea gran cosa, pero puedo abrirme camino. Por eso le amo... Bueno, quizás no sea amor, pero su palabra es ley para mí. Le sigo como Pedro siguió a Jesús.

Gerd miraba fijamente a la Cosa.

—¿Hizo to eso? ¿Te sacó del este de Tennessee?

—Claro —dijo la Cosa—. Y a ti también te sacará.

Gerd estiró el cuello para mirar hacia la autopista vacía que, con el sol chocando contra las copas de los pinos, parecía ondularse bajo el calor creciente.

—¿Dónde está la caravana de Pie? —preguntó Gerd.

—Acampamos un poco más allá de esos árboles. En apenas un minuto estamos allí y ves a Pie.

La Cosa se deslizó unos metros en esa dirección. Miró atrás y sonrió, con el diente iluminado por un sol lacerante.

—Vamos, *vamos*.

—Podría perdérmelo, podría llegar cuando no esté.

La Cosa volvió a clamar al cielo.

—Dios Topoderoso, es que no ves lo que trato de darte. Soy del este de Tennessee y no soy normal, pero he viajao por to el país en barco, avión y tren. Pie me acogió y puede hacer lo mismo contigo.

Gerd se puso de rodillas de repente. Bajo la pálida piel de su rostro tirante surgió una sombra pesada.

—Maldita sea, no sabes quién soy. Nos ha construío una casa de ladrillo a mí y a to mi familia. Tenemos un camión nuevo y ganao de raza que ya murió. Tú no sabes quién soy y no pienso ir contigo —Gerd asentó de nuevo sus nalgas delgadas y oblicuas como quien clava una estaca en el suelo.

La Cosa retrocedió unos pasos y habló con voz más baja, como cuando se pregunta por el estado de salud de un amigo.

—Estás loco, so paleta. Estás loco de remate. Pero da igual si lo estás porque le gustará más a Pie. Tenemos gente un poco loca, medio loca, mu loca y loca del to. Tú pareces de los últimos y son los mejores.

Gerd estaba demasiado débil después de haber pasado el día al sol y del arrebato de rabia como para acercarse de nuevo hasta la Cosa. Pero en su interior quería ponerse de pie y patearlo hasta matarlo. No tenía derecho a no creer en el Cantante de Gospel, pero mucho menos a no creer que él era el hermano del Cantante de Gospel.

—No estoy loco, tío —dijo, pero su voz era como un susurro—. No lo estoy.

—Quizás podrías hacer de Pirao —dijo la Cosa, mientras se rascaba la barbilla en forma de salchicha y miraba meditabundo a Gerd—. ¿Alguna vez has visto a un Pirao? ¿Sabes lo que es? Un Pirao no es más que un hombre normal sin talento ninguno. Sin na que enseñar. To lo que tiene que hacer es estar listo pa seguir a Pie y hacer lo que diga. Da lo mismo el motivo pa seguirle. Los motivos no cuentan. El Pirao que tiene ahora Pie es un tío loco al que le pirra el *whisky* como a un niño las golosinas. Así que cuando Pie tiene dos o trescientos clientes en fila pa mirar (a veces más de trescientos porque un Pirao atrae a la gente como la mierda a las moscas) no se para a pensar porque sabe que Pie va a estar esperando con una botella de *whisky* después de la función.

—¿Y qué es lo que hace? —La pregunta brotó de Gerd como si fuese su último aliento.

—Un Pirao puede comerse un pollo vivo en tres minutos, con plumas y to. Pela una serpiente como si fuese un plátano y se la come delante tuya en un periquete.

Gerd desfallecía por dentro y se sentía totalmente conmocionado. Se arrepentía de haber hablado con la Cosa. Se arrepentía de no haberse levantado y echado a correr como si le hubiese ido la vida en ello cuando lo vio sentado en la cepa.

—Estás loco —dijo Gerd—. Tú, tú sí que estás loco.

—Pie dice que estoy solo un poco loco —dijo la Cosa con tristeza—. Pero el mundo está lleno de gente un poco loca. No ayuda na ser uno de ellos.

La cabeza plana y cuadrada se hundió como una pesa hasta que las orejas dejaron de verse. Se estaba encogiendo de hombros.

—Algunos de nosotros no tenemos na de potra. Llegaría mucho más lejos si estuviese loco del to —miró arriba, hacia el fuego que había prendido en el cielo el sol del ocaso—. Bueno, uno no puede tener to. Pero escúchame —dijo, regresando repentinamente de su balbuceo—, ¿te vienes conmigo a ver a Pie? Porque parece que el Cantante de Gospel no va a venir esta noche. Va a oscurecer enseguida. De toas formas no ibas a distinguirlo. Ven a ver a Pie, ¿vale? No, ya veo que no. Te vas a quedar aquí en la cuneta a esperar a alguien que no sabe que estás vivo ni le importa —sacudió la cabeza desde el ombligo—. No vale la pena ayudar a algunos. Es tontería. Aunque te diré lo que voy a hacer por ti. Le voy a hablar a Pie de ti. Le diré que estas lleno de llagas morás y que te pones medio loco cuando te mientan al Cantante de Gospel. Sé que querrá hablar contigo y si tienes suerte puede hacer de ti un Piraó. Puede sacarte de Enigma.

Ya se había alejado unos metros cuando Gerd recuperó la voz.

—¡No hables con Pie, por favor! ¡No le hables de mí!

La Cosa miró atrás, su enorme diente era una flor amarilla que crecía en el montículo oscuro de la mandíbula.

—Sí, por lo menos estás medio loco y quizás loco del to. Tienes que estarlo pa hablar así.

La flor se abrió de nuevo y la Cosa salió de la cuneta en dirección a los árboles sombríos.

Gerd se sentó, atónito, sin dejar de mirar el punto en el que la Cosa había desaparecido. Quería dejar Enigma, quería hacerlo de verdad, pero su deseo no era tan poderoso como para tener que comer serpientes delante de una multitud curiosa. Y sentía que Pie no se iba a quedar satisfecho ahora hasta hacer de Gerd uno de sus pirados. Su única oportunidad era que el Cantante de Gospel lo salvase.

Se giró bruscamente y miró hacia la autopista, todavía vacía, que empezaba a fundirse con la oscuridad del paisaje. Dos tiras de luz gemelas empalaban el cielo en poniente. No había viento. Gerd estaba de pie en el borde inclinado de la cuneta, escuchando su propia respiración.

Fue entonces cuando lo oyó, un sonido lejano y luctuoso. Sintió como la piel se le encogía sobre el corazón. Lo que oía era el aullido insistente del Cadillac. ¡El Cantante de Gospel volvía a casa! Gerd se quedó de pie, paralizado entre la maleza de la cuneta, mientras observaba la imagen borrosa, monstruosa y pesada, que se formaba donde la carretera se unía con el horizonte.

¡Un carro negro saliendo del cielo!

Casi podía oír la voz, la voz de su hermano, retumbando con el aullido del Cadillac: *Swing down, sweet chariot, stop and let me ride!*

¡Gran Dios todopoderoso!

Se acercaba, sin luces y aparentemente sin tocar el asfalto, deprisa, más poderoso y rápido de lo que Gerd recordaba. Comenzó a cobrar formas definidas, el amplio frente del capó; el turgente parachoques, grande y brillante. Ya estaba frente a él,



Gerd apenas podía creerlo. Se había hecho realidad.

Entonces, en un instante cayó en la cuenta de que el coche estaba a punto de pasarle a toda pastilla dejándole solo en la oscuridad.

Gerd se lanzó a la carretera, pronunciando a gritos el nombre de su hermano, agitando y extendiendo los brazos frenéticamente.

Ahí se dio cuenta de que el coche no iba..., no podía parar. Los pechos cromados del coche le explotaron en los ojos. Gritó y se echó atrás en el último minuto, tratando desesperadamente de escapar de la panza negra y veloz del Cadillac.

## TRES

El Cadillac era enorme, abovedado, acorazado y macizo, especialmente fabricado por Detroit según las especificaciones del Cantante de Gospel, y aunque la factura tenía los ceros que quiso Detroit, el Cantante de Gospel no escatimaba en gastos porque año tras año ganaba más dinero del que podía gastar. El interior era de intenso color rojo chillón, los asientos y la tapicería del techo, de piel gruesa; y tenía el suelo acolchado con una moqueta esponjosa. Una luz de color malva pálido que parecía emanar de los propios pasajeros iluminaba al Cantante de Gospel en el asiento de atrás, donde descansaba las largas articulaciones y la hermosura que se desplegaba bajo su increíble cabeza de pelo rubio de muchacha. Iluminaba también a Didymus, representante, chófer y confesor del Cantante de Gospel, sentado con el rostro enjuto y manchado de nicotina, rígido dentro de su traje de ejecutivo azul marino. Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro al Cantante de Gospel, su boca parecía el filo de un hacha y vestía un alzacuello.

—¡Pones en peligro tu alma inmortal cuando hablas así! —gritó Didymus.

El Cantante de Gospel se reía entre dientes y la risa manaba de su garganta, sonora y vibrante, con el ruido de una maquinaria de precisión abundantemente engrasada. El paisaje del ocaso se extendía silencioso, mudo bajo el zumbido suave del aire acondicionado. Al oeste, el sol había dejado dos pilares de luz idénticos, erguidos contra el cielo.

El Cantante de Gospel miraba fijamente el cuello gris y delgado de Didymus. Hablaba con voz sosegada y afable como si estuviese haciendo rabiar a un niño.

—Bueno, si Dios no tuviese sentido del humor no habría hecho que las mujeres sangraran. Porque poner a todos los hombres a desearlo, ansiarlo, soñar con ello por el día y a rezar por la noche, y al final hacer que... —Se echo a reír a carcajadas—. De todas las bromas que gastó al mundo, esa es la mejor.

Didymus, con los ojos inyectados en sangre, se volvió para mirar ferozmente por encima del hombro al Cantante de Gospel. Mientras lo hacía, un golpe seco y suave estremeció el coche veloz.

—Y por amor de Dios —dijo el Cantante de Gospel—. Enciende las luces antes de que nos matemos en un agujero de la carretera.

Luego, como una idea de último momento, dijo:

—También podías mirar por dónde vas.

—Preocúpate de hacia dónde va tu alma y deja que el mundo cuide de sí mismo —rugió Didymus—. ¡Piensa en el momento de tu muerte!

—No empieces, Didymus.

El Cantante de Gospel dejó de reír de repente.

—Nunca olvides quién eres —dijo Didymus.

—Sé quién soy —respondió—. Canto gospel donde me pagan. He ganado una pasta impresionante y voy a ganar todavía mucha más.

—Luchas contra ello —dijo Didymus—. Pero luchar contra ello está en la naturaleza misma del don.

—Mi don es cantar canciones, canciones de gospel, y nunca he luchado contra eso.

—Me refiero al otro don —dijo Didymus.

—Te refieres a las mujeres —dijo el Cantante de Gospel, soltando una carcajada.

—No —dijo Didymus—. Ya sabes a lo que me refiero...

—Te prohíbo que lo digas, Didymus.

—Vale, puedes callarme —dijo Didymus—. Pero no puedes enterrar en el silencio lo que los dos sabemos, no en esta tierra, ni en tu corazón. Yo...

—¡He dicho que silencio!

—De acuerdo.

Por un momento solo se oyó el runrún apresurado de los motores, del metal contra el metal lubricado, del coche.

—Pero recuerda que tienes que hacer penitencia por esos comentarios sobre Dios —dijo Didymus, con los labios entrechocando brevemente.

—Sí.

—Cantarás diez *Rock of Ages Hide Thou Me?*

—¡Claro!

—Que sean quince. No estás arrepentido.

—Te juro que si no te callas te llevo a Tifton y te dejo allí hasta el concierto.

El Cadillac pasó como una bala por los cinamomos resechos y frenó al entrar en Enigma ante el semblante sólido de las oscurecidas tiendas. Una única luz lucía tras el cristal de la funeraria de Enigma. El juzgado negro se encontraba justo ante ellos al final del pueblo.

—¿Es esto? —preguntó Didymus, parando el coche delante de la tienda de semillas—. ¿Aquí es donde naciste?

—Aquí no —dijo el Cantante de Gospel con voz muy baja y apagada—. Nuestra casa está más atrás, en el pantano de Big Harrikin.

—¿Entonces por qué hemos venido hasta aquí? Podemos ver el pueblo mañana o pasado mañana, o nunca. Vamos a tu casa. Vámonos ya. Llevo conduciendo desde Roanoke, Virginia. Estoy cansado. Además... —dijo, lanzando una mirada ladina al Cantante de Gospel—, tienes penitencia por hacer.

—Quiero echar un vistazo.

Didymus dejó encendido el motor para mantener funcionando el aire acondicionado y bajaron del coche. La luna llena estaba suspendida como si fuera un sol sobre el pantano de Big Harrikin.

Didymus se llevó una mano a la garganta.

—Apenas puedo respirar. No tenía ni idea de que hiciese tanto calor. ¿Cómo puede hacer tanto calor?

—Alguien ha muerto —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Didymus se giró bruscamente para mirar tras él.

—Hay luz en la ventana de Hiram. Alguien está velando a los muertos.

—¡Todos lo hacemos! —gritó Didymus—. Todo hombre...

De repente se detuvo.

—¿Quién es Hiram? —Miró en la dirección en la que señalaba el Cantante de Gospel.

—Esa casa donde se ve la luz es la funeraria —dijo el Cantante de Gospel—. Hiram es el dueño.

—¿Y hay alguien velando a alguien que está ahí muerto?

—Exacto.

—¿Por qué? —preguntó Didymus.

—¿Que por qué? Porque ha muerto.

—En California no hacen eso —dijo Didymus.

—Bueno, pues aquí sí. Ya ves —dijo el Cantante de Gospel—. Lo normal es llevar a los muertos a casa y velarlos en el salón. Es poco frecuente velarlos en la funeraria como ahora. Es posible que el muerto no sea de Enigma.

Didymus dejó de pegar brincos y se apoyó en el guardabarros del Cadillac. Sacó un librito del bolsillo interior del abrigo e hizo un par de anotaciones.

—¡Dios, velan a los muertos en el salón! Bueno, bueno.

Puso de nuevo el librito en el abrigo.

—Vamos —dijo—. Vámonos de este calor.

—En el pantano hará todavía más calor. Tranquilo, quiero quedarme aquí un minuto.

—¿Qué estás mirando? ¿Lo notas cambiado?

—No se ha construido nada en Enigma desde que nací —dijo el Cantante de Gospel—. Aquí nunca cambia nada. Salvo quizás esa pancarta para mí. La han hecho ahora y eso es nuevo.

Didymus se apartó del guardabarros del coche.

—Hay algo más. Pie está aquí. Ahí está su cartel.

El Cantante de Gospel se giró para mirar en la dirección a la que apuntaba Didymus. El cartel de la feria de rarezas estaba al otro lado de la calle, justo debajo de la pancarta de bienvenida. Había perdido una chincheta y tenía doblada una esquina.

El Cantante de Gospel emitió una especie de sollozo y se sumergió en la parte trasera del Cadillac.

Didymus regresó lentamente al coche y soltó el freno de mano.

—No hay razón para ponerse así por Pie —dijo.

—Da la vuelta —dijo el Cantante de Gospel—. Sácame de aquí.

Apoltronado en el asiento de atrás parecía muy pequeño, con la cara apartada de la ventana.

Didymus tuvo que maniobrar marcha atrás para dar la vuelta en la calle y luego

condujo despacio hacia la autopista 229. Al pasar por el banco de Enigma, tres hombres se alzaron como fantasmas desde las sombras donde estaban sentados y un grito, casi un alarido, sobresaltó la noche. «¡TE DIJE QUE ERA ÉL! ¡EL CANTANTE DE GOSPEL HA VUELTO!». Ni Didymus, ni el Cantante de Gospel miraron a los hombres. Didymus clavó el pie en el acelerador y el coche salió disparado.

—Hay un camino a medio kilómetro de aquí. Es de tierra. Tira por ahí —dijo el Cantante de Gospel.

—Es ridículo que un hombre como tú tenga miedo de un hombre como Pie —dijo Didymus con suavidad y mirando al frente.

—¿Quién ha dicho que tenga miedo? —preguntó el Cantante de Gospel, incorporándose—. ¿Quién ha dicho eso? ¿He dicho yo que tenga miedo de Pie?

—No.

—Ten por seguro que no lo he dicho. No le tengo miedo, pero no tiene derecho a seguirme. ¿A quién le gustaría que un engendro así siga sus pasos? Pienso ir a visitarle y arreglar esto de una vez por todas. No me he convertido en el mejor Cantante de Gospel del país para que me siga un puto raro.

—¿Y por qué no ahora? —dijo Didymus—. No me importaría pasarme otra vez por la feria. Seguro que ya ha acampado cerca de aquí.

—No —dijo el Cantante de Gospel con voz más baja, hundiéndose en el asiento—. Va a seguir con la misma historia hasta que lo arreglemos, pero ahora estoy demasiado cansado. Hecho polvo.

El Cadillac frenó hasta detenerse en la autopista.

—¿Es aquí donde tengo que torcer? —dijo Didymus—. ¿A eso le llamas camino? —agregó cuando las luces lo alumbraron directamente.

—Es ese, y conduce despacio. No está acostumbrado a los Cadillac.

Arbustos y matorrales raspaban ambos costados del coche. Didymus se esforzaba por seguir los surcos de neumáticos en la carretera, bajando la velocidad hasta casi parar el coche.

En el asiento trasero, el Cantante de Gospel suspiraba profundamente, presionando la frente contra el cristal frío de la ventanilla. Lo sentía como si fuese un hierro que estuviesen retorciéndole en el cráneo. Los ojos le ardían. Los cerró y trató de relajarse. Tenía el cuello tieso y podía escuchar la vibración de su corazón. Había recorrido todo el país, autopistas anchas, caminos polvorientos, había vadeado arroyos, cruzado puentes de numerosos arcos y, de todos los lugares que podía imaginar, Enigma era el que menos le gustaba. En su última visita se había prometido que pasarían muchos años hasta volver a casa de nuevo y en más de una ocasión se había dicho que no volvería jamás. Pero apenas habían pasado siete meses y aquí estaba otra vez.

No le gustaba pensar en el motivo por el que regresaba una vez tras otra a Enigma, más o menos cada medio año. Una vez trató de engañarse diciendo que era

por su familia: su madre, sus dos hermanos Mirst y Gerd, su hermana Avel, y su padre. Recibía cartas quejasas de ellos. Le escribían tanto en grupo como por separado. Grandes paquetes de cartas atados con cordel de color púrpura que Didymus insistía en conservar por Dios sabe qué motivo. Las cartas le llovían allí donde estuviese, suplicándole que volviese a casa, insistiendo, exigiendo casi, que regresase a Enigma con los suyos. Pero ya no eran los suyos y no lo habían sido desde que descubrió la voz para cantar gospel y puede que incluso antes. Probablemente no eran los suyos desde que al nacer recibió como marca una belleza que ninguno de ellos había visto antes. Y ahora ya no podía responder a las cartas porque a medida que pasaban los meses le resultaba cada vez más difícil mentirles, decirles que les echaba de menos, decirles que deseaba volver a su casa de Enigma, cuando en realidad lo que deseaba a toda costa era enterrar Enigma, negar que alguna vez hubiese existido o que él hubiese formado parte de ese lugar. Así que encargaba al señor Keene y, después de que este desapareciese, al señor Didymus que respondiesen las cartas con excusas de por qué no podía ir a casa y contasen cómo iba repartiendo el canto de su corazón por todo el mundo, cómo se entregaba a los demás y compartía su don porque esa era su misión, su cruz. Y junto a las cartas enviaba dinero, sobres blancos repletos de billetes verdes. Eso ayudaba. Podían entender el dinero. Pero el dinero se acababa gastando y le querían a él. ¡A ÉL!, solían proclamar las cartas.

Pero al final no era por ellos por lo que regresaba. Diez días antes se había despertado en un motel de Washington D. C. y, antes de que se despejase lo suficiente como para saber en qué ciudad se encontraba, supo que tenía que volver de nuevo a casa. Había soñado con MaryBell y era el momento. Miró hacia Didymus, que parecía no dormir nunca y estaba sentado junto a la ventana, escribiendo frenéticamente en su cuaderno, y dijo:

—Me voy a casa.

Errático y tembloroso, Didymus dejó de golpe lo que estaba haciendo y exclamó, apuntando con un dedo marrón y huesudo.

—¡No puedes irte a casa! ¡Nadie puede irse a casa! Porque el mundo no es nuestra casa y...

Calló, su rostro se templó y sus ojos parecieron centrarse.

—¿A casa? —dijo con asombro—. ¿A casa? ¿El Cantante de Gospel vuelve a casa, a Enigma?

Desde que se había convertido en su representante quería desesperadamente visitar el lugar de nacimiento del Cantante de Gospel.

—Sí —dijo el Cantante de Gospel.

—Enigma —dijo Didymus—. Qué maravillosa y hermosa palabra.

Volvió la vista al cuaderno y escribió aún más rápido.

Y aquí estaba, en el camino oscuro que conducía al pantano de Big Harrikin, a la granja de cerdos y a la familia en la que había nacido. E igual que se había ido de la

granja, se había ido de su familia: de sus padres, hermana y hermanos.

Se había separado de ellos en todo menos en el amor. No solo no se parecía a su familia, sino que, extrañamente, ni siquiera sonaba como ellos cuando estaba lejos de Enigma. No se trataba únicamente de la calidad y la fuerza de su voz. Era algo mucho más profundo. Nadie sonaba como el Cantante de Gospel. Era un involuntario y auténtico imitador. Adoptaba automáticamente el acento —elección de palabras, inflexiones— de cualquiera con el que estuviese. Era una suerte de osmosis verbal que lo empapaba y formaba parte de su ser. En Kansas City tenía acento nasal; en Brooklyn, quejumbroso; en Nueva Inglaterra, seco; en Texas mascullaba.

Ahora estaba llevando aquellos dialectos desconocidos, la belleza y la voz a Enigma, donde la gente le rondaría nerviosa, le tocaría a hurtadillas, le susurraría peticiones imposibles al oído, todos tras su rastro como perros tras carne roja. Tendría que quedarse en medio, impotente, castrado por la incapacidad de aliviar su sufrimiento. Todo cuanto podía hacer por ellos era compadecerles, sentir lástima por su ignorancia y por el estado de su mundo.

Que se compadeciese de ellos no significaba que quisiera compartirlo con ellos. ¿De qué le iba a servir enfangarse en sus miserias? Sobre todo cuando podía escapar, pero aunque todo esto era obvio para él, no lo era tanto para la gente de Enigma. Y todavía menos para MaryBell Carter, que era el ejemplo concreto de la tendencia general a asfixiarle en Enigma.

Ella era también el motivo que le había traído de vuelta. Esta y todas y cada una de las veces. Era por ella: para verla, para oírla. Era su piedra de toque. A veces sentía que gracias a ella podía sentirse a sí mismo como un ser de carne y hueso. Cuando los conversos caían a sus pies como el trigo bajo la guadaña, cuando todo el mundo se convertía con su palabra, necesitaba a MaryBell.

Suspiró. Porque ella también tenía sus complicaciones. Era cierto que a veces durante varios días seguidos todo su empeño era evitar pensar en ella, evitar verla en la oscuridad de su mente, esperando a que él volviese. El hecho de que ahora ella se impusiese en sus pensamientos era suficiente para apartar la vista de la ventanilla lentamente, tratando de aparentar normalidad incluso consigo mismo, levantar la mano y trancar las puertas traseras.

Didymus gruñía o silbaba a ratos en el asiento delantero.

—¿Cuál es el problema, Didymus? —preguntó el Cantante de Gospel secamente, enfadado consigo mismo por haber sido lo bastante estúpido como para temer que MaryBell fuese a abrir de repente la puerta del parsimonioso coche y saltarle encima. Y al mismo tiempo sabía que no era tan estúpido y temía verla en cualquier momento, desesperada y con los brazos abiertos, abalanzándose sobre él en el asiento de atrás.

—Este sitio es salvaje —decía Didymus, mientras su cabeza oscura se meneaba iluminada por las luces del salpicadero. El coche casi se había parado, entre balanceos, oscilaciones, y raspones y arañazos contra el camino—. No puedo creerlo, es hermoso, demasiado bueno.



—Mira la carretera —dijo el Cantante de Gospel, a pesar de que Didymus no apartaba la vista del camino—. Mira por dónde vas.

—Surgió del pantano y cantó sobre Dios —dijo Didymus.

A Didymus le gustaba emplear la tercera persona cuando se refería al Cantante de Gospel. Antes esto le parecía divertido al Cantante de Gospel, pero ahora lo encontraba irritante. Didymus gimió, silbó, suspiró y trató de mantener la vista en la carretera y olvidarse del paisaje sombrío y listado por la luz de la luna. Mientras, en el asiento de atrás el Cantante de Gospel, en un esfuerzo por alejar su mente de MaryBell, se mortificaba pensando en Pie, el espectro que le acechaba, el fantasma que por algún motivo se había fijado a él. Ya habían pasado casi cinco meses desde que el Cantante de Gospel se percató de que Pie le seguía. Lo recordaba claramente porque fue la semana en la que el señor Keene desapareció y Didymus se hizo cargo de sus asuntos. Habían clavado el póster en el mismo edificio en el que el Cantante de Gospel tenía su camerino, justo enfrente del Renacimiento Evangelista de Cristo en el que iba a actuar en Houston. Vio el póster e hizo un comentario mientras salía hacia el espectáculo.

—¿Una feria de rarezas? —le dijo a Didymus.

—¡La aflicción es el fruto del pecado y el pecado es la realidad del hombre! —se lamentó Didymus, con los ojos primero en blanco y luego rojos antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo el Cantante de Gospel. Luego vio el póster. En calma y sin moverse, echó un largo vistazo.

—Bueno —dijo—. Nunca he visto ninguna, pero podría ser una lección para todos nosotros. Tenemos que ir.

—Yo no —dijo el Cantante de Gospel—. No pienso ir a tal cosa.

Al final, ni siquiera fue Didymus, al menos no esa vez. Fue tres conciertos después —en la actuación de Tulsa, Oklahoma— cuando vieron de nuevo el póster y comprendieron que Pie les estaba siguiendo.

—¿Pero por qué me sigue? —se preguntaba el Cantante de Gospel—. Es un país libre y tengo derecho a que no me sigan.

—Tenemos que ir a verle —dijo Didymus.

—¿Por qué? ¿Quién quiere ver a un puto freak?

—Esa no es respuesta —dijo Didymus—. Y no hables así.

—Porque... porque no puedo ayudarles.

Didymus sonrió.

—Ellos ya lo saben. Seguro que lo saben.

—No puedo ni mirarles —dijo el Cantante de Gospel.

—Pero es que están para eso. ¿Para qué crees que son los raros? Por eso están en este mundo.

—No pienso ir a una cosa así —dijo el Cantante de Gospel.

—Pues yo sí —dijo Didymus.

Y esa noche Didymus fue a la feria de rarezas mientras el Cantante de Gospel

dejó su piel fría tumbada en la cama del hotel, esperando con una sensación de curiosa ansiedad corriendo por las venas. ¿Cómo sería una feria de rarezas? Sin duda, sería una especie de Enigma concentrado, lo mismo de lo que había querido escapar recorriendo medio mundo. Tumbado en la cama, soñó con freaks que aullaban, en fila, metidos en jaulas.

Y mientras estaba tendido soñando con cosas que jamás había visto, una superstición religiosa se abrió en su interior como una vieja herida. ¿Sería Pie el terror que Dios había enviado para acosarle por todas partes? De todas formas, ¿por qué iba a preocuparse Dios de él, del Cantante de Gospel? El hijo del dueño de una granja de cerdos, que tuvo la suficiente fortuna como para ganarse un nombre cantando gospel, sin más. Y además...

Saltó de la cama y cantó tres *Wings of a Dove*, y como eso no bastó cogió el teléfono, decidido a tomar las dos direcciones teológicas al mismo tiempo, y mandó venir a su habitación a la directora del coro evangélico, cuya carne era más tersa que el pecado y que además era virgen. Pero eso tampoco ayudó y cuando ella se fue, se tiró de nuevo en la cama con la piel todavía como el hielo, porque su boca era roja como el póster, sabedor de que ahora, además, tendría que contárselo a Didymus.

Didymus había vuelto en un frenesí religioso, como Moisés había vuelto de la montaña con fuego en las manos.

—¡Son la IRA de Dios! —gritó, irrumpiendo en la estancia con brazos y piernas extendidos, crucificado por su propio delirio obsesivo.

Y el Cantante de Gospel, que ya sabía de quién y de qué estaba hablando, permaneció despatarrado, con calzoncillos de seda blanca, sin decir palabra.

—Tienes que ir a verlo —gritó Didymus—. Allí están todas las perversiones de la carne, todas las deformidades. ¡Son las señas de la humanidad! ¡Jamás verás tan claro como al mirar al rostro del hombre sin ojos, sin cuencas siquiera, ni un agujero de la nariz para arriba!

Luego, para espanto del Cantante de Gospel, Didymus se puso a repasar el catálogo de desgracias que había visto en la feria de rarezas.

—Guárdate para ti lo que hayas visto —dijo el Cantante de Gospel.

Pero Didymus no tenía intención de callar. Empleaba al Cantante de Gospel como un lienzo, como un terreno sobre el que construir aterradoras imágenes de carne retorcida. Hacía que el Cantante de Gospel permaneciese de pie ante el espejo que había pegado tras la puerta del baño y, mientras hablaba de maravillas sin piernas, señalaba las piernas bien contorneadas, tersas y musculosas del Cantante de Gospel para reforzar su exposición.

Didymus reservó a Pie para el final. Pie era el cerebro, el raro a cargo de organizar el resto de raros. Didymus lo había visto, incluso llegó a hablarle.

—Es el raro más grande de todos —dijo Didymus—. Es un especialista. Su aflicción tiene un centro de atención, su pie.

—¿Su pie?

—De ahí su nombre —dijo Didymus—. ¡Pie! El pie más grande del mundo. ¡Sin duda una de las criaturas elegidas de Dios!

Y desde entonces, Pie no se apartó del rastro del Cantante de Gospel. En cada ciudad, en cada reunión en la casa de Dios, en cada carpa de festival abarrotada donde el Cantante de Gospel abría la boca para liberar los himnos sagrados, en todos los lugares a los que iba, veía la señal de Pie. Nadie sabía cuánto tiempo le había estado siguiendo antes de que el Cantante de Gospel se diese cuenta. Probablemente años. Quizás su vida entera.

—El camino está poniéndose peor —dijo Didymus, inclinándose hacia delante para poder ver algo por el parabrisas.

—Casi hemos llegado —dijo el Cantante de Gospel—. Ya falta poco.

—¿De verdad naciste aquí?

—Sí.

El Cadillac gruñó de repente y se zafó del camino lleno de baches para entrar en un claro, llano y arenoso, donde se levantaba una casa de ladrillo bajo la luz de la luna. Junto al porche crecían palmeras y maleza. A la izquierda y derecha de la casa había varios edificios anexos medio caídos.

—¿Qué narices es ese ruido? —preguntó Didymus.

—Cerdos —contestó el Cantante de Gospel.

—Entonces, sobra preguntar por el olor apestoso.

—Ya te dije cómo era antes de venir.

—Supongo que nunca te creí —dijo Didymus.

La casa era grande y tenía un porche amplio y cubierto, con columnas de mármol redondo y ventanas en arco con separadores de plomo en los cristales. Las ventanas de la fachada estaban iluminadas con una tenue luz amarilla.

—Criar cerdos debe ser rentable —dijo Didymus—. Menuda casa.

—La construí yo —dijo el Cantante de Gospel—. Costó setenta mil pavos levantarla y amueblarla y ya la han arruinado, pero no lamento ni un solo centavo.

—El Cantante de Gospel les construyó un hogar como jamás habían visto antes —dijo Didymus.

—Por mí pueden destrozarla del todo mientras no tenga que estar dentro con ellos.

Didymus quitó el contacto del coche, pero dejó las luces dadas. Abrió la puerta. Varios perros ladraron. Mastines de cabeza ancha, lomo enjuto y ojos amarillentos que surgieron de las sombras. Didymus cerró la puerta.

—Perros mal encarados —dijo Didymus.

—Será mejor que esperemos a que alguien salga a mandarles callar —dijo el Cantante de Gospel. Se abrió la puerta principal y vieron un grupo oscuro de personas arremolinadas detrás de un hombre alto y delgado que portaba una lámpara de queroseno en la mano derecha a la altura de la cara.

—Perros —dijo el hombre.

Los perros se callaron y regresaron a la oscuridad de la casa.

—¡Es un Cadillac!

—¡Es él!

—¡ÉL!

Una forma se separó del grupo de la puerta y cruzó el porche. Era ancha y sólida, y parecía una sección de pared que se estuviese separando de la casa. Una mujer, con el pelo largo y trenzado, anudado al cuello como un garrote, saltó al patio agitando sus pesadas faldas. Sin emitir ruido alguno, una risa húmeda y afligida retorció la cara de la mujer: «¡Hijo mío! ¡Mi niño ha vuelto a casa!». El Cantante de Gospel estaba aún saliendo del coche cuando atrapó su cuerpo esbelto y lo arrastró hacia ella, envolviéndolo en sus enormes brazos y agitándolo mientras canturreaba sin cesar, haciendo un ruido que parecía risa aunque las lágrimas no dejaban de caer sobre el cabello dorado del Cantante de Gospel, aplastado contra ella. Su voz, amortiguada contra el hombro de la madre, trató de tranquilizarla, diciéndole que todo iba bien, que ahora estaba en casa. Didymus apoyó un codo en el coche y se puso a mirar ansiosamente la punta de sus zapatos, con la que hacía dibujos que no podía ver en la arena oscura. El hombre de la lámpara caminó lentamente hasta situarse cerca de Didymus, aunque miraba al Cantante de Gospel. Un chico siguió sus pasos y se detuvo en el patio. Vestía totalmente de negro y el pelo moreno, con apariencia de mojado, le llegaba hasta las orejas y cubría su frente plana. Llevaba una ropa tan ajustada que la camisa parecía respirar por él, subiendo y bajando una y otra vez su pecho delgado.

Tenía una guitarra con correa roja colgada del cuello. Una chica permaneció de pie en el porche en el más alto de los escalones de la entrada. Era corpulenta, pálida y su boca estaba fantásticamente perfilada. Iba descalza.

El Cantante de Gospel escapó del pecho de la mujer.

—Ma, este es mi nuevo representante. Se llama Didymus.

—Encantá de conocerle —dijo, sin dejar de mirar al Cantante de Gospel—. Hijo, te he esperao una eternidá, tos te esperábamos —se volvió—. Mirst, acércate y dale un beso a tu hermano. ¿A qué esperas ahí atrás? ¡Avel, tú también! ¿Esa es forma de dar la bienvenía a casa a vuestro hermano?

Mirst se adelantó esbozando una sonrisa tímida y sin posar la vista, mirando momentáneamente al Cantante de Gospel para luego desviar los ojos a otro lado.

—Pero cómo has creció... —dijo la madre.

Mirst se detuvo delante de su hermano y tendió dubitativamente la mano como para tocarle o tomarle la mano, pero rápidamente la recogió para rascarse y dijo:

—Tengo una guitarra.

—Ya veo —dijo el Cantante de Gospel—. Y tiene muy buena pinta ese instrumento.

—He estao practicando y...

El hombre de la lámpara rodeó a Mirst, agarró al Cantante de Gospel por el

hombro y lo sacudió suavemente.

—Me alegro de verte, muchacho.

—Papá, pensaba haber venido hace un par de meses, pero que si esto, que si lo otro, y cuando ya estábamos en marcha, se nos partió un eje en Virginia y no sé qué más.

—Bueno, vamos pa dentro —dijo el padre—. No arreglamos na hablando aquí en el patio.

El Cantante de Gospel se paró junto a Avel, que no había salido del porche.

—Tienes muy buen aspecto, Avel. Te has hecho toda una mujer desde la última vez que estuve en casa. ¿Cómo te va?

—Fenomenal —respondió, haciendo con los pies un movimiento entre un resbalón y una reverencia—. Mirst y yo cantamos cuando toca la guitarra. Cantamos to el rato y lo hacemos mu bien.

—Oye —gritó el Cantante de Gospel—. Un momento.

El padre, que ya había entrado en la casa, se volvió hacia la puerta con la lámpara en la mano. Mirst, que estaba rasgueando la guitarra, paró pero sin perder el acorde, con los dedos cuidadosamente colocados entre los trastes.

—¿Dónde está Gerd? —preguntó el Cantante de Gospel—. ¿Cómo es que no está aquí?

—Gerd lleva fuera casi to el día —dijo Avel—. No ha vuelto.

—Pero tiene ahí la camioneta —dijo el Cantante de Gospel, señalando una GMC nueva que había aparcada frente a la casa, reluciente a la luz de la luna. La puerta más alejada estaba abierta y las ruedas estaban hundidas en la maleza.

—Se llevó la vieja —dijo su padre, volviendo a la casa—. En la GMC hemos metió una camá de cachorros.

—Una camada de...

Mirst rasgueó salvajemente la guitarra un par de veces a pesar de que los dedos de la otra mano ya no estaban colocados en los trastes.

—De toas maneras tampoco podría haberla llevao —dijo en voz baja Avel—. Está estropeá.

Avel cruzó la puerta y Mirst la siguió tratando de tocar la guitarra con ambas manos a la vez. El Cantante de Gospel se quedó observando la camioneta mientras negaba lentamente con la cabeza. Didymus se detuvo a su lado.

—Esa camioneta te costó cuatro mil dólares y no tiene ni dos meses —dijo Dydimus—. ¿Estropeada? ¿Cómo puede ser?

—Sabe Dios que todavía no has visto una puta mierda —dijo el Cantante de Gospel.

—No emplees el nombre del Señor en vano —dijo Didymus—. Ya tienes penitencia pendiente por haber mentido a tu padre con lo del eje que se partió en Virginia.

—¿Y qué querías que le dijese? —preguntó el Cantante de Gospel—. ¿Que estaba

echando un polvo y no quería perdérme lo?

—No esperaba que mintieses.

—Tampoco que dijese la verdad, ¿a qué no?

—Hombre, no —dijo Didymus.

Didymus le siguió al interior de la casa. Mirst, que esperaba dentro, tocó un par de acordes mientras cruzaban la puerta, alzando la vista con una sonrisa rápida y tímida.

—Estás mejorando mucho con esa cosa —dijo el Cantante de Gospel.

—Se puede hacer mucho dinero con una de estas —dijo Mirst, aferrando el mástil de la guitarra con ambas manos como si fuese algo con vida que quisiese estrangular.

En el salón, una lámpara de queroseno ardía sobre la repisa con mantel de la chimenea de piedra. Un chucho con un hueso entre los dientes dormía en un amplio sofá junto al fuego. Una alfombra cubría el suelo de pared a pared, con un rastro que la atravesaba, desde la puerta donde estaban, hasta el vestíbulo que conectaba el salón con las habitaciones. Al otro lado del vestíbulo se abría al comedor y la cocina, en la parte trasera de la casa. El Cantante de Gospel observó con paciencia cómo luchaba Mirst con la guitarra, mientras Didymus miraba el ruinoso desorden de muebles caros, el rastro negro de la alfombra del que emanaba el olor rancio a estiércol de cerdo, la silla provenzal de tres patas y el reloj de abuelo parado y con una raja en la esfera.

Un cerdo deambulaba por el oscuro vestíbulo en dirección al salón. Tenía poco pelo en el lomo, salpicado de calvas rosadas, y el espinazo alto y huesudo. Sus ojos, del color de la colofonia seca, miraban a Didymus detrás de los bigotes de aspecto frágil que crecían en su hocico delgado.

Didymus se santiguó.

—¡Dios santo! ¿Pero qué es eso? —gritó dando un paso atrás y apretando la espalda contra la pared.

—Un cerdo enfermo —dijo Mirst por encima de una melodía que no acababa de encontrar en una maraña de rasgueos de guitarra.

—¿Gusanos? —preguntó el Cantante de Gospel.

—No me lo parece —contestó Mirst—. Pa todavía no sabe lo que tiene. Oye, creo que la quinta no está bien afiná, ¿no crees que está un poco alta?

—Quizás —dijo el Cantante de Gospel, aunque al tomar la guitarra en sus manos y tocar la quinta cuerda con su dedo largo y delgado, el sonido no era el mismo que el sonido de Mirst porque ahora se había convertido en música.

—Mierda, no está alta —dijo Mirst, agarrando otra vez la guitarra y concentrándose tanto mientras aporreaba una versión de *Sweetheart, What You Doing to Me?* que las venas se le marcaban bajo la frente.

El cerdo tenía un nudo negro tras la oreja que Didymus examinaba con atención porque a veces parecía que se estuviese moviendo, y cuando la madre del Cantante de Gospel gritó desde el pasillo a Mirst para que dejara de importunar a su hermano con

la maldita guitarra y se pudiese sentar a cenar algo, el nudo negro explotó en un enjambre de moscas que pulularon sobre el lomo del cerdo.

—Mejor vayamos pa dentro —dijo Mirst, abriendo el camino desde el salón al vestíbulo, al final del cual pudieron ver al padre del Cantante de Gospel, sentado en una silla de respaldo alto, con la lámpara en un borde de la mesa pero rodeando todavía con la mano la base de cristal.

—¿Has visto ese cerdo? —preguntó Didymus entre dientes.

—Calla, Didymus. Esto no es Nueva York.

Había dos cubiertos preparados. Sobre la mesa, una fuente con carne y pan, y un tarro de sirope con el borde rodeado de una costra de azúcar. El padre del Cantante de Gospel sacó tabaco y un librito de papel de fumar. Avel y su madre se sentaron una frente a la otra, descansando ambas los codos en la mesa. Mirst se apoyó contra la pared haciendo sonar la guitarra de vez en cuando. El Cantante de Gospel estaba a punto de sentarse cuando de repente miró a Didymus y le preguntó: «¿Has traído los fusibles?».

Didymus parecía enojado.

—¿Es que no hago siempre lo que me pides?

—¿Los has puesto en algún lugar fácil de encontrar? —dijo el Cantante de Gospel.

—En la guantera del coche —dijo Didymus.

—¿Podrías traerlos antes de sentarte?

—Es un tipo raro —dijo su padre tras salir Didymus.

—Es un buen hombre —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó su madre—. No se parece a nosotros, ¿verdá?

—Es un monje —dijo el Cantante de Gospel—. Eso significa que ha renunciado al mundo por Dios.

—Menudo nombre pa un hombre de Dios: el monje Didymus —dijo su padre.

—Fuma mucho pa ser predicador —dijo Mirst—. Seguro que se funde cinco o seis paquetes al día.

—No es predicador —dijo el Cantante de Gospel—, y sí, fuma mucho, pero nadie es perfecto.

—¿Qué le pasó al señor Keene? —preguntó su madre—. Era un hombre amable.

—Pues... desapareció, Ma. Un día dejé de verle el pelo y vino Didymus, un buen hombre, y como necesitaba un representante lo contraté.

—Qué raro —dijo su madre—, que un hombre así se pierda de vista. Con to esa tierra y dinero. No es natural. El mes pasao vendimos algunos cerdos en la feria de Tifton y pregunté por él. Todavía no ha regresao a casa. Mu raro.

—Un hombre no puede fiarse de nadie que no sea de los suyos —dijo Mirst—. Y hay quien dice que ni de esos se puede fiar uno.

Didymus volvió con una bolsa pequeña. La puso en la mesa junto al Cantante de

Gospel. Mirst miró a su madre y le guiñó el ojo. Esta le sonrió a Avel, que pareció no verla porque estaba concentrada en lo que estaba haciendo el Cantante de Gospel con la bolsa. La abrió rasgándola y sacó seis fusibles.

—Siéntate —le dijo a Didymus—. Toma un poco de carne y sirope. No tardaré más de un minuto.

Didymus se sentó pero no comió. Tampoco quitaba ojo al Cantante de Gospel mientras encendía otra lámpara y salía por la puerta de la cocina llevando la lámpara en una mano y los plomos en la otra.

—Vaya personaje —dijo Mirst.

—Desde luego que lo es —dijo Didymus, añadiendo—. ¿Adónde va?

—Ya verá —dijo Mirst—. ¿A que sí, Avel?

—Vaya que sí —dijo ella.

De repente se encendieron luces por toda la casa, en todas las habitaciones, hasta el porche. Las bombillas resplandecían en el techo del comedor. Mirst miró hacia arriba.

—Lo ha vuelto a hacer.

Todos reían salvo Didymus, que sacó su cuaderno y se puso a escribir deprisa con un lápiz corto y roído.

El Cantante de Gospel volvió inmediatamente. La lámpara que llevaba en la mano ya no ardía. Su padre se inclinó hacia delante y, asiéndola por el cristal, apagó de un soplido la lámpara que tenía enfrente.

—Bueno, Ma —dijo el Cantante de Gospel, sentándose a la mesa y pinchando con el tenedor un trozo de jamón cocido—. ¿Qué novedades ha habido desde la última vez que estuve en casa?

—Aparte de lo que hizo el negro, no ha pasao gran cosa —dijo Mirst—. ¿Quieres que Avel y yo te cantemos una cancioncilla?

—¿Qué negro?

La madre se puso recta en la silla.

—¡Pero hijo!, te escribí contándotelo to. ¿Es que tampoco te llegó el telegrama que te envié? —Se llevó la mano a la boca y dijo—. Pensábamos que por eso habías vuelto a casa, pa ir al funeral.

El Cantante de Gospel dejó de comer.

—¿El funeral?, ¿de quién?

—El de MaryBell —dijo la madre.

—El negro se la cargó —dijo Mirst—. Avel y yo quisimos ir a la televisión de Albany. Hasta era incluso la misma cadena en la que empezaste tú.

El Cantante de Gospel se había puesto pálido y agarraba el borde de la mesa como si se fuese a caer de la silla.

—¿MaryBell Carter? —susurró.

—¿La conocías? —preguntó Didymus.

—¿Que si la conocía? Él y ella eran así —dijo la madre cruzando dos dedos.



—Sí —dijo Didymus—. Si la conocía, seguro que estaban así.

—La violó y la mató, hijo.

—Con un picahielos —dijo Avel.

—¿Quién fue? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Willalee Bookatee Hull.

—No me lo creo. Willalee no.

—Pues si él no lo hizo, han metió al negro equivocao en la cárcel de Enigma. Fue él. Lo hizo con su picahielos y la encontraron al pie de su cama, mientras él dormía.

Su padre, que no había abierto la boca, miró hacia arriba.

—Un negro es como una mula. Aras la tierra con ella durante veinte años, pensando que es la mejor mula del mundo, hasta que un día te agachas un momento y te arranca la cabeza de una coz.

—Avel, ¿estás lista? —preguntó Mirst.

—Siempre estoy lista —estiró su hermosa boca con una sonrisa, asomando una fea dentadura—. ¿O es que acaso no soy *su* hermana?

—Pero yo conozco a Willalee —continuó el Cantante de Gospel.

—Todos le conocemos —dijo su padre.

—Es una cancioncilla que Avel y yo oímos en la radio de una chica que perdió su amor en el baile del instituto —dijo Mirst, tensando con afán las cuerdas de la guitarra.

—Callaos, niños —dijo la madre.

—Quizás me pase a verle —dijo el Cantante de Gospel.

—Mejor que no te acerques a ese negro —dijo el padre.

Mirst destensó de nuevo las cuerdas y estampó el pie contra el suelo tres veces. A la de tres, aporreó la guitarra, Avel saltó de su silla, ambos gritaron y Mirst se encorvó mientras los dos ponían los ojos en blanco y ululaban al techo. Moviendo las caderas, rodearon la mesa hasta ponerse junto al Cantante de Gospel, que ahora estaba desplomado en la silla respirando superficialmente pero sin apenas sonreír y dándoles ánimos con la mirada. El cuerpo enorme de Avel temblaba y vibraba, con su pelo negro y liso azotándole el cuello. La piel negra de la camisa de Mirst salpicaba sudor. Después se quedaron callados y sin aliento delante del Cantante de Gospel.

—Estos críos tienen talento —dijo el padre.

—Nos espera una fortuna en la tele —dijo Mirst—. Si nos echas un cable.

—Hablaemos con Didymus —dijo el Cantante de Gospel—. Él es el representante y los representantes saben de esas cosas.

La madre les apartó del Cantante de Gospel y puso las manos sobre el hombro de su hijo.

—No será ahora. Dejad de molestarle. ¿No veis que está triste? Y además está hecho polvo del viaje, ¿a que sí, hijo?

—Didymus y yo estamos rotos. No hemos parado desde anteayer.

—Señor Didymus, no ha probao bocao —dijo Avel.

—La verdad es que no tengo hambre —dijo Didymus.

—Didymus tiene restringida su alimentación física —dijo el Cantante de Gospel.

—Por eso es tan enclenque —dijo la madre entre dientes.

—¿Qué le ha pareció la canción, señor Didymus? —preguntó Mirst.

—Prometéis —dijo Didymus.

—Bueno, después de to, soy *su* hermano —dijo Mirst.

El padre se acercó a la ventana y miró fuera.

—No es propio de Gerd que no haya vuelto —dijo.

—¿Cómo le va a Gerd? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Sigue con el mismo problema en la piel —dijo la madre.

Didymus agachó la cabeza y se santiguó.

—Todos tenemos problemas con la piel...

—¡Calla, Didymus! —dijo el Cantante de Gospel—. ¿No le habéis llevado al especialista que encontré en Atlanta? Os lo conté por carta y os mandé dinero.

—Una cosa es mandar dinero y otra mu distinta ver al médico —dijo el padre—. Hicimos lo que pudimos. Claro que fuimos a Atlanta, pero no fuimos capaces de dar con el doctor. Es un lugar mu grande, no como Enigma, desde luego. Pasamos el día preguntando a la gente y pateando toas las calles. Calentaba mucho el sol, a Gerd se le agrietaba la piel y le picaba mucho, y empezaba a volverse loco. Terminamos yendo al cine porque Gerd ya no quería otra cosa porque estaba como loco y había visto una cartelera con la Doris Day y el Rock Hudson.

—¿Y no habéis vuelto? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Los cerdos pillaron cagalera. Unos cuantos murieron y otros todavía la tienen —dijo el padre.

—¿Cagalera? —dijo Didymus.

—Primero se les aflojan las tripas —dijo Mirst—. Luego las tripas se vuelven como agua y gotean sin parar. Y cuando una tripa sobresale del culo un poco, entonces la palman.

—¡Mervin! —dijo la madre—. ¡Cuida esa boca, que está aquí tu hermano! —continuó, frotando la nuca del Cantante de Gospel.

—Ma, creo que lo mejor es que Didymus y yo vayamos a dormir —dijo—. Mañana será un día muy largo.

—La carpa pa el concierto está cerca de Enigma, lista pa levantarla por la mañana —dijo Mirst—. Nunca he visto una igual. Dicen que es la más grande del estao de Georgia. Ese cura no ha parao. Lleva una semana en casa de Lambert Treewright. Tío, quiere hacer un recital contigo. Incluso nos ha pedio a Avel y a mí que actuemos. Pero no podemos porque no sabemos cantar de otra cosa que de mal de amores. ¿Evangelios? Eso es tu terreno. De tos modos no deja de pedírnoslo. Igual podríamos hacer un numerito.

—Siéntate y cierra el pico —dijo la madre—. No has dejao de cacarear desde que llegaron. Ven aquí, hijo, le voy a enseñar al señor Didymus dónde dormir.

El Cantante de Gospel y Didymus la siguieron por el pasillo hasta que se detuvo junto a una puerta.

—Hasta mañana, hijo. Que descanses.

Didymus iba a entrar en la habitación, pero la madre le agarró del brazo.

—Usted va a dormir más allá, señor Didymus —dijo, apuntando al final del pasillo.

Didymus miró al Cantante de Gospel.

—Normalmente compartimos habitación, Ma. Tenemos cosas de las que hablar por la noche.

—No será hoy —replicó con seguridad la madre—. Sea lo que sea, puede esperar. Necesitas descansar.

—No nos llevará más de un minuto —dijo Didymus—. Solo son un par de cositas...

Agarró del brazo al Cantante de Gospel y lo empujó hacia el interior de la habitación, cerrando la puerta antes de que la madre pudiera impedirlo. En el pasillo, Mirst y Avel tocaron otra canción y su padre gritó por encima del estruendo para desearle que descansase mucho en su primera noche de vuelta a Enigma.

El Cantante de Gospel se sentó al borde de la cama y metió la cabeza entre las manos. La cama era grande y tenía un edredón de retales con el diseño de una hoja de trébol. La alfombra tenía las mismas manchas que la del salón. Al pie de la cama había dos orinales, uno medio lleno. Didymus se paró junto a ellos.

—¿Orinales? —dijo.

—Sí —dijo el Cantante de Gospel.

—Hay baños —dijo Didymus—. He visto por lo menos uno. En una casa así de grande debería haber más, unos cuantos incluso.

—Están acostumbrados a los orinales —dijo el Cantante de Gospel.

—Tienen cerdos en una casa de setenta mil dólares —dijo Didymus.

—¿Te piensas que no lo sé? He intentado decírselo. Incluso me he ofrecido a...

—Y lo de los plomos —dijo Didymus.

El Cantante de Gospel trató de sonreír.

—Es de locos, ¿verdad? Siguen con las lámparas y no he conseguido convencer a Ma de que las tire, así que...

—¿Todos los plomos se les funden a la vez?

De repente, el Cantante de Gospel se quedó quieto como si se hubiese convertido en algo sólido e inerte.

—Los plomos nunca están en la caja cuando vuelvo a casa. No sé quién los saca, nunca he preguntado. Les... —Apartó la mirada—. Les gusta ver cómo lo hago.

La madre del Cantante de Gospel comenzó a aporrear la puerta, gritando que tenía que descansar porque mañana era el gran día.

—¿Y la chica? —dijo Didymus.

—¿Sí?

—Nunca me has hablado de ella.

—Hay muchas cosas de las que no te he hablado —le espetó el Cantante de Gospel—. Era solo una chica, eso es todo, no muy diferente de las demás.

—Está muerta —dijo Didymus—. Eso la hace diferente del resto. Además, si fuese como las otras me habrías hablado de ella.

En el pasillo había un gran alboroto.

—Vete a la cama, porque si no, vas a conseguir que entren todos —dijo el Cantante de Gospel.

Didymus dio unos pasos y abrió la puerta de un armario en el que solo había un zapato oscuro y varias perchas.

—¿No te olvidarás de la penitencia, verdad?

—No.

—Porque si no lo haces, mañana será el doble.

Didymus abrió la puerta de la habitación y Mirst y Avel intentaron entrar, Mirst con la guitarra agarrada con ambas manos y Avel moviendo el cuerpo como un bicho enorme y atormentado. Pero la madre les agarró y les puso de nuevo en el pasillo.

—¡Niños, fuera de su habitación!

La madre cerró la puerta de un portazo y el Cantante de Gospel se quedó mirando fijamente a la puerta del armario. Se desvistió, puso la ropa cuidadosamente en perchas y las colgó en el armario. Arrodillado entre el abrigo y los pantalones, abrió la boca y liberó su voz. Una serpiente ondulante de sonido lo envolvió, suave y delicadamente.

*Rock of Ages Hide Thou Me.*

¡Cuántos miles de rostros se habían vuelto a mirarle por esas palabras! ¡Rostros insulsos y ordinarios a los que la esperanza hacía entrar en éxtasis! Rostros esperanzados y desesperados que se alimentaban de las palabras, pero sobre todo de él, del Cantante de Gospel, de la belleza de su rostro y la belleza de su voz.

Un terror tranquilo le invadió. Asco. Podía oler su piel agria. En estos momentos de penitencia, cuánto odiaba su voz y su belleza. Su voz no solo le había desplazado, le había hecho sentir incómodo entre los de su propia sangre y había convertido su pueblo natal en un lugar extraño e irreal, sino que además le había conducido a la presencia de Dios. Es más, le había convertido en un símbolo viviente de Dios en la tierra. Él no había buscado hacerse Cantante de Gospel. Simplemente, un día esa voz salió de su boca y él la utilizó. Era un don que no había pedido y con el que al principio no sabía lo que hacer. En un principio, incluso le divertía ver a la gente pararse absorta, asombrada por su voz. Pero el don resultó ser una maldición. La simple y aterradora verdad era que una canción de Gospel en sus labios podía hacer a un hombre creer en Dios o, como en el caso de MaryBell, cuyo recuerdo le quemaba ahora como el fuego, provocar una destrucción total.

Siguió cantando.



## CUATRO

Didymus, un sanguinario adorador de Dios, sabía que había seguido a su dueño hacia tierra salvaje y eso le extasiaba. En su corazón reinaba una calma fría desde que entró con el Cadillac por el camino de tierra que salía de la autopista. Didymus había visto al Cantante de Gospel arder cual oro en altares de iglesias desde Boston a El Paso (mientras la palabra de Dios le latía en la garganta y los pecadores caían a sus pies como el ganado bajo el hacha, con los ojos en blanco, escupiendo sus pecados al Espíritu Santo) y sabía, antes de que el Cantante de Gospel se lo dijera, que tenía que haber salido de una tierra como Enigma.

Didymus estaba tumbado con la boca abierta, tratando de tomar aire en la habitación calurosa y húmeda. El sudor le corría por el cuerpo. Cuando exhalaba, el aliento quedaba suspendido frente a su cara. La luz de la luna, que casi brillaba como el sol, parecía vapor al filtrarse por la ventana. Se levantó de la cama y caminó nerviosamente de un lado a otro de la habitación. Solo llevaba puesto el alzacuellos. A intervalos irregulares podía oír el sonido distorsionado de la guitarra de Mirst y el gimoteo huero de Avel, como si su hermano le estuviese pegando con el instrumento. Era la única clase de hermanos que el Cantante de Gospel podía tener. Didymus pensaba que era demasiado bueno para ser cierto. Pero es que el mismo Cantante de Gospel era en verdad demasiado bueno como para ser de verdad. Era el milagro que Didymus llevaba toda la vida buscando.

De repente, se lanzó hacia la ventana y asomó la cabeza a la noche silenciosa. No había visto ni una sola cortina en las ventanas de la casa y tampoco las tenía su habitación. Se subió a la ventana abierta y se sentó allí, desnudo, temblando bajo la luna caliente y amarilla. Quería caminar, correr por todo el lugar, alrededor de los edificios aledaños, entre los cipreses raquíuticos y cenagosos, y ver y tocar todo lo que su amo había visto y tocado. Colgó las piernas del alféizar, lo pensó mejor y entró en la habitación a ponerse los pantalones. Estaba a punto de alcanzar el suelo cuando vio a un mastín hembra que le estaba mirando. No le había ladrado ni tan siquiera gruñido, sino que estaba sentada en silencio junto a un arbusto deshojado, goteando saliva negra de su lengua negra, estaba frente a él, con las patas abiertas, y podía ver claramente que se trataba de una perra y no de un macho, y le complacía pensar que probablemente le habría matado sin hacer un ruido de haber llegado a pisar el suelo, le habría desgarrado la garganta y lo último que habría visto hubiese sido esos enormes ojos mirándole, con la sangre goteando por la boca.

Tembló deliciosamente y olfateó el aire. El olor a agua sucia, barro y mierda de cerdo estaba tan impregnado por los años acumulados que rezumaba por el suelo, la hierba, el forraje y hasta parecía que lo transpirasen las mismas piedras y ladrillos de la casa. Aguzó el oído en el silencio que se produjo de repente cuando Mirst y Avel interrumpieron a mitad de un verso una canción que no sabían cantar. Sabía de sobra que no iba a oír lo que trataba de oír porque lo más importante de la penitencia del

Cantante de Gospel era tener que escuchar sus propios cánticos en solitario.

Didymus encendió otro cigarrillo con el que tenía en la boca y se imaginó al Cantante de Gospel de rodillas en el armario, cantando *Rock of Ages* sin parar, con gotas aromáticas de sudor resbalando por su frente y el cabello rubio y húmedo rizándose en las orejas. En ese mismo momento estaba arrodillado y haciendo uso del don que Dios le había dado y mientras lo ponía en práctica sufría de la forma más exquisita. Didymus chupó el cigarrillo y se deleitó pensando en ello, como siempre que el Cantante de Gospel hacía penitencia.

—El sufrimiento es el mayor don que Dios le ha dado al hombre —dijo, expulsando las palabras de su boca.

Era su frase favorita y la piedra angular de toda su existencia. A veces se pasaba horas tumbado, pronunciando esas palabras, con la mirada fija pero descentrada, hasta que el lugar donde estaba tendido, su cuerpo y el mundo parecían dejar de existir, todo salvo esas palabras: *El sufrimiento es el mayor don que Dios le ha dado al hombre*. Y permanecía tumbado hasta que las palabras le envolvían como la carne de una madre y le transportaban a la matriz de Dios.

Sabía desde hacía tiempo que el sufrimiento era el verdadero camino hacia la santidad. Lo había aprendido de manera lenta pero concienzuda durante los primeros diez años de vida, los mismos diez años que su padre había tardado en matar a su madre a base de palizas. Tenía diez años cuando su madre se desangró tras una de esas tundas. Mientras moría le encomendaba a Dios y bendecía a su marido, que estaba de pie con un suavizador de navajas de afeitarse de correa doble en la mano, negándose a llamar a un médico. Aquella tarde, su padre salió corriendo como loco con un cuchillo hacia el muelle de San Francisco, en el que trabajaba destripando pescado. En ese arranque de locura cayó al mar y se ahogó mientras un hombre al que había tratado de apuñalar le maldecía e intentaba ensartarle con un arpón.

Didymus acabó en un orfanato. No era un muchacho atractivo. Era bajo y moreno, e irradiaba una intensidad que al principio asustaba a los otros chicos pero que luego les enfurecía. Rezaba como su madre le había enseñado, encajando en silencio el castigo de sus compañeros durante el día y punzándose la piel con agujas por la noche en una suerte de éxtasis repulsivo, porque su madre le había enseñado que la única forma de entrar en el reino de los cielos era negar y derrotar la carne.

Cuando dormía, el espíritu de la madre, desde su sitio a la derecha de Dios, aprobaba esta automutilación y le llamaba profeta.

Cuando cumplió diecisiete años, dejó el orfanato e ingresó como novicio en una orden religiosa para hombres del estado de Arkansas. Lo habían dispuesto todo los responsables del orfanato, que no habían pasado por alto su devoción. Lo interpretaron como una suerte de locura, y lo enviaron a un lugar donde se ocupasen mejor de él. Didymus no opuso resistencia. Hablar por la noche y de manera directa con su madre, que estaba a la derecha de Dios, y registrar los diálogos en su *Libro de los Sueños* por el día le permitía mantenerse sereno, por lo que no importaba donde

viviese.

Sin embargo, se equivocaba. Vivir en la orden resultó insoportable. Demasiada comida, demasiado descanso y demasiada seguridad: hombres de marrón que caminaban entre paredes marrones, entre susurros marrones, y dormían en exceso por las noches. Didymus se hundía cada vez más y, a pesar de sí mismo, ganaba peso. Observaba con horror cómo su cuerpo iba ganando peso.

Ya no recordaba cómo había sido su intento de suicidio. Solo recordaba que había ido deprimiéndose cada vez más hasta que al final le llevaron al manicomio del estado de Arkansas, lo que solo le dijeron cuando ya estaba dentro. Se sentía tan agradecido de haber sido incapaz de cometer el peor pecado ante Dios que ayunó hasta que los del manicomio tuvieron que darle suero por el brazo derecho.

En realidad, Didymus no recordaba mucho del manicomio. De hecho se parecía a la orden, salvo por una cosa, que se hablaba más. Más de lo que un hombre podía soportar. Allá donde miraba había alguien que esperaba para hacerle preguntas sobre su madre.

—¿Cuánto lleva en el cielo?

—¿Y dices que llevas hablando con ella durante un tiempo?

—Ah, que hablas con Dios.

—¿Y qué te dice?

—¿Os juntáis Dios, tu madre y tú para charlar?

—¿Y de qué habláis?

—¿Del mundo?

Un sinfín de hombres blancos vestidos de blanco caminaban entre paredes blancas, entre susurros blancos, y parecía que nunca dormían de noche. Y todos sentían una curiosidad insaciable por su madre. Así que terminó haciendo lo obvio: fingir, porque sabía que los hombres de blanco querían que fingiese y porque pretendía que le sacaran al pabellón y luego a la sala común, y luego a los jardines del manicomio para tomar el sol, donde se escapó con el coche del director.

Didymus estaba sentado con las piernas subidas a la ventana, viendo a la perra sonreír de forma sombría y se acordó de su madre. Era una santa. Y Didymus también iba a ser un santo cuando muriese, pero por el momento se mantenía vivo por algo muy muy especial. Su madre se lo había dicho. Se lo dijo todo cuando tenía diez años. Era ella quien le había enviado a buscar al Cantante de Gospel.

Estaba durmiendo en la misión cristiana de la Luz Divina de Redwood City, California, soñando entre borrachos en un aire cargado de vino, cuando ella se le apareció como siempre, de rodillas, derramando sangre y sonrisas por la boca. Didymus bajó obediente de la cama y comenzó a rezar en el suelo frío y arenoso. Pero la oración no fue liberadora, ella seguía allí. La sonrisa sangrienta se desplegaba tras sus ojos bien cerrados, animándole. Le invadió la infelicidad y un tremendo desasosiego. Se puso de pie y salió a la calle corriendo. Todavía no era de día. Había nevado mucho durante la noche y seguía nevando. La nieve le cubrió el pelo y las



cejas. Los dedos se pusieron azules y no vio un alma en varias manzanas.

Sabía que su madre le había enviado a por una señal y él estaba listo para recibirla. Siguió caminando con pies de plomo, mirando a derecha a izquierda, echando un ojo de cuando en cuando al vacío negro que coronaba la ciudad. Se preguntaba vagamente si iba a morir o no de frío porque solo llevaba puesto el traje de ejecutivo azul, de tela fina de verano, y el alzacuellos almidonado y frío. ¿Sería la muerte la señal? ¿Su propia muerte? Pensó que su madre habría aprobado al fin su partida temprana de este mundo. Un camión salió a toda velocidad de una esquina y pegó un frenazo delante de él. Una lona restalló en el aire frío y varios paquetes de periódicos salieron volando de la caja del camión, aterrizando a sus pies.

El camión se alejó en medio de un gran estruendo, con las cadenas de las ruedas machacando la capa de nieve recién caída, y de la penumbra de un edificio que estaba a su derecha surgieron cuatro muchachos enfundados en gorras, abrigos y bufandas que trotaron por la nieve, abrieron los paquetes y metieron los periódicos en bolsas que se colgaron al hombro.

—¿Quiere un periódico, señor?

El chico que se dirigía a Didymus tenía la cara completamente tapada, salvo la boca, que asomaba por un agujero especialmente dispuesto en el pasamontañas. Tenía los labios y la lengua rojos. Didymus cogió un periódico por diez centavos. En la portada descubrió la señal. Era el Cantante de Gospel, una historia de interés humano. El diario tenía una fotografía suya mientras cantaba, sudando de manera espléndida, ante una congregación de pecadores en Stillwater, Oklahoma. El reverendo Bubba Plow, un evangelista famoso, estaba entre los presentes. El Cantante de Gospel era un invitado de pago. Sin embargo, el reverendo Plow ni llegó a hablar, relegado a un segundo plano. Y ese era el interés humano, que todas las almas presentes, hombres, mujeres y niños, se entregaban a Dios al cuarto himno del Cantante de Gospel. Una conversión en masa y simultánea a la fe. Era una señal. Didymus se arrodilló en la nieve y comenzó a rezar.

La perra se acercó, con el contoneo ondulante y característico de los perros grandes y escuálidos. Se sentó debajo de Didymus, justo encima de una superficie del tamaño de una pelota de baloncesto que había llenado de colillas. Miraba amistosamente con ojos de color ámbar que parecían no parpadear nunca. Didymus sentía el impulso de tirarse por la ventana y poner su carne entre las mandíbulas caídas de la perra. Hubo una vez en su vida en que lo hubiese hecho e incluso ahora tenía que agarrarse fuerte al alféizar para contenerse. El dolor era un lujo que no podía permitirse. Su madre le había enviado para mantener a raya el alma del Cantante de Gospel y la penitencia era el único camino. Eso implicaba que alguien tenía que administrar la penitencia. Alguien cuya madre se sentara a la diestra de Dios y supiera traducir Su palabra al mundo.

Eso era lo que el señor Keene, el anterior representante del Cantante de Gospel, nunca comprendió. No era capaz de entender la necesidad de la penitencia, de la

obligación de dirigir y controlar el alma del Cantante de Gospel y, por ende, el señor Keene no podía comprender por qué él, Didymus, tenía que quedarse con su trabajo como responsable de los negocios del Cantante de Gospel. No quedaba otra salida que matarlo.

El Cantante de Gospel y el señor Keene estaban alojados en el Waldorf de Nueva York. Didymus les había seguido la pista durante meses. Conocía la terrible costumbre del Cantante de Gospel de mantener relaciones sexuales promiscuas. También sabía que el Cantante de Gospel no se arrepentía en absoluto de sus pecados en el templo sagrado de la mujer. ¡Y vaya si mancillaba el templo! Y todo ese tiempo el señor Keene miraba hacia otra parte, como si no lo supiera. El propio Didymus jamás había estado con una mujer porque su madre le había hecho prometer castidad perpetua desde la primera vez que le llamó profeta mientras rezaba. Sin embargo, había rastreado al Cantante de Gospel, se había escondido en armarios y debajo de camas, había mirado furtivamente por las rendijas. Didymus pensó en sacarse los ojos la primera vez que asistió al espectáculo bestial del Cantante de Gospel con una quinceañera, justo después de un recital en el que ella se había echado en brazos del Cantante de Gospel y había dicho entre sollozos que estaba salvada y que su alma se encontraba con Dios. Y fue entonces cuando Didymus decidió matar al señor Keene.

Llamó suavemente a la puerta del apartamento tras asegurarse de que el Cantante de Gospel había salido. El señor Keene abrió la puerta.

—He venido por el Cantante de Gospel —dijo Didymus.

—No está —dijo el señor Keene—. ¿Y quién carajo es usted?

—Soy su nuevo representante —dijo Didymus.

—Márchese. No nos interesa nada de lo que esté vendiendo.

—No me está escuchando —dijo Didymus—. He dicho que soy su nuevo representante.

El señor Keene lo miró durante un momento sin hablar. Luego, con la paciencia con la que se habla a los niños o los locos, dijo:

—¿Quiere que llame a la policía? ¿Es eso lo que quiere? ¿Es que quiere pasar la noche entre rejas?

Didymus replicó con el mismo tono paciente:

—¿Y usted quiere morir? ¿Quiere pasar la noche en el cielo con mi santa madre?

Los ojos del señor Keene se abrieron, y su semblante palideció.

—¿Quééééé?

—Si no me entrega al Cantante de Gospel, le descuartizaré y arrojaré los trozos al río.

El señor Keene dio un salto atrás, con un temblor en la papada. Se oyó un portazo. Didymus escuchó el cerrojo, luego la cadena de la puerta y, más allá, la voz del señor Keene le gritaba al teléfono: «¡Operador, operador!».

Didymus se alejó de prisa y regresó más tarde esa noche mientras el Cantante de Gospel abogaba por la causa del Señor en Carnegie Hall, donde el señor Keene había

organizado conciertos porque solía decir que también se pueden salvar almas en una sala de espectáculos como Carnegie Hall y además pagan mucho mejor. Cuando Didymus volvió, llamó de nuevo a la puerta del señor Keene y gritó «Telegrama». Pero cuando abrió, no fue un telegrama lo que recibió, sino un estacazo en la cabeza. Didymus llevó al señor Keene al East River, donde intentó explicarle todo mientras desempaquetaba un hacha de doble filo envuelta en periódicos. *El sufrimiento y el dolor son el legado del Señor*. Didymus lo había aprendido siendo niño, lo había visto reflejado en el rostro de su madre cuando murió, quien se lo había confirmado noche tras noche en sus visiones. Matar al señor Keene era lo correcto porque permitiría a Didymus guiar el alma del Cantante de Gospel, lo que era un bien mayor que hacía inclinar la balanza divina. Además, en realidad le estaba haciendo un favor al señor Keene porque al matarle le garantizaba un lugar en el cielo.

Todas las víctimas iban al cielo. Didymus recordaba claramente sus estudios intensivos durante el breve paso por el monasterio, antes de que le encontraran boca abajo sobre la señal de su Salvador, con las muñecas cortadas sangrando en silencio. Le habían gustado, en concreto, los libros de historia de la Iglesia y las vidas de los mártires. ¿Había alguien que dudara que cada león romano había devorado un santo, que cada muerte que se producía en el Coliseo significaba un alma más en las calles del cielo? Y seguro que los leones eran tan dignos de alabanza como los hombres y mujeres dispuestos a morir por sus creencias, porque de no haber sido por los leones, ¿qué posibilidades de santidad hubiese ofrecido esa escoria de sociedad romana? No más de las que hubiese tenido un plantador de tabaco de Tifton, Georgia, que había llevado al hombre de Dios a Carnegie Hall. Didymus le explicó todo esto al señor Keene justo antes de abrirle la cabeza con el hacha. Aunque, a juzgar por la mirada del señor Keene, nunca llegó a comprender nada.

Desde luego para Didymus estaba bastante claro. Su lógica era tan inapelable como el abecedario, algo que no se podía rebatir. Lo había aprendido de su madre, que le demostró que se equivocaba al odiar a su padre, a quien aborrecía hasta que ella comenzó a hablarle en sueños de los misteriosos caminos de la santidad. Antes de eso Didymus había pensado en vivir haciendo el mal sin ningún propósito, solo para poder ir al infierno a atormentar a su padre por la forma en que había tratado a su madre y por haberla matado al final. *¡Pero descubrió que su padre también estaba en el cielo!* Se despertó temblando cuando tuvo esta revelación. Su madre se lo había explicado con todo detenimiento.

Si el mal daba una oportunidad al bien, dejaba de ser mal; si el mal ponía en acción una cadena de acontecimientos que al final causaban un bien mayor que el mal original, entonces dejaba de ser mal. Había comprendido enseguida esta lógica y por ella había concluido que el dolor y el sufrimiento eran el mayor don que Dios ha dado al hombre. Su madre, claro, había confirmado el razonamiento. Como ella misma había apuntado, sin sufrimiento no hay esperanza de martirio. Todo fervor religioso debería ser una búsqueda del peor tormento, un ansia del mayor de los peligros para

la vida. Ve a tierras extrañas donde nadie haya oído hablar de ti y diles cosas que no quieren oír y no pueden entender. Si eres afortunado, te matarán y devorarán. ¡Oh, qué gran suerte que te despojen de la carne, te cocinen en una olla y te echen a la garganta de algún pagano! Bienaventurado el que se desploma al ser apaleado, lapidado o atacado por perros feroces. Porque ese es el camino a Dios, a la rectitud y la moralidad.

Didymus temblaba y se retorció sentado en la ventana. La perra le sonreía desde abajo, con un brillo misterioso en su boca negra. Podía ver el destello de su hocico húmedo, que intentaba atrapar el perfume de Didymus. Bajó de la ventana y se arrodilló en el suelo de la habitación, dejando descansar los codos en el alféizar como si estuviese en un altar. Parte del cielo ya estaba a oscuras.

—¿Me deseas, a que sí, perra? —dijo—. Porque tú eres dientes y yo soy carne.

La perra más que gruñir emitió un gemido, que le sonó como la más pura de las agonías.

—Quieres hacer el mal, ¿verdad, perra? Estás ahí sentada, suspirando por llevarte una vida —gritó más alto—. ¡Pero no seré yo esta noche, esta noche ni pensarlo!

La perra bajó las orejas y luego la cabeza. Su boca negra destellaba cuando las nubes dejaron descubierta la luna por un instante. Un gemido lento nació en la garganta de la perra y se elevó hacia la fugitiva luna.

—Vamos —gritó Didymus—. ¡Aúlla por mi sangre, perra! ¡No me vas a tener esta noche ni nunca!

Él también había alzado los ojos al lugar donde la luna se hundía en el cielo. A lo lejos, retumbaban los truenos.

## CINCO

Había sido una noche agotadora para el Cantante de Gospel y aún no había amanecido. Durante algún tiempo oyó truenos. Confiaba en que no lloviese, pero el cielo no parecía muy halagüeño. Estaba nublado, bochornoso, y no se veía una estrella. Sabía lo que la lluvia provocaría en Enigma. Dirían que él la había traído. Le señalarían entre susurros. Gastarían bromas y sonreirían con el tema, pero en el fondo de sus corazones estarían serena y firmemente convencidos de que él había hecho llover. Una cruz más que cargar hasta que lograra escapar de Enigma.

Cambió de postura en la cama y las sábanas se le pegaron al cuerpo. Se sentía como si fuese a atragantarse con su propia respiración. Todo cuanto le rodeaba: la habitación, las paredes, la cama en la que estaba tumbado, le parecía insustancial e impregnado del aire cálido y denso. Tenía miedo de lo que se iba a encontrar y se odiaba por haber venido a enfrentarse a ello. Enigma al completo estaba ahí fuera esperando para verle, para tocarle, para extraer su bendición. Se congregaban junto a su Cadillac como si fuese un carro mágico que les pudiese llevar.

Y por la noche tenía el recital. Un escalofrío le recorrió la sangre y empezó a sudar. Apretó las manos contra los ojos y se retorció de dolor. Esa noche habría gritos y aplausos, se agarrarían y apretarían las manos, repartiéndose fraternidad, hermanos y hermanas que se esforzaban por entregarse enteramente a Dios mientras él, el Cantante de Gospel, se esforzaría por llevarles hasta allí, para que le conocieran y estuvieran con Él. ¡Ay, dichoso momento de aleluyas! En ese momento dorado, fructífero y religioso, cuando Dios hacía estallar la sangre del Cantante de Gospel y salía de su garganta para instalarse en sus rostros brillantes y sudorosos, todo le parecía bueno y hermoso, hasta su voz.

Pero ese momento se apagaría y ellos seguirían ahí. Mujeres y más mujeres. Muchachas con caras limpias, caras inocentes y francas de ojos abiertos, con cabellos rubios y trenzados, o negros y peinados, rizados, lisos, enmarcando una inocencia oval que miraba al Cantante de Gospel con ojos maravillados, reflejando la experiencia divina y mística que él les acababa de traer. Madres cuyos cuerpos se erigían de manera rotunda y autoritaria, casi militante, bajo estampados de algodón fino, con grandes pechos que apuntaban en direcciones opuestas. Un mar de carne femenina, húmedo, violentamente tumultuoso, de olor ligeramente salado, que le rodearía en el altar tras cesar los cánticos, olas calientes que le apretujarían y se arremolinarían a su alrededor, un aire colectivo con olor a aliento y amor.

Siempre se acercaban las mujeres, nunca los hombres. Tras el servicio, los hombres se amontonaban al fondo de la iglesia o de la carpa y salían poco a poco hacia la oscuridad, donde se quedaban de pie fumando y mirando de cuando en cuando al cielo con aprensión, como si esperasen que el dios de los himnos del Cantante de Gospel se fuese a revelar de repente.

Sin embargo, las mujeres no dejaban de acercarse, hasta que al final él extendía

las manos que ellas querían tocar y alzaba la cara al techo como para evitar asfixiarse, aunque nunca había logrado escapar a aquel mar y sentía la pesada presencia de Dios mientras se hundía en la primera ola de carne, con reticencia pero incapaz de salvarse. Al final bajaba el rostro entre las mujeres, con los ojos rojos, casi llorando, indignado por la parte vil y oscura de sí mismo que se levantaba incluso en el altar de una iglesia. Y las mujeres, al ver su cara hermosa y crispada, y sus ojos tristes y encendidos, confundían su lujuria con un éxtasis religioso, y una dulce relajación colectiva las asaltaba mientras se rendían a él, con las defensas desarboladas ante Dios. Y justo en ese momento vulnerable era cuando elegía a la mujer que iba a poseer. Podía hacerlo en cualquier parte: en la parte de atrás de la iglesia, en su apartamento, en un hotel, incluso en el asiento trasero del Cadillac, a doscientos por hora en la autopista, mientras Didymus le gritaba por encima del hombro que Dios no amaba a los fornicadores.

El Cantante de Gospel se puso panza abajo y miró por la ventana. Un rayo en forma de árbol alumbró brevemente el cielo. Ocultó el rostro bajo la axila sudorosa. Pronto comenzaría un largo e insoportable día de calor en Enigma y tendría que vivirlo de principio a fin al borde de la extenuación. Sentía la carne como una carga pesada sobre los huesos.

Había pasado una noche horrible, que comenzó mientras cantaba su último *Rock of Ages* encerrado en el armario.

Un sonido largo y arrastrado como de una canción le llegó del exterior. Le llamó la atención porque desde lejos parecía del mismo tono y timbre que su propia voz. Sin pararse a escuchar, decidió que se trataba del aullido de uno de los perros. Apretó los puños y trató de concentrarse, decidido a terminar el himno, a no saltarse una sola palabra, pero cuanto más le perseguía el aullido del perro, que subía y bajaba de volumen, más le parecía que era él quien estaba aullando en lugar de cantar. Al final, no era capaz de oír las palabras y aunque lo intentó con todas sus fuerzas no podía convencerse de que estaba cantando.

Cuando el perro calló, también calló él, sin saber si había terminado o no su penitencia. Tenía las rodillas entumecidas hasta el muslo. Le dolía la espalda y la boca le sabía a arena. Se trasladó con dificultad del armario a la cama, dejándose caer boca abajo sobre la colcha. El perro lo había echado todo a perder y no estaba en absoluto relajado. El himno y la voz —dulce y fluida maldición de su vida— se sublevaban por lo general en los últimos minutos de penitencia. Ser acallado por el sonido de su propia voz era como que le castigasen con un látigo. Cuando todo iba bien, se sentía purgado, aliviado de la responsabilidad de sus actos. Pero el perro lo había estropeado y, en consecuencia, no podía dormir. Estaba enganchado a la penitencia de Didymus como a una droga y esa era la principal razón por la que nunca había echado de menos al señor Keene. Didymus sabía cómo conseguir que un hombre durmiese.

MaryBell. Entró en su mente como una sombra. Se alegraba de su muerte. Bueno,

*alegría* no era la palabra correcta, más bien se sentía aliviado por su muerte. Pero al fin y al cabo, ¿no era eso lo mismo que alegrarse de que hubiese muerto? Sabía que sí y pensó en levantarse para cantar *Rock of Ages* una vez más, pero no se sentía con fuerzas para arrastrarse de nuevo al armario y mucho menos para cantar. Se puso a hacer respiraciones lentas y regulares. Inspirar, espirar. Debía dormir para olvidar el día siguiente y al mismo tiempo recuperar fuerzas para afrontarlo. El perro comenzó a aullar de nuevo. Le pareció oír a alguien gritar, probablemente su padre, maldiciendo al perro por haberle despertado.

De forma gradual, el aullido se fue apagando en su mente aturdida y amodorrada por el sueño y cayó profundamente dormido, aunque en ese mismo momento se dio cuenta de que estaba despertándose. Había alguien junto a su cama. La luna se había ido de la habitación y en la oscuridad apenas podía discernir la forma que tenía a su lado. Quienquiera que fuese estaba arrodillado al pie de la cama. Una mano suave y tibia cubrió la suya.

—¿Está mi niño dormío? —Era su madre.

—¿Qué pasa, Ma? —Le costó enfocar la vista para despertarse del todo, nadando todavía mareado por la superficie del sueño, sobresaltado por un mal presentimiento, pero al mismo tiempo incapaz de reaccionar.

—He venío a hablar con mi niño.

—Esto..., espera...

Hizo ademán de levantarse, aunque realmente no se sentía capaz ni quería hacerlo, pero ella interpuso una mano y le hizo tumbarse, medio acunando en su brazo la cabeza del Cantante de Gospel. Podía oler el pelo y el cuerpo grande y tibio de su madre y recordó —como si fuera ayer o en ese mismo instante— la época en que se sentaba en su regazo, cuando aún no era el Cantante de Gospel, sino un simple chaval que estaba sentado en el regazo de su madre, contento por sentirse seguro y amado.

—Shh —dijo ella—. Silencio ahora.

La respiración de su madre se fundió con la suya y ella continuó hablando:

—Vuelve a casa, hijo. Vuelve a casa y sé otra vez mi niño. Deja el gospel.

Él volvió la cabeza en sus brazos. En la oscuridad, los ojos de la madre eran agujeros negros que parpadeaban. ¿Había oído bien? Ella, a la que siempre le encantaba como cantaba, ¿le había pedido dejarlo?

—No quiero que te vayas nunca más —dijo—. Tienes que dejar de cantar.

—¿Dejarlo, Ma? —contestó—. No creo que quieras eso.

—Tengo un mal presentimiento. To está haciéndose demasiao grande y complicaao. Tos piden demasiao.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó él.

—Cada vez que te vas, tardas más en regresar.

—Lo sé, Ma, y no pienses que no os echo de menos, a todos. Pero es un país muy grande y yo soy cantante, un trabajador de la viña como dice la canción, y en un

viñedo tan grande que apenas puedo recorrerlo.

—Sé lo que dice la canción. Pero no estoy hablando de la viña, estoy hablando de Enigma y de ti. Quiero que vuelvas a Enigma, lo olvides to y te quedes con nosotros. Nos haces falta. Le haces falta a padre. El dinero que nos envías no cambia na en lo que importa. Tu padre se ocupa de la granja con Gerd y Mirst. Piénsalo: uno está to el rato tocando la guitarra y el otro está curándose tumbao en una hamaca.

—Pero podríais contratar a alguien —dijo el Cantante de Gospel—. Os he mandado bastante dinero...

—No queremos patanes en Enigma. No queremos a nadie. Papá quiere lo que es suyo.

—Y sabes que quiero que lo tenga...

—Nos merecemos algo. Me ha costao mucho sufrimiento traeros al mundo a ti, Mirst, Gerd, Avel y al pequeño que murió.

—Lo que dices me duele, Ma. ¿Acaso no os hice esta casa y os mandé dinero para la camioneta? Eso vale algo.

Ella le puso la palma tibia de la mano en la frente.

—Esas cosas no tienen na que ver contigo. No necesitamos una camioneta nueva en Enigma, nadie la tiene. Creo que los chicos la estropearon a posta pa no tener que conducirla. Y tu padre fue el primero al que oí hablar de meter los cerdos dentro de casa. Sigo sin saber cómo pudo hacerlo, ni siquiera él lo sabe, aunque le gusta traer a gente del pueblo a ver los cerdos en el cuarto del fondo. Y cuando sueltan algo de que hemos metió cerdos en una casa tan bonita, él les dice que es que ese cuarto no lo usamos, que aunque sea verdá no es motivo pa tener cerdos dentro.

El Cantante de Gospel apartó ligeramente la mirada.

—Lo he hecho lo mejor que he podido.

—Lo sé, hijo.

—Parece como si cantar gospel no fuese lo correcto para un Cantante de Gospel.

—Sí que lo es —dijo ella.

—Lo de cantar me viene de muy atrás —dijo él—. Sé mucho más de eso que de criar cerdos.

—Es algo que no paro de pensar —dijo ella—. Tengo un presentimiento que me deja helá. Hay algo que no va bien. Tú no conociste a tu tío Félix Ballard, pero tenía una voz tan dulce y pura que hasta los pájaros venían a escucharle. Cuando cantaba parecía que algo de olor mu rico se te abría en el corazón. Las mujeres lloraban y los hombres chocaban las manos con sus peores enemigos.

—Dicen que tengo su voz —dijo el Cantante de Gospel—. Dicen que hasta nos parecemos.

—Salvo que él tenía el pelo negro como un cuervo y untao de gomina. Pero había algo más. Tu tío Félix cantaba toa la noche y ¿sabes lo que sacaba a cambio?: Un saco de judías o unas gallinas, o si acaso cincuenta centavos con los que compraba esa gomina con aroma a rosas cuando iba a Tifton. Volvía a casa en la mula con dos



gallinas atás por las patas colgando de la silla, sin dejar de cantar. Se le oía a un kilómetro de distancia cuando iba por el pantano.

—La gente me ha hablado de él toda la vida —dijo el Cantante de Gospel—. Decían que soy como él.

—Entonces, hijo, ¿por qué a ti te pagan tanto? Nunca te lo he comentao, pero desde el principio me olía mal to ese dinero. Y ahora es peor que nunca porque no para de llegar más y más.

—Ma, así es como va la cosa. ¿No esperarás que los de la tele me paguen con un saco de judías y un par de gallinas?

—¿Te estás riendo de mí? No es eso lo que te estoy diciendo. ¿De dónde viene tanto dinero? ¿Cómo es que hasta cuando no sales en la tele te pagan tanto? ¿Por qué pagan?

—Me pagan por lo que hago —dijo él—. Cantar gospel.

—Lo dudo —dijo la madre—. No haces más que cantar himnos y el mismo director del banco ha venío desde Tifton con un cheque de cuatro mil dólares en la mano.

—Me dijisteis que necesitabais una camioneta. Tengo dinero en el banco de Tifton, así que les escribí para que os trajesen un cheque. Las camionetas no las dan gratis, ¿sabes? Cuestan dinero.

—No te crié pa que le hables así a tu madre —dijo, levantándose pesadamente—. Y sigo sin saber por qué te pagan. To lo que sé es que siento que na bueno puede salir de esto.

Él siguió el sonido de sus pasos hasta la puerta. Entonces el sonido cesó. La puerta no se abrió. Esperó.

—No sé cómo decírtelo —dijo ella finalmente—. Pero quiero que sepas que siento mucho lo de MaryBell.

El Cantante de Gospel se quedó muy quieto. La sola mención de su nombre provocaba miedo en su interior, un miedo —trató de convencerse— infundado. Estaba muerta y la muerte, después de todo, era el fin. En lo que a él tocaba, todo había terminado.

—Siento que no hayas recibió el telegrama y hayas tenío que enterarte de esta manera na más llegar —dijo ella.

Un sonido ahogado salió de la garganta del Cantante de Gospel.

—Lo sé, lo sé, hijo. Yo y la señora Carter hemos hablaao de ello más de una vez. Una tragedia doble, la tuya y la de MaryBell. Y haberte tenío que enterar así.

—Está bien, Ma —quería que se marchara.

—Quiere que cantes por MaryBell, hijo. Tendrías que pasarte también por allí mañana. Supongo que el entierro de la pobrecita es el domingo.

El Cantante de Gospel abrió los ojos.

—¿Quiere que cante por ella antes del funeral?

—En el velatorio —dijo la madre.

Se levantó de la cama apoyándose en el codo.

—¿Por qué la están velando en la funeraria?

—La señora Carter pensó que era el lugar más adecuado para ella. La han embalsamado y todo para conservarla hasta que llegaras. Todo el mundo en Enigma dijo que el lugar para honrar a la pobrecita era la funeraria. Después de todo era *tu* chica. En la funeraria todo el mundo puede ir a presentar sus respetos a la única chica que has tenido.

El Cantante de Gospel se dejó caer de nuevo en la cama.

—Ojalá pudiese hacer algo —dijo ella—. Pero no puedo. Creo que me voy a la cama.

—Muy bien, Ma.

La puerta se abrió y se cerró de golpe. El Cantante de Gospel miró por encima de la colcha pero ya no podía verla de pie contra la pared oscura. Durante un momento prolongado la oyó respirar.

—Hijo —dijo ella—. Hay algo que quiero preguntarte. Es algo que no puedo quitarme de la cabeza hasta que me digas la verdad.

Él no quiso preguntar lo que era porque tenía miedo de que estuviese relacionado con MaryBell.

—Hijo, ¿puedes sanar?

—¿¿Cómo?! ¿Que si puedo qué?

—Sanar. ¿Puedes hacer que un hombre se recomponga?

—No —dijo él.

—La gente dice que sí.

—Sé lo que dicen, pero no es verdad.

—Un tipo vino a Enigma no hace mucho —dijo la madre—. Dijo que te había visto en Atlanta y que en tu voz oyó a Dios.

—Oyó mis canciones, no a Dios.

—Dicen que se puede oír a Dios en tu voz.

—Sí, ya sé, ya sé.

—Leí lo de la congregación en Cincinnati —dijo ella—. Lo leí en el *Tifton Banner*. Todo el mundo en Enigma lo leyó. Decía que un hombre se levantó de una silla de ruedas y que un ciego subió al púlpito y leyó la Biblia.

El Cantante de Gospel no estaba seguro de si lo que oía era la respiración de su madre o la suya propia.

—¿Es verdad eso, hijo?

—No tengo ni idea —contestó el Cantante de Gospel—. No tuve nada que ver con eso. Estaba cantando y cuando acabé, pasó. Pero no fui yo. Me contrataron, canté, me pagaron y me fui.

—Me asusta —dijo la madre—. Debería hacerme feliz pero me asusta. ¿Sabes que es por eso por lo que te dan tanto dinero?

—Lo único que sé es que soy cantante. Eso es lo que soy.

—¿Te gusta cantar?

—A veces.

—No recuerdo que cantaras cuando salías por ahí tú solo o cuando andabas cerca de casa. Ni siquiera me acuerdo de que tararearas. El tío Félix Ballard se levantaba cantando toas las mañanas y casi siempre que le veías, estaba detrás de alguna cancioncilla.

La puerta se abrió y se cerró tras ella.

Mientras que yo, pensó el Cantante de Gospel, cada vez que alguien me ve estoy detrás de alguna faldilla, y punto. ¿En qué se diferenciaba él del tío Félix? Sabía que no eran distintos. Cuando era más joven y estaba empezando a venirle la voz, le habían contado algunas anécdotas pícaras del tío Félix. Nadie se cubría el pelo de gomina con aroma a rosas por nada. No, la diferencia entre él y Félix Ballard residía en lo que el Cantante de Gospel *nunca* había oído de su tío. Por ejemplo, nunca había oído que el tío Félix hubiese convertido a alguien. Y al parecer cuando se hizo mayor y dejó de ponerse gomina en el pelo, lo intentó de veras. El tío Félix hasta llegó a predicar un poco y al final de cada sermón solía cantar *Sinners Come Home*. Pero ningún pecador fue a casa.

Sin embargo, sí habían ido por el Cantante de Gospel y no paraban de venir. Parecía darse por hecho que el Cantante de Gospel podía salvar almas. Daba igual cuánto lo rebatiese, porque a cada paso los pecadores aceptaban a Dios por la fuerza de su voz. Todos sus problemas, solía decir, tenían que ver con eso. Porque era cierto que la gente empezaba a insistir en que podía hacer otras cosas que no podía hacer. No estaba dispuesto a dejar de cantar gospel porque cantar era lo que le había permitido escapar de Enigma y vivir como le gustaba. Pero tampoco estaba dispuesto a dejar de vivir como le gustaba solo porque las canciones que interpretaba, de alguna forma misteriosa e incomprensible, salvaran almas.

Su primera conversión ocurrió cuando tenía veinte años. No fue de manera intencionada, sucedió sin más. Ya había cantado en la televisión de Albany, en Georgia, y había sido una de las principales atracciones de varios recitales nocturnos en Tallahassee. Había alcanzado el registro completo de su voz y uno de los cantantes de gospel más veteranos le había dicho en un encuentro espiritual que prometía como actor. Sucedió en una encantadora y primaveral tarde de domingo.

Al día siguiente se tenía que levantar temprano para hacer su primer viaje a Atlanta con el señor Keene, que se había interesado especialmente por él y había accedido a convertirse en su representante por un cuarenta por ciento de los beneficios. El Cantante de Gospel estaba muy emocionado porque nunca había viajado en tren. Quizás fue pensar en el viaje en tren, o el hecho de que se había comprado un traje nuevo (el tercero, con lo que según su padre tenía ya más trajes que los de cualquier hombre en Enigma en toda su vida), o quizás la simple expectativa de volver a salir de Enigma, algo que, innegablemente, endulzaba su vida y le alegraba el alma. Pero, fuera lo que fuera, cuando se alzó en el recital First Primitive del pantano de Big Harrikin aquella noche dejó algo único en la iglesia. No

era solo su voz, ni el registro, el volumen o la elegancia de su voz. Más bien era *todo* él: su cuerpo, su entusiasmo y su voz actuando juntos para dar una impresión única y unida que parecía tocar todos los sentidos a un tiempo. En la iglesia no solo le sintieron a través de los ojos o los oídos, sino que pensaron que también podían sentirle con los dedos, las manos y los brazos; sentían su calor, como el de una hoguera. Un sabor dulce en la lengua impregnaba sus bocas y gargantas, muy parecido al olor de la madreSelva, que no solo se huele sino que también se paladea.

Solo cantó una canción: *This World is not my Home*.

Cuando terminó, la iglesia se quedó en silencio, sin aliento. Y en ese silencio surgió gradualmente un sonido, suave al principio, como quien trata de toser en bajo, y luego más alto; era un llanto. Nadie se atrevía a mirar por vergüenza, pues ya eran conscientes de que Dios estaba presente allí, encarnado en un corazón, en su iglesia de Enigma.

Pero más tarde o más temprano todo el mundo miró, por el rabillo del ojo o por debajo del sombrero, porque ella estaba en un extremo de un banco junto al pasillo, con la cabeza inclinada, la piel blanca arrebatada, un cuerpo espléndido y virginal de diecisiete años que latía entre sollozos, y hacía que al mirarla todos los hombres de la iglesia sintiesen la suciedad de sus almas, ya que les obligaba a pecar de manera instantánea por desear la carne de la conversa mientras se encontraban en la casa de Dios, contemplando el milagro de la salvación.

MaryBell Carter se levantó de su asiento y salió al pasillo. Se quedó quieta, mirando al fondo de la iglesia, de donde el Cantante de Gospel no se había movido desde que acabó el himno. Había asistido antes a otras salvaciones. Conocía las señales. Y no había duda, ella había sido salvada. Le brillaban los ojos y una luz beatífica inundaba su cara. No llevaba los labios pintados, pero estaban rojos, húmedos como cerezas exprimidas y entreabiertos. Él veía cómo movía la lengua por dentro y por fuera de los labios, como queriendo decir algo, pero sin poder hacerlo porque lo que ella sabía no podía expresarse con palabras. Permaneció inmóvil, asombrado de haberla visto levantarse en la congregación, salvada y renacida antes de que el pastor pronunciase la primera línea del sermón. La contempló mientras empezaba a caminar hacia él. Cuando llegó a mitad del camino, todo el peso de lo que había sucedido cayó sobre él.

¡La había salvado! Se encogió al darse cuenta. Incluso dio un paso atrás en falso y tuvo que extender la mano por temor a caerse. ¡No podía ser que él la hubiera salvado! ¡No había sido su intención! Pero ahí estaba, caminando hacia él con una luz en el rostro que claramente le había concedido él. Simplemente no podía creérselo porque mientras cantaba no prestaba atención a la letra, ni pensaba en la iglesia o en la congregación. Y mucho menos pensaba en Dios o en la perspectiva de salvar el alma de nadie. Había cantado el himno tantas veces que solo con abrir la boca y empezarlo bastaba. De hecho, estaba pensando en un filete —rojo, grueso como su muñeca— y en una bandeja de panecillos. En Enigma no había forma de comer un

buen filete y el señor Keene le había prometido la mejor cama del mejor hotel de Atlanta y además un filete si iba allí a hacer una prueba para un estudio de televisión.

No podía hacer otra cosa que observar cómo se acercaba a él. Alguien en la iglesia soltó por lo bajo un amén. Otra persona pronunció otro más alto. Ya estaba frente a él. Se postró de rodillas, tomó la mano del Cantante de Gospel y la besó. Estaba llorando. El predicador se acercó, puso la mano sobre la cabeza de MaryBell y comenzó a rezar. Ella le ignoró, porque no podía dejar de mirar al Cantante de Gospel. Se arrastró más cerca de él y tocó su pierna con una mano. Era doblemente embarazoso para él porque MaryBell no solo era su amiga y compañera de juegos de la infancia, sino que además era su novia.

—He visto al Señor —dijo, sin apartar la vista de él.

El Cantante de Gospel no decía nada y no se atrevía a mirarla. «Gloria, aleluya», dijo alguien de la congregación y luego se oyó: «Amén, amén». De repente, ella emitió un sollozo fuerte y jadeante y se abalanzó sobre él, abrazándose a sus rodillas, mientras apartaba la mano del predicador y enterraba la cara en las piernas del Cantante de Gospel.

El Cantante de Gospel estaba sentado al borde de la cama. Se sintió por un momento triste y melancólico al pensar que ahora estaba muerta, tendida en la funeraria de Enigma. Por fin sabía que nunca la había amado, aunque bien sabía Dios lo buena que era en la cama.

Fue hasta la ventana y miró fuera. Los edificios anexos, el pequeño claro de terreno ante la casa y el pantano más al fondo giraban bajo una lluvia brumosa. Pero no por eso dejaría de venir gente, de hecho vendría más. Ya había varias carretas aparcadas en el terreno, con las mulas atadas al lado. De cuando en cuando oía el pitido de un coche o el ruido de un motor. La calle frente a la casa se iba llenando de gente de Enigma. También había algunos de Tifton o Albany y otros de sitios tan lejanos como Savannah. Pero en su mayoría eran lo peor de cada casa: enfermos, ciegos, cojos. Y en ese momento estaría llegando una muchedumbre al pueblo, en coches, camionetas y autocares organizados por agencias de turismo para traer a la gente a escucharle cantar esa noche y presenciar milagros de la mano de Dios. Resultaba agotador. Suspiró y apretó las manos contra las sienes. Estaba extenuado y no había comenzado. Se volvió y posó la mirada en la guitarra de Mirst. Estaba en una esquina, colgada con su correa roja del respaldo de una mecedora. No tenía ni idea de la hora a la que Avel y Mirst habían entrado a verle por la noche. Pero fue tarde, después de que su madre se fuera. Se había despertado con Mirst rasgueando en uno de sus oídos y Avel tarareándole en el otro. No sonaba alto, pero tampoco sonaba a música. Le produjo una dentera como la del sonido de unas uñas rascando una pizarra.

—Por favor —dijo el Cantante de Gospel—. Por favor.

—Hay un millón de dólares esperando en la tele pa quien sepa tocar una de estas —dijo Mirst.

—Queremos que oigas una cosita que hemos hecho —dijo Avel, con sus dientes llenos de caries ocultos por la oscuridad, con su hermosa boca justo un palmo por encima de los ojos del Cantante de Gospel.

El Cantante de Gospel se puso una mano en la cara y con la otra les señaló que se fueran.

—A mí no. Enseñádsela a Didymus, él es el representante. Él sabe de radios, teles y esas cosas.

Mirst dio un duro golpe a la guitarra. Sonó como si la hubiese golpeado con el puño.

—¿Qué tenemos que enseñarle a ese? ¿Quién es ese Didymus? ¿El que hace que ganes dinero a espuestas? Si tú dices vale, pos vale, pero ¿quién es ese Didymus?

—Por favor, siéntate y ponte cómodo, es solo un minuto —dijo Avel.

El Cantante de Gospel se quejó mientras se incorporaba en la cama.

—De acuerdo —dijo—, pero daos prisa.

—Claro, hermano —dijo Mirst.

Mirst saltó como un resorte, azotando la guitarra con una mano y jaleando a su hermana con gritos de «dalo todo» y «mueve ese cuerpo».

Avel se paró al pie de la cama, frente al Cantante de Gospel, cruzó las manos tras la nuca y, con los pies anclados en un punto, empezó a moverse. Agitaba los codos y las caderas hacia delante formando un arco con el cuerpo. Gruñía mientras Mirst gritaba. De repente, Avel empezó a cantar una canción sobre un joven de instituto que una noche vio por una ventana que su novia de clase se besaba con su mejor amigo y se tiró en el prado y aulló como un perro porque sentía que había echado a perder su vida.

Pero, más que otra cosa, lo que llamaba la atención era su forma de bailar. De un lado a otro de la habitación, alrededor de la cama y vuelta a empezar. Daba vueltas, gruñía y saltaba, flexionaba las rodillas, agitaba los brazos, estiraba el cuello como un gallo, ponía los ojos en blanco, sacaba la lengua, la volvía a meter y miraba con indiferencia. Sus caderas iban todo el rato a cien kilómetros por hora.

El Cantante de Gospel se alegró mucho de que acabaran. Ambos quedaron sin aliento al pie de la cama, esperando a que diese su veredicto. Tenían la cara roja y lucían una amplia sonrisa.

—¿Y bien? —inquirió Mirst.

—Ha sido... —comenzó el Cantante de Gospel—. Ha sido diferente, eso es, diferente.

Sus caras palidieron.

—¡¿Diferente?! —exclamaron.

—Eso no es bueno —dijo Avel—. Es horrible. No puede ser *diferente*. Tiene que ser como los de la tele.

Mirst sacudió la cabeza con tristeza.

—Lleva practicando semanas y semanas, viendo cómo lo hacían las chicas de la

tele. A mí me parece que lo ha hecho mu bien.

—Lo que quise decir es que ha estado mejor —dijo el Cantante de Gospel—. Ella hizo lo que las otras chicas, pero mucho mejor que ellas, por eso dije diferente.

—No queremos ser mejor que nadie —dijo Mirst—. Solo queremos ser famosos y ganar un millón de dólares.

Se dirigió a su hermana.

—Avel, has estao practicando demasiaio. Tienes que relajarte un poco y mover ese cuerpo como las de la tele.

—¿Crees que si afino mi talento natural voy a triunfar en el espectáculo? —preguntó Avel con gesto contrito.

—Bueno —dijo el Cantante de Gospel—. Creo...

—Me refiero a esto —dijo Avel.

Mirst atacó la guitarra con las dos manos y Avel comenzó de nuevo, aunque esta vez se dejó de florituras. Ya no se movía de arriba abajo flexionando las rodillas, ni agitaba los brazos, ni contraía el rostro. Todo lo que quedó del baile anterior fue el contoneo. Se meneaba lentamente de un lado a otro, pero mientras lo hacía sus caderas se echaban hacia delante con una fuerza y rapidez fuera de lo común.

—Ahí vas bien —gritó Mirst—. Ahora lo llevas. ¡MUEVE EL ESQUELETO!

Cuando terminó, preguntó entre jadeos.

—¿A eso te referías?

El Cantante de Gospel se dejó caer en la cama.

—Supongo que sí —dijo en voz baja—. Ahora, enseñádselo a Didymus. Él sabe mucho de la tele.

—¿Has oído? —dijo Mirst, dándole a Avel en un costado—. Cree que lo haces bien.

—A lo mejor tenemos que enseñárselo también al señor Didymus —dijo Avel, que le estaba dando la espalda al Cantante de Gospel mientras hablaba con Mirst. Era como si ahora que tenían su reconocimiento el Cantante de Gospel hubiera desaparecido.

—¿Por qué tenemos que enseñárselo a él?

—Porque sabe cómo meternos en la tele —dijo ella—. Una cosa es poder hacerlo y otra mu distinta hacerlo donde la gente lo vea. No te dan un millón de dólares por hacerlo a escondías. Hay que estar ahí, bajo los focos.

Se habían apartado de la cama. Mirst se volvió cuando Avel estaba ya en la puerta.

—Si no te importa... —dijo mirando al Cantante de Gospel—, voy a dejar la guitarra contigo esta noche.

Colgó la correa roja de la mecedora que había en la esquina.

El Cantante de Gospel se estaba vistiendo deprisa, tratando de no pensar en la lluvia, en la gente de la calle, o en el recital que le esperaba. El comedor ya estaba abarrotado cuando entró. Además de Mirst, Avel, su padre y Didymus, sentados a la

mesa, y su madre, que se movía entre la mesa y los fogones, había cuatro hombres secándose en sillas colocadas en línea delante de los fuegos de la cocina. Dos eran ciegos y todos ellos muy viejos. Uno tosía de una forma lenta, constante y silenciosa ante un pañuelo sucio. Mientras el Cantante de Gospel caminaba hacia su sitio en la mesa, las cuatro caras que estaban junto a la cocina le siguieron. Los dos ciegos sonrieron tímida y simultáneamente mientras escuchaban el sonido de los pies del Cantante de Gospel entrando en la estancia y el chirrido de la silla. Luego se quedaron mirando fijamente el lugar silencioso en el que sabían que estaba.

—Ya tengo tu comida lista —dijo la madre.

Puso ante él un plato de jamón y huevos. Él miró directamente a las cuatro caras inmóviles de la cocina. Vio que la pierna de uno de ellos acababa en la rodilla y se cuidó de no mirar muy de cerca al resto.

—No tengo mucha hambre —dijo.

—Intenta comer un poquito —dijo ella—. Hay mucha gente en la calle, más que otras veces, que recuerde.

—Debe ser por la lluvia —dijo Mirst, ensartando un panecillo con el tenedor.

—Cállate la boca —dijo el padre—. Eres el ser humano más parlanchín que he visto.

Se dirigió al Cantante de Gospel.

—Hijo, te acuerdas del tío Ned Thurston, ¿verdad?

El Cantante de Gospel, en un acto reflejo demasiado rápido como para contenerlo, miró en la dirección que su padre señalaba. Un montón de ropa y zapatos mojados se movía en la parte de atrás de la cocina. Lentamente fue apareciendo un rostro. Tenía una llaga por nariz. Unos ojos catarrosos parpadearon y se alzó una mano delgada.

El Cantante de Gospel apartó el plato.

—Sí, desde luego que me acuerdo —dijo, intentando sonreír.

—Te has amoldao a los hábitos de comer del señor Didymus —dijo la madre.

Didymus apartó el plato. Había comido media cucharada de gachas y ahora sorbía agua caliente de una taza de café.

—El cuerpo es el espejo del alma —dijo—. Un hombre que se ceba tienta a la destrucción.

—Y un hombre que no come no puede trabajar —replicó el padre.

—Hay trabajos y trabajos —dijo Didymus—. El mío son las almas.

—Y el mío los cerdos —dijo el padre.

—¿Volvió Gerd anoche? —preguntó el Cantante de Gospel.

—No, y no es propio de él —dijo el padre—. Normalmente no se aleja mucho de la mesa ni de un sitio pa tumbarse. Si no vuelve pa la hora de la cena, le voy a decir a Mirst que coja la mula y le busque.

—No quiero montar en ninguna mula —dijo Mirst con mal humor—. Las mulas no están hechas pa un cantante de rocanrol.



—Entonces puedes ir a pata —dijo el padre—. De toas formas, pa mí que a ninguna de mis mulas le gusta que un cantante de rocanrol se le suba encima.

—¿Por qué no vas en la camioneta nueva? —preguntó el Cantante de Gospel—. ¿Tan rota está que no arranca?

—Está quemá —dijo el padre—. El cantante de rocanrol echó agua en el cárter y aceite en el radiador y se la llevó a Albany. O hasta donde llegara, que no fue mu lejos.

Mirst miró al Cantante de Gospel. Su voz contenía un tono de disculpa.

—A mí y a Avel nos dejaron hacer una prueba pa un estudio de la tele. Gerd vino con nosotros. Estábamos tan emocionaos que casi no podía ni respirar y no sé cómo pero hicimos lo que Pa dice. Podía haberle pasao a cualquiera que fuese a cantar en la tele. Lo hice lo mejor que pude. Lo intenté.

—Intentarlo no sirve de na. Como solía decir mi padre: pon un intento en una mano y una mierda en la otra y verás cuál está más llena.

—¡Pa! —exclamó la madre—. No hables así. ¿Qué va a pensar el señor Didymus?

—Está sentao a mi mesa, no yo a la suya —se levantó y salió del cuarto.

—¿Qué le aflige a Pa? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Está mu raro de un tiempo a esta parte —dijo la madre—. Se preocupa por vosotros, chicos, por la guitarra de Mirst y...

—¿A que no se preocuparía tanto si ganase un millón de dólares con la guitarra? —dijo Mirst.

—... Y por Gerd, que anda por ahí consumió a la solana, y por ti, siempre tan lejos de casa y entre extraños.

La madre fue a la cocina, puso una taza de café, le echó azúcar y nata, y se la dio al tío Ned Thurston. El Cantante de Gospel hizo lo posible para no mirar mientras la bebía. La madre volvió y se sentó a su lado.

—Hijo —dijo—. Sé que estás sufriendo por lo de MaryBell. Ha sío mu horrible.

La llaga del tío Ned casi tocaba el café cuando se puso a beber. El Cantante de Gospel bajó de golpe la mirada al plato, en el que las gachas se enfriaban formando un charco endurecido de yema de huevo.

El padre había vuelto a la cocina con paso estruendoso y se sentó en una silla que había en la esquina contraria de donde estaba el Cantante de Gospel.

—Llueve más —dijo.

Tenía la cara arrebatada y estaba agitado. Observaba a su hijo con una mirada intensa. El Cantante de Gospel sabía que la lluvia le había afectado, incluso hasta le había asustado. Su padre pensaba, como el resto de la gente de Enigma, que el Cantante de Gospel había traído la lluvia. Y eso era bueno, pero también aterrador y antinatural porque un hombre que trae la lluvia también puede llevársela. Al Cantante de Gospel no le convenía negarlo. De hecho, su padre se habría horrorizado si él hubiese dicho: «Yo no he traído la lluvia», porque obviamente al decirlo en voz alta

sonaba absurdo. Por eso nadie lo decía, nadie en Enigma se atrevía a decirlo salvo que fuera de forma jocosa y espontánea, lo que no impedía que todo el mundo lo supiese y creyese en ello. Así, su padre estaba sentado mirando al Cantante de Gospel, como si fuera una aberración benévola, una terrorífica fuente del bien que él había traído al mundo, que había criado y amado, pero que no podía comprender y que ahora el mundo le había arrebatado.

La madre levantó una bandeja grande de madera de medio metro de largo. En la bandeja había una olla de hierro, cuatro o cinco tazas de hojalata y un azucarero abierto.

—Creo que voy a llevarles un trago de café a los paisanos del porche y la calle.

Salió con la olla y volvió al poco rato. El Cantante de Gospel había conseguido comer un trozo de un panecillo con sirope.

—Hijo, hace un tiempo horrible ahí fuera. Me han dicho que si vas a salir a hablar con ellos.

—Seguro, Ma —dijo—. Diles que será un orgullo.

Este era el momento que más temía. A veces no corría la voz de que estaba en casa y nadie sabía que había vuelto hasta que le veían salir de su Cadillac en Enigma. Pero incluso esas veces daba igual. Lentamente, de las casas y tiendas, desde ambos extremos de la calle, salían despacio los inválidos, los lisiados y los ciegos. Se acercaban a él en la calle y en él encontraban un curioso e inexplicable consuelo. Solo sabía que le molestaba enormemente. Se separó de la mesa y salió al pasillo. Didymus estaba a su lado.

—Esos hermanos tuyos ganarán cinco millones con la tele y los conciertos el año que viene —dijo Didymus.

—Pero si son penosos —dijo el Cantante de Gospel.

—Quizá hasta puede que diez —continuó Didymus.

Estaba en la puerta. Respiró profundamente como si fuese a zambullirse en el mar, abrió la puerta y salió al porche. Había posiblemente unos veinte coches y camionetas, viejos, algunos sin parachoques o sin parabrisas, aparcados en la calle. Cinco carretas se amontonaban alrededor del encinillo que había a la derecha de la casa. Había más carros en el claro. Aunque había varias personas en el porche, la mayoría estaba dentro de los coches y de las cabinas de las camionetas, o sentados sobre palés bajo las carretas. Dos o tres de los del porche le llamaron por su nombre. Él no respondió y se limitó a sonreír y saludar con la mano. Las puertas de los coches y de las camionetas comenzaron a abrirse. De repente estalló una pelea de perros en un extremo del porche, rompiendo la tranquila caída de la lluvia con el chasquido feroz y cortante de las mandíbulas, para acabar igual de repentinamente.

De pie en el porche, les vio salir de los coches, de las camionetas y de debajo de las carretas.

Después de convertir a MaryBell, el señor Keene se le acercó a toda prisa, agarrándole del brazo y de los hombros, y le susurró furiosamente al oído que llegaría

lejos, a la cima del negocio del gospel, que un hombre que pudiese hacer lo que él había hecho se merecía lo mejor del mundo y que lo conseguiría. Y lo consiguió. Las mejores camas en los mejores hoteles donde servían la mejor comida, y mujeres. Algo muy distinto a tener que enfrentarse a esos pobres lisiados a quienes no podía ayudar, pero que no lo creerían aunque se lo dijese, y que insistían en su derecho a tocarle y amarle.

Se sentó en una mecedora al pie de la escalera que subía al porche. Al principio Didymus apoyó los codos en el respaldo y pasó un brazo por el hombro del Cantante de Gospel hasta que este le dijo que se apartase, que se echase atrás. Didymus se acuclilló a la derecha y detrás de la mecedora. El Cantante de Gospel no quería que Didymus —que era implacable e insistía en que todo hombre debía recibir el dolor y la aflicción como si fuese un beso de Dios— escuchase lo que le decía la gente que, pese a que pudiese decir las mismas cosas que Didymus, solo buscaba consuelo.

La mujer que tenía ante sí, la primera en llegar al lugar donde estaba sentado, era vieja, desdentada y con la cara vuelta del revés por innumerables arrugas. Llevaba un vestido que colgaba liso y gris de su cuerpo huesudo y anguloso. Vestía unos zapatos de caballero sin calcetines, uno de ellos sin tacón, lo que le provocaba una lenta cojera que la desequilibraba al caminar.

—Nos alegra tenerte en casa —dijo ella.

—Gracias, abuela —dijo él. La recordaba de cuando era niño con la misma cara que tenía ahora. Entonces también la había llamado abuela—. A mí también me alegra estar aquí.

—No hay na como una lluvia fresca en un verano seco —dijo ella.

—Te refresca el cuerpo —dijo él.

—Ya han pasao más de dos meses desde la última vez que llovió —continuó ella—. Pienso ir esta noche a oírte cantar. He estao un poco chafá desde que me rompí la cadera en otoño. Apenas si he salío de casa uno o dos días desde entonces, pero cuando esta mañana miré arriba y vi la lluvia, y me dijeron que venías por la noche, me dije que tenía que escucharte aunque me rompiese la otra cadera.

Estiró la mano como para quitar un hilo de la camisa del Cantante de Gospel, aunque en realidad solo le tocó el puño con el dedo, suave y furtivamente, como una doncella vergonzosa toma la mano de su pretendiente.

—Abuela —dijo el Cantante de Gospel—. Me alegra tanto como a usted que llueva, pero ese no es motivo suficiente para venir al recital. Yo solo canto canciones, no soy el hombre del tiempo.

La anciana se giró para dejar paso a la siguiente persona que esperaba para verle, una mujer de perfil con una nariz larga e hinchada que formaba un gancho hacia la barbilla, que a su vez se curvaba bajo una boca hundida. Le miró por el rabillo del ojo.

—¿Así que es eso lo que haces? —dijo guiñándole un ojo.

La seguía un viejo con pantalones caqui, una camiseta manchada de un color

parecido al del cuerpo y barba gris de tres días. Tras él la gente hacía cola desde la casa hasta el ciprés raquítrico que crecía en la calle. El viejo llevaba a un muchacho que estaba en silla de ruedas, vestido con pantalones cortos y cuyas piernas blancas y flacas estaban ligeramente torcidas hacia dentro a la altura de los tobillos. La cabeza del muchacho no se mantenía firme. Trataba de sostenerla sobre el cuello pero cada poco se le escapaba y caía hacia los lados o hacia delante. La silla de ruedas estaba vieja y el óxido se extendía como los hongos por su superficie cromada. Chirriaba hasta cuando estaba parada, patinando a izquierda y derecha en lo que parecía una suerte de contrapunto a la postura de la cabeza del muchacho. El almohadillado del asiento se había desgastado y le habían puesto un saco para que pudiera sentarse.

La puerta se cerró de golpe detrás del Cantante de Gospel y Mirst y Avel se sentaron al borde del porche con las piernas colgando. Mirst había recuperado la guitarra de la habitación del Cantante de Gospel. Ahora la llevaba colgada del hombro con la correa roja. Se chupaba los dientes y daba vueltas con gran destreza a un palillo de un extremo a otro de la boca.

—Bonita multitud —dijo.

Los ojos del muchacho, del color del aciano, miraban fijamente, pero sin enfocar, al Cantante de Gospel. El muchacho sonreía mientras la saliva se le escapaba por la boca. El viejo se agachó de manera mecánica y limpió con paciencia la pechera de la camisa del muchacho con un trapo que sacó de su bolsillo trasero.

—Creo que no le conozco, señor —dijo el Cantante de Gospel, mirando al viejo con tal de no mirar al muchacho.

—Somos de Adel —dijo el viejo—. El chico y yo llevamos casi una semana en Enigma esperándole.

—Siento haber llegado tarde —dijo el Cantante de Gospel.

—No importa. Ahora está aquí —replicó—. He traído a este chico desde Adel pa verle. Soy su abuelo. Su padre murió y su madre no pudo venir porque se casó otra vez y cayó en cama con trombosis en la pierna. Así que lo he traído yo mismo.

—Me alegro de verle —dijo el Cantante de Gospel—. ¿Cómo se llama?

El viejo se inclinó hasta poner la boca a la altura de la cara del chico.

—Dile cómo te llamas, muchacho.

La cabeza del muchacho perdió el equilibrio y cayó de golpe. El abuelo, detrás de él, le decía con amabilidad y paciencia:

—Di cómo te llamas. Di tu nombre, ¡TU NOMBRE, NOMBRE! Díselo al Cantante de Gospel.

El muchacho abrió la boca, entrecerró los ojos nebulosos de color cian y frunció el ceño. Una lengua larga y roja maniobró de manera descontrolada en la boca y se oyó un sonido abrupto, hueco y articulado en dos partes. Sonrió abiertamente y el viejo sonrió con él.

—Freddy, se llama Freddy —dijo—. Freddy. Hay que ponerse mu cerca pa escucharlo.

Mirst se echó hacia atrás y miró al Cantante de Gospel.

—¿Crees que a esta gente le gustaría que Avel y yo les hiciésemos un numerito pa amenizar la espera?

—No —dijo el Cantante de Gospel.

Pero lo dijo tan bajo que Mirst lo preguntó de nuevo y Didymus, que estaba sentado detrás del Cantante de Gospel escribiendo con frenesí en su *Libro de los sueños*, le pidió que se callase.

—¿Qué estás escribiendo en ese cuaderno? —preguntó Mirst.

—Cállate —dijo Didymus—. Tengo que apuntar esto.

—Estaremos en el recital esta noche —dijo el viejo.

—Me alegro de que vengáis —dijo el Cantante de Gospel—. El pastor Woody Pea es uno de los mejores.

—De toas formas, no sirve de na hacer un número pa un público como este —dijo Avel—. La mitá son cegatos y la otra mitá sordos.

—Entre lo que yo toco y lo que tú bailas, algo pillarán —dijo Mirst—. Un artista tiene que practicar to lo que pueda.

Tensó una de las primeras cuerdas de la guitarra, la probó con su pulgar, y volvió a destensarla.

El viejo continuó:

—Vi a un tío en la tele... La madre de Freddy tiene tele porque su nuevo marío trabaja en los almacenes Sears de Albany... El tío podía devolver la vista a un ciego y hacer andar a un tullío con solo agarrarle por la cabeza y meterle el poder de Dios.

El Cantante de Gospel miró de nuevo al viejo pero no dijo nada. Didymus, humedeciendo el lápiz con la lengua, escribió deprisa.

El viejo dio unas palmaditas en el hombro de Freddy.

—Este de aquí es el último de los nuestros. No tengo hermanos y Freddy es el único crío que tuvo mi hijo antes que el buen Dios le llamase a su lao, le mandó un rayo que lo dejó frito en el campo —se agachó y secó la boca de Freddy con el trapo—. El tío ese de la tele estaba mu lejos, y nunca ha venío a Adel y mucho menos a Enigma. Pero le oí cantar y no tiene su voz ni de lejos.

—Didymus —dijo el Cantante de Gospel—. Dale un cheque para una silla de ruedas nueva.

La cara amarillenta del viejo se volvió algo sombría.

—No queremos una silla de ruedas. Freddy y yo vamos a ir a la congregación esta noche.

Didymus le pasó el cheque al Cantante de Gospel, que lo partió en dos.

—Haz otro más grande, las sillas de ruedas son caras.

—No queremos dinero —dijo el viejo—. Vamos a ir...

El viejo se detuvo al oír lo que oyeron todos los demás y con el resto se volvió para mirar un Cadillac largo y negro, casi idéntico al del Cantante de Gospel, que surgía de los pinos y los acebos adentrándose en la calle. Las mulas que estaban

atadas giraron las patas de atrás y miraron por encima del lomo con las orejas levantadas. Conducía una chica joven con pelo rojo y brillante. Gerd iba a su lado, sus ojos eran oscuros bajo el pelo blanco y contrastaban con la palidez del rostro. El Cantante de Gospel creyó que solo iban ellos dos, Gerd y la chica, dentro del coche, hasta que vio tras los limpiaparabrisas una tercera cabeza, que era extraordinariamente grande. Estaba coronada con un pelo largo y negro, y sus ojos eran saltones.

Gerd abrió la puerta del coche sin que el motor se detuviese y salió a la lluvia apoyándose con torpeza en dos muletas. Tenía la pierna derecha colgando tras él, escayolada hasta la rodilla.

La mirada del cantante se fundió con la de la chica del Cadillac, que tenía unos labios gruesos y hermosos. Lentamente, sin dejar de mirarle, ella le sonrió, enseñando unos dientes pequeños, ligeramente puntiagudos y blancos.

—Pero bueno, sa hecho daño —dijo Avel, poniéndose de pie.

Mirst y ella corrieron hasta donde estaba Gerd apoyado en sus muletas. El Cantante de Gospel bajó las escaleras del porche mientras la chica dio la vuelta al Cadillac y regresó al camino que llevaba a la autopista.

Avel y Mirst estaban a un lado de Gerd y Didymus, que dejó caer un cheque en el regazo de Freddy después de que el viejo se negase a aceptarlo, estaba al otro. Todos empezaron a preguntar al mismo tiempo qué era lo que le había sucedido, mientras Gerd, callado, con la mirada fija al frente y los dientes apretados, comenzó a avanzar hacia la casa dando brincos, echando hacia delante las muletas y luego columpiando el cuerpo a través de ellas apoyándose en la pierna buena.

—¿Qué ta pasao? —gritó Avel—. Pero ¿cómo ha sío?

—Oye —dijo Mirst—. ¿Cómo es que estabas en ese Cadillac? ¿Y de quién es el Cadillac?

Gerd prosiguió dando saltos, mientras el puñado de personas que había en el porche le iban dejando paso. Le costó subir los escalones, pero rechazó la ayuda que le ofrecieron el Cantante de Gospel, Mirst y Avel.

El viejo cogió al Cantante de Gospel y le sujetó con una fuerza sorprendente. Le devolvió el cheque partido en dos.

—Aquí tiene —dijo—. No hemos venío por dinero.

—Debería habérselo quedado —dijo el Cantante de Gospel—. Yo lo hubiera hecho en su caso.

El viejo caminó hacia donde estaba el chico en la silla de ruedas. Didymus se había parado junto al Cantante de Gospel.

—Era él, ¿verdad? —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Quién? —preguntó Didymus, mirando hacia los escalones y el porche, donde Gerd atravesaba la puerta que Mirst mantenía abierta.

—Pie —dijo el Cantante de Gospel—. Era Pie el que iba en ese coche.

—Sí.

—¿Quién era la mujer que iba con él?

—Su chica —dijo Didymus.

—¿Es una freak?

—No.

—Era preciosa —dijo el Cantante de Gospel.

—Una mujer muy atractiva —dijo Didymus—. Que yo recuerde.

—Pie es un freak —dijo el Cantante de Gospel—. Un monstruo deforme. ¿Qué hace una chica tan guapa con un freak?

Didymus le miró y guardó un momento de silencio antes de contestar:

—Ella le ama.

Didymus saltó los escalones del porche y el Cantante de Gospel le siguió lentamente, mirando atrás por encima del hombro al lugar por el que el Cadillac había desaparecido en el bosque.

En el salón, Gerd estaba sentado en el sofá, con la pierna escayolada tiesa frente a él y apoyada parcialmente en un taburete.

—¿Nos vas a decir qué ta pasao o te vas a quedar ahí sentao con esa cara de herniao? —preguntó su padre.

—Fue una tontería —dijo Gerd—. Una pura tontería.

—Ni siquiera las dicho hola a tu hermano —dijo la madre.

Gerd no había apartado los ojos del Cantante de Gospel desde que entró en el salón pero ahora sí lo hizo para mirar a su madre y decir, con los labios más blancos que la cara:

—OOOOOHHH. Sí que se lo he dicho. No me oísteis pero le he dicho hola.

—No tenía ni idea de qué narices te había pasado —dijo el Cantante de Gospel—. Nos tuviste a todos preocupados anoche.

—No os preocupéis por mí —dijo Gerd—. Me sé cuidar y si no supiese, ya sé quién podría cuidarme. Así que no preocuparse por mí.

—Ten cuidao con lo que dices, muchacho —dijo el padre—. Tu hermano quiere ayudarte.

—Si me ayudase más no podría soportarlo —dijo Gerd.

—¿Qué? —preguntó el Cantante de Gospel.

—¿Cómo es que has venío en un Cadillac con una pierna rota? —preguntó Mirst.

—Fue... fue en el camino. Esa camioneta vieja. Tuve que dar un volantazo pa no pillar a un cerdo.

—Mecachis, pues tampoco tiene tanta historia —dijo Mirst.

—Seguro que pasamos por allí —dijo el Cantante de Gospel mirando a Didymus—. Seguro que pasamos justo al lado de donde está la camioneta.

—Mecachis, Avel —dijo Mirst—. Vamos fuera a mirar a la gente un rato más. Hay muchos. A lo mejor podemos hacerles un numerito.

—Casi seguro que era ya mu tarde cuando pasasteis —dijo Gerd—. Seguro que ya había pasao to y yo ya no estaba a la vista. Si ese tío no hubiese apareció y me

hubiese llevao a Tifton, no se lo que habría sío de mí.

Gerd miraba al Cantante de Gospel.

—No es na divertío estar tirao en una cuneta con la pierna rota. Sobre to cuando se pone a llover.

El padre del Cantante de Gospel ya estaba diciendo que no pasaban muchos Cadillacs por el camino a Enigma y preguntando de quién era ese, pero Mirst ya había perdido el interés. Al fin y al cabo, no sería de nadie que conociese.

Así que se llevó a Avel al porche donde encontraron a Hiram con su hija ciega de trece años.

—¿Dónde está el Cantante de Gospel? —preguntó.

—Está dentro, con Gerd —dijo Avel—. ¿Sabes lo que la pasao a Gerd?

—¿Podrías decirle que salga, por favor? —preguntó Hiram.

—Se salió del camino y se rompió una pierna por culpa de un cerdo —continuó Avel.

—Escúchame —dijo Hiram, inquieto y con la cara enrojecida—. Enigma está plagao de forasteros. Están tos juntos en mi casa, al lao de MaryBell. Me he arriesgao mucho viniendo aquí primero, sin nadie que me cuide la casa más que la señora Carter, que no ha levantao la vista de MaryBell en tres días y que no se enteraría de na aunque se llevasen el mismo edificio. Por favor, dile al Cantante de Gospel que salga pa que mi chica le vea.

—Bueno, va a salir ensegúa —dijo Mirst—. Ahora está hablando con Gerd. Vamos, Avel, que esta gente mueva el esqueleto.

Golpeó la guitarra un par de veces y, tras pegar un salto, empezó a sacudir caderas y rodillas, poniendo a prueba sus articulaciones.

Ya no había cola alguna frente al porche. Todo el mundo había buscado algún cobijo mientras esperaban que regresase el Cantante de Gospel. Los surcos torcidos y paralelos que había dejado la silla de ruedas se disolvían en la arena bajo la lluvia brumosa. Solo Hiram estaba de pie junto a ellos, indiferente a la lluvia, con su pequeña agarrada de la mano y la mirada perdida bajo el pelo empapado.

Mirst abría brazos y piernas, dando puñetazos a su reluciente guitarra, que colgaba de su cuello. Varios coches y camionetas bajaron lentamente las ventanillas. Algunos de los lisiados más jóvenes salieron de debajo de las carretas. El porche se convirtió en una especie de escenario y la gente empezó a llenar el patio otra vez. Hasta apareció el viejo que empujaba la silla de ruedas. Freddy sonreía feliz y Avel empezó a pisotear las tablas del suelo. Freddy babeaba y el viejo le limpió con paciencia.

Mirst ya había empezado a tocar la guitarra cuando el Cantante de Gospel volvió al porche. Didymus iba justo detrás, anotando algo en su *Libro de sueños*.

—¿Qué hacéis? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Se nos ocurrió que podíamos cantar una cosilla —dijo Mirst.

Hiram, que ya había subido al porche dirigiendo a su niña ciega, agarró al



Cantante de Gospel por el codo antes de que este pudiese decirle más a Mirst y le hizo darse la vuelta. «Me he arriesgao...», estaba diciendo Hiram, aunque el Cantante de Gospel ni llegó a verlo ni tampoco le prestó atención. Un hombre se había abierto paso a empujones a través de la multitud y ahora estaba de pie a la entrada del porche. Era obviamente un hombre blanco, aunque el color de su piel era casi negro. Estaba tan delgado que parecía que el cuello no surgía de un cuerpo, sino de un montón de ropa vieja colgada de una cuerda. Tenía los ojos de una oscuridad maciza, sin demarcación de color entre la pupila y el iris.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Cantante de Gospel! —gritó con una voz de cristal viejo que se quiebra lentamente—. He recorrió cien kilómetros bajo una lluvia del carajo porque dicen que eres un hombre que no tiene miedo de imponer las manos e invocar el poder de Dios. He oído que eres curandero. Dicen por to el país que eres curandero. ¿Vas a imponer las manos esta noche e invocar el poder del Señor?

El Cantante de Gospel dio un paso atrás. Vio la muerte en la cara del hombre. La mirada salvaje, desesperada y de ultratumba del hombre le asustó. El Cantante de Gospel nunca había puesto en su vida las manos sobre otro hombre con intención de curar. Nunca había dicho que pudiera hacerlo. Pero sabía que la gente decía esas cosas sobre él, decían que curaba a los enfermos, y que hacía caminar a los cojos. Y ahí estaba ese hombre de pie frente a él, enfermo de muerte, cerca de su hora. Se veía en la piel y en sus ojos oscuros sin color. El olor que desprendía era tan inconfundible como el humo.

—Arrodíllate entonces —dijo Hiram, agarrado de su brazo.

El Cantante de Gospel se volvió hacia Didymus y le dijo en voz baja:

—El Cadillac.

Didymus cerró el cuaderno y se dirigió al coche. El Cantante de Gospel le siguió. Cuando llegó a los escalones se vio forzado a detenerse porque Hiram le tenía agarrado del abrigo con ambas manos y el hombre negro-blanco estaba abajo en el patio, justo frente a él.

Mirst dio un par de golpes a la guitarra y Avel vibró de la cabeza a los pies.

—No puede tocarle si no se arrodilla —dijo Hiram, pero el Cantante de Gospel no le respondió y siguió con la mirada fija en el Cadillac, donde Didymus ya estaba sentado con el motor arrancado y la puerta de atrás abierta. Hiram le tiró del brazo otra vez.

—Arrodíllese solo un poco, *arrodíllese*.

—No me ha contestao —dijo el hombre, cuya ropa se arremolinaba vacía en su cuerpo de palo.

El Cantante de Gospel se armó de valor y miró hacia abajo al hombre, que seguía de pie en el patio.

—Será lo que Dios quiera —dijo.

Alzó la vista hacia al resto de tullidos.

—Amigos —dijo—. Ahora tengo que irme a Enigma. MaryBell está allí

esperando, su madre quiere que cante para ella y tengo que hacerlo. Siento no poder hablar con todos vosotros pero todavía queda esta noche. Os veré esta noche.

Sin mirarle, se zafó de Hiram y bajó los escalones del porche.

El hombre negro no se movió y su cara pareció volverse más oscura. Mientras pasaba, el Cantante de Gospel miró un instante a los ojos del hombre, tan huecos e insondables que era como mirar un cráneo. El Cantante de Gospel echó a correr muy a su pesar y el hombre, como si estuviese enganchado a él de forma invisible, echó a correr detrás, con la ropa hueca hinchándose con un aleteo en torno a su cuerpo.

El Cantante de Gospel se giró en un acto de colérica cobardía, temiendo que el hombre fuera a tocarle, y le gritó literalmente a la cara:

—¡Apártese! ¿Cómo se atreve a seguirme hasta aquí?

El hombre se paró en seco. Parecía sumiso, pero tenía los ojos fijos en el Cantante de Gospel.

—Vas a imponer las manos esta noche. Vas a hacerlo —dijo. Era una afirmación, no una pregunta.

En el porche, Mirst tocaba la guitarra y se puso a cantar con Avel sobre un adolescente que rescataba el cadáver de su novia a la que había atropellado el tren con el anillo del instituto del chico firmemente apretado en la mano. Avel estaba además haciendo la cabra, un baile que ella y Mirst se habían inventado.

—¡Oye! —gritó Hiram—. ¡Oye, espera!

Pero el Cantante de Gospel no se paró hasta que se hubo hundido en el asiento trasero del Cadillac.

Detrás de la voz de Avel, que seguía con la canción, se oía la histérica voz de Mirst:

—¡NO TE PARES! ¡ESTO VA A SALIR BIEN, BIEN, BIEN, BIEN!

## SEIS

El coche traqueteaba a toda velocidad por el camino oscuro que llevaba a la granja. Arbustos y ramas de árboles raspaban ambos lados del vehículo mientras Didymus luchaba por mantenerse en los surcos reblandecidos por la lluvia. Largas sábanas de agua arcillosa salían disparadas a su paso.

—¿Adónde? —gritó Didymus—. ¿Hacia dónde...?

—Lejos, lejos —chilló el Cantante de Gospel. Didymus trató de decir algo más pero el Cantante de Gospel le calló a gritos, agitando los brazos como loco—. ¡Controla el maldito coche!

Sin embargo, no había muchas direcciones hacia las que conducir en Enigma y en cuanto Didymus entró haciendo un trompo en la autopista 229 a ochenta por hora en dirección al pueblo, el Cantante de Gospel se puso a gritar:

—¡Da la vuelta, da la vuelta! ¡Es por el otro lado!

Didymus, en una especie de acto reflejo inspirado, giró el volante y el Cadillac se metió en la cuneta, haciendo saltar por los aires espasmos de agua y barro, aunque luego regresó a la carretera por la tremenda velocidad a la que iba. Cuando el coche ya estaba saliendo de Enigma en dirección a Tifton, el Cantante de Gospel se recostó en la parte de atrás y cerró los ojos.

—Ahora ya puedes ir más despacio —dijo.

Didymus bajó a sesenta. Después de un rato, Didymus preguntó:

—¿Quieres que ponga el vibrador?

En el asiento de atrás, el Cantante de Gospel se estiró y dijo:

—Supongo.

Didymus pulsó un interruptor y el Cantante de Gospel empezó a balancearse y a temblar.

—¿Música? —preguntó Didymus.

Como el Cantante de Gospel no respondió, Didymus apretó otro interruptor, eligió una cinta y de diez amplificadores distintos repartidos por todo el coche surgió un sonido de banda de música, con instrumentos de metal y un montón de tambores. Era la música favorita del Cantante de Gospel. Cuando la primera cinta terminó, Didymus volvió a la carga.

—¿Adónde...?

El Cantante de Gospel sacudió la mano y dijo:

—Hacia la interestatal 41. Llévame a comer a algún sitio, a un restaurante o lo que sea.

Y continuaron a toda velocidad al son de *Alexander's Ragtime Band*.

Myrtle & Bob era un restaurante de carretera en la interestatal 41 entre Tifton y Cordele. Estaba prácticamente oculto por camiones y camionetas cargadas con todo tipo de cosas: patatas y ganado en dirección norte, coches en plataformas de dos pisos hacia el sur. Estaba salpicado de letreros brillantes de varios colores, clavados sobre

un edificio delgado de una planta, que anunciaban gasolina, aceite, café, neumáticos y agua helada gratis. Caía una lluvia brumosa. Un hombre vestido con chubasquero negro y botas de goma estaba enterrado hasta las caderas en el motor de un camión que había aparcado frente a una isleta de surtidores de gasolina.

El Cantante de Gospel salió del Cadillac casi sin que el coche se detuviese del todo. Didymus le siguió. Dentro, tres camareras con aspecto cansado y cara de aburrimiento se movían a toda prisa entre mesas llenas de camioneros que devoraban sus platos sin quitarse sus gorras blandas con visera negra. Un leve olor a gasolina impregnaba todo el lugar. Una máquina de discos en cuya cara de plástico agrietado explotaban luces rojas, verdes y moradas, aullaba sobre amor y muerte por solo unas monedas. Detrás de la barra había montones de rosquillas, pastillas de cafeína, bocadillos envueltos en papel, estantes con mecheros zippo, postales llenas de mujeres desnudas, indios con plumas y cara de asombro luchando con caimanes, y carteles resplandecientes que decían cosas como NOSOTROS NO NOS MEAMOS EN TU CENICERO, NO ECHES TÚ COLILLAS EN NUESTRO URINARIO O NO ACEPTAMOS CHEQUES PERSONALES, AÚN NOS QUEDAN BASTANTES DEL AÑO PASADO.

—¿Sí? —La camarera estaba apoyada en un solo pie, con sus delgadas caderas hacia un lado, de manera que su cuerpo formaba un imperfecto signo de interrogación. La especie de cera libidinosa que tenía en la cara se estaba descamando alrededor de la nariz y los ojos. Probablemente no tenía ni veinte años.

El Cantante de Gospel miró arriba un instante, echándole un ligero vistazo desde la coronilla del pelo teñido y con raíces negras hasta el pecho delgado y cóncavo.

—Gachas —dijo él—. Y jamón y huevos y bollos con mucha mantequilla y también crepés. Y todo por partida triple.

—¿Pa beber?

—Leche, en el vaso más grande que tengas.

—¿Y usté?

—Una taza de agua templada —dijo Didymus.

—No tenemos agua templada, tío —dijo ella, mientras juntaba sus cejas peludas y sus mandíbulas machacaban silenciosa, pero violentamente, un chicle.

—Café —dijo Didymus—. En ese caso, café solo.

Cuando la camarera se fue, el Cantante de Gospel sacó un puñado de monedas del bolsillo y las esparció sobre la mesa delante de él. Con un dedo las empujó de un lado a otro, formando pirámides, triángulos y diamantes.

—Me muero de hambre —dijo el Cantante de Gospel—. Estoy a punto de desfallecer.

Didymus encendió un cigarrillo con otro y se quedó mirándole fijamente.

—Les dijiste que ibas a ir a Enigma —dijo—. A ver a esa chica.

—¿Y qué si lo hice? —dijo el Cantante de Gospel—. He podido venir a comer primero. Y quizás he cambiado de opinión. Quizás esto último. Quizás ya no vaya a ver a MaryBell.

—No lo dices en serio —dijo Didymus.

La máquina de discos, que había estado muda un minuto largo, empezó a destellar de repente, tembló y echó otra vez a cantar. En lugar de hablar de ello, prefirieron esperar la comida en silencio. Cuando estaba a punto de terminar una selección de tres canciones por un cuarto de dólar, volvió la camarera con platos, fuentes y vasos que a duras penas mantenía en equilibrio utilizando toda la extensión de sus dos brazos. Lo esparció todo por la mesa con un gran estruendo de tenedores, cuchillos y platos. El Cantante de Gospel enrolló un crepé y lo cortó en dos partes. No estaba hecho por dentro y era una goma líquida blanca y elástica. Rápidamente echó sirope sobre el conjunto y se lo comió de un bocado.

—¡Ummm, qué rico!

—Tiene un aspecto espantoso —dijo Didymus.

—No te lo vas a comer tú, sino yo —dijo el Cantante de Gospel, que mezclaba las yemas sin hacer de los tres huevos con las gachas. Se apoyó en la mesa y gritó para que se le oyera bien alto—. No he comido nada esta mañana, ¿no has visto que no he podido comer?

Didymus se echó hacia delante y gritó:

—Sí.

La máquina de discos se extinguió entre un estrépito de guitarras y el Cantante de Gospel y Didymus se encontraron sentados nariz con nariz en un terrible silencio.

El Cantante de Gospel dejó de masticar y tragar. Pestañeó varias veces.

—Creo... —dijo, con una voz que parecía un susurro en el silencio de la máquina de discos— que deberíamos irnos.

—Todavía no has terminado —dijo Didymus.

—Me refiero a irnos de Enigma —dijo con una mirada rápida a su alrededor, aunque nadie les prestaba ni la más mínima atención. Un camionero sin caderas y con una barriga imposible tenía una mano dentro del bolsillo y se dirigía hacia la máquina de discos.

—He estado pensando que deberíamos subir al coche y marcharnos. Irnos.

Didymus sacó otro cigarrillo.

—No creo que eso sea lo más adecuado. No, no es lo que más te conviene.

—Yo creo que sí.

—Yo no —dijo Didymus—. Deberíamos quedarnos.

El Cantante de Gospel llenó la boca de comida, masticó y tragó.

—¿Deberíamos? —dijo finalmente—. Claro, como ellos no están acosándote.

—¿Acosándome?, ¿qué quieres decir? ¿Es que alguien está acosándote?

El Cantante de Gospel se retorció de una manera extraña.

—Ya sabes de lo que hablo —dijo.

—No, no lo sé —replicó Didymus.

La máquina de discos volvió a la vida con un rugido, el camionero apoyó su enorme barriga contra ella y sonrió con ensoñación.

—Todo se ha puesto fatal —dijo el Cantante de Gospel, que tuvo que elevar la voz por encima de la máquina de discos—. Toda esa gente horrible que se me echa encima cada vez que me doy la vuelta —gritó—. Allí donde miro hay alguien que quiere algo. Pues bien, al diablo con todos. Voy a ir a Atlanta y me alojaré en el mejor hotel que encuentre. Todo esto ha sido mala idea. No debería haber vuelto.

—Siempre vendrán —dijo Didymus— y te pedirán que les bendigas. No es diferente de otros sitios.

—¿Viste los que estaban en la cocina mientras intentaba desayunar?

—Desventurados del Señor —dijo Didymus.

—¿Y el que apareció justo antes de que nos fuésemos, el negro?

—He visto gente mucho peor que se ha acercado a ti —dijo Didymus—. Eso no es lo que te tiene tan tenso. Es esa chica que está muerta en Enigma. Lo noto.

El Cantante de Gospel engulló sirope con un trozo de crepe y se chupó los dedos.

—Ella no tiene nada que ver —dijo.

—Imposible —dijo Didymus—. Cuéntamelo.

—Lo haría si tuviese algo que decir —dijo. Cargó otra vez la boca de comida y se tragó el resto de la leche. A una señal de su mano, la camarera trajo un cartón a la mesa y rellenó el vaso.

—De todas formas da igual —dijo Didymus—. Es una pérdida de tiempo. No te puedes ir.

—¡Y una mierda! —dijo, gritando mientras sonaba una canción sobre un camionero que dejó a su familia por un ángel de bar—. Haré lo que me dé la gana.

—Seguro —dijo Didymus—. Pero si te vas ahora arruinarás tu imagen. He firmado con Woody Pea que vas a cantar. Te han promocionado en anuncios de tres minutos en la radio y televisión de todo el sur toda la semana. ¿Qué clase de Cantante de Gospel llena la carpa más grande de Georgia para luego no presentarse?

Por respuesta, el Cantante de Gospel devoró salvajemente un crepe entero de un bocado.

—Claro que... —continuó Didymus—, como dices puedes dar la vuelta, salir de aquí, arruinar tu imagen y el año que viene volver a Enigma a meterte en un charco de estiércol de cerdo hasta las rodillas porque nadie querrá oírte cantar.

La cara del Cantante de Gospel apenas podía mantener un gesto fruncido y pronto mudó en sonrisa.

—Era broma. No hablaba en serio —eructó fuerte y chupó la mantequilla y el sirope de sus dedos—. Volveré a Enigma. Haré lo que quieren, me quedaré con su dinero y a correr —se inclinó hacia delante—. Pero te digo una cosa, es la *última* vez. Nunca más. A partir de ahora será en grandes ciudades, en sitios como el estadio de los Yankees o el Cow Palace, o en la tele. No quiero volver a acercarme al público tanto como para distinguir a los ciegos y a los tullidos.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo Didymus—. Eres el Cantante de Gospel.

—Claro que lo soy.

Se echó hacia atrás y se rascó la barriga. La máquina de discos se había quedado quieta por un momento. Observó cómo la delgada camarera se acercaba hacia ellos a través de las mesas.

—Lo que de verdad necesito... es una mujer. Hasta podría tirarme a esta sucia maravilla que viene aquí —dijo lanzando una mirada totalmente lasciva a Didymus.

—Arrepiéntete, arrepiéntete —dijo Didymus.

—¿Algo más? —preguntó la camarera.

—¿No le gustaría a una muñeca como tú dar una vueltecita en un Cadillac con aire acondicionado? —preguntó el Cantante de Gospel.

Ella le miró, siguió escribiendo, luego rasgó la nota y la puso boca abajo sobre la mesa. Mascó chicle, miró fijamente al Cantante de Gospel y le dijo con voz serena y cansada:

—Eres un rubiales hijo de puta.

El Cantante de Gospel se relamió los dientes y la observó alejarse.

—No importa —dijo—. No sabe quién soy, nunca me ha oído cantar.

—Eso se merece penitencia.

El Cantante de Gospel hizo una pedorreta y de camino a la salida compró una postal de una chica morena con un sujetador lleno de naranjas que invitaba a quien quisiera a visitarla en Florida.

Caminaron hasta el Cadillac. Había parado de llover. El ambiente era bochornoso con un cielo bajo y sin sol. Junto a la isleta de surtidores, el hombre había desaparecido un poco más en la boca del camión articulado. Ya solo se le veían las piernas, que se movían erráticamente. Un cuervo posado en la misma copa del único y marchito caqui que había a un lado del restaurante graznaba con una rabia inmotivada.

El Cantante de Gospel se acomodó en el asiento y Didymus condujo de vuelta a la interestatal 41, poniendo rumbo al lugar en el que la autopista 229 viraba hacia Enigma. La foto de la chica de la postal, con bragas estrechas y triangulares y naranjas por senos, descansaba en el asiento junto al Cantante de Gospel. La levantó, echó un vistazo y la tiró de nuevo al asiento.

—Qué raro —dijo Didymus.

—¿El qué?

—Que Pie recogiese a tu hermano de la cuneta y le ayudase.

El Cantante de Gospel permaneció en silencio. Luego dijo:

—La verdad es que sí.

—Es una extraña coincidencia, ¿no te parece? Tu hermano y Pie. Hace que Pie parezca menos monstruo, ¿no?

—Nunca dije que fuese un monstruo. Dije que no quería que me siguiese. No tiene derecho a seguirme.

—Es un país libre —dijo Didymus.

El Cantante de Gospel levantó de nuevo la postal y la miró de cerca.

—Que ejerza su libertad en otro lugar. No quiero verle libre detrás de mí cada vez que mire por encima del hombro —el Cantante de Gospel miró por la ventana el paisaje llano y gris—. ¿Sabes dónde quiero ir cuando nos vayamos de aquí? A Miami Beach —volvió a mirar la postal—. Voy a pillar el sitio más alto y grande del hotel más lujoso y me tumbaré en la arena y dejaré que el agua fresca me suba por las piernas —tocó la superficie brillante y encerada de la postal.

—Tienes penitencia pendiente —dijo Didymus.

—¡Vale ya, Didymus, acabo de comer! —dijo, tirando disgustado la postal.

—Veinte avemarías —dijo Didymus.

—¡Veinte! —exclamó el Cantante de Gospel.

—Veinte —dijo Didymus con tranquilidad—. Conduciré despacio para que te dé tiempo a terminar antes de llegar a Enigma.

—¡Y un cojón! —dijo el Cantante de Gospel.

Esto no evitó que Didymus dispusiese el Cadillac para la penitencia. Cerró el panel de cristal que le separaba del Cantante de Gospel. Al pulsar un interruptor del cuadro de instrumentos cerró los conductos del aire acondicionado que daban a la parte de atrás. Y luego, como el día estaba nublado, giró un interruptor que encendió una pequeña bombilla roja oculta en el techo. La luz caía directamente sobre el ceño fruncido del Cantante de Gospel. Didymus se agachó y sacó su *Libro de sueños* de debajo del asiento. Quitó la capucha de un bolígrafo y condujo lentamente, sin perder de vista el asiento de atrás.

El Cantante de Gospel inclinó la cabeza. Con el aire acondicionado apagado, el ambiente quedó de repente como muerto y el calor subió a su alrededor. Ya podía sentir las gotas de sudor que resbalaban por el pelo y le cruzaban la frente, como hormigas que se arrastraban por su piel.

Sabía que Didymus le estaba mirando, pero no le importaba. Por Didymus merecía pagarse cualquier precio, porque le había librado de caer en el vacío que dejó por su primer representante. El señor Keene ya llevaba dos días desaparecido cuando el Cantante de Gospel regresó a su habitación del hotel una noche desde Carnegie Hall, donde todavía estaba actuando en un encuentro espiritual sin precedentes que duraba una semana, y se encontró a Didymus de pie en el vestíbulo frente al ascensor. Era bajo, delgado y moreno, y llevaba un sombrero que dejaba en penumbra la mitad de su cara. Al venir de una región protestante, el Cantante de Gospel no se percató del alzacuellos. Era tarde, pasada la medianoche. El Cantante de Gospel siguió caminando por el pasillo sin mirar una segunda vez a Didymus, quien le siguió. El Cantante de Gospel tenía la llave en la cerradura cuando Didymus habló.

—¡Cantante de Gospel!

Se giró sobresaltado dando medio paso atrás y miró en dirección a un dedo largo y marrón que le estaba apuntando, dejándole quieto en el sitio.

—Eres el más infeliz de los hombres —dijo Didymus.

Había algo en su voz que provocó una relajación inmediata en el Cantante de



Gospel. Era recia y denotaba una profunda preocupación, como la de un padre que llama a un niño. Permaneció quieto dentro de su traje de seda de trescientos dólares, con ciento cuarenta y dos dólares en la cartera, la llave del Cadillac en el bolsillo y la espalda pegada a la puerta de una *suite* de uno de los hoteles más selectos de Estados Unidos, mirando al hombre que había detrás del dedo y que había dicho lo que nadie más sabía y ni siquiera sospechaba.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Soy Didymus y he venido desde California para ayudarte. No te asustes, pero corres el riesgo de perder tu alma si no me escuchas.

—¿Qué quieres de mí?

—Muchas cosas —dijo Didymus—. Muchas cosas.

Su pequeña boca de hacha sonrió; cuando se relajaba era mucho más suave.

—Podemos empezar por los negocios. Tengo entendido que has perdido a tu representante.

El Cantante de Gospel había informado a la policía pero a nadie más.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—En lo que te concierne —dijo Didymus—, hay pocas cosas que no sepa. Podemos dejarlo en que me necesitas. Puedo ayudarte si me dejas.

—No necesito ayuda.

—Como si no lo supieras —dijo Didymus—. No me hagas perder el tiempo con bravuconadas.

—¿Tengo cara de necesitar ayuda? —dijo el Cantante de Gospel.

—En una palabra: sí —dijo Didymus.

—Toda la ayuda que necesite la puedo tener del señor Keene —dijo el Cantante de Gospel.

—El señor Keene nunca te ayudó, solo se ayudó a sí mismo al agenciarse el dinero que ganabas. No va a volver.

—¿Y cómo vas a ayudarme?

—¿Podemos entrar? —preguntó Didymus—. ¿O vamos a debatirlo aquí en el pasillo?

El Cantante de Gospel estaba acostumbrado a que la gente pidiese audiencia. Todo el mundo se sentía libre para inmiscuirse en su vida a cualquier hora y por cualquier motivo, así que decidió que sería menos problemático atenderle que impedirle entrar.

La *suite* era amplia y Didymus la recorrió mirando en las esquinas, en los armarios y hasta en los cajones de las cómodas, husmeando aquí y allá como un perro tras el rastro de algo que nunca ha olido. De repente, se paraba para mirar un cenicero, una cama o una lámpara y luego seguía caminando. El Cantante de Gospel, que se había dejado caer en un sofá, le observaba.

—Bonito sitio —dijo finalmente Didymus—. No tengo nada en contra. En realidad no lo necesitas, pero supongo que no tiene nada de malo.

El Cantante de Gospel se incorporó en el sofá.

—Qué amable de tu parte que me digas que puedo tener aquello por lo que he pagado.

Didymus se acercó y delante de él dijo:

—¡Lo primero que tienes que entender es que tú no has pagado por nada! Pero lo harás. Pagarás por todo cuando acabe.

El Cantante de Gospel se desplomó de nuevo en el sofá, lamentando no haberse quedado callado.

—Estoy cansado —dijo—. Muy cansado. El concierto de esta noche me ha dejado mustio como una flor. Igual puedes volver mañana y hablamos de lo que quieras.

Didymus comenzó a respirar pesadamente y mudó el color de su cara. Una vena surgió en el puente de la nariz y desapareció en el nacimiento del pelo. Su voz era como un susurro cansado.

—Hay tres cosas que deberías saber. La primera, que no eres una flor; la segunda, que no ha sido el recital lo que te ha dejado mustio. Y la tercera, que no pienso dejarte.

El Cantante de Gospel, temeroso de que hubiese dejado entrar a un loco en su *suite*, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Voy a llamar a la policía.

Didymus se cubrió la cara con las manos y dio tres vueltas, hasta detenerse cara a la pared. Se quejó:

—Vengo a hablarle de su alma y él dice que va a llamar a la policía. Madre mía, ¿qué tendrá que ver la policía con su alma?

—¿Mi alma? —preguntó el Cantante de Gospel, mirando por la telaraña que formaban sus dedos.

—¿Qué iba a ser si no? ¡Qué iba a ser si no!

Abrió de un tirón la chaqueta de su traje azul de ejecutivo y sacó un cuaderno grande de tapas duras. En la portada el Cantante de Gospel vio escrito en letras cuadradas: *Libro de sueños*.

—Lo tengo todo escrito aquí. ¡Cada detalle! —Abrió lentamente y sin prisa el cuaderno, hojeó algunas páginas, pasó algunas más y luego se detuvo—. El concierto que te dejó mustio se llama Geraldine Flyer.

El Cantante de Gospel gruñó como si alguien le hubiese dado un duro golpe.

—Y no solo lo ha hecho esta noche, sino las tres últimas noches. Te dejó mustio una vez bajo el escenario de Carnegie Hall, otra vez en tu Cadillac, otra en una habitación de la calle 42, ¡y otra en este mismo apartamento, justo en ese sofá en el que estás tumbado!

El Cantante de Gospel había dejado de gruñir. Estaba tendido de espaldas, pálido, con las manos apretadas con fuerza contra los ojos.

Didymus lanzó el *Libro de sueños* al suelo y gritó:

—¡Geraldine canta en la primera fila, tercer asiento, del coro que hay montado detrás de ti en Carnegie Hall con el propósito de realizar la obra de Dios!

—¿Y cómo sabes tanto de ella?

—¡No solo de *ella*, sino de *ellas*! ¡Didymus conoce toda la sarta de blasfemias contra Dios! Didymus sabe que el señor Keene, por algo tan insustancial como el dinero, te incitó a la blasfemia.

—No he hecho daño a nadie —dijo el Cantante de Gospel.

—Cuando estabas desnudo y copulabas con Geraldine Flyer en la mesa de *ping-pong* debajo del escenario de Carnegie Hall, ¿qué crees que habría sucedido si ese escenario se hubiese replegado, dejándote a la vista del público que esperaba a que les cantaras la palabra del Señor? ¿Crees que a esos que esperaban para estremecerse con tu voz y ver el misterio de Dios obrar en una de sus criaturas señaladas no les habría hecho daño verte apareándote como una cabra hedionda en una colina desierta?

—Pero no me vieron. No hice daño a...

—¿Estás seguro de que no hiciste daño?

Didymus bajó la voz de nuevo. El Cantante de Gospel se levantó del sofá y Didymus se acercó hasta quedarse medio arrodillado en el sofá, con los brazos extendidos cerniéndose sobre el Cantante de Gospel.

—Cuando tomaste a esa niña en tus brazos después de llevarla al éxtasis religioso, cuando tocaste su carne y la sentiste desfallecer, ¡piensa!, ¿hiciste daño o no? Cuando sabías que podías hacerla tuya, cuando viste cómo se rendía al amor de Dios que tú querías convertir en amor carnal, piensa, ¡piensa!, ¿hiciste daño o no?

El Cantante de Gospel se apartó hacia un extremo del sofá y Didymus le siguió. Finalmente, cuando ya no había adónde ir, se deslizó hasta el suelo, pero Didymus también estaba allí, con los ojos abiertos y encendidos mientras hablaba. El Cantante de Gospel no hacía más que negar con la cabeza.

—Cuando le desabrochaste la ropa y arrancaste la seda que protegía su virginidad, cuando contemplaste sus ojos abiertos y viste que se daba cuenta de que estaba desnuda en brazos del hombre que había cantado sobre Dios y de que, por tanto, no podía hacerle nada malo, entonces... ¡piensa! ¿Eso no era daño?

El Cantante de Gospel medio reptaba, medio gateaba hacia atrás en la alfombra mientras Didymus le seguía, apretando su cara ardiente contra la del Cantante de Gospel.

—Cuando la tocaste ahí abajo y la notaste húmeda de repente, con el cuerpo ajeno a su voluntad porque la experiencia divina se había convertido en experiencia carnal, ¿eso no era daño? ¿Y quién era el responsable, sino tú?

El Cantante de Gospel se había deslizado hacia atrás por el suelo y tanto él como Didymus se encontraban delante de un armario con la puerta abierta.

—Y por supuesto, lo entiendo todo y sé cómo te afecta —dijo Didymus—. No espero milagros, pero sí espero algo más que una autocompasión rota y

descontrolada. No basta con sentirlo. Lo que espero y exijo de ti es penitencia. Tienes que entender que tu corazón se ha desviado. Tienes que preocuparte por ello. ¿Me entiendes?

—Sí —dijo el Cantante de Gospel—. Sí, tengo que entenderlo.

Pero para entonces el Cantante de Gospel estaba aturdido, en una especie de estupor al comprobar el increíble conocimiento de Didymus. Habría estado de acuerdo con cualquier cosa que Didymus le hubiese pedido. Si Didymus se lo hubiese pedido, habría saltado por la ventana del apartamento, que estaba en el decimoquinto piso. Pero Didymus no le pedía algo tan extremo. En lugar de eso, se echó a la espalda del Cantante de Gospel, le agarró por el pescuezo y el cinturón y le metió de rodillas dentro del armario. Trajes de hilo fino, camisas de tonos pastel y zapatos de piel volaban en todas las direcciones mientras Didymus se erguía frenético encima de él, apuntando otra vez con su dedo huesudo directamente a la cara del Cantante de Gospel.

—Canta, maldito —gritó Didymus—. ¡Canta, bárbaro! ¡Canta cuarenta veces *The World Is Not My Home* y mientras lo haces escucha la voz que Dios te dio y contempla cómo la has empleado para satisfacer las necesidades más innobles de la carne!

La puerta del armario se cerró de un portazo y el Cantante de Gospel se quedó solo y asustado en la oscuridad. Tenía la garganta tan tiesa como si se la estuviesen estrujando con una mano. Al otro lado de la puerta podía oír una respiración, una especie de resoplido sollozante, y luego a Didymus, que gritaba: «¡Canta, bárbaro!», palabras cuya fuerza liberó la canción de su garganta.

Una hora y cincuenta y siete minutos después, empapado en sudor y temblando de arriba abajo, abrió la puerta y salió arrastrándose hasta caer en los brazos de Didymus, que lo sujetó y le cantó con voz suave. «Ya está, ya está, mi dulce amo, ya te has purgado».

El Cadillac entró arrastrándose lentamente en la autopista 229. El Cantante de Gospel ya iba por su último Avemaría. Didymus conducía con una mano y miraba de manera intermitente a la carretera mientras escribía sin parar en el *Libro de sueños*. El agotamiento por los veinte Avemarías se reflejaba en la cara del Cantante de Gospel. Al acabar, se desplomó exhausto en el asiento y Didymus apartó el *Libro de sueños*. El cielo se estaba despejando, aunque todavía quedaba un sólido frente nuboso al oeste. Estaban en las afueras de Enigma y donde antes había arbustos, encinillos e hinojos, ahora había plantada una carpa enorme de lienzo marrón con gente que pululaba alrededor entre coches brillantes de último modelo, camionetas viejas con los laterales de madera y carretas con mulas impasibles y pacíficas, atadas bajo los árboles empapados. Por encima de la carpa, que tenía ciento cuarenta metros de largo, habían tirado una cuerda de banderines triangulares de colores rojo, blanco y azul. Colgaban completamente inmóviles contra el cielo. Una furgoneta verde que tenía pintado en un lado BOCADILLOS DE CARNE Y BEBIDAS HELADAS DE

JIM estaba aparcada en el arcén de la carretera, delante de la carpa, y desde ella se extendía una fila de gente. Cuando pasaron por la carpa, el Cantante de Gospel vio a dos o tres personas levantar los brazos y señalarle, luego a varias más y luego todo el mundo por todo el claro parecía dejar lo que estuviera haciendo y volver la cabeza en su dirección. Alguien agitó una camisa roja a guisa de bandera. Por encima del ruido del aire acondicionado y de los neumáticos se oía un clamor de voces débil pero persistente, como abejas que zumban en una colmena.

El Cantante de Gospel abrió la ventanilla que le separaba de Didymus.

—Es un poco pronto para que haya tanta gente, ¿no?

—¿Para qué iba a servir un representante sino para organizar y anunciar un evento? —dijo Didymus—. Radio, octavillas, periódicos. Te mereces lo mejor.

—Sí, y lo haces muy bien, Didymus —dijo el Cantante de Gospel—. Nunca he dicho lo contrario, pero me sigue pareciendo una multitud extraña.

Didymus se puso serio de repente:

—Parecen demasiado felices para venir a un recital. No es una buena señal.

—Quizás les ha traído el predicador de Milledgeville —dijo el Cantante de Gospel—. Dicen que es muy bueno.

—Podrían estar aquí por cualquier cosa —dijo Didymus—. Con la gente no se sabe. Piensas que van a hacer una cosa y luego hacen la contraria.

Mientras hablaba sacó otra vez el *Libro de sueños*.

—Precisamente esta mañana antes de desayunar estuve en la calle hablando de esto mismo con un Desdichado. Me dijo que nunca había visto tanta gente en Enigma, ni siquiera en tus otras visitas. Y, ¿sabes lo que me dijo?

—No.

—Me dijo que les había traído la lluvia. ¿Qué te parece?, que *les ha traído* la lluvia... Ha habido sequía por todo el sur de Georgia y parece que nada más entrar nosotros en el estado, empezó a llover. Nunca nos ha pillado porque comenzó justo después de pasar nosotros, pero siempre ha estado ahí detrás. El Desdichado también me dijo que cuando uno de los anuncios que encargué salía en la tele diciendo que el Cantante de Gospel volvía a Enigma, ¡zas!, empezaba a llover. A veces empezaba a llover justo cuando el tipo de la tele acababa de decir que no había lluvia a la vista. Eso me dijo el Desdichado. ¿No es significativo? Simplemente demuestra que uno no puede hacerse ideas preconcebidas sobre la gente.

Mientras Didymus hablaba, el Cantante de Gospel parecía menguar de forma imperceptible en el asiento trasero como si fuera el globo de un niño con una fuga de aire lenta pero continua. Didymus hizo una anotación en su cuaderno y lo cerró.

Estaban en la calle principal y única de Enigma, delante del juzgado donde el pueblo terminaba, al borde del pantano. La gente que les había visto desde la acera se volvió para seguir al coche. Varios coches, que antes estaban aparcados frente a la carpa, desfilaban ahora detrás de ellos por la calle.

Didymus se giró y miró al Cantante de Gospel.

—Espero que esto no sea demasiado duro para ti.

—Estaré bien —dijo.

Cuando el coche se detuvo delante de la funeraria quedó de inmediato rodeado de gente. Hubo bastante barullo y empujones en la acera. Alguien acercó un bebé a la ventana, con unos ojos redondos y azules que miraban con indiferencia al Cantante de Gospel, que respiraba con tranquilidad y esperaba que Didymus viniese a abrirle la puerta. Didymus podría protegerle si la multitud se emocionaba demasiado, cosa que a veces sucedía. Al Cantante de Gospel le habían arrancado la ropa una noche en la que iba a actuar en un estadio de béisbol de Elizabeth City, en Nueva Jersey. Pero eso había sido cuando el señor Keene aún estaba con él. Nada semejante había ocurrido desde que estaba presente Didymus. Didymus poseía una fuerza asombrosa para ser un hombre pequeño.

La puerta se abrió. Una ovación tímida e irregular surgió de la multitud, compuesta en su mayoría de forasteros, gente a la que el Cantante de Gospel no había visto antes. Didymus abrió camino hasta la puerta y cuando el Cantante de Gospel estaba a punto de alcanzarla, un hombre gordo con una camisa de colores vivos con dibujos de palmeras y chicas con faldas hawaianas se abrió paso a empujones con un niño pequeño en brazos. El niño tenía una cabeza grande y miraba con furia tras unas gafas de montura de acero con ojos húmedos y rojos como de haber estado llorando.

—Ahí está, hijo —gritó el hombre gordo—. ¡Tócale!

El niño estiró la mano y agarró al Cantante de Gospel por detrás del brazo, pellizcándole tan fuerte como pudo.

—¡Buen chico! —gritó el gordo—. ¡Tócale otra vez!

Pero el Cantante de Gospel ya se le había escapado y había desaparecido en el interior de la funeraria.

La habitación no estaba muy iluminada y había flores colocadas en el suelo junto a las paredes. En la estancia había cuatro señoras, una de ellas la señora Carter, sentadas de espaldas al Cantante de Gospel. Desde la puerta, el Cantante de Gospel podía ver a MaryBell en el lugar en el que Hiram la había colocado, sobresaliendo del ataúd, con los labios pintados de rojo y los párpados azulados. El Cantante de Gospel adoptó una expresión que esperaba fuese de tristeza. Caminó lentamente hasta el ataúd. Didymus le siguió dos pasos por detrás. La señora Carter levantó la cabeza. Tenía la cara pesada y muy amarillenta, con pinta de no haber dormido durante mucho tiempo. La señora que estaba sentada junto a ella levantó sin hacer ruido una lata de café con la tapa recortada y escupió en su interior un largo hilo de saliva y rapé. La señora Carter se levantó con rigidez de la silla, fue hacia el Cantante de Gospel y le abrazó. Olía a sudor y a rapé.

—Hijo —dijo ella—. Te hemos estao esperando mucho rato. Más de una vez he pensao que tendríamos que enterrarla sin ti.

—Ya está, ahora... —dijo el Cantante de Gospel—. Tiene que intentar hacer frente a esta desgracia. Ya sabe lo que dice la canción: este mundo no es mi hogar,

solo estoy de paso. He venido en cuanto he podido. No me enteré hasta que llegué.

—Ya estás aquí —dijo la señora Carter—, y eso es lo que cuenta.

Se giró para mirar otra vez a MaryBell.

—¿No crees que Hiram ha hecho un gran trabajo?

—Pues sí —dijo el Cantante de Gospel.

—Como en vida —dijo una de las señoras.

—Habló de ti el día antes de que pasara —dijo la señora Carter—. Sabía que pronto ibas a volver. Pobrecilla. Estaba tan emocionada, entre visita y visita solo deseaba volverte a ver. Pensaba que tú eras el sol del cielo. Siempre confié en que un día tú y ella... —Volvió la cabeza y emitió un sonido gutural y entrecortado, pero cuando miró de nuevo sus ojos estaban encendidos y secos—. ¿Quién iba a matar a mi niña? ¿Por qué? ¿Por qué? El negro la atacó con un picahielos después de todo lo que ella hizo en la barriada.

—Mamá me dijo que fue Will...

—Sabía que ese negro no traería nada bueno. Siempre dije que cualquier día haría una así —dijo una de las damas.

Se oyó un golpe en la ventana y se giraron para mirar. La persiana no era lo bastante larga y en la parte baja del cristal estaba la cabeza redonda y con ojos azules del bebé, a quien la madre estaba sujetando para que viese a MaryBell. El niño parecía tan infinitamente aburrido que podía quedarse dormido en cualquier momento. A ambos lados de la madre y el niño había más caras, apretadas unas contra otras a lo largo del cristal, en una hilera parpadeante e inmóvil.

—Llevan todo el día así —dijo la señora Carter de forma cansina—. Empezaron a llegar anoche cuando estaba preparando a MaryBell. No dan a nadie un minuto de paz, ni a los muertos.

—Además, no son de Enigma —dijo una de las damas—. Ninguno de esos que está mirando es de Enigma.

—La gente debería tener más consideración —dijo el Cantante de Gospel.

—Siguen queriendo entrar a mirarla, a ver sus heridas. Esta mañana dejé entrar a uno o dos y luego salieron a contarle a todo el mundo lo guapa que estaba y las marcas del picahielos que tenía, y al poco teníamos un gentío como el de ahora que quería entrar a verla. Al principio les dejé, pero luego se pusieron brutos y empezaron a empujarse aquí, así que me daba miedo que la fuesen a volcar.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó el Cantante de Gospel—. ¿No podemos echarles de aquí?

Tuvo que alzar la voz porque el zumbido de voces en la ventana había subido. Ahora que él también estaba en el velatorio, aumentaba la multitud en la calle.

—No, que yo sepa —dijo la señora Carter—. Son demasiados. Si supiese cómo, haría rato que les hubiese largado.

—Sí, supongo que lo habría hecho —dijo el Cantante de Gospel—. Didymus, ¿se te ocurre algo?

Didymus alzó la vista del *Libro de sueños* en el que estaba escribiendo con furia.

—La verdad es que no —dijo—. Creo que cabía esperar esto. Les invitamos aquí para verte. Tú estás aquí. Y después de todo —dijo señalando al ataúd—, este es un crimen bastante espectacular.

—¿Quién es? —preguntó la señora Carter.

—Se llama Didymus —dijo el Cantante de Gospel—. Es mi nuevo representante.

—¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó la señora Carter—. ¿Dónde está el señor Keene? Seguro que si el señor Keene estuviese aquí sabría qué hacer. ¿Dónde está el señor Keene?

—Me temo que desapareció, señora Carter, justo después de mi última visita a casa.

La señora Carter miró con dureza a Didymus.

—Si el señor Keene estuviese aquí sabría qué hacer.

—No me cabe duda, señora —dijo Didymus.

Luego, dirigiéndose al Cantante de Gospel:

—Podrías salir y pedirles que se marchasen o que al menos se echasen atrás y se calmasen. Ya sabes, como una especie de favor hacia ti.

—¿Crees que lo harán? —preguntó el Cantante de Gospel.

—No —dijo Didymus—. Pero podrías intentarlo.

La señora Carter le estaba mirando.

—Quiero que cantes pa ella. No parece mu propio hacerlo con el jaleo que están montando, mientras miran por la ventana como si esto fuera un circo.

—Voy a pedírselo —dijo el Cantante de Gospel.

Cuando salió a la acera, la multitud se quedó en silencio. Los que estaban apretados contra la ventana se volvieron para mirarle. La mujer del niño se lo puso sobre sus hombros para que pudiese ver mejor. Se había dormido. El Cantante de Gospel miró detenidamente al hombre gordo que estaba de pie al frente de la multitud portando al niño con gafas de montura de acero.

—Amigos —dijo—. He salido a pedirlos...

—¿Es verdá que el negro la apuñaló sesenta y una veces? —gritó la mujer con el bebé dormido al hombro.

—... A pedirlos que... —continuó el Cantante de Gospel.

—Claro que sí —dijo el gordo—. He ido a la cárcel a ver al negro y el *sheriff* ma dicho que es verdá.

—Por favor —dijo el Cantante de Gospel—. La señora que está dentro...

Como en una señal convenida, la multitud que había delante del Cantante de Gospel se abrió y en el hueco quedó plantado el hombre de la piel negra y los ojos de oscuridad maciza. Cada vez que movía la cabeza, la mano y el pie, la ropa se arremolinaba a su alrededor como si estuviese llena de algo insustancial como aire.

—Tú, Cantante de Gospel —dijo el hombre con una voz que, aunque baja, sonó como un grito en el silencio que se hizo de repente.



El Cantante de Gospel fingió no verle.

—La señora Carter, la madre de la muerta, la pobre MaryBell, me ha pedido que salga para ver si vosotros, amigos...

Pero la multitud no le escuchaba. Tenía la vista puesta en la figura delgada y ondulante que, mientras el Cantante de Gospel aún hablaba, se adelantó y le cogió del brazo con una de sus manos negras. Surgió un suspiro colectivo que se extendió por la multitud.

—Te escapaste corriendo —dijo el hombre.

—Tenía que venir aquí. Y aquí estoy —dijo el Cantante de Gospel, tratando de evitar que se quebrase más su voz quebrada.

—Vengo de mu lejos —dijo el hombre—. He dejao to y venío de mu lejos porque dicen que eres un curandero.

—No me responsabilizo de... no me responsabilizo... —gritó el Cantante de Gospel, que trataba de decir que no era responsable de lo que decían de él, pero no era capaz de arrancar la frase entera. El hombre estaba tan próximo al Cantante de Gospel que este podía ver su propia imagen brillando en unos ojos planos sin color. El Cantante de Gospel no quería mirarlos, pero no podía evitarlo. Los ojos no parpadeaban y él estaba como un pájaro paralizado por la mirada de una serpiente. El hombre se acercó más. Su aliento olía a cosas encerradas durante mucho tiempo.

—Nosotros semos creyentes —dijo el hombre—. Aquí nadie duda. Y que no me entere yo. Sé quién eres, yo soy creyente.

El Cantante de Gospel se mascaba la lengua, que se movía descontrolada, esperando a que el hombre le soltase, lo que finalmente hizo dando al Cantante de Gospel un pequeño empujón más fuerte de la cuenta que le hizo tambalearse hacia atrás y cruzar las puertas medio abiertas de la funeraria. La multitud ovacionó al hombre negro, que se giró al instante y los hizo callar frunciendo el ceño.

Dentro, el Cantante de Gospel tuvo que concentrarse para sentir los pies en el suelo al caminar. Apoyó la cabeza y las caderas contra la pared y se quedó un rato quieto, tratando de recuperarse. Justo cuando iba a entrar a reunirse con la señora Carter, Hiram apareció de sopetón por la cortina. Se acercó tanto al Cantante de Gospel que su barbilla casi rozaba el pecho del Cantante de Gospel. Tenía la cara roja y estaba sudando. En su camisa se notaban semicírculos oscuros a la altura de las axilas.

—¿Por qué carajo no volviste? —preguntó—. Te esperé. Tos esperamos que regresases. Tuve que volver a mi propia casa por otro lao. Ese gentío no tenía sentío común y estuvimos to el rato esperándote en casa de tu padre. ¿Por qué carajo no volviste?

El Cantante de Gospel se puso la mano en la boca como para contener el vómito. Respiró profundamente, tratando de entender por qué le estaba gritando Hiram.

—Por favor —dijo—, estoy intentando...

Hiram pareció recuperar el control de repente.

—Vale —dijo—. De acuerdo, sabe Dios que no quiero enfadarme contigo. De entre toa la gente de este mundo con quien menos quiero enfadarme es contigo. Solo quería que te viese mi pequeña.

—Sí, que me viese.

—Está en la trastienda —dijo—. Solo quiero que ponga sus manos en tu cara. Ya es lo bastante mayor para saber lo que hace.

Cogió al Cantante de Gospel del brazo.

El Cantante de Gospel se echó atrás.

—No puedo, ahora no puedo. La señora Carter me está esperando. Ella es la siguiente. MaryBell está esperando. Se lo prometí. Quizá luego...

—Qué bien —dijo con amargura Hiram—. Haz de to pa tos los demás. Da igual desde cuanto hace que conozco a tu padre. Da igual que haya tenío a un pariente tuyo aquí tendío en mi funeraria, vestío y atendió con mis propias manos. Eso no vale na.

El Cantante de Gospel se alejó de él diciendo «lo siento, lo siento». Cuando estaba yendo hacia MaryBell, oyó decir a Hiram:

—Quizá cuando acabes...

Didymus, que se había quedado junto a la ventana mirando y tomando notas, cerró su *Libro de sueños* justo cuando él entró. El Cantante de Gospel fue directo al ataúd y se arrodilló.

—La multitud hizo justo lo que yo pensaba —dijo Didymus.

El Cantante de Gospel había comenzado a cantar suavemente *Farther Along*.

La señora Carter se apartó al verle.

—Salgamos tos y dejémosle con la pobrecita.

—Nunca dejaré al Cantante de Gospel —dijo Didymus.

—Esta vez sí, señor cómo-se-llame —dijo la señora Carter—. Es normal que no entienda porque es forastero. Y no tiene por qué. To lo que tiene que hacer es salir de aquí y dejarles solos. Si no sale le agarro como un saco de trigo y le saco pa fuera.

De pie frente a Didymus y con los puños apoyados en las caderas, la señora Carter era medio metro más ancha y treinta centímetros más alta que él.

—Lo que usted desee, querida señora —dijo Didymus. Salió e inmediatamente la cara de un niño que estaba husmeando en la ventana desapareció de la vista y la cara de Didymus ocupó su lugar.

Cuando la señora Carter salió, dejó de oír la voz del Cantante de Gospel. La gente gritaba y se empujaba, el claxon de un coche no dejaba de sonar y se oía una traca de petardos. La señora Carter se había imaginado de pie fuera del velatorio, escuchando cómo resonaba la canción hermosa del Cantante de Gospel en su hija muerta y en las calles tranquilas de Enigma. Pero en lugar de eso se encontraba en mitad de una confusa fiesta en la que la gente llevaba la Biblia en una mano y un BOCADILLO DE CARNE DE JIM en la otra. Se sentó en un banco de madera al otro lado de la calle. Las tres señoras que la habían seguido hasta allí también se sentaron. Se quedaron muy quietas mirando a la multitud. Bajo el sombrero negro, los ojos de la señora Carter

eran planos y no reflejaban la luz.

—Ya no le vamos a oír cantar —dijo.

—Desde el momento que vi llegar a la gente supe que no podríamos —dijo una de las damas.

La señora Carter dijo en voz muy baja:

—Le pido a Dios que abra el infierno bajo sus pies y se trague hasta al último de ellos.

La señora que estaba sentada junto a ella lanzó a la calle un largo escupitajo marrón.

—No me extrañaría que lo hiciera —dijo.

El escándalo que la señora Carter tenía que oír quedaba de algún modo amortiguado en el velatorio, donde el Cantante de Gospel se encontraba arrodillado con la cara al mismo nivel que las facciones frías y retocadas de MaryBell. Por fin, ¡por fin!, después de tanto tiempo, se había ido. Y no dudaba de que se había ido directa al infierno, como tampoco dudaba de que había sido él quien la había enviado allí.

La noche en que la había convertido con su canto, ella estuvo pegada a él el resto del tiempo, durante el sermón del predicador y durante la comunión posterior. Su juvenil rostro estaba arrebatado y no dejaba de susurrar:

—Estoy temblando de arriba a abajo. Nunca imaginé que fuese así, que podría estar tan feliz.

Y después la llevó a casa en el Ford coupé que había comprado con el dinero que ganó en el festival de gospel de Tallahassee, sin que nadie pensase mal porque en Enigma todo el mundo sabía que era su chica. La había llevado un montón de veces al cine a Albany, Tifton o Cordele, con Gerd al volante del Ford y ellos en el asiento de atrás. Él ya le había sujetado y besado la mano antes. Incluso una vez, en una celebración, le había tocado fugazmente un pecho y ella, sin impedírselo, se ruborizó mirando a otro lado. Pero aquella noche, tras la conversión, sentados bajo las pacanas que había delante de la casa de MaryBell, bajo una luna increíblemente grande, amarilla e inmóvil que pendía del cielo más allá de los campos, todo cambió de alguna manera. No habían intercambiado más de dos o tres palabras desde la iglesia y ahora estaban sentados, avergonzados y en silencio.

—¿Cómo te sientes? —dijo ella.

—Estoy bien —dijo él.

—No tenía ni idea..., esta noche yo...

—Sí —dijo él—, lo sé.

Ella se deslizó por el asiento para sentarse junto a él y le tocó la cara con las manos mientras respiraba rápida y superficialmente. Él podía sentir el calor que emanaba de ella en oleadas.

—Nunca pensé que fuera a hacerlo —dijo ella—. No sabía que fuese a pasar hasta que me levanté, de pie frente a ti, fue como si el mismo Dios me hubiera tocao.

Él la besó. No porque lo deseara especialmente, sino porque no quería oírle hablar de Dios. Se quedó muy quieta bajo sus labios. Cuando apartó su boca, MaryBell dijo:

—No puedo explicarlo. Supongo que fue la canción..., y tú. Escucharte a ti y a Dios allí me estaba desarmando.

La besó de nuevo. Cantar gospel era una manera de ganar dinero, de escapar de Enigma, de no tener que pasarse la vida pisando mierda de cerdo. No había previsto que Dios se entrometiese. Ni siquiera era particularmente religioso y que alguien le dijese que él era responsable de haber salvado un alma le provocaba confusión y miedo. Los labios de ella se abrieron bajo los suyos. Ella estrechó sus brazos con las manos. Luego se echó atrás y dijo:

—¿Alguna vez has pensado en hacerte predicador?

—No —dijo él—. Jamás.

—Eres tan bueno —dijo ella—. Y hay tanta maldad en el mundo. Sé que podrías hacer la obra del Señor.

La apretó contra el asiento porque estaba decidido a no escuchar nada sobre Dios y la obra del Señor. Por la mañana iría a Atlanta a cantar en la tele, tenía una habitación reservada en el hotel más grande de la ciudad y se iba a comer un filete. El señor Keene se lo había prometido. Y no lo iban a estropear Dios y cosas aburridas como ser predicador de pueblo.

La luz de la luna se reflejó en el pelo de MaryBell, convirtiéndolo en una especie de bruma. Olía a flores, jabón y a algo más fuerte que él no había olido antes. Tenía la cara empapada en sudor y por todas partes por las que él tocaba, la carne estaba tan caliente que parecía a punto de arder.

—Esta noche en la iglesia... —dijo ella y él la besó otra vez.

Él sintió durante un momento y por primera vez la punta de la lengua de ella en sus labios, pero ella siguió hablando:

—Sé que he sido la única atraída por Dios esta noche, pero to el mundo allí sintió al Señor en tu voz.

—Te quiero —dijo él, tocándola por debajo del vestido sin saber lo que le esperaba en el intento, quizás un grito o una bofetada, pero al menos dejaría de hablar de Dios. Pero ella simplemente le agarró con más fuerza del cuello. Luego, con un repentino y disimulado movimiento del cuerpo, le recibió en la cuna de sus muslos. Él miró a su alrededor, asombrado de encontrarse en tal postura. Ella tenía el vestido subido hasta la cintura, dejando a la vista unas bragas cuadradas de algodón blanco, y el hecho de que entre ellos solo hubiese una tira de tela de unos pocos centímetros de ancho no parecía tener mayor importancia para ella. Él era virgen y, por tanto, el misterio de la mujer era tan profundo y trascendental para él como lo era el misterio de Dios. Pero ni de lejos era tan aterrador ni tenía —en su opinión— consecuencias de igual alcance.

—Yo también te quiero —dijo ella—. Ay, te quiero.

Pero como eso no evitó que siguiese hablando de Dios, de que se hiciese predicador y de que Dios brillaba a través de su voz como el sol entre las nubes, al final se vio forzado, casi en contra de su voluntad, a desgarrar las bragas y también a ella en el asiento del Ford coupé, aparcado frente al jardín de los Carter. Fue incómodo, doloroso y breve, pero asombrosamente real como no lo había sido nada antes en toda su vida. Haber enterrado esa parte pequeña de sí mismo, fuera de la vista y fuera de este mundo, en otro ser humano le pareció lo mejor que le había sucedido nunca. Cuando todo hubo terminado tres minutos después, mientras ella lloraba pegada a él y le decía que le amaba, él estaba completamente convencido de que también la amaba. Miró arriba hacia el tirador cromado de la puerta, que brillaba a la luz de la luna, y dijo en voz alta pero incrédula:

—Estoy enamorado, estoy enamorado, estoy enamorado.

El Cantante de Gospel alzó la vista y miró la cara muerta de MaryBell delante de él. Se detuvo un instante y escuchó su propia voz cantar *Farther Along*, una voz plena y firme, en mitad de la canción. Si pudiese haber amado a MaryBell. Si hubiese sido cierto. Pero por supuesto no lo fue y solo le llevó hasta la noche siguiente descubrirlo, en el hotel Arms de Atlanta. La prueba de la tele había salido bien y el señor Keene firmó un contrato de mucho dinero. Después de la cena, le llevó a la *suite* una mujer más hermosa incluso que MaryBell, con la piel más blanca y tersa, los ojos más azules y el pelo más largo. Y mientras el señor Keene se quedó sentado en la habitación de fuera, partiéndose de risa mientras leía el contrato, la chica llevó al Cantante de Gospel a la cama, donde le reveló un mundo mucho más vasto y atroz que el que hubiera soñado MaryBell porque, a diferencia de MaryBell, esta chica no era virgen. Y cuando ella terminó con él, encima del Cantante de Gospel con el pelo caído sobre la cara como un velo, él la miró a los ojos y le dijo medio soñando: «Te quiero». Y ella salió de la cama muerta de risa y no quiso aceptar dinero del señor Keene por el trabajo realizado. El señor Keene le había cogido por el hombro y había agitado el contrato en su cara.

—Chico —dijo—, puedes tener cualquiera como esa, cuantas quieras y siempre que quieras.

No había más remedio que decirle a MaryBell lo que pasaba. Pero no se lo dijo. Había vuelto a Enigma para decírselo, para estar a solas con ella y decírselo, pero ella se apretó contra él, echándole en la cara un aliento caliente y dulce como la leche y él, dominado por el momento y por el recuerdo de la puta de Atlanta, la sacó del Ford coupé y la tendió sobre una manta bajo un pino. Ella se dejó llevar, dócilmente y sin protestar, con la misma luz maravillosa brillando en su rostro. El Cantante dijo que quería que se quitase toda la ropa.

—¿Aquí... aquí en el bosque?

Sus ojos se ensombrecieron y miró a su alrededor como si esperase que alguien saliese de la maleza.

—Te quiero —dijo él, mientras en su mente veía a la puta de Atlanta

pavoneándose por la habitación, con el pelo negro como el de un cuervo cayéndole por toda la espalda.

Así que le dejó quitarle la ropa y cuando luego le pidió que caminase desnuda a su alrededor mientras él permanecía tumbado en la manta, también lo hizo, sin dejar de sonreír pero sin mirarle a los ojos. Estuvo tirado bastante tiempo, medio consciente, viéndola caminar alrededor de la manta mientras soñaba con el contrato que el señor Keene le había pasado por las narices y con lo que le había dicho.

Y desde entonces, cuando la dejaba, cuando tenía que salir de Enigma para ir de gira por Tallahassee o Nueva Orleans, o al estudio de televisión de Atlanta a grabar programas, él se prometía solemnemente que al regresar le diría la verdad. Le diría que lo que habían estado haciendo estaba mal porque no la amaba y porque no pensaba casarse con ella.

Y le habría dicho justo eso (se decía a sí mismo) de no haber sido porque por esa época cada vez se rendían más pecadores ante su voz. Salvaba almas a diestro y siniestro. No podía abrir la boca en la iglesia sin que algún idiota se desvaneciese gritando que había encontrado a Dios. Y lo que era peor, se rumoreaba que podía sanar. El señor Keene, que para esos temas estaba muy pendiente, oyó el rumor y se lo presentó al Cantante de Gospel diciéndole que les serviría para pedir más dinero por las actuaciones.

Sin embargo, estas noticias no animaron al Cantante de Gospel. Pensaba que lo de salvar almas y curar a los enfermos eran cosas que era mejor no tocar, sobre todo si se tenía en cuenta que hacía lo que hacía no por Dios, sino por dinero: dinero para comprar trajes, dinero para comprar calzoncillos de seda y, a la postre, dinero para comprar coches potentes en los que pudiese entrar de un salto y salir pitando de Enigma. Hasta al Cantante de Gospel, cuya fe en Dios más que fe era una superstición insoportable, le parecía obvio que un hombre no podía tener a la vez calzoncillos de seda y a Dios. Podía tener una cosa o la otra, pero no ambas.

Y sabía, siempre lo había sabido, cuál era su elección, aunque ya no estaba seguro de ser libre para llevarla a cabo. Cuando más exigía su derecho a pecar, más pecadores acudían a oír su voz y encontraban la salvación. Se estaba encaminando a toda velocidad hacia un punto donde creía, contra su voluntad, que podía ser lo que el mundo decía que era. ¡Era aterrador! ¡Aquella amenaza podía echarlo todo a perder!

Entonces, en un momento maravilloso, vio que MaryBell ¡era su escapatoria! Fue durante un recital en Waycross, Georgia, en la Iglesia del Tabernáculo, cuando las ocho primeras filas se entregaron a Dios en una conversión simultánea. No había terminado ni el primer gospel cuando para su desesperación tuvo que dejar de cantar y observar que se arrodillaban arrepentidos y con los ojos húmedos ante él. Cuando empezaron con los amenes y los aleluyas de repente tuvo una visión de MaryBell, de sus grandes pechos y caderas (había crecido magníficamente en los meses en que llevaban haciendo el amor), tumbada con las piernas abiertas en una manta en el bosque, moteada por los rayos de sol y sofocada por el esfuerzo. Fue un momento

que siempre recordaría, porque se dio cuenta de que no podía ser quien ellos decían que era si además se aprovechaba de MaryBell, mintiéndole y tirándosela con la misma frecuencia con la que respiraba.

MaryBell se convirtió en su defensa segura y firme contra Dios. Ya podían decir amenes hasta hartarse si les apetecía; podían salvarse a sí mismos y curarse a sí mismos y luego señalarle a él como el responsable. Sin embargo, eso no hacía que fuera cierto. MaryBell era la prueba de que no era cierto. Así que desde ese momento, empezó a trajinarse a MaryBell con empeño, enseñándole todos los placeres que aprendía de las diversas putas que el señor Keene le procuraba. Y ella los aprendió bien y con gusto, apresurándose a adoptar los trucos o posturas que él le enseñaba con entusiasmo fresco y espontáneo, hablando todo el tiempo de cuándo se casarían, de los hijos que tendrían y de la casa en la que vivirían, ella pensaba que la casa tenía que ser de ladrillo, tener césped y estar en Atlanta, ya que deseaba irse de Enigma porque no era un buen lugar para criar niños. Y él le decía que sí, que tenía razón, sin apartar la vista de ella mientras aplicaba el último truco que le había enseñado. Y no había nada que no pudiese hacer o que no hiciese por él.

Después de un viaje a Memphis, en Tennessee, le pidió que le dijese algunas palabras en voz alta mientras hacían el amor. Le dijo qué palabras eran. Por un instante fue como si ella no le hubiese escuchado. Sus ojos se volvieron opacos por un instante.

—¿Quieres que diga blasfemias mientras nos amamos?

Él le indicó que no eran blasfemias. Y era verdad. Solo eran guarradas. Con todo, ella dudó. Le dijo que las parejas que se amaban se lo decían el uno al otro todo el rato. Pero podía ver que ella no le creía. Se había preparado para esta posibilidad. Se levantó de la manta y caminó hacia su Pontiac convertible —ya que el Ford coupé lo había donado hacía tiempo a la iglesia baptista Bigum de Foremost, Georgia, para una rifa promocional de *scouts* lobatos— y volvió con un libro: *La felicidad en el amor físico: un enfoque clínico*.

—Lo compré en una tienda —dijo él—. Estaba en un estante justo al lado de las tarjetas de cumpleaños. Mira en la página treinta y siete.

Ella lo abrió, intentando no ver nada hasta llegar a la página treinta y siete, pero la página también contenía una foto, así que no le quedó más remedio que mirar. Era un hombre, desnudo y sonriente, con un pequeño bigote negro y tan hermoso como el Cantante de Gospel.

—Lee lo que pone al final —dijo él.

Ella leyó y efectivamente decía que había que susurrar guarrerías al oído del objeto amoroso si a él le gustaba.

—¿Y te gusta? —preguntó.

—No lo sé —respondió él, mintiendo, porque le encantaba.

—¿Quieres que yo también lo haga?

—Sí —dijo él.

Y lo hizo, recitó en voz alta palabras que de algún modo siempre había sabido pero que nunca había pronunciado, las dijo con una voz monótona y cantarina, como cuando un niño entona una canción infantil. Tuvo que mandarle parar para decirle cómo hacerlo, con la entonación, las pausas y la variación tonal correctas. Ella aprendió muy deprisa.

Y el hecho de que fuera más rápida de lo que él nunca hubiera imaginado, como comprendió más tarde, fue su perdición. Porque fue ella la que al final empezó a pensar en variantes de las viejas perversiones. La estudiante rápidamente sobrepasó al maestro. Tomaba la iniciativa, le enseñaba dónde, le mostraba cómo, le decía cuándo. Y en ese proceso, sucedió algo curioso. Él se sentía cada vez más hechizado por su carne. Ella no necesitaba justificarse ante Dios, se justificaba ante sí misma. A veces caminaba aturdido pensando en ella; se despertaba por la noche empapado, ardiendo de deseo. Y aunque no recordaba cuándo había dejado de controlarla para pasar a ser controlado por ella, llegó el día en que era ya un hecho consumado.

Habían conducido hasta el lugar del bosque al que llevaban yendo más de un año, sin andarse ya con disimulos como ir primero al cine, a comer algo o lo que fuera. Ella se recostó en la tapicería roja del Cadillac, suspiró profundamente y dijo:

—Bueno, ¿estás listo pa follar?

—¿Qué? —dijo él pegando un salto en el asiento.

Ella se quitó el vestido y el sol atrapó la mancha entre sus piernas, que tomó un color cobrizo.

—Aquí lo tienes —dijo—, lo has traído aquí pa follar, así que fóllatelo.

Le había oído decir cosas peores pero nunca de aquella manera fría y cruda, sin preámbulos.

—Por Dios —dijo él—, ponte el vestido, ¿qué te pasa?

—A mí na, cariño —contestó, con la cara iluminada por un humor frío. Se dio unas palmaditas—. Lo deseas, ¿verdá? No vas a dejar que venga aquí calentito y mojado y se vaya to frío, ¿a que no?

Se acarició.

Él tragó saliva.

—Claro que lo deseo —dijo él—. Yo...

—No me lo digas a mí. Díselo a este —dijo ella, encorvándose en el asiento.

Él frunció el ceño y la sangre le infló el corazón. Todo cuanto podía ver era la figura redonda de sus caderas, muslos y vientre que convergían y se hundían en el cobre brillante que creaba el sol. Y más allá, por encima, dominantes, surgieron de repente de la blusa desabrochada los dos montes gemelos del pecho. Con la mirada fija en él, creyó verlo latir y se sintió atraído como por un imán.

—Escucha —dijo él—, escucha.

Se inclinó hacia ella en el asiento y ella le cogió de las orejas y le metió la cara dentro de su olor cobrizo, dejando en el aire lo que fuera que iba a decir. Ella se retorció en el asiento y él pudo escuchar, por encima del latido de su propio corazón,



como ella se reía suavemente, sin parar y sin placer.

Era casi de noche cuando la llevó a casa. Aparcó el Cadillac frente al jardín de su casa, bajo los pacanes.

—Escucha —dijo él—. Quiero decirte algo.

Ella sonrió, pero con el rostro muy tirante, como si fuese a partir algo en dos de un mordisco.

—Y yo quiero preguntarte algo —dijo ella.

—Claro —dijo él—. Dime.

—¿Cuándo te vas a casar conmigo y me vas a sacar de Enigma?

Él no podía casarse con ella. Nunca. Si se casaba demostraría que todo lo que había hecho hasta ahora era respetable, que todo había sido un noviazgo, un preludio al sagrado vínculo del matrimonio. Además, todos los predicadores que había conocido estaban casados. Un predicador soltero era a su juicio una anomalía, un contrasentido. Pero él estaba decidido a seguir sin esposa.

—Bueno, ya sabes lo que tengo que viajar por todo el país cantando gospel —dijo—. Sabes que no es una vida apropiada para una mujer.

—Sí —dijo ella—. Lo sé. ¿Cuándo te vas a casar conmigo y me vas a sacar de Enigma?

No quería dejarla, pero se daba cuenta de que estaba llegando el momento. Ella iba a hacer imposible que siguiesen juntos.

—MaryBell —dijo él—, he estado pensando mucho en nosotros.

—¿Soy una puta? —preguntó ella.

—¿Cómo? ¿Que si eres qué?

—¿Que si soy una puta? Nunca he pedido dinero por hacerlo. ¿Se puede ser puta sin cobrar?

—Deja de hablar de eso —dijo él—. No quiero oírte decir eso más.

—¿Tú crees que soy una puta?

—No —dijo él—, no lo...

—¿Y Dios creerá que soy una puta?

—No hables así. No tengo ni idea de lo que piensa Dios.

—A Dios no le gustan las putas, ¿no es así? —preguntó ella—. Y seguro que tampoco le gustan los puteros.

Él trató de recordar si le había enseñado la palabra putero.

—¿Por qué sigues hablando de Dios? —preguntó irritado—. No metas a Dios en esto.

—No me parece que Dios pueda estar fuera de esto —dijo ella—. Está dentro desde el principio, ¿recuerdas? Entró la misma noche que tú.

—Eso es una blasfemia —dijo él—. Estás blasfemando contra el Espíritu Santo.

—Ma dice que es la única cosa por la que Dios no te deja salir del infierno —dijo ella—. Ma dice que una vez que lo haces, se acaba to entre Dios y tú —la carne de su cara estaba rígida como una piedra—. Ma piensa que es una cosa mu fea blasfemar

contra el viejo bastardo, que si lo haces Él te persigue hasta lo más profundo del infierno, donde te parte las costillas y disfruta mientras te quemas.

—MaryBell —susurró con la mano delante de la cara en un gesto totalmente reflejo, como si esperara que cayese un rayo y fulminase el coche aparcado frente al jardín. Porque en la mente del Cantante de Gospel, Dios era una especie de enorme Gato Negro que amenazaba constantemente con cruzarse en su camino. Y si lo hacía, el Cantante de Gospel sabía que lo que tenía que hacer era correr de un lado para otro, santiguarse el número debido de veces, escupir otras tantas por encima del hombro y luego sentarse a esperar que todo fuese bien. Pero bajo ninguna circunstancia había que invitar de manera abierta al Gato Negro a cruzarse en el camino, porque en ese caso las cruces y los escupitajos podrían no servir de nada.

—Ma piensa —dijo MaryBell— que deberías casarte conmigo y sacarme de Enigma.

—MaryBell, escúchame —dijo él—. Eres joven y hermosa, y tienes toda tu vida por delante.

—Enterita —dijo ella.

—Y... ¿tú sabes qué es lo más importante en la vida de una persona? —hablaba rápido, mientras se giraba un poco en el asiento y la tocaba con las manos—. Por supuesto lo más importante es ser feliz. Una persona tiene que ser feliz. Por eso te voy a decir una cosa. ¿Quieres vivir en Atlanta? Entonces, ¿por qué no te vas allí? ¡Claro! Yo puedo ayudarte. ¿Quieres trabajar? Conozco gente en todos los estudios de televisión de la ciudad.

—No quiero un trabajo en Atlanta.

—Pero acabas de decir...

—Te quiero a ti.

Se incorporó en el asiento y agarró el volante del Cadillac.

—Mira, MaryBell, es hora de que hablemos. Quiero...

—Ya hemos hablao —dijo ella.

—... Quiero que intentes entender que acabo de comenzar una carrera muy importante. Estaré fuera de Enigma durante...

—Tengo derecho —dijo ella—. Dios sabe que tengo derecho.

—... Fuera de Enigma durante mucho... ¿Que tienes derecho a qué?

—A ti —dijo ella—. Es lo único a lo que tengo derecho, pero lo tengo y voy a tenerte. Si quieres quedarte en Enigma, me quedaré contigo y si quieres dejar Enigma pa siempre, también lo haré. Na me va a convencer. Tengo derecho.

—Mejor hablamos de esto mañana —dijo él. Salió del Cadillac y se dispuso a dar la vuelta al coche para abrirle la puerta. Pero ella no le esperó, la abrió ella misma y se bajó. Él se paró delante del coche, esperando. El cielo estaba cargado de nubes de verano, que atrapaban y liberaban la luna, y bañaba a MaryBell con una luz que la hacía parecer una estatua tallada en piedra.

—No voy a volver a pedir que hagas lo que dijiste que ibas a hacer ni que seas lo

que dijiste que ibas a ser —dijo ella.

—Podemos hablar de eso mañana —dijo él.

—No, no podemos. Mañana te vas. Pero eso no me asusta porque volverás y yo estaré aquí. Siempre estaré aquí, te casarás conmigo y me sacarás de Enigma, recuerda estas palabras —dijo y entró en casa sin mirarle.

Y desde ese momento ella le persiguió como la ira de Dios. Cuando él estaba en Enigma, convertía su vida en un auténtico infierno. Ella cambió de tal manera que resultaba aterrador. No podía menos que asustarse por una chica que, al mirar hacia atrás mientras conducía un Cadillac a ciento diez kilómetros por hora, aparecía tumbada en el asiento trasero completamente desnuda.

Eso fue la siguiente vez que la vio. Tres meses, después de aquella noche junto al jardín de MaryBell, era el tiempo que llevaban fuera él y el señor Keene, y de camino a Enigma pararon en las afueras de Tifton para que el señor Keene visitase su plantación de tabaco. Al alba de la mañana siguiente, se subió al Cadillac para recoger al señor Keene en Tifton. Cuando estaba a unos tres kilómetros de Enigma, le pareció oír una canción. Le resultó desconcertante porque no llevaba la radio puesta. Pero el sonido era tan nítido que miró atrás, a través de la pantalla de cristal que separaba los asientos, y allí descubrió a MaryBell Carter, blanca y desnuda, con el pelo suelto por encima de los hombros y cantando lo que parecía una nana. No se salió de la carretera por los pelos. Cuando tras grandes esfuerzos fue capaz de enderezar el coche, abrió la pantalla.

—¿Qué? —gritó él—. ¡Qué! ¡Qué!

Era todo cuanto acertó a decir. Se quedó sentado balbuceando mientras ella le sonreía con dulzura. Pasó un buen rato hasta que ella habló.

—Estoy lista —dijo.

—¿Lista? —gritó él—. ¡Dios mío! ¿Y para qué estás lista?

Miró nervioso en ambos sentidos de la carretera. Temía que alguien apareciese y les encontrase en esa tesitura. ¡El Cantante de Gospel con una chica desnuda en el asiento trasero del coche a las siete de la mañana y a las puertas de Enigma! Eso destruiría su imagen para siempre jamás.

—Lista pa ti —dijo ella.

—Pero yo no te quiero —gimió él.

—Da igual. Ven aquí atrás y haz lo que toca.

—Ponte la ropa —dijo él.

—No tengo ropa, la tiré por la ventana.

Se hundió en el asiento. Buscó desesperado algo que hacer y entonces recordó que las maletas que habían llevado en el viaje él y el señor Keene todavía estaban en el maletero. Saltó del coche, abrió el maletero y sacó un par de pantalones suyos y una camisa, pero en cuanto miró al asiento de atrás y vio a MaryBell, aún con la misma máscara rígida en la cara pero con el cuerpo ya colocado para recibirle, sus mejores intenciones se esfumaron. Se olvidó de inmediato de que estaban a plena luz

del día, en la carretera a Enigma, y de que se ganaba la vida como Cantante de Gospel. Todo lo que podía recordar eran los tres meses en que había tratado de que otras mujeres —bajas, gordas, altas, obscenas, virginales, de cualquier tipo— ocupasen el lugar de MaryBell. Pero no lo habían conseguido, ni por un instante. Y aunque no había querido admitirlo, ahora sabía que todo lo que había deseado era volver a tener un momento así con MaryBell. Se desprendió de la ropa y se lanzó dentro del asiento y de MaryBell con un grito que tenía tanto de angustia como de placer.

Y luego, mientras se encontraba desnuda de cintura para arriba, con la camisa de él —que estaba a punto de ponerse— entre las manos, con sus enormes pechos brillando sólidos como el mármol por el sudor del sexo que aún cubría sus cuerpos, dijo:

—Te vas a acordar de mí. Te lo prometo. El último pensamiento que tengas en este mundo estará entre mis piernas.

—Me gustaría que no hablastes así —dijo él.

—A mí también —dijo ella—. Pero será que nos hemos enganchao.

—Nunca has estado enganchada a nada —dijo él—. Puedes cambiar, dejar de hablar de esa manera.

—¿Has salvao algún alma hace poco? —preguntó ella.

—Cállate —dijo él—. No empieces.

—Pero es importante —dijo MaryBell—. ¿No crees que es importante?

—Claro, pero...

—¿Alguna vez has pensao en salvar tu propia alma?

Su rostro se ablandó de una forma curiosa que él no había visto en mucho tiempo.

El Cantante de Gospel había pensado en ello con frecuencia y sabía que no podía salvar su alma a costa del mundo. Pedirle a un hombre nacido en Enigma que dejase la buena comida, la ropa elegante, los coches, los hoteles y las mujeres a cambio de la promesa del cielo era demasiado. Pero también sabía que *había* una oportunidad. Si había algo que las canciones de gospel dejaban claro, era el hecho de que todo hombre, no importaba el mal que hubiera hecho, tenía la oportunidad de ganarse el cielo en el último momento de su vida. Solo tenía que tener la fortuna de contar con el momento y la voluntad para hacer los gestos necesarios que despejasen al Gato Negro de su camino. Y el Cantante de Gospel presentía que cuando llegase el momento, la suerte estaría de su parte. Aunque por supuesto no podía decirle *eso* a MaryBell porque incluso él solo lo sabía de manera vaga y dubitativa, y prefería no pensar en ello si podía evitarlo.

—MaryBell —dijo él finalmente—. Quiero ayudarte.

—Sí —dijo ella, y esperó.

—Pero si tú no dejas que te ayude —continuó—, no vale de nada que te siga viendo. Esta es la última vez.

—Entonces no vuelvas a Enigma —dijo ella—. Vete y no vuelvas nunca porque

si vuelves, siempre estaré aquí.

Sin embargo, siguió volviendo a Enigma porque no tenía otro lugar al que volver y ella hizo buena su promesa con creces. No solo estaba *allí*, sino que estaba *en todas partes*. Era como si de alguna manera hubiese multiplicado su especie y se hubiese convertido en un centenar de MaryBells. Intentó esconderse de ella, evadirla, pero daba igual donde fuera porque ella siempre se las arreglaba para encontrarle. Si se acercaba furtivamente al manantial que formaba un estanque claro detrás de la granja de su padre, en cuanto se metía en el agua aparecía MaryBell detrás de un árbol, desnuda —parecía tener un mayor talento para quedarse desnuda que el resto de las mujeres que había conocido— y se metía en el agua con él. Y terminaban en la hierba porque tan pronto como la veía sin ropa su capacidad de resistencia le abandonaba. Le parecía que cada vez que la veía estaba más hermosa y lasciva que antes.

Y cuanto más frecuentes se hicieron los excesos sexuales con él, más parecía crecer la reputación virtuosa de MaryBell en la comunidad. No solo por ir a la iglesia. *Todo el mundo* en Enigma iba a la iglesia. También por sus buenas obras, por ayudar a los necesitados, cuidar de los enfermos y llevar ella misma una vida ejemplar. Pero sobre todo por los negros. Los negros de Enigma vivían en una barriada a las afueras de la ciudad, ubicada en un deprimente trozo de tierra sin hierba, ni flores, ni árboles, en chozas de una habitación, sin pintar y sin apuntalar, como si bastara con el olor a mierda humana y de perro para sujetarlas. A nadie en Enigma le gustaba el olor a mierda que el viento traía a veces de la barriada y se alegraban cuando este se iba diciéndose unos a otros lo maravilloso que era que MaryBell fuese tan buena con los negros. MaryBell solía decir: «Creo que voy palla a ocuparme de los negros». Y allí se iba y al poco tiempo ya tenía a los negros enterrando sus desperdicios, limpiando el jardín, barriendo, clavando puntas, serrando y haciendo todo lo que nunca habían hecho antes.

Y aunque la gente de Enigma pensaba que a la larga era una pérdida de tiempo, el resultado a corto plazo era un pueblo más agradable y a veces hasta llevaban a sus amigos de Tifton o Cordele hasta la barriada y les enseñaban los negros de MaryBell. «Me juego lo que sea a que no tenéis negros como *estos* en Tifton», solían decir. «Pero es que en Tifton no tenéis a nadie como MaryBell». Y se reían encantados, señalando con ambas manos la visión increíble y ridícula de una cabaña de negro pintada de un blanco asombrosamente impecable.

Por entonces el Cantante de Gospel comenzó a ver que los niños negros le seguían. Tan pronto llegaba a Enigma, pequeñas cabezas negras con gorras ajustadas sobre el pelo crespo empezaban a asomarse tras los árboles y arbustos, y le miraban fijamente con sus ojos blancos desde las fachadas umbrías de las tiendas. Eran los mensajeros particulares de MaryBell, que seguían la pista del Cantante de Gospel, y por ellos sabía dónde estaba o adónde iba a cualquier hora del día o de la noche. Los nervios del Cantante de Gospel empezaron a fallarle. Perdió peso y le salieron ojeras. Empezó a llevar en el maletero un vestuario completo para MaryBell porque nunca

sabía cuándo se abalanzaría sobre él tras haber desgarrado toda su ropa. Una vez ella se las arregló para colarse en su cama, en la mismísima casa de sus padres y hermanos. Al principio, el Cantante de Gospel pensó que se había vuelto loca.

—MaryBell —le dijo—. Creo que estás loca.

—No lo estoy —respondió ella.

—Tengo motivos para creer que lo estás —dijo él—. Cualquiera que abre el maletero de su coche para sacar la rueda de repuesto y se encuentra a una chica desnuda que le salta encima tiene motivos para pensar que está loca.

—Pues no lo estoy —dijo ella.

—El señor Keene pensó que estabas loca —dijo él.

—No debería habernos visto.

—No pudo evitarlo —dijo él—. Estaba en el coche y tú me lo hiciste en la cuneta.

—Tú me lo hiciste en la cuneta —dijo ella—. Pues un caballero habría mirao hacia otro lao.

—Él no es un caballero —dijo él—. Y más te vale que no abra la boca.

—Más te vale *a ti* que no abra la boca —dijo ella—. No sé qué haría la gente de Enigma si les contasen que el Cantante de Gospel anda follando por las cunetas.

—No dirá nada —dijo el Cantante de Gospel—. No lo diría aunque no ganase conmigo el doble que con su plantación de tabaco. No podría porque nadie le creería. Pensarían que está loco. Todo esto es cosa de locos. Y por eso tú estás loca, MaryBell Carter, loca de atar.

—Bonita forma de hablar de la chica a la que te estás tirando... ¿Cuántas veces me has follao?

—¡Dios! —dijo él.

—¿No las tienes registras? —preguntó ella—. ¿Nunca has llevao la cuenta? Nadie más me ha follao, solo tú. Eres el único.

Sabía bien que él era el único, que le había enseñado todo lo que sabía. Lo que nunca imaginó es que llegaría tan lejos, ni que llegaría un momento en el que fuese incapaz de resistirse a ella. Pero sucedieron ambas cosas. Al mismo tiempo, era obvio que ella estaba resuelta a hacer públicas sus aventuras amorosas, a que les pillasen haciéndolo. Tenía que hacer algo, era demasiado peligroso que las cosas continuasen así. Entonces fue la primera vez que pensó en volver a salvar el alma de MaryBell o hacerlo por vez primera en caso de que la anterior hubiese sido una falsa alarma. Por eso, cuando estaba lejos de Enigma, en Atlanta, Memphis o alguna otra ciudad, se tumbaba sobre el vientre, descansado de alguna de las putas del señor Keene, y trataba de pensar en una forma de salvar a MaryBell. Tras mucho pensar, decidió que no tenía más remedio que apelar a su sentido del juego limpio.

—Lo de que estás loca era broma, MaryBell —dijo el Cantante de Gospel—. Eres buena persona, ¿no?

Ella le sonrió como una roca desde la rama baja de la pacana en la que él la había encontrado, desnuda como siempre, a su vuelta a casa desde la plantación del señor

Keene en Tifton.

—Tú sabes que tienes un hueco en mi corazón, que siempre lo tendrás —mientras hablaba abrió el maletero del Cadillac y sacó un vestido y unas bragas—. Pero no puedo seguir así. No puedo.

Tiró la ropa enfrente del coche. Luego abrió la puerta de atrás y esperó de pie. Ella saltó de la rama dando un pequeño grito, chocó contra el pecho de él y ambos cayeron hacia atrás dentro del coche. Antes de tocar el asiento, ella ya estaba en posición y arrancándole la ropa.

Cuando acabaron y ella ya estaba vestida, se quedaron sentados en el coche fumando un cigarrillo, un vicio en el que ella acababa de caer.

—¿Has oído lo de mi trabajo con los negros? —dijo ella.

—Sí —dijo él—. Por eso sé de sobra que eres buena persona.

—No lo hago por ser buena. Lo hago porque me aburro. No tengo na que hacer en Enigma cuando no estás.

—MaryBell, quería decirte que no me molestan esos negritos que tienes vigilándome, asomándose a mi vida con sus cabecitas rizadas. Me parecen bastante lindos.

—Esos chavales no son feos ni mucho menos si los miras de cerca —dijo ella.

Él sonrió sin ganas.

—No deberías hacer nada que haga daño a tu madre. Además, solo hay una cosa por la que Enigma no pasaría, aunque a Enigma no le preocupa porque sabe que eres buena persona. Es que todos los días me dicen que eres una entre un millón.

—Sabes que Enigma no sabe na de mí —dijo ella—. Y lo que no saben no me va a mandar al infierno. A mí lo que me preocupa es que cada vez pasas más tiempo fuera, varias semanas de golpe, y sin ti aquí no hay mucho que hacer. No estoy diciendo que vaya a hacerlo, pero sabes que solo hay un lugar en el que una chica blanca puede follar y guardar la reputación, y ese lugar es la barriada —sonrió con dulzura—. A no ser, claro, que se esté tirando a un Cantante de Gospel. Pero tú eres el único Cantante de Gospel que hay y casi siempre estás fuera. No pensarás que después de darle a una chica un caramelo, luego se lo puedes quitar sin que lo eche de menos.

No había manera de hablar con ella, lo percibía. No sabía si estaba loca o qué, pero sabía que solo encontraría paz tratando de evitarla, algo que tampoco podía hacer. Cuando estaba en Enigma, ella estaba todo el rato encima de él. Era como estar en una casa de espejos deformantes en los que da igual cómo te mires que siempre te verás reflejado desde cuarenta direcciones distintas. No había forma de defenderse de ella.

—Todo el mundo quiere ser bueno —decía él.

—Yo no —respondía ella—. No intento ser buena, ya he dejao to esa mierda. Me paso el día dando vueltas por Enigma esperando que vuelvas pa poder... —Chascaba sus dientes blancos y rectos y sonreía—, pa poder *tenerte*.

Y nadie en Enigma sospechó jamás durante todo ese tiempo quién era ella en realidad. Caminaba por la calle con sus vestidos blancos y largos y su sonrisa encantadora, saludando, hablando y haciendo buenas obras con los enfermos y los necesitados. En la barriada, en las afueras del pueblo, crecían rosas rojas por encima de las vallas de los jardines. Solo el Cantante de Gospel sabía que ella no era normal.

«¡Que tu badajo suene en la campana MaryBell!», gritaba mientras sus piernas rodeaban las caderas del Cantante de Gospel. Pero en realidad ella no disfrutaba del sexo. Que él supiera, no disfrutaba de nada. Quizás la única excepción era cuando se lanzaba desnuda sobre él en algún portal oscuro o se encaramaba a su espalda desde la rama de un árbol, o cuando salía retorciéndose debajo de su cama a las dos de la mañana y le asaltaba mientras dormía. En esos momentos, cuando él se despertaba y la encontraba mirándole, su rostro tenía una expresión de algo que quizá fuera una alegría histérica.

Y por eso el Cantante de Gospel cada vez pasaba más tiempo lejos de Enigma, hasta que al final, en un ritual inevitable que era incapaz de controlar, empezó a volver a casa cada seis meses a dar un concierto y dejarse atacar por MaryBell.

—¿Qué es lo quieres? —Era Didymus, que le sacudía bruscamente los hombros, interponiendo su cara entre la del Cantante de Gospel y la de MaryBell.

—Déjame en paz —dijo el Cantante de Gospel.

—Yo te dejo en paz, pero ellos no te van a dejar —dijo Didymus señalando la ventana, donde la hilera de caras miraba fijamente hacia donde estaba, arrodillado junto al féretro. Pero ahora las caras parecían enfadadas, muy rojas y sudorosas. A veces abrían la boca y él podía ver sus dientes y el interior rojo de sus gargantas.

—¿Por qué haces penitencia de esta forma delante de todo el mundo? —preguntó Didymus—. Ya te he dicho que así no sirve. Nunca. El mundo no tolera la penitencia pública.

—¿Penitencia? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Llevan viéndote casi una hora arrodillado aquí dentro y cantando *Farther Along*. Y también ellos han estado de rodillas porque es la única forma de ver lo que pasa dentro. Están acalorados. Están locos. Te lo he dicho cientos de veces, la penitencia hay que hacerla en un armario, porque si no el mundo no la consiente.

—No me he dado cuenta...

—Yo no he oído ni una palabra —dijo la señora Carter, entrando en el velatorio detrás de sus tres acompañantes—. Escuché, pero no oí na. Cuanto más tiempo estabas con ella, más alto hablaban fuera. Es como si no hubieses estao cantando.

—¡Vamos! —dijo Didymus—. Levántate.

El Cantante de Gospel se puso rígidamente de pie. La señora Carter se acercó a la caja y miró.

—¿Crees que la pobre te habrá escuchao?

—No lo sé —dijo el Cantante de Gospel.

—¡Que no lo sabes! —dijo la señora Carter.



—Claro que sí —dijo Didymus.

—¿Usted cree?

—Seguro —dijo Didymus.

—Lo dudo —dijo una de las clamas—. Dudo que alguien pueda oír na sobre salvación o condenación con esa gente gritando en la calle.

Mientras la señora Carter le decía a su acompañante que hacía falta algo más que una multitud para evitar que los muertos oyesen, el Cantante de Gospel vio a Hiram mirándole desde detrás de la cortina. Hiram levantó la mano y le llamó haciendo un gesto con un dedo.

—Señora Carter. Espero que le haya hecho algún bien —dijo el Cantante de Gospel—. De verdad.

La señora Carter había puesto su silla junto al ataúd como el resto de las damas.

—Quizás podamos dedicarle una canción en la congregación de esta noche —dijo ella—. No sé por qué pero me da que eso la va a tranquilizar.

—No veo razón alguna para no hacerlo —dijo el Cantante de Gospel.

—Hijo —dijo la señora Carter—. ¿Qué te parece que ese negro le haya hecho algo así a mi MaryBell? ¿Cómo será el corazón de ese negro?

—Señora Carter —dijo él—. Yo también me lo preguntaba.

Y era verdad. No veía a Willalee Bookatee desde que comenzó a cantar gospel con regularidad, pero le recordaba como un chico dulce y con voz suave de su misma edad.

—No he ío a ver al negro —dijo la señora Carter.

—Ni ninguna de nosotras —dijo una de las señoras—. Creo que somos las cuatro únicas señoras del condao que no le han visto.

—Nosotros tampoco le hemos visto —dijo Didymus.

—Dicen que está tan pancho —dijo la señora Carter.

—Dicen que apenas se mueve —dijo una de las damas.

—No entiendo cómo puede estar tan tranquilo después de haberle clavao un picahielos a mi niña —dijo la señora Carter.

—Ese negro ya está muerto de pie en esa celda —dijo una de las señoras—. Lleva muerto desde el momento en que le detuvieron. Por eso está tan pancho.

—Me gustaría verle y preguntarle por qué lo hizo —dijo la señora Carter.

—Todo eso sin duda se verá en el juicio —dijo Didymus.

Las cuatro señoras giraron la cabeza en un único movimiento y le miraron.

—Me temo que rendirá cuentas a Dios antes que decirnos cómo hizo algo así —dijo la señora Carter.

—Podría acercarme a verle —dijo el Cantante de Gospel.

—Esperaba que lo hicieras —dijo la señora Carter—. Confío en ti. Eres la única persona que lo puede averiguar. Dicen que ni habla ni na, pero sé que si hay alguien que puede averiguarlo, eres tú.

—Lo intentaré —dijo él.

—Es lo suyo —dijo ella.

El Cantante de Gospel las dejó sentadas y cruzó las cortinas hacia la trastienda de Hiram. Didymus le siguió. Había sacado su *Libro de sueños del* bolsillo y lo llevaba en la mano. Hiram se quedó de pie junto al escritorio, donde ardía una lámpara, y a su lado estaba una muchacha con el cabello y los ojos de color rojo sin brillo. Tenía la piel muy blanca y una boca rosa con forma de pájaro en vuelo. Su cara seguía el sonido que hacía el Cantante de Gospel al cruzar la habitación. Hiram parecía avergonzado y una sonrisa incontrolable aparecía de manera intermitente en su rostro. Didymus caminó hasta un ataúd vacío y miró dentro. Luego, cerró la tapa y se sentó encima. Abrió el *Libro de sueños* y humedeció la punta del lápiz con la lengua.

—Hola —dijo el Cantante de Gospel.

—Anne, cariño, ¿te acuerdas del Cantante de Gospel? —preguntó Hiram.

—No, señor —dijo la niña.

—Piénsalo bien —dijo Hiram—. No llegaste a tocarlo la última vez que estuvo en casa, pero antes de eso, hace un año, tocaste su cara, ¿te acuerdas?

—Cómo iba a olvidarme de una muchachita tan guapa como tú —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Soy guapa?

—Sí —dijo el Cantante de Gospel.

—Tienes una voz bonita —dijo ella—. Papá dice que tienes la mejor voz del mundo.

—Tu papá es un buen hombre —dijo él.

—¿Puedo ver tu cara?

—Me llenaría de orgullo —dijo él.

—Tendrás que ponerte de rodillas —dijo ella.

Se arrodilló y unas manos pequeñas, tibias y suaves tocaron su cara primero con indecisión, pero luego con fuerza y firmeza, llegando hasta a pellizcar en algunos puntos. Y mientras ella apretaba y tiraba de su cara, él recordó algo que MaryBell le había dicho una de las últimas veces que la había visto viva. «Cualquiera que te pone la mano encima quiere pellizcarte y toas las bocas quieren morderte. Tienes el cuerpo más terso y áspero, blando y duro que Dios le haya dao nunca a un hombre».

—No —dijo Anne—. No lo creo.

Didymus dejó de escribir.

—¿Que no crees qué, pequeña?

—No creo que tenga la cara más bella que haya visto.

—¡Anne! —dijo Hiram.

—No pasa nada —dijo el Cantante de Gospel.

—Es solo una niña —dijo Hiram.

—Yo te dije que eras una chica guapa —dijo el Cantante de Gospel—. Ahora te toca a ti decir lo que piensas de mí.

—Bueno —dijo lentamente. Puso las manos de nuevo sobre él—. Tu cara es

bonita, pero bastante común.

—Es solo una niña ciega —dijo Hiram.

—Papá dijo que podría ver si tocaba tu cara y de verdá creía que podría ver —dijo Anne.

—Anne, yo... —dijo Hiram.

—Calla, Hiram —dijo el Cantante de Gospel.

—Es terrible creer que puedes ver cuando nunca has visto —dijo la niña—. No sabes ni cómo intentarlo.

Tocó de nuevo la cara del Cantante de Gospel, con más fuerza aún, tirándole de las mejillas.

—Tú no puedes ayudarme, ¿verdá?

—No —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Cómo es ver? —preguntó Anne.

—Bueno, es como...

Quería contarle cómo era el color del sol sobre los árboles, cómo florecen las flores y se abre el cielo. Pero no encontró por dónde empezar porque ella nunca había visto la luz.

—No —dijo finalmente—. No sé decirte cómo es ver.

Ella retiró las manos de su cara. Dejó caer las alas rotas de su boca en un gesto que parecía de una tristeza indescriptible. Retrocedió junto a su padre, que le puso la mano en la cabeza.

—Pero te quiero —dijo el Cantante de Gospel.

—Iremos a oírte esta noche —dijo Hiram.

Anne se había medio girado desde donde el Cantante de Gospel seguía arrodillado en el suelo.

—Te quiero —dijo de nuevo.

—En primera fila —dijo Hiram—. A ver cómo cantas los espirituales de toa la vida.

Didymus cerró el *Libro de sueños* y se levantó del ataúd.

—Vamos —dijo—. Tenemos que irnos. Cogió al Cantante de Gospel del brazo y le levantó.

—Parece que me paso la mitad de la vida levantándote del suelo.

La niña se estaba tocando la nariz cuando cruzaron la cortina y pareció no darse cuenta de que Didymus dijo adiós.

—¿Vas a ir a ver al negro? —preguntó Didymus.

—¿Crees que no debería?

—¡Claro que sí, tienes que ir! A mí tampoco me importaría verlo. ¡Sesenta y una veces con un picahielos! Aunque lo que quería saber es por qué le dijiste a la señora Carter que irías a verle por ella.

—Porque es el único sitio en el que creo que podría librarme de todos los que hay ahí fuera. Todo esto ha sido mala idea y si se me vuelven a acercar, no sé si voy a

poder dar el recital esta noche. Si vuelvo a casa, me seguirán. La celda de Willalee Bookatee es el único sitio.

—Bien pensado —dijo Didymus entre dientes—. Un santuario en la celda de un asesino.

El Cantante de Gospel estaba concentrando todos sus esfuerzos en tratar de sentirse mal por la muerte de MaryBell. Pobrecilla, abatida en la flor de su vida. Tan amable y generosa con tanta gente. Tan amorosa y devota hija. No paraba de repetirse estas cosas, aunque mientras las decía no podía evitar ser consciente de que se había ido para siempre, de que nunca volvería a asaltarle en mitad de la noche. Ya no tendría que preocuparse de volver a Enigma. Tras este viaje podría, si así lo deseaba, no volver a poner un pie en Enigma.

## SIETE

El gentío aún se apretujaba alrededor de la funeraria de Hiram, pero por suerte no había señal del hombre de la piel oscura. Habían llegado más coches, algunos con pegatinas de rayas en los parachoques delanteros y traseros: ¡VENGAN A LA FERIA DE RAREZAS —ASÓMBRENSE ANTE MARAVILLAS HUMANAS! Cash, hermano de Hiram y dueño de la tienda de semillas de Enigma, había traído de Tifton una máquina para hacer algodón de azúcar y en el lado opuesto a la funeraria había niños sentados en el borde de la acera de madera comiendo nubes rosas de azúcar.

El Cantante de Gospel y Didymus salieron de la funeraria y el remolino humano se detuvo y se volvió para verlos. Ahora que había dejado de cantarle a MaryBell, parecían de mejor humor. Ya no había nadie mirando por la ventana. Habían desviado su atención hacia él. Muchos le saludaron y un puñado de muchachas corearon su nombre y gritaron. Se oía música por todas partes. Toda clase de música. Las radios de los coches estaban encendidas por toda la calle. Buena parte de los niños tenían algodón de azúcar pegado en la boca y transistores pegados a la oreja. La voz melosa y metálica de los locutores sonaba a todo trapo en las calles de Enigma: ¡ADOLESCENTES Y ADULTOS LOCOS DE LA TIERRA DE LOS TRANSISTORES, PREPARAOS PARA LA ORGÍA DE SONIDO MÁS MARCHOSA, DIVERTIDA Y ARRASADORA DE LA HISTORIA CUANDO EL COLISEO DE ATLANTA RECIBA EL ESPECTÁCULO DEL AÑO! ¡ESCUCHAD ESTE ELENCO ESTELAR: EL MONSTRUO Y LOS CHUPASANGRES, ISAÍAS EL MESÍAS Y LOS MENSAJES, EL TRÍO VIRTUOSO: ESPERANZA, DESTINO Y AMOR! ¡Y MUCHOS MUCHOS MÁS DE VUESTROS FAVORITOS!

—Mira eso —dijo Didymus—. El amor de Dios es inconmensurable.

En uno de los transistores del grupo de chicas que había estado gritando su nombre se oyó algo especialmente portentoso, porque las chicas se miraron entre sí y sus cuerpos cobraron vida de repente en un baile ondulante y giratorio.

—¿Hay penitencia lo bastante grande para esto? —preguntó Didymus.

Una de ellas era especialmente guapa. Llevaba puestos unos pantalones elásticos de color blanco y tenía el pelo negro recogido en una coleta que le llegaba a los riñones. Sus brazos eran redondos y rosados y aunque no movía los pies un ápice en el baile, su trasero increíblemente redondo y prieto temblaba y se rizaba como el agua con el viento. La vista del Cantante de Gospel quedó restringida a esa parte temblorosa del cuerpo que ella presentaba en dirección a él inclinándose hacia delante para hacer girar la coleta por encima de la cabeza como si fuera un molino de viento. No tenía más de quince años. Al Cantante de Gospel le empezó a dar dentera y se le secó la garganta. En medio de todos esos gritos y saludos se le ocurrió que nunca se había tirado a una mujer en Enigma aparte de MaryBell. No había podido *por culpa de* MaryBell, que estaba presente hasta en el aire que respiraba. Respiró profunda y tranquilamente, mirando a su alrededor. ¡No estaba! ¡Se había ido! ¡Era

libre!

Acababa de levantar el pie para dar un paso en dirección a la chica de la coleta negra cuando se interpuso un hombre con un micrófono con las letras WWWW estampadas en rojo. El hombre era bajo, tenía manchas del tamaño de una moneda en su cara blanca y llevaba puesto un traje marrón, una camisa color canela y un sombrero de paja redondo y amarillo doblado hacia abajo por delante y por detrás. Tenía los ojos humedecidos y su boca, bien formada pero acompañada de una barbilla casi inexistente, parecía temblar. Un cable negro y pesado bajaba del micrófono y continuaba entre las piernas del hombre hasta desaparecer en la multitud. Extendió el brazo y tocó al Cantante de Gospel como para convencerse de que en realidad estaba allí, miró arriba para tomar el ángulo del sol, se ajustó la corbata, se giró en dirección al cable que se perdía en el gentío y gritó con voz asombrosamente alta.

—¡Y dale, no me piséis el cable! ¡Apartaos y callaos un rato, y apagad las radios! ¿Es qué no sabéis quién soy?

Se hizo un silencio y la multitud se abrió detrás del hombre como el pan con un cuchillo. El cable negro llegaba hasta una furgoneta blanca que tenía pintado WWWW por todas partes. Un hombre con mono blanco estaba acucillado encima de la furgoneta con una cámara de televisión al hombro. Algunos saludaban tímidamente a la boca negra de la cámara como si fuera un buen amigo al que estuviesen despidiendo con tristeza.

El hombre se puso de perfil a la cámara, agarró al Cantante de Gospel del brazo con la mano que le quedaba libre y volvió de repente a la vida. Se le iluminó la cara y su cuerpo se agitó con movimientos fluidos. La voz brotó de su boca como cuando se vierte algo de una jarra; una vez comenzó ya no tenía principio ni fin, simplemente fluyó.

—No hace falta que presente a este hombre a nuestros telespectadores. Un hombre que ha llevado paz, alegría y felicidad a los corazones de tantos miles de personas. Un hombre conocido en todos los Estados Unidos y algunos dicen que hasta en el mundo entero.

El Cantante de Gospel se quedó de pie, parpadeando ante el zumbido de la cámara mientras por el rabillo del ojo miraba a la muchacha, que ahora estaba inmóvil y concentrada como el granito, inclinada en dirección a la caja mágica que tenía al hombro el hombre que había encima de la camioneta de WWWW.

—Para WWWW, desde Enigma, base de operaciones y lugar de nacimiento de este hombre cuyas canciones han estremecido sus corazones.

De repente, el hombre de la camioneta hizo un gesto con la mano y se quitó la cámara del hombro.

—Mientras te preparas otra vez, ¿cómo te encuentras? —preguntó el hombre.

—Bien —dijo el Cantante de Gospel.

—Parece que has juntado a un personal de primera, Didymus —dijo el presentador.

—Ya sabes cómo es el Cantante de Gospel —dijo Didymus—. Atrae a lo mejor y lo peor de cada casa. Uno no puede ser selectivo si se dedica al negocio del gospel.

El hombre de encima de la camioneta se colocó la cámara al hombro y les hizo una señal.

—Ponte donde estabas cuando lo dejamos —dijo el hombre—. Lo retomaremos ahí.

Colocó al Cantante de Gospel en su anterior posición.

—La tragedia ha golpeado este lugar y el hombre que tengo aquí conmigo hoy, un hombre tan cercano y querido para muchos de ustedes, se encuentra en el centro de esa tragedia. Sé que estás pasando por un mal momento, pero me preguntaba si podrías concedernos unas palabras.

El Cantante de Gospel, que había estado observando a la chica de los pantalones elásticos blancos, se dio cuenta de que el presentador había dejado de hablar y él no sabía lo que le había preguntado.

El Cantante de Gospel sacudió la cabeza.

—Lo sé, lo sé —murmuró.

—Claro que puede —dijo Didymus, que había visto a la chica de la coleta morena y por tanto sabía que el Cantante de Gospel no se había enterado de la pregunta.

—En tus propias palabras, podrías decirle a la gente, a todos tus amigos detrás de la cámara, ¿qué se siente al ser el Cantante de Gospel y...

—... Una tragedia, una tragedia —dijo el Cantante de Gospel.

—... Y que suceda algo así? Sí, una tragedia, desde luego, ¿qué otra cosa si no? ¿Tuviste algún presentimiento de que fuese a ocurrir algo así?

—Ninguno —dijo el Cantante de Gospel.

—Y ahora que ha pasado, ¿qué piensas hacer?

—Creo... —dijo, haciendo una breve pausa y mirando en dirección a la muchacha, que se había puesto la radio al oído y ahora palpitaba suavemente de cintura para abajo—. Creo que le haré un monumento a MaryBell.

Lo dijo en la inspiración del momento, pero una vez que lo hubo dicho, supo que estaba bien.

—Creo que levantaré un monumento a esa dulce y querida muchacha aquí en el mismo Enigma, para que todo el mundo pueda verlo.

—Tengo entendido que conocías a MaryBell desde niños.

—Estábamos muy unidos —dijo.

—¿Conoces al negro?

—Le conozco desde hace mucho tiempo.

—¿Y cuál puede haber sido el motivo? ¿Hay algún tipo de especulación de por qué lo hizo?

—¿Por qué? Para violarla —dijo el Cantante de Gospel—. ¿Por qué otra cosa mataría un negro a una pobre muchacha como MaryBell?

—Sí, claro —dijo el presentador—. ¿Por qué otra cosa?

Apartó la vista del Cantante de Gospel para mirar a la cámara.

—Y esta ha sido la historia desde aquí, el pueblecito soñoliento donde nació y se crió nuestro Cantante de Gospel y al que ahora ha vuelto para encontrar pena y... tragedia. Richard Hognut, desde Enigma, para WWWW.

—¿De verdad que vas a levantar un monumento? —preguntó Richard Hognut, metiéndose el micrófono en el bolsillo de atrás.

—Sí —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Y por qué mejor no construyes un puto hotel? —preguntó Richard Hognut—. Y...

—No digas palabrotas —dijo Didymus.

—Perdona, Didymus —dijo Richard Hognut—. Pon un hotel con aire acondicionado. Llegué anoche y no encontré ningún hotel en el pueblo, y tampoco pude encontrar la casa de tus padres, alguien me dijo que estaba en un puto... perdón... en un pantano, y al final tuve que volver a Tifton para encontrar un sitio donde dormir.

—Lleva muerta cuatro días —dijo Didymus—. ¿Por qué has venido ahora?

—No era noticia hasta que llegó el Cantante de Gospel, al menos no para la cadena. Pero tenerle hablando sobre el caso, eso sí —se volvió repentinamente a la multitud que le estaba oprimiendo—. ¡No piséis el cable, maldita sea! ¡Tío, qué de gente! Me voy a Tifton para transmitir esto y vuelvo esta noche al recital. Dios, no paran. ¡Apártense!

Caminó despacio hacia la furgoneta, recogiendo el cable con el brazo formando un lazo.

Gran parte de la multitud les siguió hasta el juzgado del final de la calle. El sol se asomó de repente, brillante, por un agujero del cielo nublado. El Cantante de Gospel le había perdido la pista a la chica de los pantalones elásticos blancos. Se preguntó por un instante si estaría por la noche en el recital y, de hacerlo, dónde la poseería. Ahora que había dicho en público lo del monumento, tendría que asegurarse de levantarlo. Didymus podía ocuparse de eso. No tenía ni idea de cómo debía ser el monumento, pero seguro que Didymus sí. No podía olvidar decirle que se encargase pronto de ello.

El *sheriff* estaba en su despacho sentado en el escritorio, leyendo una tira cómica de un periódico viejo y bebiendo un refresco de cola *light*. Unas veinte personas entraron por la puerta con el Cantante de Gospel. El *sheriff* se levantó pesadamente, rascándose la barriga, que se bamboleaba como un saco medio lleno bajo la camisa. Posó la cola *light* en la mesa y caminó como un pato hasta el Cantante de Gospel. Movía la cabeza a toda prisa, asintiendo con convicción sin tener muy claro a qué. Tocó el brazo del Cantante de Gospel y luego, como si fuese la primera vez que los veía, se dirigió a la gente que había venido con él a la oficina y empezó a empujarles hacia el exterior.

—Fuera —dijo—. Fuera, fuera, fuera, fuera.



Cogió a Didymus del brazo y trató de sacarle a empujones también.

—Fuera, fuera.

—Viene conmigo, Lucas —dijo el Cantante de Gospel.

El *sheriff* se sintió avergonzado.

—Cuánto lo siento —dijo, cepillando y dando palmaditas a Didymus por todo el cuerpo. Cerró la puerta y se recostó sobre ella.

—¡Vaya casa de locos, vaya casa de locos! —dijo el *sheriff*—. Llevan metiéndose así desde anoche. Los que han visto a MaryBell no pueden evitar venir a verle a él.

Caminó despacio alrededor del Cantante de Gospel, mirándole de arriba abajo, y alargó la mano, como si le fuera a limpiar algo del hombro, para apretarle el brazo con amabilidad.

—Es un auténtico placer —dijo el *sheriff*—. No sabía si te las arreglarías pa pasarte, aunque la parienta y yo íbamos a ir al recital de esta noche. *Íbamos*.

Dejó de hablar para respirar, mirando a Didymus.

—¡Qué cosa tan horrible! Horrible. Espantosa. Na más que pasó me acordé de ti. ¡Debe ser terrible pa ti lo de MaryBell! Sí.

Seguía mirando fijamente a Didymus.

—Este es mi nuevo representante —dijo el Cantante de Gospel—. Se llama Didymus.

—Encantao de conocerle —dijo el *sheriff*—. Me llamo Lucas.

Didymus extendió la mano y el *sheriff* le cogió de la muñeca y comenzó a darle palmaditas y a sobarle.

—Ya me enteré hace poco que te habías librao del Keene ese —le dijo al Cantante de Gospel mientras continuaba medio abrazado a Didymus—. Me he dao cuenta de que fuma, Didymus. Hasta el filtro. Yo solía hacer eso. Keene tiene una plantación de tabaco. Ya. Una plantación de cáncer, diría yo. Yo tuve cáncer, ¿sabe? O, mejor dicho, a lo mejor tengo cáncer. No lo sabré hasta que me muera de ello o no. Dígame, a usted le gusta echar humo, ¿eh? —Se echó hacia delante, humedeció los labios y metió la nariz en la columna de humo que salía de la boca de Didymus—. Me abrieron y me sacaron un pulmón como si fuera una verruga —se volvió al Cantante de Gospel—. Espera que llame a Martha. Se va a poner contenta, mu contenta de verte.

Sin quitar los ojos del Cantante de Gospel, gritó:

—¡MARTHA!

Y desde alguno de los huecos de granito del juzgado se oyó una respuesta inmediata y directa como un eco: «¡MALDITA SEA, YA NO HAY MÁS!».

El *sheriff* sonrió con timidez al Cantante de Gospel.

—No sabe por qué la llamo. Piensa que quiero más bocadillos y café. Se nos acabaron. Vendimos to lo que teníamos. Ya no hay más barras de pan cortao en rebanas ni trozos de mortadela pa comprar en Enigma. Este gentío nos ha dejao limpios, se lo ha comío to. Martha está un poco irrita por eso. Podíamos haber vendió

cuatro veces más.

—Vengo a ver a Willalee —dijo el Cantante de Gospel—. Se lo prometí a la señora Carter.

El *sheriff* se puso a gritar otra vez.

—¡No son ellos! ¡Es él!

Se oyó un ruido de cristales rotos y un chillido de alegría y al momento se abrió la puerta detrás del *sheriff* y una mujer se abalanzó sobre ellos. Estaba delgada como un palo, tenía la piel envejecida y el pelo gris hierro recogido en la base del cráneo como en cuatro estropajos. Lo tenía atado con una cinta roja. Fue volando directa al Cantante de Gospel, secándose apresuradamente las manos en ambos lados de su cuerpo sin caderas ni pechos. Parecía que iba a lanzarse sobre el pecho del Cantante de Gospel, pero logró detenerse en una medio reverencia, tocándose nerviosamente.

—¡Sé que estás horrorizao! —dijo—. Lo sé. Pero yo también estoy de los nervios desde que to esto empezó, de los nervios. Sabes que normalmente no digo una palabra fuera de lugar. Lucas sí, pero yo no. Y... ¡PERO QUÉ BUEN ASPECTO TIENES!

Dio un paso atrás para mirarle y puso las manos en las caderas que no tenía, así que terminó frotándose de nuevo.

—Creo que no he maldecío más de cuarenta veces en mi vida, pero treinta de ellas deben haber sido desde que el negro segó la vida de esa pobre niña.

—He venido a verle —dijo el Cantante de Gospel.

—Y to el mundo. Su hermano también ha estao —dijo ella—. Supongo que Lucas te lo ha dicho. No hay mucho que ver, no dice ni mu. No ha probao boca desde que lo trajimos y es un negro bien grande.

El Cantante de Gospel estiró el cuello como para respirar o para ver por encima de la cabeza de ella.

—En realidad no sé qué puedo hacer yo, pero la señora Carter quería que viniese y es lo menos que puedo hacer. Todavía tengo que volver a casa y prepararme para la celebración de esta noche. Pero antes quería verle.

—¿Sabes que lo llevo igual de bien con un pulmón que cuando tenía dos? —dijo el *sheriff*—. Tengo buen color y el apetito de un cerdo. ¿No crees que tengo buen color?

—Tienes buen aspecto, Lucas —dijo el Cantante de Gospel—. ¿Puedo...?

—¿De verdá? Martha cree que estoy demasiaio gordo. Dice que estoy demasiaio gordo pa tener un solo pulmón. ¿Crees que con un solo pulmón le basta a un hombre robusto como yo?

—Estarás bien —dijo el Cantante de Gospel—. Ahora tengo que ver a Willalee, no tengo mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo el *sheriff*.

—No creo que puedas hacer na —dijo Martha—. Mejor quédate aquí fuera a charlar un rato. ¿Sigues con el Cadillac? Me queda algo de café que he reservao.

Puedo hacerlo en un segundo en el hornillo. ¿Te apetece una taza?

—Mejor voy a ver a Willalee.

El *sheriff* abrió la puerta y todos siguieron al Cantante de Gospel hasta la celda en la que Willalee seguía de pie de espaldas a ellos, mirando la calle a través de las rejas de la ventana.

—Así se pasa la mayor parte del tiempo —dijo el *sheriff*.

—¿Estás seguro de que la mató él? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Claro que la mató. Sin duda.

Al oír la voz del Cantante de Gospel, Willalee se apartó de la ventana y fue a verles a la puerta. Era un hombre grande, ocho centímetros más alto que el Cantante de Gospel, pero delgado y bien proporcionado. Era muy negro y tenía buenos rasgos: mentón pronunciado, ojos hundidos, mejillas altas y prominentes, y frente ancha y tersa. Por la expresión que tenía en su rostro, era como si no tuviese a nadie delante. El Cantante de Gospel no le había visto en años o, si lo había hecho, no lo recordaba, así que se quedó impresionado por lo atractivo que era.

—Hola —dijo Willalee—. Te he estao esperando.

—Igual está loco —dijo Martha—. Casi to el mundo lo piensa, que está loco.

—Abre la puerta y déjame entrar —dijo el Cantante de Gospel.

—Creo que no deberías hacer eso —dijo el *sheriff*—. Es mu peligroso.

—Hablaré con él de todas formas. Lo he prometido.

El *sheriff* abrió la puerta y el Cantante de Gospel entró en la celda junto a Didymus, que llevaba a mano y abierto su *Libro de sueños* con el lapicero preparado. El *sheriff* cerró la puerta. Willalee solo miraba al Cantante de Gospel. Didymus se sentó en una silla y el Cantante de Gospel se sentó en el catre de hierro. El *sheriff* y su mujer se quedaron cerca de la puerta, atentos y algo echados hacia delante, como si esperasen ser testigos de algo extraordinario, un milagro quizás.

—Ten cuidao —dijo el *sheriff*.

Se oyó un grito sostenido de la multitud que había fuera como si fueran vítores en una carrera de caballos.

—No me va a hacer nada —dijo el Cantante de Gospel—. Vosotros salid y vigilad a esa gente, no vaya a ser que tiren abajo la puerta. Didymus y yo estaremos bien.

—Supongo que eres el único en Enigma que puede entrar ahí y estar seguro —dijo el *sheriff*. Agarró la pesada pistola de color tabaco que colgaba por debajo de su panza—. Si hace falta me llamas. Y tú, negro, como se te ocurra ponerle una mano encima vuelvo corriendo y te meto seis tiros en la barriga.

Tan pronto como el *sheriff* y su mujer se fueron Didymus se acercó a la ventana.

—Va a llover de nuevo —dijo—. A lo mejor si llueve la gente se meterá en los coches o donde sea.

Un zumbido pesado surgía de la calle. Alguien pregonaba bocadillos por encima de las voces y la música de las radios. Sobre la mesa, enfrente del Cantante de Gospel, un enjambre de moscas luchaba sobre un plato con comida. El aire era como

un peso húmedo y caliente que les presionaba desde las paredes y el techo. La celda olía a sudor. Didymus retrocedió y se sentó en la silla. Examinó la punta del lápiz e hizo una marca en un margen del cuaderno. Cruzó las piernas y las des cruzó.

—Bueno —dijo—. Bueno.

Willalee seguía de pie en la puerta. El sudor le brillaba en la cara y en el dorso de las manos. La camisa azul de faena se había vuelto oscura en la espalda y en los sobacos, y la tenía pegada al pecho. Tenía la cara tranquila, pero sus ojos estaban muy brillantes y recorrían las paredes de la celda como si esperasen que algo espantoso saliese de la nada.

—Confiaba en que vinieras —dijo Willalee—. Me temía que fuese demasiado tarde. Van a matarme esta noche.

Didymus saltó de la silla.

—¿Matarte, matarte?

Miró fijamente a la cara de Willalee como tratando de ver la palabra.

—¡Matarte! ¡Matarte! ¿Esta noche?

—No te van a matar, Willalee —dijo el Cantante de Gospel.

Willalee apartó a Didymus de su camino.

—Sí que me van a matar —dijo—. Lo sé. Esta noche tras la congregación me sacarán y me colgarán de un árbol. Da lo mismo. Solo quería que vinieses antes.

—Willalee, creo que no puedo hacer nada —dijo el Cantante de Gospel—. No sé qué hacer. ¿Ya sabes cuándo es el juicio? ¿Tienes abogado?

—No me preocupa. No va a haber juicio. Me van a colgar esta noche.

—Deja de decir eso —dijo el Cantante de Gospel—. No debes temer nada. Conozco al *sheriff*. Ninguna muchedumbre le ha robado nunca un prisionero.

—No me da miedo que me cuelguen —dijo Willalee—. Yo...

—¿No te da miedo *morir*? —gritó Didymus. De nuevo estaba casi pegado a Willalee, al que miraba fijamente a la cara.

Willalee apartó a Didymus con amabilidad.

—Me da miedo perderme en el infierno. No me da miedo morir. Me da miedo Dios. No quiero morir hasta que sepa por qué maté a la señorita MaryBell.

—¿La violaste? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Eso es cháchara blanca. Mentiras. Dicen que lo hice, pero yo no violé a esa chica. No la toqué con nada más que con aquel picahielos. Aunque con eso sí la toqué. La maté.

—¿Por qué la mataste? —preguntó Didymus.

Hubo un largo silencio. El ruido de la multitud en la calle fluía a través de las rejas de la ventana y crecía lentamente hasta llenar la celda.

—No sé por qué —dijo finalmente Willalee—. Y me da miedo acabar en el infierno si me cuelgan sin saberlo. No me importa morir, lo que quiero es saber por qué.

—Te equivocas. Nadie va a colgarte esta noche. Lo sé, pero para que tú lo sepas

voy a salir a hablar con Lucas —dijo el Cantante de Gospel.

Dio un golpe a la puerta de la celda.

—¡Lucas! ¡Abre!

El *sheriff* se presentó de golpe en la puerta echando la mano a la pistola.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué?

—Abre la puerta. Y apunta para arriba con esa maldita arma antes de que me pegues un tiro.

De vuelta en su despacho, el *sheriff* no estaba dispuesto a decir nada definitivo en un sentido u otro.

—Ahora la justicia es una cosa complicada —dijo—. ¿Por qué no te tomas uno de esos refrescos *light*?

—No quiero un refresco —dijo el Cantante de Gospel—. Quiero una respuesta. ¿Me estás diciendo que no sabes si alguien va a intentar colgar a Willalee esta noche?

—No, no te estoy diciendo eso —dijo, inspeccionando la parte alta donde se hinchaba su barriga para guardar la pistola en la funda. Hizo una pausa—. Sé que van a matarle. No estoy seguro todavía de si van a colgarle o si van a dispararle.

—Lucas. ¡NO!

—He intentao convencerles —dijo.

—¡Un linchamiento sureño! —dijo Didymus, escribiendo furiosamente en su *Libro de sueños*.

—Pero no podéis hacer eso —dijo el Cantante de Gospel.

—Bueno, si es culpable... —dijo Didymus.

—He intentao convencerles —dijo el *sheriff*—. Lo he intentao de veras. Quiero decir que pa mí no va a ser na fácil. El gobernador mandará aquí a su gente y el FBI y toas esas organizaciones pa defender a los negros, tos rebuscarán por aquí y me preguntarán que es lo que pasó.

—Debería tener un juicio —dijo el Cantante de Gospel.

—Bueno —dijo Didymus—. Si es culpable...

—Los chicos están mu trastornaos con este caso —dijo el *sheriff*—. Ya sabes lo que los chicos pensaban de MaryBell. Les ha cabreao tanto que ese negro la matase que lincharían a cualquiera.

—Linchar, linchar —dijo Didymus.

—Alguien en Enigma se hubiese beneficiao a MaryBell tarde o temprano si ese negro no la hubiese matao. Vas a tener que perdonarme que hable así, pero no es más que la verdá. Quiero decir que tú estabas fuera de Emigma casi siempre y... bueno, más de uno le había echao el ojo. Es la verdá. No podía ser virgen pa siempre. Y luego va ese negro y se mete en sus bragas después de que to hombre en el condao hubiese soñado cien veces... es la pura verdá... ser el que la...

La voz del *sheriff* se fue apagando mientras sacudía la cabeza con tristeza.

—Willalee dice que no la violó.

El *sheriff* miró fijamente con los ojos abiertos.

—Entonces no tiene ningún sentío —dijo—. Pero ninguno.

Levantó la mano e hizo cuentas con los dedos.

—No se llevó dinero, ni tampoco las joyas. Entonces, ¿por qué? Solo se me ocurre una cosa. Además —el *sheriff* miró al suelo y se acarició suavemente la barriga—, además, ella no llevaba bragas. Es lo primero que comprobé cuando llegué allí.

Suspiró.

—Y no llevaba na debajo de aquel vestío. El negro se habrá llevao las bragas.

El Cantante de Gospel abrió la boca y luego la cerró. No le podía decir al *sheriff* por qué MaryBell no llevaba bragas, pero hacía más de un año que no se las ponía.

—Tengo que hablar con Willalee —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Otra vez? —preguntó el *sheriff*—. ¿Qué tienes que hablar con él?

En ese momento se abrió la puerta y varias personas se asomaron.

—Atrás —gritó el *sheriff*—. ¡Está cerrado, vamos, largo de aquí!

Un hombre se quedó quieto en la puerta. Su voz era beligerante.

—Queremos al Cantante de Gospel. Hemos conducío cientos de millas y queremos verle.

El *sheriff* lo sacó a empujones y cerró la puerta. Alguien gritó desde el otro lado:

—Está dentro y está bien.

Se oyó una ovación.

—Vaya casa de locos, vaya casa de locos —dijo el *sheriff*.

—Vamos, ábreme la celda —dijo el Cantante de Gospel.

—No lo haría si no fueses tú. Eres la única persona por la que lo haría.

—Me quedo aquí —dijo Didymus—. Y voy a ayudar al *sheriff* a impedir que entren.

Mientras regresaban al despacho, Didymus le preguntó al *sheriff*:

—¿Ha visto alguna vez linchar a un hombre?

Willalee se sentó en la cama y miró al Cantante de Gospel, que estaba de pie al otro lado de la celda. Tenía una Biblia abierta sobre las rodillas.

—Van a hacerlo, ¿verdá? —preguntó Willalee.

—Puede —dijo el Cantante de Gospel.

—Lo sé —dijo Willalee—. Pero no me importa.

Se levantó de la cama y caminó hasta la ventana con la Biblia en la mano. Podía haber unas doscientas personas reunidas justo debajo de la celda. Se movían atrás y adelante, comían, hablaban y subían el volumen de las radios.

—Willalee, si ellos..., si ellos lo hacen esta noche será porque creen que tú la violaste. Por eso están tan agitados.

—No lo hice —dijo Willalee.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el Cantante de Gospel—. ¿Cómo puedes estar tan seguro si no te acuerdas...?

—Recuerdo to —dijo Willalee—. To lo que he hecho.

Tenía la Biblia en la mano izquierda, extendida delante de él. Su mano era gruesa, enorme y más negra que el negro de la Biblia.

—La cogí por el cuello. Me acuerdo. Descolgué el picahielos de la paré y le asesté la primera punzá. Me acuerdo. Ella no pudo gritar. No pudo decir ni una sola palabra. Cuando murió, me metí en la cama y me dormí. No he tocao a esa chica con na más que con el picahielos.

—El *sheriff* dice que no tiene sentido a no ser que la violases y parece que está en lo cierto —dijo el Cantante de Gospel—. Lo que quiero decir es ¿por qué otra cosa ibas a hacerlo? ¿Estabas enfadado con ella?

Willalee frunció ligeramente el ceño.

—No estoy loco. Si la ataqué con un picahielos, debía de estar enfadado con ella.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo Willalee—. Esa es la parte de la que no me acuerdo. Me acuerdo de to lo que he hecho, pero no de por qué lo he hecho.

—Ojalá pudiese hacer algo.

—Puedes rezar —dijo Willalee.

—¿Qué?

—Reza conmigo. Puedes pedirle al Señor que perdone lo que he hecho.

—Si Él te perdona —dijo el Cantante de Gospel—, será por *tus* oraciones, no por las mías.

Willalee se acercó al Cantante de Gospel, que estaba ahora sentado en la cama, y se arrodilló despacio.

—Sé lo que te he hecho a ti.

—Levántate, Willalee.

—Toa la gente de color sabe lo tuyo con la señorita MaryBell.

El Cantante de Gospel se estiró en la cama.

—¿Ah, sí?

—Sé que he matao a tu novia, pero también que hasta eso me perdonarás. Sabía que no me rechazarías. Vas a ayudarme a rendir cuentas a Dios.

—Levántate, Willalee —dijo el Cantante de Gospel—. No puedo ayudarte a rendir cuentas a Dios. No sé lo que hiciste ni nada de eso.

—To el mundo sabe tu poder y tu gloria —dijo Willalee—. Los blancos lo saben, los de color lo saben. Tú eres el camino y la salvación. La única esperanza que me queda.

El Cantante de Gospel estaba ahora tirando de Willalee, tratando de levantarlo.

—La señorita MaryBell lo sabía. Solía decirlo. Solía cantarlo. No decía otra cosa en la barriada.

El Cantante de Gospel dejó de tirar de Willalee.

—¿Qué es lo que decía?

—Decía: Willalee, él es el Lirio del Valle. Decía: pinta la cabaña y clava bien el tejao porque él es el Sol del Cielo y lo quiere así, y luego se reía de feliz que estaba.

Reía, reía y reía. Decía a toa la gente de color de la barriada que tú la habías enviao. Decía: planta ese rosal y que crezca, porque al Cantante de Gospel le gustan los rosales. Le gustan los rosales. Le gustan los patios barríos y que los niños y las casas no estén sucias. Y luego reía, reía y reía porque era feliz haciendo lo que tú querías que hiciese.

El Cantante de Gospel negaba con la cabeza al ritmo de las palabras de Willalee.

—No —dijo—. Ella no hacía eso. No podía hacer eso. A nadie en la barriada le importaba que yo quisiese esto o lo otro. No era motivo de importancia para ellos.

—Sí que lo era —dijo Willalee—. El mejor motivo del mundo. Les dije que lo que ella decía era el verdadero evangelio según el Cantante de Gospel y que era lo correcto. Eso hizo a la señorita MaryBell mu feliz. Cada vez que lo decía se le escapaba la risa y se la oía reír por toa la barriada.

—Pero ¿por qué les decías eso? —preguntó el Cantante de Gospel—. Yo nunca te he hecho nada. ¿Y cómo es que te hacían caso?

—Porque también yo soy predicador.

El Cantante de Gospel se puso pálido.

—No digas «también» —dijo—. No «también».

Willalee se levantó y le mostró al Cantante de Gospel la Biblia sujetándola con ambas manos.

—Soy predicador y he levantao mi iglesia por ti.

—¡Willalee! —gritó el Cantante de Gospel—. ¡Por Dios!

—Era lo menos que podía hacer —dijo Willalee—. Tú me salvaste por la tele —su voz adquirió un tono soñador. Acercó la Biblia al cuerpo—. Yo era un hombre normal que trabajaba en el bosque sacando brea y astillando cajas. Cada vez que salías en la tele, te veía, y cada vez que te veía, sabía lo que eras. Entonces, en el silencio de la noche, saliste en la Muntz y vi cómo iba a ser. Fue un siete de abril, un miércoles. Tú estabas en Nueva York. Y en cuanto te vi, estuve listo. La señorita MaryBell me lo dijo. Me decía to el rato cómo iba a ser si seguía viéndote. Así lo hice y así fue. Puse mi mano en aquel cristal y...

Siete de abril. Miércoles. Era pelirroja y tenía los pezones muy oscuros. Era todo cuanto podía recordar de ella aparte de que era guapa y que se habían estado entreteniendo durante casi tres horas antes del programa, que se grabó en el Radio City Music Hall, y luego hasta la medianoche después del espectáculo. No recordaba el nombre, pero sí que había sido extraordinariamente buena —inteligente e ingenua— y que había estado pensando en ella mientras actuaba. Y mientras pensaba en su enorme bocado blanco, abierto, esperándole mientras cantaba, la mano negra y estirada de Willalee había tocado la imagen de cristal del Cantante de Gospel y había encontrado a Dios. El Cantante de Gospel sintió que sus pulmones se desmoronaban. No creía que Dios fuese a tolerarlo. Eso prácticamente había truncado su última oportunidad.

—... Así que la señorita MaryBell decía: ¿por qué no construyes una iglesia pa el



Cantante de Gospel? Y trajo to el dinero que la diste pa ayudarnos a comenzar la iglesia. Era mucho dinero y eras el mejor hombre que habíamos conocío y habías hecho tanto pa ayudarnos, que así lo hicimos.

El Cantante de Gospel recordó la primera vez que ella le pidió dinero por carta. Había sido cuatro meses antes y ahora no podía recordar para qué había dicho que necesitaba el dinero, pero lo que sí recordaba claramente es lo aliviado que se sintió. Envió el doble de lo que ella había pedido y dejó instrucciones a Didymus para que agregase su nombre a la larga lista de personas a quienes mandaba dinero regularmente.

—¿Cuánta gente de la barriada pertenece a la iglesia? —preguntó el Cantante de Gospel.

—Casi la mita de la gente de color del condao de Lebeau —dijo Willalee—. Te ven en la tele y la señorita MaryBell nos dijo que ibas a arreglar las cosas con Dios.

—¿Dónde está la iglesia?

—Más allá de Shackelford Place.

Willalee se puso otra vez de rodillas ante el Cantante de Gospel. Agarró al Cantante de Gospel de la mano y tiró de él hasta acercarlo a su cabeza. Tenía el pelo espeso y húmedo.

—¿Por qué maté a la señorita MaryBell? Ella trajo el dinero. Me dijo lo que hacer. Fue ella quien pensó el nombre pa la iglesia.

—¿El nombre? —dijo en voz baja el Cantante de Gospel.

—Lo pensó y dibujó las letras, y...

El Cantante de Gospel se incorporó de golpe, casi asustando a Willalee.

—¡No! —gritó—. ¡No y no! Escúchame, Willalee, tengo que parar esto, yo...

Willalee sacudió la cabeza con tristeza.

—No creo que puedas pararlo. No, esta noche van a colgarme de un árbol y ahí se acaba to. Pero el buen Dios sabe que estoy preparao. Maté a la señorita MaryBell y por mu alto que me cuelguen no será suficiente. No. Solo quiero poder decir el día del juicio final por qué lo hice, poder decirte a ti por qué lo hice. Yo, un predicador de tu propia iglesia, maté a tu novia con un picahielos. Cuando me pongan en ese árbol quiero mirar arriba a Dios y saber que voy a casa. Pero un hombre que oculta un pecao en su corazón, como si fuese un ladrón, va directo al infierno. Dios no acoge a nadie que no esté limpio. No.

Willalee sollozó con los ojos cerrados mientras se mecía de rodillas. El Cantante de Gospel, acongojado por la creciente convicción de que era el responsable de la complicada situación de Willalee, se quedó mirándole fijamente, incapaz de decir palabra. Finalmente, agarró a Willalee por el hombro y le dijo.

—Shh, silencio ahora. Escucha, no van a hacerte nada, ¿me oyes? Yo estoy contigo. Ahora, deja eso y levántate. Yo estoy contigo.

Willalee se levantó y se sentó al borde del catre de hierro. El Cantante de Gospel fue hasta la ventana y miró fuera. Abajo, la muchedumbre se arremolinaba ya por

toda la extensión de Enigma, formando una estela continua de color y sonido. Detrás de él, Willalee hablaba con voz monótona y apagada.

—Siempre has estao conmigo. Desde que fui salvao no ha habió un solo momento en el que me hayas dejao, ni uno. Y me salvé, sé cuando pasó. Y sigo salvao, eso está en el evangelio y lo sé. Pero tengo sangre de la señorita MaryBell en las manos..., y en el corazón.

—Escucha —dijo el Cantante de Gospel, apartándose de la ventana.

Quería confortar a Willalee, decirle la verdad, pero sabía que la verdad le causaría aún más daño que la fantástica trama de mentiras. Pero lo que vio al volverse hizo que fuese innecesario decir nada. En el catre de hierro estaba su imagen arrugada y ajada, cuidadosamente alisada, pero vieja y cuarteada por los pliegues. Willalee movía los labios y hablaba, pero no miraba al Cantante de Gospel, sino a su fotografía.

El Cantante de Gospel caminó despacio por la celda hasta el catre.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

Willalee no miró arriba.

—... Ella hizo to. Si no hubiera venío a la barriada, yo seguiría siendo el que era. Un miserable negro, con cortes de cuchilla en la espalda y fulanas en la cama. Ella me enseñó el camino.

El dedo enorme y calloso de Willalee trazó el contorno de la cara del Cantante de Gospel en la portada de la revista mientras hablaba.

—Ella ayudó a este miserable negro a hacer las cosas bien, a dejar de hacerse cortes, de tomar el nombre de Dios en vano y a dejar las fulanas. Me habló del Cantante de Gospel, de cómo era. La señorita MaryBell, la señorita MaryBell. Montó la iglesia, la preparó, la echó a rodar. La señorita MaryBell.

Se miró las manos por un instante y luego las puso boca arriba, sin dejar de sacudir la cabeza y de hablar en un tono soñoliento y monótono.

—Nos juntaremos, nos juntaremos en la iglesia cuando él vuelva la pondremos en pie, la prepararemos porque él va a estar de pie en su iglesia, nos va a mirar y nos va a decir que mu bien. Sí. Estamos listos pa que venga a casa. Sí, la señorita MaryBell decía que en cuanto supiese que el Cantante de Gospel iba a venir a casa nos lo diría. En mita de la noche. Nadie sabe el día o la hora en que sería. Ella...

Se detuvo, entornando ligeramente la cabeza como para escuchar. Apretó un dedo contra el centro de la frente.

—Dijo: «Vengo a hablarte del Cantante de Gospel». Yo dije: «¿Cuándo viene?». Y ella dijo...

Un gris de ceniza húmeda demudó la cara de Willalee y una vena le saltó en la sien.

—No —susurró—. Soy predicador. Estoy salvao.

Se hundió en el retrato ajado del Cantante de Gospel.

—No, Señor, no, no. Dijo: «Tu salvación se basa en una mentira, la iglesia es una

mentira, el Cantante de Gospel es una mentira. Dijo: Dios es un hombre con los pantalones bajos, Dios es una bragueta desabrocha». Ella dijo: «El Cantante de Gospel...», y yo la clavé el picahielos. La agarré por el cuello y se lo clavé una y otra vez —dijo mientras sollozaba cabeza abajo sobre el catre, con los puños apretados.

El Cantante de Gospel se desplomó de rodillas. Rodeó a Willalee con el brazo y dijo:

—Por favor, por favor.

Willalee apartó la vista del catre. Había dejado de temblar y ya no lloraba. Ahora parecía como si estuviese a punto de sonreír.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que contigo sabría por qué la maté y que me ayudarías a rendir cuentas al Señor. Ahora estoy listo. Nadie puede hacerme daño ya porque sé lo que he hecho y sé que ofendí a Dios. Vuelvo a casa.

El Cantante de Gospel se levantó, se dirigió a la puerta de la celda y vio a Didymus acuclillado al otro lado de las rejas, inmóvil y cabizbajo, con el *Libro de sueños* abierto en las rodillas y el lápiz corto y mordido volando por la página.

—Soy un negro miserable y con mu mal genio —dijo Willalee—. Cuando escuché esas mentiras, ese viejo demonio me atrapó de nuevo. Me atrapó. Pero ahora he ajustao cuentas con el Señor —se sentó en el catre—. ¿Por qué dijo esas mentiras la señorita MaryBell?

El Cantante de Gospel oyó como se detenía en la página el lápiz de Didymus. Subió el ruido de la multitud de la calle.

—No lo sé —dijo.

—Pero era to mentira —dijo Willalee.

—Todo —dijo el Cantante de Gospel, frente a la puerta de la celda. A continuación dijo—: Tengo que irme, Willalee.

Willalee estaba de pie detrás de él.

—Lo sé —dijo—. Pero doy gracias al Señor que hayas venío. Sabía desde el principio que no ibas a quedarte más que un ratito. Al menos queda una cosa buena.

—¿El qué?

—Que todavía tienen la congregación esta noche en la iglesia. No importa que yo no esté.

El Cantante de Gospel golpeó la puerta de la celda para llamar al *sheriff*, que se plantó en la puerta de inmediato buscando la pistola por debajo de la panza y preguntando qué era lo que pasaba.

—Abre la puerta, Lucas.

—¿Averiguaste algo? —preguntó el *sheriff*—. Le..., pero estás pálido. Mejor siéntate. ¿Qué te ha dicho? ¿Quieres que entre ahí dentro y le sacuda en la cabeza? —dijo, moviendo la mano vagamente en dirección a la pistola que no podía ver.

El Cantante de Gospel no hacía otra cosa que negar con la cabeza. Parecía no respirar bien y le corrían gotas de sudor por las piernas. Estaba abrumado por lo que había hecho MaryBell. Apenas podía creerlo. Él, que siempre había recibido amor,

encontraba increíble la perspectiva de ser odiado. Y solo ahora empezaba a entender cuánto debía de haberle odiado. Al volver al despacho, se apoyó en el escritorio del *sheriff*.

—Lucas —dijo—. No puedes permitir que le suceda nada a Willalee. Quiero que me des tu palabra de que no vas a dejar que nadie le saque de esa celda.

Lucas abrió una nevera de espuma de poliestireno y sacó un refresco *light*.

—¿No quieres uno de estos? Refrescan un montón y no te ponen el cuerpo como las otras.

—¿Me das tu palabra?

Lucas pegó un largo sorbo y eructó.

—Claro —dijo—. Yo puedo darte mi palabra, pero los muchachos no van a colgar mi palabra, van a colgar al negro. Lo que trato de decirte es que a ellos eso les va a dar igual.

Emitió un ruido de enfado en el cuello de la botella de refresco.

—Si quisieras lo impedirías —dijo el Cantante de Gospel.

—Escúchame —dijo el *sheriff*—. Hasta él te dirá que mató a MaryBell, ni siquiera lo niega. ¿Yo, con solo un pulmón y esta barriga, contra los que vengan a colgar al negro?

—Te lo estoy pidiendo —dijo el Cantante de Gospel.

—Te voy a decir una cosa más porque te aprecio —dijo el *sheriff*, con el cuello y la papada sonrojados—. Tú eres el Cantante de Gospel, pero esto es Enigma y a nadie le importa lo que pienses del negro. Aunque le aprecies, a nadie le importa. Pero sí te digo que yo no iría por ahí quejándome de que le van a sacar pa matarle. Te aseguro que no lo haría si fuese tú.

—Solo quiero que le traten con justicia.

—Los muchachos le van a tratar como él trató a MaryBell. Y al que se meta en medio le van a tratar igual.

—Ojalá no dejes que se lo lleven.

—Ojalá tomases una taza del café de Martha o un refresco *light* —dijo Lucas—. Martha ha ido a prepararlo. Podemos charlar un buen rato sobre todos los sitios donde has estado y todo lo que has hecho y así te olvidas del negro. No merece la pena hablar de él. No puedes montar un caballo muerto.

—Tengo que irme —dijo el Cantante de Gospel.

—Martha va a estar muy decepcionada. Está haciendo café solo para ti.

—Dile que he tenido que irme. Vamos, Didymus.

La multitud que había bajo la ventana de Willalee, en una suerte de intuición espontánea, se aglomeró en los alrededores de la esquina del juzgado, reuniéndose en la puerta por la que emergió el Cantante de Gospel. Había llegado más gente al pueblo para el recital. El Cantante de Gospel se quedó de pie en el escalón más alto del juzgado y les miró. La calle era una masa de caras apretadas, vueltas hacia arriba como máscaras con bocas negras y abiertas aspirando y exhalando un aliento

colectivo. Dos furgonetas de helados *Good Humor* habían llegado de Tifton y estaban aparcadas una a cada lado de la calle entre la cárcel y la funeraria. En el techo de las furgonetas, pequeños megáfonos rotativos emitían música que sonaba a villancicos. Después de cada canción, una voz mecánica repasaba los sabores de los helados y los nombres de las copas de helado como cuando el revisor de un tren de cercanías nombra las paradas.

—Nunca lograremos pasar por ahí —dijo Didymus.

Por respuesta, el Cantante de Gospel se zambulló en la multitud. Didymus guardó en la chaqueta el *Libro de sueños* y le siguió. Volver al Cadillac fue todo un calvario. Las manos querían palmear, tocar y acariciar al Cantante de Gospel, pero había tantas que tuvieron que apresurarse y al hacerlo las caricias se convirtieron en bofetadas y codazos primero y, finalmente, en auténticos puñetazos. O por lo menos así lo sintieron ellos. Un muro retorcido de carne humana presionaba desde todas partes. Didymus intentó ayudarlo, intentó rechazarles, pero la multitud le expulsó rápidamente y el Cantante de Gospel tuvo que pelear solo. Le arrancaron un bolsillo de la chaqueta. Bocas húmedas y febriles zumbaban cánticos alrededor de su *cabeza*. Otras le susurraban al oído fragmentos de peticiones imposibles. Y entre las súplicas a Dios siempre revoloteaba algún juramento.

Después de un buen rato durante el que el Cantante de Gospel pensó que no lo conseguiría, llegó al Cadillac. Abrió de un tirón la puerta trasera y se metió dentro. Pulsó un botón y el cierre de las puertas se bloqueó automáticamente. Se tumbó en el asiento entre jadeos roncós. Las ventanas y el parabrisas estaban tupidos con caras estiradas, bocas deformadas y ojos vidriosos. Más lejos, un grupo de jovencitas entonaba su nombre al ritmo de algo que sonaba en la radio. Por fin la cara de Didymus apareció apretada contra la ventana. Parecía no poder enfocar la vista, lo que concedía a su expresión el aspecto distorsionado de los espejos deformantes de una feria. Estaba muy rojo y sudoroso. El Cantante de Gospel abrió una de las puertas. Una niña le tenía agarrado por las piernas y el Cantante de Gospel tuvo que ayudarlo a soltarse y meterse en el coche. Didymus bloqueó la puerta al entrar.

—¡Qué salvajes, menudos salvajes hay ahí fuera! —dijo cuando pudo recuperar el aliento.

El Cadillac se balanceaba suavemente.

Didymus sacudió la cabeza.

—Por lo general, puedo mantenerles a distancia. Pero no sé, estos no son normales —estaba agitado y botaba en el asiento delantero mientras hablaba, inclinando la cabeza para mirar a un lado y a otro—. La suma de tu presencia, MaryBell asesinada y el Negro encerrado al final de la calle les ha hecho algo. Estaba justo detrás de ti y esas manos me atraparon y... Oye, ¿estás bien?

—Estoy bien —dijo el Cantante de Gospel—. Lo hiciste lo mejor que pudiste. Ahora arranca y sácanos de aquí.

Didymus no intentó salir por la calle principal porque ahora era infranqueable. La

gente pululaba por las aceras de madera como formando una danza callejera. Estaba empezando a llover mientras Didymus se abría paso cuidadosamente por una calle secundaria que corría paralela a la principal. Pero hasta allí la gente les reconocía e intentaba cortarles el paso agitando cuadernos de autógrafos, Biblias y miembros mutilados y deformes. Didymus tenía que ir despacio mientras circulaban por el pueblo porque tenía miedo de causar daño o, aún peor, matar a alguien. Cada poco, los más entusiastas iban corriendo sin mirar hacia uno de los costados del coche como bichos hacia la luz de una lámpara.

—Le mentiste a Willalee —dijo Didymus, deteniendo un momento el coche porque la gente se apiñaba sobre el parachoques y el capó.

—¿Tú le habrías dicho la verdad? ¿Habría sido mejor para él?

—No —dijo Didymus, perdiendo la compostura y sacando la lengua a una de las caras que había encajadas contra el parabrisas—. Solo quería señalar que cuando un hombre miente es porque le da vergüenza la verdad o porque desea que la mentira sea cierta.

—¿Puedes ir más deprisa?

—No, a no ser que quieras que mate a alguien.

Didymus conducía con un pie en el acelerador y otro en el freno, empujando literalmente a la gente. Le daba miedo cargarse a alguien.

—Oye, ese *sheriff* es todo un personaje. ¿Le conoces desde hace tiempo?

—De toda la vida —dijo el Cantante de Gospel, mientras miraba a un niño que comía algodón de azúcar en la acera.

—Me contó todo sobre lo de los linchamientos y eso —dijo Didymus—. ¿Sabías que un hombre puede morir si lo untan de alquitrán y plumas? Te sorprendería cuánto sabe ese hombre de linchamientos. Dice que cuando van a linchar a alguien casi siempre le hacen algo antes. Uno cree que con lincharles sería suficiente, pero no: les untan de alquitrán, les dejan ciegos y les castran. Es demasiado. A saber lo que le harán a Willalee esta noche.

—No van a hacerle nada. Pienso detenerles.

Ya estaban fuera de Enigma y el coche ganaba velocidad.

—¿Cómo?

—No lo sé. Tengo que encontrar la forma. Y no gires ahí, todavía no volvemos a casa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Didymus, conduciendo con una mano y sacando con la otra el *Libro de sueños* para ponerlo en el asiento junto a él.

—Ya lo verás.

—Vas a esa iglesia, ¿verdad?, a la iglesia de Willalee.

—Sí.

—Esa es buena señal.

—Deja de hablar de tus malditas señales —dijo el Cantante de Gospel—. Y métete por ese camino de tierra junto a la pacana. Vengo aquí para ver lo que ha

hecho MaryBell. Estaba loca, ahora lo tengo claro. Toda esta historia de la iglesia fue lo que la mató, lo que perturbó tanto a Willalee. Zorra loca. Ve más despacio.

—Lo que dijo Willalee no tenía ningún sentido para mí —dijo Didymus.

—Tenía todo el sentido —dijo el Cantante de Gospel—. Llenó de mentiras la cabeza de Willalee, le hizo creérselas y luego le dijo la verdad. Tenía todos los motivos para hacer lo que hizo. Ojalá no lo hubiese hecho, pero motivos le sobaban. Ahí está Shackelford. La iglesia debería estar un poco más allá.

El camino de carretas en el que estaban era oscuro y estrecho, con una densa maleza oprimiendo desde ambos lados.

—Ahí delante hay algo —dijo Didymus—. Sí, y tiene una torre, si se le puede llamar así. Esta tiene que ser.

El Cantante de Gospel, apoltronado en el asiento de atrás, no estaba mirando. Miraba al cielo inmóvil y opresivo. Llovía ligeramente pero sin parar. Las nubes le parecían las faldas de una cadena montañosa. Para no tener que mirar a la iglesia a la que se acercaban, se concentró en el hecho imposible de ser enterrado bajo una montaña.

—Oye —dijo Didymus—. Pues no tiene mala pinta el edificio para estar aquí en...

El Cantante de Gospel oyó el cambio de tono de su voz y giró la cabeza para mirar. Era una estructura oblonga y elíptica, con la puerta principal pintada de un rojo tan brillante que resplandecía como una luz. El edificio estaba recubierto de estaño brillante. Luego el Cantante de Gospel vio lo que había hecho cambiar la voz de Didymus. Era un letrero clavado en la cúspide del tejado: LA PRIMERA IGLESIA DEL CANTANTE DE GOSPEL.

—Es una Señal.

—Es una iglesia de negros —dijo el Cantante de Gospel.

—Pero una iglesia, una iglesia que lleva tu nombre.

—MaryBell la hizo para mí —dijo el Cantante de Gospel—. ¡La hizo porque me odiaba, como una broma, como una blasfemia!

—La iglesia de Dios —susurró Didymus.

—La iglesia de MaryBell —insistió el Cantante de Gospel.

—Tu iglesia —dijo Didymus con voz firme—. La iglesia de Dios fundada sobre ti.

—¿Eso es lo que crees?

—No estarías tan enfadado si no fuese cierto —dijo Didymus—. Ni tampoco tendrías miedo.

—No tengo miedo.

Y realmente no lo tenía. Antes sí, pero una curiosa serenidad se había instalado en él. Desde el momento que supo que MaryBell estaba muerta, tenía miedo de descubrir la causa de su muerte. No había límites para lo que podía haber hecho. Estaba loca. Así que se sintió afortunado de que no hubiese sido peor.

—Pues actúas como si lo tuvieses —dijo Didymus—. ¿Vas a entrar?

—No tengo razones para hacerlo.

—¿Sigues pensando que vas a salvar a Willalee?

—Quiero... Quiero salvarle. *De verdad*, más que nada. Mira, van a matarle, Dios, lo sé. Mató a MaryBell, así que tienen que matarle. Pero no quiero que lo linchen. No me importa que le ahorquen por haber matado a MaryBell, pero van a colgarle por algo que no hizo... No la violó. No lo hizo... Bueno, tú le oíste.

—Le oí. Pero lo que te pregunto ahora es si crees que vas a salvarle.

—Me digo a mí mismo que no importa que muera ahora o más tarde, o que no importa cómo va a morir porque si va morir de todas formas...

—Pero tú crees que sí importa —dijo Didymus.

—Sí.

—Entonces creo que deberíamos entrar —dijo Didymus.

—¿Por qué?

—¿No ves que está en el centro de todo lo que ha sucedido? La iglesia la mató, la iglesia tendrá que salvar a Willalee.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero confía en mí. Vamos dentro. Confía en mí.

El Cantante de Gospel le vio abrir la puerta del coche y acercarse a la iglesia a paso lento, deteniéndose unos instantes en algunos puntos del camino, mirando con cautela a su alrededor, al cielo, al muro denso de la maleza. Finalmente, desapareció en el interior. El Cantante de Gospel esperó, sin estar seguro de seguirle o no, luego salió y caminó bajo la lluvia hasta la puerta. La iglesia estaba en penumbra. Miró durante un buen rato antes de ver a Didymus sentado en uno de los bancos a mitad del pasillo. El Cantante de Gospel se sentó a su lado y Didymus se levantó de inmediato, girándose lentamente y diciendo:

—Esto es real, esto es real.

—Tú no sabes por qué hizo MaryBell esto —dijo rápidamente el Cantante de Gospel—. No lo sabes todo.

Didymus se detuvo y miró abajo hacia el Cantante de Gospel.

—Te conozco —dijo con voz baja y abstraída.

—Me la follé —dijo el Cantante de Gospel.

—No es la única —dijo Didymus.

—Pero fue distinto. Esto fue distinto. Era pura..., inocente. Tenía que enseñarle... tantas cosas.

El Cantante de Gospel le contó a Didymus todas las cosas que había enseñado a MaryBell, sin olvidar ninguna.

—¿Lo ves? Lo hizo para vengarse de mí y pilló al pobre Willalee Bookatee en medio.

Didymus alzó la cabeza desde la pose de rezo que había adoptado mientras escuchaba. Sonreía, pero le resbalaban lágrimas por la cara.



—Es hermoso, hermoso. La voluntad de Dios se hará. Ni el deseo, ni la carne, ni siquiera la muerte pueden interponerse en *sus* planes.

—Estás loco —dijo el Cantante de Gospel—. Ella ni siquiera creía en Dios.

—Pero fundó una iglesia, que lleva tu nombre. ¿Es Dios tan débil que no puede proteger *su* casa? Yo creo que no. Es más, creo que Dios no pregunta qué caminos ha tomado un hombre, sino solo adónde le han conducido al final. Tu nombre está escrito ahí, no puedes discutirlo.

—No quiero discutirlo. No estoy discutiendo. Tú dijiste que si veníamos aquí podríamos ser capaces de salvar a Willalee. Solo quiero salvarle y largarme. Quiero salir de Enigma y no volver jamás.

—Creo —dijo Didymus— que el único camino es la verdad, admitir la verdad.

El Cantante de Gospel se puso de pie. Un relámpago alumbró la cara blanca y rígida del Cantante de Gospel.

—¿La verdad? ¿La verdad sobre MaryBell?! ¿Sobre Willalee? Estás loco. ¡No tienes ni idea de lo que estás pidiendo!

Didymus apartó la vista tímidamente.

—Me refiero a la otra verdad. Decir quién eres.

—Didymus...

—Antes de responder, déjame que te enseñe algo que vi antes de que entrases.

Didymus caminó por el pasillo y el Cantante de Gospel le siguió. Habían construido un altar bajo.

—Mira —dijo Didymus.

En el altar había un cuadrado de papel clavado con tachuelas. El Cantante de Gospel tuvo que agacharse para distinguirlo. Se inclinó y vio su propia cara. Era la misma fotografía que Willalee había desplegado sobre el catre de la celda, otra portada de la revista *Life*. El Cantante de Gospel permaneció agachado durante un largo rato, sin sentir temor o furia siquiera, sino una especie de adormecimiento. Cuando por fin se puso derecho, Didymus ya estaba señalando a un lugar detrás de él. El Cantante de Gospel se giró. En la pared más próxima, mirando desde las sombras, estaba su rostro. El brazo señalador se movió. Su cara otra vez. Y otra. Y otra más. Por todo el fondo de la iglesia detrás del altar, su propio rostro le devolvía la mirada. Se volvió para mirar a Didymus, que desvió tímidamente la vista. El Cantante de Gospel se dio la vuelta y caminó de regreso a la lluvia.

En el Cadillac dijo:

—Lo hizo porque me odiaba. Lo hizo como una broma. Todo es una broma.

—¿Qué vas a hacer con lo de Willalee? No vas a salvarle diciéndole a todo el mundo que era una broma.

—No voy a salvarle. Pensé que podía, pero no puedo. Todo ha ido demasiado lejos. Por mí ni cantaré esta noche de no ser porque probablemente tienes razón y si no lo hago arruinaría mi imagen. Tengo que salvarme a mí mismo y a mi carrera si es que puedo. Vamos, salgamos de aquí.

—Necesitas volver y descansar, echarte una siesta, para cantar esta noche —dijo Didymus—. Si no, no vas a aguantar.

—No vamos a volver —dijo el Cantante de Gospel—. Vamos adonde Gerd dijo que Pie había acampado. Descansaré más donde Pie que si voy con mi familia, ya sabes lo que espera allí.

Didymus permaneció en silencio mientras conducía por el camino estrecho y marcado por los surcos de las ruedas. Cuando volvieron a la autopista dijo:

—Sé por qué quieres ver a Pie.

—Bien, así no tendremos que hablar de ello.

—Así es la naturaleza del don —dijo Didymus—. Haces todo por la razón equivocada.

El Cantante de Gospel le pidió que pusiera el himno nacional.

## OCHO

La feria de rarezas se había instalado en un claro algo más allá de la autopista 229. Estaba perfecta y simétricamente dispuesta formando un octógono de ocho ángulos iguales, y en cada uno de los ángulos había una carpa octogonal de tela marrón en cuyo techo ondeaban banderines rojos que tenían estampado el contorno negro de un pie. Habían abierto y allanado un camino ancho para unir las carpas y habían tomado la luz del tendido eléctrico que discurría junto a la autopista 229 y llegaba hasta Enigma. Por toda la parte delantera del recinto habían fijado a un cable una hilera de bombillas rojas que colgaba entre dos postes. Bajo la lluvia, las bombillas apagadas parecían casi negras.

El Cantante de Gospel miraba con incredulidad desde la ventanilla, distorsionada por la lluvia, del Cadillac. No sabía lo que había esperado, pero desde luego no era esto. Parecía que el campamento lo había montado un grupo de caballeros *scout* bajo instrucciones de un erudito maestro *scout* que sería toda una autoridad. No había basura en el suelo. El humo que salía de pequeños tiros situados en el techo de dos de las carpas formaba lentas volutas. La escena en su conjunto tenía algo muy relajante.

—Ahí dentro está su casa —dijo Didymus mientras el Cantante de Gospel bajaba la ventanilla para ver mejor.

En el centro de la zona demarcada por las carpas, como si se tratase de una seta venenosa gigante dentro de un círculo mágico, estaba plantada una enorme caravana, junto a ella, había un Cadillac del mismo modelo que el del Cantante de Gospel. En el extremo que daba al camino, la caravana tenía inscrito un escudo de armas que consistía en dos heraldos que portaban clarines con banderas flameantes y espadas cruzadas. El Cantante de Gospel miró con atención durante un buen rato antes de ver el centro del diseño, donde había un pie.

—¿Qué piensas decirle? —preguntó Didymus.

—No lo sé —dijo el Cantante de Gospel.

—Pues será mejor que te decidas pronto.

—Le hablaré de Gerd. Le diré que deje en paz a mi hermano.

—Complicado —dijo Didymus—. No ha hecho nada todavía salvo sacarle de una cuneta y llevarle a un médico para que le curase la pierna y se la escayolase. No veo cómo puedes encontrarle defectos a eso —Didymus arrancó el coche—. Mientras estés aquí quizás quieras darte una vuelta por las carpas y ver lo que tiene Pie. Es una lección para todos nosotros.

—Ya me han mirado lo suficiente para saber que no me apetece mirar a otros —dijo el Cantante de Gospel.

Didymus condujo hacia el complejo y aparcó junto a la caravana. Salieron del coche y se metieron debajo de un toldo largo y estrecho que se extendía a unos cuatro metros de la puerta principal. Bajo el toldo habían colocado con esmero bloques de piedra que formaban un camino. Reinaba la tranquilidad. El Cantante de Gospel olió

pan recién hecho. La lluvia repicaba sin cesar contra el toldo. Por encima de la lluvia y de la calma surgió una voz que cantaba. Era una voz de mujer, alta, pura y dulce. Didymus se quedó mirando con curiosidad al Cantante de Gospel, que no se movía porque se había quedado momentáneamente desconcertado por la paz y el agradable orden. Podía olvidar perfectamente lo que ocultaban las caras insulsas y silenciosas de aquellas carpas, olvidar que aquí, organizadas para el entretenimiento del resto del mundo, se encontraban las criaturas más desafortunadas de Dios. Se oyó un ruido tras ellos, el Cantante de Gospel se giró bruscamente y miró varias veces, luego retrocedió un par de pasos que le dejaron bajo la lluvia. En la puerta había una criatura baja e indefinida con la cabeza hundida y cuadrada, y extremidades que parecían puestas del revés. Estaba descalza y lo que le salía de las perneras del pantalón parecían haber sido manos.

—¡Ni se te ocurra! —gritó el Cantante de Gospel—. ¡Atrás, atráaaaas!

Didymus miró al Cantante de Gospel con el ceño fruncido y dijo algo brusco sobre la necesidad de ser amable. Se dirigió a la cosa de la puerta.

—¿Qué tal te va, Randolph? ¿Cómo va el negocio de feriante?

El labio inferior rosa de Randolph se desplegó en una sonrisa que dejó expuesto un diente inmenso y macizo en la mandíbula inferior.

—Oh —dijo—. De fábula.

—Randolph —dijo Didymus—. Quiero presentarte al Cantante de Gospel —se volvió hacia el Cantante de Gospel—. Este es Randolph Drayton, criado y manitas personal de Pie. Recuerdas que te he hablado de él, ¿verdad?

El Cantante de Gospel bajó las manos. Estaba intentando recobrar la compostura.

—Supongo que sí —acertó a decir—. Claro que me acuerdo. Encan... encantado de conocerle.

Randolph dejó de sonreír y se quedó inmóvil.

—El Cantante de Gospel —dijo con voz baja y sobrecogida. Se deslizó por los escalones hasta el camino de cemento—. Vaya, es un orgullo conocerle.

El Cantante de Gospel se vio obligado a cobijarse de la lluvia.

—Hemos venido a ver a Pie.

—Mu amable de su parte —dijo Randolph—. Que alguien como usted haya venido hasta aquí.

Se detuvo justo delante del Cantante de Gospel y de los pliegues de la ropa salió algo grueso como un garrote con botones de carne en el extremo. Era un brazo. Quería estrecharle la mano.

El Cantante de Gospel la tomó. Era suave y dura como madera pulida, pero también era caliente. Tras chocar las manos, Randolph se giró con elegancia y se deslizó de vuelta hasta los escalones de la caravana sin parar de hablar.

—Le he visto muchas veces en la tele y quería conocerle en persona. Aunque supongo que to el mundo quiere conocerle y, como yo, no piensan que vayan a conseguirlo nunca. Claro que también le he visto muchas veces de lejos cada vez que

hay un recital y montamos la feria pa estar listos pa la multitud. Siempre arrastra mucho gentío.

Ya estaban dentro de la caravana. Era espaciosa y estaba amueblada con todo tipo de lujos. Tenía una televisión encastrada en una de las paredes y en la pared de enfrente había una puerta corredera, que ahora estaba abierta y dejaba a la vista vasos de cristal de diversos tamaños y botellas de *whisky* colocadas en filas, algunas sin abrir y otras casi vacías. Un sofá de piel negra y gruesa, de estructura muy baja, recorría tres lados de la sala. Frente al sofá había una mesa de madera de teca baja y encima de ella cigarrillos con filtro dorado sobresalían de la figura hueca de un pie. El pie estaba moldeado con gran detalle, apreciándose las venas, músculos y ligamentos.

La puerta que llevaba al fondo de la caravana era de láminas de madera plegables, apoyada en rieles de manera que podía recogerse por entero en un hueco diseñado a tal efecto en una de las paredes. Randolph abrió la puerta lo suficiente como para entrar él solo.

—Si son tan amables de esperar aquí, avisaré a Pie. Está descansando en este momento.

—Claro, Randolph —dijo Didymus—. No hay prisa —se volvió al Cantante de Gospel—. ¿Y bien?

—No es lo que esperaba —dijo—. Para nada.

—Te conviene pasarte también por las carpas.

El Cantante de Gospel ignoró a Didymus y le dijo que difícilmente encontraría una habitación tan bonita como esta en la mitad de los hoteles de Miami Beach.

—Mejor nos sentamos —dijo Didymus—. No se sabe cuánto puede tardar. Pie se mueve a su propio ritmo.

Se sentaron en el sofá de piel negra, pero justo cuando ya estaban acomodados, la puerta por la que Randolph había entrado se abrió y se encontraron mirando a la planta de un enorme pie desnudo, apoyado en un taburete. El pie medía setenta centímetros de largo y cuarenta y cinco de ancho por debajo de los dedos. Estaba muy bien formado y era de un blanco impoluto, como si nunca se hubiese apoyado ni tocado el suelo. El enano quedaba oculto detrás del pie y pasó un rato hasta que Didymus y el Cantante de Gospel pudieron alzar la vista porque se habían quedado petrificados con la visión. Una chica estaba detrás de Pie agarrando una barra cromada que servía de tirador de la plataforma plana y acolchada en la que Pie estaba medio reclinado, con su magnífica deformidad en un trono, sobre el alzapiés integrado en la plataforma.

Didymus y el Cantante de Gospel se levantaron de un salto, no por la chica, a la que ambos reconocieron como una prostituta, sino por el pie en sí, que tenía un aura de realeza.

—Siéntense, siéntense, caballeros —dijo Pie—. Randolph, trae toallas y café. Es un honor inesperado, aunque debo admitir que tenía cierta expectativa de verle tras

haber hablado con su hermano Gerd. Oh, discúlpenme, caballeros, dejen que les presente a mi ayudante, la señorita Jessica Worth. Jessica, a Didymus ya le conoces de su visita anterior y, seguramente, como muchas otras personas de este gran país e incluso del mundo, sientes que ya conoces al Cantante de Gospel.

Didymus, todavía de pie, como el Cantante de Gospel, inclinó la cabeza con el cuerpo rígido de cintura para arriba.

—Señorita Worth —saludó—. Es un placer verla de nuevo.

—Lámeme Jessica, por favor —dijo ella. Se había apartado de detrás de Pie. Su complexión era delicada, con huesos pequeños y frágiles, pero con pechos y caderas amplias. Los ojos eran redondos y hábilmente acentuados por un rímel nada exagerado, y tan verdes que parecían casi transparentes. Su pelo era de un rojo radiante y resplandeciente—. Por supuesto, me alegra mucho conocerle.

Tendió la mano al Cantante de Gospel y este la tomó. La había olido desde el momento en que se abrió la puerta, incluso antes de verla, cuando todavía estaba mirando al pie. Había olido el jabón y un sutil toque de perfume que no podían ocultar el olor de su propio cuerpo, como ocurre con las fragancias comerciales hábilmente aplicadas.

—Gracias —dijo—. El placer es mío.

—Bueno, siéntense. Y, por favor, fumen si lo desean —dijo Pie señalando la réplica del pie con cigarrillos que había en la mesa baja.

Didymus apagó su propio cigarrillo y por cortesía encendió uno de los de Pie. Jessica empujó a Pie hacia el centro de la sala, cerca de la mesa, ahuecó las almohadas en las que estaba apoyado y colocó el pie en el taburete para que estuviese más cómodo. Para hacerlo tuvo que agacharse y al agacharse puso el trasero a unos centímetros de la cara del Cantante de Gospel. Criaturas peludas y con patas treparon por el interior de su estómago. Podía sentirse a sí mismo ahogándose en ella, metiéndose en ella como en una bañera caliente. Entonces ella basculó su peso en los pies y su trasero se situó unos centímetros más cerca del Cantante de Gospel, haciéndole sentir en las mandíbulas un dolor muy intenso.

—Ahí —dijo ella, dando unas palmaditas en la cabeza de Pie—. ¿Así está mejor?

—Muy bien, gracias —dijo Pie.

Randolph entró con el café, que traía en una enorme cafetera plateada encima de una bandeja, entre tazas, azúcar, nata y pesadas cucharas de plata. También traía, dobladas, dos toallas blancas y gruesas.

—Siento que se hayan mojado —dijo Pie—. Pero séquense lo mejor que puedan. Desde luego a nadie le vendría peor agarrar un catarro ahora —dijo riendo con simpatía.

El Cantante de Gospel cogió una toalla, se frotó la cabeza un par de veces y la dejó sobre las piernas.

—En realidad... —comenzó.

—Ay, de verdad, estos hombres —dijo Jessica—, pero si ni ha empezado a

secarse el pelo.

Mientras hablaba ya se había levantado y acercado a él. Le hizo girarse ligeramente para poder tomar la toalla de sus piernas y se puso detrás de él.

—¿Puedo? —preguntó, y el Cantante de Gospel sintió a través de la toalla cada uno de los dedos de ella moviéndose por su pelo, un pelo largo, rubio y rizado que le llegaba al cuello, mientras los dedos de yemas fuertes y delicadas le recorrían las mejillas, el pecho, el estómago y las entrañas. Y mientras ella le frotaba, Pie hablaba.

—No, señor, nada de enfermarse de la garganta en la noche de todas las noches. Eso seguramente defraudaría a mucha gente, sobre todo a nosotros los feriantes. Si esta noche el recital es realmente bueno, mañana esa misma multitud vendrá a nuestra feria a entretenerse un poco. De hecho, anoche ya tuvimos bastante gente que empezó a venir después de que usted llegase.

Pero el Cantante de Gospel no estaba escuchando. El olor de ella tan cerca de él era irresistible. Era una sensación tan hermosa y completa que, de haber podido, la habría prolongado eternamente. El deseo prendió en él como algo vivo y arrasó todo a su paso: altares, linchamientos, iglesias y recitales.

—Randolph, pon más café, trae más nata —decía Pie—. Didymus, tienes buen aspecto. Creo que tienes mejor color que la última vez que te vi, ¿no te parece, Jessica?

—Ajá, ya lo creo —dijo Jessica, dejando de frotar con la toalla el pelo del Cantante de Gospel—. Ya está, ahora quizás no se morirá de un resfriado.

El Cantante de Gospel levantó la vista para mirarla, serio y con los ojos inyectados en sangre.

—Gracias —graznó.

Didymus parecía decepcionado. Se tocó la mejilla.

—No puedo imaginarme a qué se debe —dijo—. Desde luego no me siento mejor. Quizás comí mucho esta mañana.

—He venido por mi hermano —dijo el Cantante de Gospel, tratando de forma desesperada de apartar la vista de la franja de muslo que le hacía guiños desde donde estaba sentada Jessica, ahora al otro lado de la sala.

—Ah, sí —dijo Pie—. Gerd, un muchacho maravilloso. Qué mala suerte lo de su accidente. Siento haber conocido a un pariente suyo en semejantes circunstancias.

—Me dijo que usted le ofreció un empleo.

—Pensé que podía hacer un hueco para él en mi organización. Es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que usted ha hecho por mí.

—¿De todo lo que he hecho por usted?

—Escuche —dijo Pie—. Quiero que sepa lo agradecido que le estoy. Todo lo que tengo se lo debo a usted. Antes de descubrirle, apenas podía mantenerme vivo. Todo esto —dijo, agitando la mano—, la caravana, comida buena, el Cadillac de ahí fuera —sonrió a Jessica—, poder permitirme una ayudante, todo se lo debo a su voz maravillosa.

—Mucha gente está en deuda con el Cantante de Gospel —dijo Didymus.

—Pero no igual que yo. Estaba en una feria de niños en Tampa, Florida. No conseguía más que calderilla cuando vi por primera vez en televisión al Cantante de Gospel. Fue como algo divino, salió de la nada, por así decirlo. Supe que no podía hacer otra cosa que seguirle.

—Seguirme —dijo el Cantante de Gospel, que no preguntaba sino que simplemente repetía las palabras.

—Claro —dijo Pie—. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Vi la clase de multitudes que arrastraba y si hay algo de lo que sé es de multitudes. Así que reuní a algunos freaks, en realidad hay tantos en el mercado hoy día que pude escoger a los mejores, compré un viejo camión y empecé a seguirle. A partir de entonces, todo fue a pedir de boca. Parece impresionado. La palabra «freak» le incomoda. No se preocupe. Cualquiera que haya arrastrado algo como esto —dijo señalando su enorme extremidad con la cabeza— tanto como yo puede llamarse a sí mismo por su verdadero nombre.

—Le agradezco su preocupación por mi hermano —dijo el Cantante de Gospel—. Pero no creo que él quiera trabajar en su feria. La verdad es que no.

—Discúlpeme, pero creo que se equivoca —dijo Pie—. Sí que quiere.

El Cantante de Gospel trataba de mantener su mente en la conversación. Pero al mismo tiempo, los ojos traslúcidos de Jessica se encontraban con los suyos abierta y francamente cada vez que la miraba, así que aunque estaba discutiendo con Pie sobre Gerd, sabía que iba a tirarse a Jessica si la agarraba, se la llevaba corriendo al Cadillac y se alejaba a toda prisa mientras ellos miraban.

—Gerd tiene todo cuanto necesita —dijo el Cantante de Gospel—. Vive en una buena casa, que mandé construir yo mismo, y le sobra la comida y el dinero.

Pie sonrió amable y pacientemente.

—Sí, todo. Salvo que no quiere estar en Enigma. Quiere irse, más que cualquier otra cosa, quiere irse.

—¿Por qué iba a querer irse Gerd de Enigma?

—Por la misma razón que usted se fue —dijo Pie—. Hay Enigmas por todo este país, por todo el mundo, y en todas partes hay hombres que luchan por irse.

—Me fui de Enigma porque tenía una voz —dijo el Cantante de Gospel.

—Vanidad, vanidad —dijo Didymus.

—Puedo decirlo porque sé cómo suena —dijo el Cantante de Gospel—. Y si tienes una voz como la mía, no puedes ignorarlo, no puedes fingir que no está ahí. Lo único que puedes hacer es irte de Enigma y sacarle partido.

—Sí, claro —dijo Pie—. Sé exactamente a lo que se refiere. Yo también, como puede ver, tengo un don, algo especial... ¿cómo llamarlo?... un obsequio divino. Nací en una familia adinerada y distinguida, hasta he tenido que renunciar a mi nombre para ahorrarles la vergüenza. He recibido la mejor educación que el dinero puede dar, siempre con tutores privados. Pero, ay, ¿qué iba hacer con esa formación teniendo como tengo un pie de setenta centímetros de largo? Ya ve, ese era mi



Enigma, estar en una casa rica llena de sirvientes, padres bien educados y amigos elegantes. No podía quedarme, ¿verdad? No, claro que no. Usted dirá: Ya, pero podría haberse convertido en un hombre de éxito con sus facultades mentales, por ejemplo agente de bolsa o algo así. Es cierto, pero mis socios y amigos aún tendrían que lidiar con el hecho de que soy un raro. No se imagina, es imposible, cómo reacciona un hombre con un pie de treinta centímetros ante otro con un pie de setenta centímetros. Así que la única alternativa que me quedaba era marcharme y emplear mi don en pos de su propia naturaleza: la naturaleza del don y la naturaleza del mundo.

—Sí, ya lo veo —dijo el Cantante de Gospel—. Pero eso no tiene nada que ver con mi hermano Gerd.

Pie estaba muy serio, ya no sonreía ni tenía la cabeza apoyada en las almohadas.

—Tenga en cuenta —dijo— que todo hombre es inventor del mundo y justifica todo lo que hay en él mediante el milagro de sí mismo, de la misma forma que todo hombre está convencido de que su nombre aparece el primero en la lista para entrar al cielo. Es cierto, nadie va a decírselo, pero eso no impide que todo el mundo lo crea —se apoyó de nuevo en las almohadas—. En su caso y en el mío es fácil ver lo especiales que somos a imagen de Dios: su belleza y su voz, y mi pie. A propósito, estoy seguro de que disculpará mi sinceridad, pero ahora que le veo en carne y hueso no es ni la mitad de hermoso de lo que había pensado.

—Gracias —dijo el Cantante de Gospel—. Y usted no es tan feo como pensé que sería. En realidad, su pie está bien formado y es lindo a su manera.

Pie se puso otra vez serio.

—Pero grande, muy grande.

—Sí, cierto —dijo el Cantante de Gospel.

—Volviendo al grano —dijo Pie—. Que nuestros dones resulten obvios no significa que Gerd no tenga uno, o al menos que no crea que lo tiene. Todo católico sabe que podría haber sido Papa si se hubieran dado las circunstancias, y todo criminal, hasta el más insignificante, cree en su fuero interno que en realidad es Pretty Boy Floyd o John Dillinger. Todo hombre sabe que su don le liberará si es lo bastante afortunado. O lo bastante desafortunado, según como se mire.

—¿No te dije que era increíble? —dijo Didymus—. ¿No te parece fantástico?

—Me alegro de haber venido —dijo el Cantante de Gospel—. Suena tonto estando aquí sentado en esta sala mirándole, pero no se puede imaginar cuánto me ha molestado que me siguiese.

—Lo siento.

—Era absurdo, ahora lo entiendo —dijo el Cantante de Gospel—. Pero es que... —se rió—. Daba miedo. Allí donde iba veía su cartel y solo sabía que usted tenía a todos esos pobres y desafortunados... desafortunados...

—Freaks —dijo Pie.

—De acuerdo, freaks pues, y no podía comprender por qué me estaba siguiendo

—dijo el Cantante de Gospel.

—Por las multitudes —dijo Pie—. Era por las multitudes. Sé que a un hombre con su... entrega no le gusta hablar de dinero, pero me atrevería a decir que esa gente nos da tanto como a usted. Y eso, como sabrá, hace que algunos raros sean muy ricos. Aunque le parezcan pobres y desafortunados, mi gente tiene un lugar en el mundo, cierto prestigio, una suerte de prominencia que jamás habrían tenido si no hubiese estado yo para organizarles o usted para seguirle. Una cosa es ser un raro en el mundo normal rodeado de gente normal y otra muy distinta estar rodeado de tus amigos raros en una feria y que el mundo venga a verte.

—Didymus me dijo que uno de sus hombres puede comerse un pollo vivo en dos minutos —dijo el Cantante de Gospel.

—Veo que está preguntando sin preguntar —dijo Pie—. Sí, tengo un hombre que lo hace. La pregunta que no me ha formulado es cómo puedo hacerle algo así a un hombre o dejar que haga algo así. Deploro los tópicos como el que más, pero mi única respuesta es que yo no cree el mundo. La muchedumbre quiere verlo, es nuestro mayor gancho, y él está dispuesto a hacerlo si le pagan por ello, ¿estaría mejor tirado borracho y muriéndose de hambre en algún gueto o cloaca que teniendo como tiene ahora una cama caliente, buena comida y un médico cuando necesita despejar la borrachera? Yo creo que no.

—Podríamos ser amigos —dijo el Cantante de Gospel—. Cuando Gerd me dijo que igual se iba con usted, me quedé espantado. Y ahora casi hasta yo siento que podría hacerlo.

Pie sonrió.

—Me temo que no encajaría en la organización, al menos formalmente y al descubierto. Aunque eso por supuesto no significa que no sea una parte importante de la misma.

Didymus, que había estado fumando sin parar mientras hablaban, encendió el último cigarrillo que había en la figura hueca de la mesa. Miró al Cantante de Gospel.

—Puesto que estamos aquí, quizá podría darme otra vuelta por las carpas. No es frecuente que a uno le ofrezcan tales cosas.

—Me encantaría mostrártelas —dijo Pie.

—Pero está lloviendo —dijo el Cantante de Gospel—. Os vais a empapar y además...

—No importa —dijo Pie—. Un poco de lluvia no me va a detener.

Jessica, en cuanto Pie mencionó que iba a enseñarle la feria a Didymus, fue a la parte de atrás de la caravana y volvió al poco con un chubasquero amarillo brillante, una bota de goma para su pie izquierdo, un envoltorio enorme de celofán especialmente diseñado para su pie derecho y un sombrero impermeable de ala ancha.

—No, señor —dijo Pie—. Ni la lluvia ni nada, en realidad. Didymus habló antes de la vanidad, de ser vanidoso en lo referente a su voz. Bien, pues hay vanidades y vanidades. Estoy muy orgulloso de lo que he sido capaz de juntar en esta feria. Nunca

desperdicio una oportunidad de mostrarla, sobre todo si es a un entendido como Didymus.

—El Cantante de Gospel no puede mojarse —dijo Didymus—. Tiene que quedarse aquí.

—Por Dios, no le permitiría salir con este tiempo por nada del mundo —dijo Pie—. Si no hay multitud para el Cantante de Gospel, tampoco la habrá para mí.

Agarró una de las ruedas de la plataforma y le dio la vuelta. Pulsó un interruptor que había cerca del suelo junto al sofá. Se oyó el ruido de un motor. La puerta se abrió y se deslizó una rampa por encima de los peldaños hasta el camino de cemento que había debajo del toldo.

—Randolph puede sostener el paraguas y Didymus puede empujarme. Usted relájese. Tome otro café. Jessica le entretendrá mientras le muestro el lugar a Didymus.

Se lanzó por la rampa, le siguió Didymus aprisa para agarrar la barra cromada de la plataforma y detrás de él Randolph, haciendo florecer milagrosamente el paraguas con sus brazos regordetes sin dedos y aguantándolo expertamente para proteger a Pie. La lluvia oscura y oblicua enmarcaba a Jessica, que estaba de pie en la puerta viéndoles marchar. Finalmente, apretó el interruptor que cerró la puerta y se volvió hacia el Cantante de Gospel.

—Hay pocos como Pie —dijo ella.

—Parece un hombre excepcional —dijo él.

Ella se sentó en el sofá y a través de la ventana del fondo de la caravana vio como el chubasquero amarillo brillante desaparecía en el interior de la primera carpa. Él no podía apartar los ojos de la tela verde y ceñida que cubría su cuerpo, la carne redondeada y turgente de sus muslos y caderas. Era como si estuviese entrando o saliendo de un sueño en el que acabaría perdiéndose dentro del cuerpo centelleante y lacado de Jessica. Ella echaría a Mirst, a Didymus, al recital y al mismo Dios, fuera de este mundo, y se quedarían ellos dos solos, unidos y anónimos.

—¿Te dijo Didymus lo que Pie tiene en la feria?

—Algo me comentó —dijo él.

No se había acostado con una mujer desde Roanoke, Virginia. Había sido con una chica bajita, blanca y caliente, que había venido a él indefensa, como una polilla a una llama, mientras él todavía ardía tras una misa, sobre el altar de pino rugoso de la carpa del recital. Y, como él ya se imaginaba, le había hecho olvidar que tenía que regresar a Enigma.

—La carpa en la que acaban de entrar pertenece a un hombre cuyos huesos no le encajan bien. Parece como si se desmoronase. Puede doblarse como una navaja, poner las piernas debajo de los brazos, los brazos detrás de la espalda y hacer desaparecer la cabeza.

Sabía que con ella podría tener dificultades. Nunca había estado en ninguna de sus actuaciones, nunca le había visto cobrar vida cantando gospel.

—Ya salen —dijo Jessica—. Van a la siguiente carpa.

Desde el fondo de la caravana solo se veían cuatro de las carpas. Vio a los tres hombres escoltando el enorme pie derecho a la siguiente carpa. Se movían más deprisa de lo que había previsto. Si quería tirársela, también él tenía que moverse rápido.

—El de esta carpa es algo mejor que el de la anterior —dijo Jessica—. A medida que recorres el círculo van siendo mejores. Pie lo planificó así. Cuando la multitud llega a la última carpa está dispuesta a dar todo lo que tiene, dinero, anillos, relojes, para ver lo que hay dentro. En la última carpa es donde Pie tiene al Pirado, el zampapollos.

—¿Crees que tengo el pelo suficientemente seco? —preguntó él—. Con el aire acondicionado podría pillar un catarro.

Se sacudió el pelo largo y rizado con las yemas de los dedos y luego inclinó la cabeza para que ella pudiera tocarlo. Ella puso las manos suavemente en su cabeza y las retiró enseguida.

—Será mejor que te traiga otra toalla —dijo.

Él no hizo amago de asir la toalla cuando ella la trajo, sino que se quedó sentado y quieto con la cabeza hacia ella. Ella le puso las manos en el pelo, esta vez de pie frente a él de modo que su vientre quedó delante de la cara de él.

—En la segunda carpa están tardando más —dijo ella—. La gente hace lo mismo. Su voz no mostraba el mínimo temblor.

El Cantante de Gospel puso las manos en sus caderas. Fue como tocar dos melones franceses. Apretó la cara contra su vientre, atrapando con suavidad entre los dientes la tela del vestido. Pudo sentir en su barbilla el montículo del coño. La oyó respirar hondo y la sintió temblar.

—Están saliendo de la tienda —dijo ella—. Solo quedan otras seis. Volverán enseguida. Quizás no se queden a ver el número del Pirado.

El Cantante de Gospel la besó a través del vestido. Él sintió como su boca se hundía en el pequeño almohadón de pelo.

—Será mejor que me quite la camisa —dijo él—. Está mojada y tengo que cuidar mi voz para esta noche.

La soltó. Ella dio medio paso atrás y dejó caer la toalla. Lentamente, él se desabrochó los botones de color hueso pálido de la camisa, se la quitó encogiendo los hombros y se sentó para ver cómo a ella se le nublaban los ojos al mirarle. Era blanco como la leche y tirando a delgado, pero con músculos perfectamente simétricos en el pecho y los hombros. Era consciente del contraste que su pelo rubio hacía contra su piel por debajo de las orejas.

—Quiero a Pie —dijo ella—. Le quiero.

La agarró de nuevo de las caderas y la sentó a su lado. Ella torció la cabeza para mirar por la ventana, él también miró y juntos vieron a Randolph avanzar por el camino, sostenía de forma inverosímil el paraguas con sus brazos tullidos, guiando a

Pie y a Didymus hasta la siguiente carpa. Ella estaba decaída a su lado, diciendo:

—Pie me sacó de una casa en la que me compraban y vendían por horas. Me vine con él por dinero pero me quedé porque le quiero.

El pecho de ella entró en su mano como algo vivo, con el pezón duro traspasando el fino vestido. Su aroma había cambiado, el olor acre del amor ascendía de su regazo, su carne lo proyectaba por toda la habitación y él atrapaba el perfume, tembloroso, a sabiendas de que su propia huida del mundo era inminente.

—Ya estarán yendo a la carpa siguiente —decía ella—. Está lloviendo más, puede que no vayan al resto. Puede que vuelvan. ¿Sabes lo que hay en la carpa siguiente? ¿Lo sabes?

Por respuesta él abrió la boca y le cantó suavemente al oído sobre el amor de Dios, del novio del cielo y la novia del mundo, consumado en espíritu cuando muere la carne.

—Un hombre que tiene solo hueso en lugar de ojos —seguía diciendo ella—. Su cara acaba en la nariz —dejó de respirar—. ¿No crees que le quiera, verdad? ¡Pues sí! Te juro que le quiero...

El vestido con cremallera cayó bajo las manos de él, dejando al descubierto piernas, vientre y pechos de color rosa y unas bragas más rosas aún, húmedas y ajustadas en el lugar en el que el mundo se detenía. Con la habilidad que da la desesperación, el Cantante de Gospel, sin perder contacto con el cuerpo de ella, se quitó su propia ropa y se tumbó sobre ella, desnudo y hermoso.

—¡Pie! —jadeaba ella—. ¡Pie, Pie!

Y el Cantante de Gospel siguió cantando, no solo con la voz sino con sus piernas largas y curvas, con sus manos y su lengua. Ella ya no tenía las bragas puestas y él la sintió húmeda, cálida, tragándosele de este mundo.

—Están con el Pirado —dijo ella, pero ahora le estaba agarrando fuerte con sus manos, sumergiéndole hasta que ya no era él mismo—. ¡Oh, tócame, Dios, dentro, más adentro, tócame!

Por encima del repicar de la lluvia y de la respiración de ella un pollo cacareó en alto un buen rato hasta terminar en un chillido, una especie de grito.

—Tenemos tiempo —dijo ella—. Tenemos tiempo. El público cree que el Pirado puede hacerlo en dos minutos porque les asusta tanto que no quieren que acabe nunca. ¡Así! ¡Así! —gritó—. ¡Dios, así!

Pero el Cantante de Gospel no oyó el grito, ni a ella, ni siquiera el latir fuerte de su propio corazón, porque estaba nadando en paz hacia un mar caliente y extenso, más extenso que lo que alcanzaba la vista, y sin rumbo.

## NUEVE

Estaban otra vez en el Cadillac. El Cantante de Gospel, calado hasta los huesos, iba tumbado en el asiento de atrás. El pelo mojado cubría su cabeza como una gorra de oro fino sin lustre. Respiraba de manera superficial. Por una rendija de los ojos se concentró en el ala caída del sombrero de Didymus. De tanto en tanto se desprendía de él una gota de agua brillante que bajaba por el cuello de Didymus. Gotas y regueros pendían temblorosos al otro lado del cristal igual que en la ventana por la que él y Jessica contemplaron a Pie en su visita a las carpas.

Cada vez que el Cantante de Gospel regresó de dondequiera que hubiese estado, se encontró a Jessica gritando contra su pecho, apretándole fuerte contra ella. No dejaba de decir que quería a Pie, que Pie la había sacado de la casa donde la vendían por horas, y mientras le besaba murmuraba que había estado esperándole toda la vida. Cuando un pollo cacareó por segunda vez por encima del lluvioso silencio, ella le apretó aún más fuerte contra sus pechos y le dijo que tenían tiempo, todo el tiempo del mundo para que él le hiciese el amor de nuevo. Pero por su parte ya había acabado y descansó entre los fuertes muslos de ella, enterrando la cara en el ángulo que formaban el cuello y el hombro.

El viento había parado y la lluvia caía en láminas rectas y continuas. Dentro del coche se oía como si fuera el redoblar de un rugido ininterrumpido. A ambos lados de la carretera, las cunetas estaban inundadas y el terreno subía de nivel con el agua oscura y estancada.

—El Pirado fue de lo más asombroso —dijo Didymus.

—No deberías haberte quedado tanto —dijo el Cantante de Gospel—. Tenías que haber vuelto antes.

—La fortaleza de las mandíbulas humanas es algo fantástico —dijo Didymus—. Pie es un entendido en estas cosas y dice que la boca de un hombre es capaz de ejercer una presión de dos mil quinientos kilos. Ese pollo seguía vivo en la boca del Pirado y medio muerto en su estómago. ¿Por qué razón se le da a un hombre esa clase de poder?

—Para que otros como tú puedan verlo —dijo el Cantante de Gospel.

—O para que otros como tú puedan evitar verlo —dijo Didymus.

—No te bastaba con ver que se comía un pollo —dijo el Cantante de Gospel—. Tenía que destrozar tres.

—Cuatro —dijo Didymus—. Pero no pudo comerse los dos últimos, aunque los masticó bastante bien.

—Con uno habría sido suficiente.

—Y con ninguno también —dijo Didymus—. Ya le había visto hacerlo antes. Solo quería darte todo el tiempo necesario.

—Me diste demasiado —esbozó una sonrisa forzada cuando Didymus le miró desde el asiento de delante—. No me gusta tratar con una mujer después de tirármela.

Usar y tirar, ese es el lema. Pero malamente me iba a ir si tú estabas contemplando a un monstruo. El pollo cacareaba y ella me suplicaba que la llevase conmigo, que la llevase lejos de Pie.

—¿Y tú qué le dijiste?

El Cantante de Gospel forzó la garganta para sacar la risita suave que sabía irritaba a Didymus.

—Le mentí, ¿qué otra cosa iba a hacer?

El cogote de Didymus se puso rojo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que la recogería esta noche con el Cadillac tan pronto acabase el recital.

Volvió a reírse aunque no había tenido gracia. Ella había llorado y él le había mentido con la misma compulsión salvaje que le había llevado a seducir repetidamente a MaryBell. Ella le había acariciado y le había apretado contra ella mientras las mentiras salían de su boca una tras otra. Que la llevaría lejos de Pie. Que sería madre de niños hermosos y que él siempre la amaría.

Pero no había sido igual que con otras mujeres. Tuvo que concentrarse para no temblar. Si despegaba las manos del cuerpo, se ponían a temblar pese a sus esfuerzos. Seguía mirando al cielo en un gesto que era incapaz de controlar, pero en lugar de una señal de desagrado por parte de Dios todo cuanto veía era el techo de la caravana revestido de paneles acústicos con forma de pie negro con dedos blancos y pequeños. No dejaba de decirse a sí mismo que todo lo que le estaba sucediendo en la caravana era una simple reacción a la muerte de MaryBell y que se encontraría bien en cuanto Didymus le impusiese penitencia. Pero Didymus se había demorado bajo la lluvia, los pollos habían cacareado, él había temblado y Jessica le había dicho que él era un sueño hecho realidad.

—Dame penitencia —dijo el Cantante de Gospel cuando ya no pudo aguantar más.

—¿Vas a ver a Willalee?

—No puedo —dijo el Cantante de Gospel—. Te lo dije.

—Entonces no puedo darte penitencia.

—Pero tienes que hacerlo —dijo el Cantante de Gospel—. Fui injusto con esa chica. Le dije todas las mentiras que se me ocurrieron. Va a esperarme con la maleta preparada esta noche y cuando se lo dije ya sabía que no iba a hacerlo. Dame penitencia. Ponme veinte avemarías... no, veinte no son suficientes. Cuarenta, y oblígame a cantarlos al revés.

Didymus, que había estado negando con la cabeza lentamente mientras hablaba el Cantante de Gospel, gritó de repente:

—¡*Nada* es suficiente! —se retorció para mirar al Cantante de Gospel con un movimiento abrupto e irregular de los hombros—. *Nada* es suficiente. Nunca será suficiente. Algún día, cuando todo termine, sabrás lo que es suficiente. ¡No creas que veinte, cuarenta o cinco mil avemarías van a hacerte sentir menos miserable ante

Dios! La penitencia sirve para el momento y te permite vivir para hacer la obra de Dios.

El coche se metió en el arcén y Didymus se puso de nuevo a conducir.

—Está bien, Didymus, está bien. En ese caso, dame penitencia para este momento.

Didymus, que seguía sacudiéndose y moviéndose, se calmó.

—No puedo —dijo.

—Pero tienes que hacerlo.

—No puedo por Willalee. Él es la penitencia de Dios. Si dejas que le cuelguen, jamás podré volver a ponerte penitencia. Se habrá acabado si dejas que le saquen de esa celda y lo cuelguen por haber violado a MaryBell.

—¿Si les dejas?

—Ellos te escucharán.

—Nada de lo que pueda decir les alejará de Willalee.

—Pero si pensases un poco probablemente encontrarías algo que pudiera convencerles.

—Pues nunca lo sabré —dijo el Cantante de Gospel—, porque no voy a pensar en ello. Ni siquiera voy a dar el recital. Lo he decidido. ¡A la mierda! Pueden vivir sin mí.

Didymus paró el coche a un lado de la carretera. Se volvió al Cantante de Gospel.

—Eso acabará con todo. No pienso convencerte para que vayas, allá tú. ¡Pero eso hundirá tu imagen, la arruinará, la destruirá para siempre! Saben que estás aquí. Te han entrevistado en televisión. Ese periodista sigue por ahí. Se sabrá que no fuiste a propósito. El año que viene por estas fechas estarás en Enigma escarbando en la granja de papá, preguntándote qué es lo que pasó.

—Les diré que me puse enfermo —dijo—, que estaba demasiado enfermo para actuar.

—Y yo les diré la verdad. Les diré que no fuiste porque no te dio la gana. Les diré también que dijiste que se fueran a la mierda.

—Dijiste que no pensabas convencerme para que fuera —gimoteó el Cantante de Gospel—. Si no vas a darme penitencia, no tienes derecho a obligarme a ir. No puedo cantar sin penitencia.

Didymus prendió un cigarrillo mientras lo consideraba.

—Está bien —dijo finalmente—. Canta esta noche y yo te impondré penitencia por lo de Jessica.

—¿Cuántos avemarías?

—No —dijo Didymus—. Primero tienes que cantar. Después te lo diré.

—¿Y qué pasa con Willalee? —preguntó el Cantante de Gospel.

Didymus vaciló y luego dijo:

—Tendrá que cuidarse él mismo.

—Comprendes que no puedo ayudarlo.



—Sí —dijo Didymus.

—¿Y nos iremos de Enigma después del recital?

—Sí.

—¿Y no volveremos jamás?

—Sí.

—Vamos a hacer las maletas —dijo el Cantante de Gospel.

Cuando aparcaron delante de la casa, Gerd llamó a los perros y Didymus y el Cantante de Gospel caminaron hasta el porche. Se formaron charcos oscuros en torno a sus pies. No había una sola luz encendida en la casa y apenas podían distinguir a Gerd, que estaba sentado en una silla con respaldo, con el pie escayolado en alto sobre una maleta de cartón.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó el Cantante de Gospel.

—En el pueblo —dijo Gerd, con los ojos fijos en su pie herido.

—¿Todos?

—No sabían si te había pasao algo —dijo Gerd—. Después de que te fueses corriendo de aquí como un indio salvaje y no volvieras, se asustaron. Luego vino el reverendo Woody Pea y les dijo que no podían quedarse, que se tenían que ir. Así que se fueron, benditos, tos y cada uno de ellos.

—¿Y te dejaron aquí?

—Aquí sentao en esta silla —dijo Gerd—. Pero tampoco quería ir.

—¿Por qué no?

—Porque me voy a otro lao. ¿No ves mi maleta?

—No puedes ir a ninguna parte —dijo el Cantante de Gospel—. No hay nadie aquí para llevarte.

—He pensao que de camino al recital me puedes dejar en la feria de rarezas.

El Cantante de Gospel observó el agua que caía por los aleros de la casa. No quiso mirar a Gerd.

—Está bien —dijo—. Primero tengo que recoger mis cosas.

En su habitación, el Cantante de Gospel abrió la maleta de piel de caimán y echó en ella la ropa interior sucia. Se dejó caer en la cama junto a la maleta. Cantaría una vez más en Enigma y todo acabaría. No volvería jamás. Aunque, pensándolo bien, tampoco podría volver porque lo más seguro es que Enigma se enteraría de lo de la iglesia con su nombre inscrito. Y si se enteraba de eso también podía enterarse de...

Gerd estaba inclinado en la puerta como un fantasma apoyado en las muletas. Miraba en dirección al Cantante de Gospel pero con los ojos fijos en la pared que había detrás.

—¿Te importa que entre?

—No —dijo el Cantante de Gospel—. Ya casi he terminado.

Gerd entró en la habitación y se sentó en la cama. Dejó caer al suelo las muletas. Se miró las yemas de los dedos.

—El predicador ha cambiao el programa.

—¿Sí? —dijo el Cantante de Gospel.

—Una idea especial suya pa honrar a la familia. Va a sacar a Ma y a Pa al escenario de la carpa esta noche. Hasta ha puesto a Mirst y Avel en el programa con su guitarra. Parece que to el mundo hace algo menos el pobre Gerd.

Dio una suave patada a la escayola con la pierna buena.

—Tú también deberías haber ido, Gerd.

—No —dijo él—. No veo pa qué si voy a irme con el señor Pie a trabajar en una feria de rarezas —dio un golpecito a la escayola—. ¿A ti no te importa que me vaya con una feria de rarezas?

—Estuve pensando en ello —dijo el Cantante de Gospel—. Y por eso fui. Hablé con Pie y no parece mal tipo. Además, quiero que hagas lo que tú quieras hacer.

—¿Te pasaste por las carpas y viste a los freaks?

—Didymus sí —dijo.

—¿Y tú?

—No.

—Yo sí. Te puedo decir lo que hay dentro.

—Ya me lo han dicho —dijo el Cantante de Gospel.

—¿Y quieres que yo esté dentro de una de las carpas?

—No dejas de preguntarme si yo quiero esto o si yo quiero lo otro. ¡Deja de cargarme las culpas!

—No hace falta que me grites —dijo Gerd—. Puede que esté tullío, pero no estoy sordo.

—Lo siento.

—No te echo la culpa. Es que llevo tanto tiempo tumbao en esa hamaca de la cabaña del algodón que ya no lo soporto más. Sea como sea voy a salir ahí fuera donde están Rock Hudson y Doris Day. Hay un mundo mejor que Enigma y voy a encontrarlo, aunque tenga que ser en una de las carpas del señor Pie.

—Pero a ti eso no te gusta.

—Claro que no —dijo él—. No es el tipo de cosa que un hombre normal quiera hacer.

El Cantante de Gospel dijo algo, pero tan bajo que Gerd no pudo oírlo y tuvo que preguntar qué había dicho.

—He dicho que qué quieres hacer.

Gerd observó el dedo gordo del pie que salía de la escayola.

—Bueno —dijo—. Sé que no voy suplicarle a nadie. Quiero decir que no sé tocar la guitarra como Mirst ni bailar como Avel, y no hay nadie que cante como tú, así que, como quien dice, no valgo pa na. No sé hacer gran cosa. ¿Pa qué me va a querer nadie? ¿Pa qué le ayude a recoger la ropa, llevar las maletas en los hotelazos, ayudar al señor Didymus a conducir el cochazo y cosas así? Aunque antes haría to eso que estar metió en una de las carpas del señor Pie.

Era algo a todas luces imposible. No podía llevar a Gerd con él en el Cadillac

durante las giras. Gerd en el vestíbulo del Waldorf-Astoria sería más raro que si estuviese con Pie. Gerd no tenía lugar, ni función, ni propósito, ni nada. Estorbaría. Casi con toda seguridad estaría más incómodo e infeliz en la Quinta Avenida que en la hamaca de la cabaña del algodón. Pero aun así, Gerd quería ir. El Cantante de Gospel tenía que lidiar con el *hecho* de que Gerd existía. Ahí estaba sentado, sin talento, enfermo y desgraciado, pero seguía siendo su hermano. Y estaba pidiendo que le sacaran de Enigma. Abandonarle era una imposibilidad mayor. Además, se le ocurrió que podía ser una buena penitencia y Dios sabía que necesitaba toda la penitencia que encontrase.

—Gerd —dijo—. He estado pensando y tengo una idea. ¿Por qué no te vienes conmigo y con Didymus y te olvidas de Pie?

La respiración de Gerd cambió. Se volvió más corta y rápida, como el jadeo de un perro. Agarró un buen trozo de la colcha de la cama y lo retorció con las manos.

—Mecachis —dijo—. ¡Mecachis!

Le brillaban los ojos, pero tenía la cara hundida y temblorosa. Los labios solo se estaban quietos si los juntaba.

—Nunca pensé que quisieras que fuese contigo.

—Claro que sí —dijo el Cantante de Gospel—. Me serás de gran ayuda.

—Chico, espera a ver la cara que pone Mirst cuando le diga que me llevas contigo. Voy a ponerme ahí delante en la carpa con los demás. Me voy a sentar ahí arriba a presumir y si alguno me pregunta le diré que me voy de Enigma. Mirst ya puede hablar de su guitarra y Avel de sus bailes, que soy yo el que se va de Enigma. Ah, escucha, que te tengo que decir una cosa.

Gerd no podía hablar lo bastante deprisa mientras agitaba la cabeza y los brazos. Su pie escayolado era lo único que evitaba que estuviese corriendo y dando saltos por la habitación.

—Que se me olvidó decirte que el reverendo Woody Pea tenía una sorpresa pa ti. Dijo que era una *gran* sorpresa.

—¿Para mí?

—Eso dijo. Dijo que si venías a casa antes de ir al recital te lo dijese sin falta. Seguro que es una gran sorpresa porque es pa ti.

Woody Pea era un hombre enorme que había trabajado en la trementina en las afueras de Milledgeville, en Georgia, antes de recibir la llamada de la oración. Nunca había tenido iglesia propia, sino que se pateaba el sur de arriba abajo predicando a cualquier público que pudiese atraer. Llevaba años detrás del Cantante de Gospel para hacer un recital con él, pero el señor Keene nunca había aceptado porque, como el señor Keene solía decir, Woody Pea era un religioso de poca monta. Aunque eso fue antes de que Woody tuviese su carpa.

Un par de meses antes Didymus había recibido una carta de Woody Pea en la que le contaba que tenía una carpa que podía acoger a tres mil almas inmortales y que estaba dispuesto a transportarla al mismo Enigma si el Cantante de Gospel actuaba

con él. Sin consultar al Cantante de Gospel, Didymus había quedado en que la próxima vez que el Cantante de Gospel fuese a Enigma, cantaría en la carpa de Woody.

¿Una sorpresa? ¿Una sorpresa para el Cantante de Gospel? Ni siquiera conocía a Woody Pea, le había visto solo una vez por casualidad en una subasta de tabaco en Tifton en la que Woody había salido de repente de detrás de un montón de cestas de madera con forma de plato y había agarrado del brazo al Cantante de Gospel.

—Alabado sea Dios, te vi desde la puerta y supe que eras tú —dijo Woody.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó el señor Keene, que estaba delante del Cantante de Gospel inspeccionando los fardos de tabaco que acababan de traer al almacén desde su plantación.

—¿Quién coño es este? —preguntó Woody Pea, señalando al señor Keene con un pulgar tan grande como un plátano.

El señor Keene intentó meterse entre Woody y el Cantante de Gospel, pero Woody le agarró con más fuerza del brazo y el Cantante de Gospel tuvo que morderse el labio para no gritar. El señor Keene repitió su pregunta original.

—Soy alguien que es dos veces más grande que tú —dijo Woody Pea—. No te hace falta saber más.

Y lo era. Era tan grande como el Cantante de Gospel, el señor Keene y varios trabajadores del almacén juntos.

El señor Keene dijo algo más, pero no mucho, porque Woody Pea era igual de violento que grande y soltó el brazo del Cantante de Gospel para agarrar al señor Keene por la cabeza y lanzarle cuatro filas de tabaco más allá, donde aterrizó de espaldas. Luego se produjo una algarada increíble tras la que cuatro almaceneros del señor Keene tuvieron que ser hospitalizados. Woody Pea huyó en un Dodge sin puertas y ninguno de los policías de Tifton se sintió con ganas de perseguirle.

—No te dijo en qué consistía la sorpresa —preguntó el Cantante de Gospel.

—No —dijo Gerd—. Solo dijo que era de las grandes.

Didymus apareció en la puerta.

—¿Estás listo?

—Sí —dijo el Cantante de Gospel.

Seguía lloviendo cuando llegaron a la carpa. No pudieron acercarse al Cadillac a menos de quinientos metros de la entrada. Nadie había organizado el aparcamiento, y en el terreno que rodeaba la carpa se aglomeraban toda clase imaginable de vehículos, sin orden ni concierto. Cada conductor maniobraba con su coche, camioneta o carreta para acercarse lo máximo posible a la carpa, dejando el vehículo aparcado de cualquier manera.

—Llegamos tarde —dijo Didymus.

Sentados en el coche, miraron la lluvia. Caía tan fuerte que desde lejos la carpa no era más que un anillo de luz en el centro del terreno.

—Bueno —dijo el Cantante de Gospel—. Si voy a hacerlo será mejor que vaya

ya.

—Gerd —dijo Didymus—, con esta lluvia quizás sea mejor que esperes en el coche.

—No me voy a perder estar sentao en ese escenario por quedarme sentao en un coche.

El Cantante de Gospel y Gerd salieron y esperaron bajo la lluvia a que Didymus abriera el maletero para sacar la maleta de metal con ribetes de terciopelo que contenía las túnicas de cantar. La idea de que el Cantante de Gospel vistiese ropa especial cuando cantaba había sido del señor Keene. «El envoltorio es parte del producto», solía decir. Y cuando Didymus llegó, la ropa especial estaba ya tan implantada en la mente de todos que Didymus le había permitido seguir vistiéndola.

En la entrada de la carpa les recibió el reverendo Woody Pea, gigantesco, con la cara roja, falto de aliento y sudando. Sin mediar palabra agarró del brazo al Cantante de Gospel como si fuera un niño haciendo novillos y le llevó a toda prisa por el pasillo central, derribando gente a su paso, pisando pies y apartando caras. Gerd se perdió de inmediato en la masa de espectadores, que se echó hacia delante cuando se percató de la llegada del Cantante de Gospel. Didymus se agarró al cinturón de Woody Pea y se dejó remolcar. El murmullo de voces se convirtió en un clamor continuo. El Cantante de Gospel veía a todo el mundo empapado. Cinco centímetros de agua cubrían el suelo de serrín y se formaban olas pequeñas en los bordes de la carpa. Hacía un calor increíble. Del público subía un vapor que formaba remolinos entre las bombillas colgadas del techo marrón. En el extremo de la carpa había una plataforma elevada en la que las figuras de cera de su familia estaban sentadas bajo el resplandor de unos focos potentes. Su madre y su padre estaban a un lado; Mirst y Avel, al otro. Estaban de frente al público, inmóviles.

En una de las esquinas del fondo de la carpa, unas pantallas de madera portátiles formaban un pequeño recinto. Woody Pea arrastró a Didymus y el Cantante de Gospel hasta allí, lanzándoles dentro como a dos pollos ahogados. Había una mesa de madera con sillas alrededor. El Cantante de Gospel se dejó caer exhausto en una de ellas. Didymus puso la maleta de ropa en la mesa y la abrió.

—Creí que no ibais a llegar —dijo Woody Pea, mientras su pecho inmenso subía y bajaba—. Me habíais acojonao —dijo sonriendo—. Sí, señor, no sé lo que habría hecho si no hubieseis llegao.

Se acercó al biombo y se asomó para ver a la gente.

—Están mojaos, cansaos, acaloraos, ha habío varias peleas en el centro de la carpa. Me ha costao... —Se dio la vuelta y vio al Cantante de Gospel todavía sentado en la silla, mirándole—. ¡Pero vístete, por Dios!, ¡que están esperando! Me ha costao mucho, en serio. He tenío que empeñar mi alma pa conseguir esta carpa. Y mira cómo se empujan esos idiotas, ya he tenío que sacudir a un par de ellos pa que no me rompiesen los laterales. De eso quería hablaros. ¡La carpa! ¡De lo que cuesta!

Corrió a ayudar a Didymus con el Cantante de Gospel. Le desnudaron del todo, le

secaron y le vistieron con una túnica blanca atada a la cintura con un cordel de seda.

Woody Pea cogió la cara del Cantante de Gospel entre las palmas de las manos y le dio unas palmaditas cariñosas. En esas manos, la cabeza del Cantante de Gospel era como una naranja.

—Sé que este no es el momento pa hablar de ello —dijo Woody—, pero es que he estao mucho tiempo esperando. ¿Te comentó tu hermano lo de la sorpresa? Bueno, pues es esta carpa. Mi idea es juntarnos. Tú cantas y yo predico, los dos en la carpa. Sin costes de intermediarios, ni alquiler de salas de conciertos. Sin que nadie se lleve tajá. ¿De acuerdo? ¿Lo pillas? ¡Pero no me entiendas mal! Por tu cara veo que no me entiendes bien —le suplicó a Didymus—. Dile que to es legal. Lo expliqué en la carta. Díselo.

—Parece...

Pero el Cantante de Gospel le cortó.

—Sé hablar —dijo—. Háblame del trato.

—El trato —dijo Woody Pea—. Ah sí, el trato..., pero no es por el dinero. No estamos interesaos en el dinero.

—No —dijo el Cantante de Gospel.

—Cuarenta-sesenta entonces —dijo Woody—. No me da vergüenza decir que tú te llevas el sesenta porque tienes más tirón que yo. To el mundo sabe que tienes el mayor gancho del país.

El Cantante de Gospel no dijo nada. Se sentó de nuevo en la silla. Escuchaba el clamor de la gente más allá del biombo. Como un río, pensó.

—Vale, entonces —dijo Woody—. Treinta-setenta.

Su voz se volvió malhumorada.

—Pero no esperaba que quisieses to. Cuando me enteré de que habías perdió al señor Keene pensé que podíamos hacer negocios.

Fuera le estaban esperando y dentro este hombre —Woody Pea— hablaba de negocios. Todo habían sido negocios hasta donde podía recordar. Un negocio con su familia, un negocio con MaryBell, un negocio con los estudios de televisión y finalmente un negocio con Didymus. Él, el Cantante de Gospel, era en sí un negocio. El sonido del dinero, de los billetes y de las monedas plateadas, había estado sonando todo el tiempo.

—Veinticinco-setenta y cinco ya es robar —dijo Woody—. Un atraco —golpeó al aire con sus puños enormes—. Pero lo haré. Tengo que hacerlo. Estoy tieso y lo estás aprovechando. Pero no voy a bajar más. De veinte-ochenta ni hablar. He invertío to lo que tengo en esta carpa. Mi hermano hipotecó su granja pa ayudarme a conseguirla. Mis pagos...

Pero el Cantante de Gospel ya no escuchaba. No había descansado ni comido desde la mañana. Y el día había sido una larga y continua conmoción. En una suerte de despreocupación ajena y eufórica, se miró las manos, con las palmas hacia arriba, sobre sus piernas. Eran blancas y suaves, con la mano semicerrada. No se imaginaba

ni por asomo capaz de subir al escenario y cantar. Tenía la garganta tensa y áspera, y la visión borrosa. Algo en su interior parecía haberse hundido, roto. Sus largas manos se movieron en las piernas y se levantó.

—De acuerdo —dijo—. Está bien.

Lo que quiso decir es: está bien, salgamos ahí y superemos esto, pero Woody Pea creyó que lo que quería decir es que le parecía bien la propuesta de ir al veinticinco-setenta y cinco por ciento.

—Ahora sí —dijo Woody—. Es un mal negocio pero es algo. Quizás hasta pueda quedarme la carpa. Sin ti seguramente la perdería. No he visto a nadie con más gancho que tú, a ver si se me pega algo a mí.

Fue hasta la parte del biombo que se abría como una puerta y se asomó.

—Tenemos que salir —dijo—. Poneos en fila detrás de mí. Saldremos uno detrás del otro, primero yo y el Cantante de Gospel en el medio. Va a ser digno de verse.

Seguía hablando mientras les conducía hacia el pasillo corto que unía la plataforma elevada con la zona cerrada por el biombo. Cuando el Cantante de Gospel subió los escalones, una luz especial estalló de forma deslumbrante alrededor de su túnica blanca. El público calló. Habían colocado en el centro del escenario una silla muy grande y con gruesos brazos de madera para el Cantante de Gospel. Didymus se quedó de pie detrás de la silla. Gerd también estaba ya en el escenario, sentado junto a Mirst y Avel. Extrañamente, Gerd parecía asustado. Tenía la camisa partida por la mitad en la parte baja de la espalda, con ambas mitades colgando abiertas, mostrando su piel quebrada y púrpura. Su mirada iba nerviosamente del público hacia el Cantante de Gospel y a la inversa.

El público estaba dividido en tres partes bien diferenciadas. En las primeras filas estaban los lisiados y los enfermos. Varias sillas de ruedas estaban alineadas unas junto a otras, las muletas sobresalían en una variedad de ángulos y la luz de los focos se reflejaba en el metal de los diversos soportes y abrazaderas. Detrás de los inválidos, estaba la gente de Enigma, vestida en su mayoría con ropa oscura, trajes negros, monos de trabajo y sombreros de fieltro sobre las rodillas. Algunas de las mujeres llevaban sombreros o pañuelos negros. Los niños estaban sentados a su lado en los bancos plegables, quietos y callados, los más pequeños lamían piruletas y al igual que sus padres miraban fijamente hacia el escenario bañado en luz y coronado por el Cantante de Gospel. El resto del público, algo más de las dos terceras partes, estaba compuesto de gente que había llegado conduciendo a Enigma de otros pueblos, atraídos por los anuncios que Didymus había colocado en radios y periódicos, y por su propia curiosidad insaciable sobre los rumores transmitidos boca a boca que al menos en algunas partes del sur rozaban la leyenda. Vestían de forma más moderna y con colores más vivos. Parecían mejor alimentados, estaban más gordos. Fueron ellos los que habían traído los transistores, alguno de los cuales aún se oían, aunque a un volumen más bajo. Llevaban cámaras y prismáticos colgados del cuello. Y de todo el público eran los que en ese momento estaban más enfadados. Estaban

empapados, sus zapatos se habían estropeado y estaban cansados. Y ninguno de ellos estaba completamente seguro de que el espectáculo del Cantante de Gospel fuese lo bastante bueno como para compensar la incomodidad. Podían haber ido a ver una bonita película sin mojarse o haberse quedado en casa viendo la televisión.

El reverendo Woody Pea se acercó al micrófono del centro del escenario.

—Esta va a ser una graaaan noche —su voz retumbó por la carpa. Estiró los brazos y se quedó quieto como un grueso crucifijo—. Ha venío a compartir con vosotros su gran don.

Se lanzó a contar a gritos la historia de los logros del Cantante de Gospel, en qué lugares había estado, lo que había hecho y lo que iba a hacer.

El auditorio le soportó aunque con los ojos puestos todo el rato en el Cantante de Gospel. Podía sentir la fuerza de esa mirada colectiva que se fijaba en él como una losa. En primera fila, entre la primera línea de sillas de ruedas y el escenario, se encontraba el hombre que le había agarrado del brazo. Su ropa mojada estaba solo un poco más oscura que su piel descolorida y colgaba de él en pliegues descendentes como prendas que alguien hubiese tendido de manera descuidada.

Tenía la vista clavada en el Cantante de Gospel y ambos, el Cantante de Gospel y el hombre, mantenían el equilibrio con una mirada intensa y seca. La expresión que tenía la mirada del hombre oscilaba entre una determinación resplandeciente y feroz, y una súplica sometida y perruna. Para el Cantante de Gospel se convirtió en ese momento en el símbolo no solo del resto del auditorio, sino de cada persona que le había oído cantar. El hombre estaba pidiendo, tan claramente como si lo hubiera gritado con toda la fuerza de sus pulmones, una bendición imposible, una intercesión entre el mundo y la carne que el Cantante de Gospel no podía realizar. En lugar de pena, amor o compasión, el Cantante de Gospel, mientras miraba fijamente aquella cara ennegrecida y moribunda, sentía el mayor sentimiento de odio que había tenido nunca. *¡Malditos! ¡Idos al infierno!*

El Cantante de Gospel salió de la especie de trance que se había vuelto aquella mirada. Las palabras habían explotado con una fuerza tan tremenda dentro de su cráneo que pensó que las había gritado. Pero no, no había gritado. Woody Pea seguía diciendo mentiras de él por el micrófono y el público seguía convirtiéndole a él en mentira con la mirada. Si hubiese podido pulsar un botón que les matase a todos, lo habría hecho. La injusticia de su propia vida hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero de lágrimas de rabia.

Una ovación atronadora sacudió la carpa. El predicador le hizo señas para que se acercara. Los inválidos se tensaron dentro de las correas. El hombre de la primera fila, cuya piel negra absorbía la luz como la madera pulida, se había aproximado tanto que podía tocar el escenario.

El Cantante de Gospel se levantó lentamente. Un pianista medio escondido junto a la pared más alejada del escenario alzó la vista hacia el Cantante de Gospel con expectación y dejó que sus manos recorrieran explosivamente el teclado. No tenía



partitura y de nada hubiera servido tenerla porque no sabía leer música, pero estaba listo para seguir al Cantante de Gospel con cualquier himno que quisiese cantar.

El Cantante de Gospel abrió la boca y la carpa entera se inclinó hacia delante y dejó de respirar. Sin embargo, Didymus se colocó delante de él de repente y, poniéndole ambas manos en el pecho, le empujó hacia la silla. Didymus se quedó mirándole, vio que movía los labios pero no podía oír lo que decía porque el público estaba rugiendo de nuevo. Didymus se acercó al micrófono.

—Damas y caballeros —dijo.

El silencio se extendió tras sus palabras. Luego hubo una exhalación colectiva, un largo suspiro.

—El Cantante de Gospel tiene algo que decirnos antes de cantar.

El Cantante de Gospel saltó de la silla como disparado por un muelle gigante. Aterrizó con los dos pies, rígido y con la cara tan blanca como la túnica que llevaba. Miró incrédulamente a Didymus, que seguía hablando, pero no podía oírle porque el público hacía demasiado ruido. Didymus se giró y tendió la mano al Cantante de Gospel. El Cantante de Gospel se quedó donde estaba, rehusando acercarse al micrófono, y dijo en voz baja e inaudible:

—¡Judas! ¡Judas cabrón!

Estaba fuera de sí. De repente tuvo claro que Didymus había insistido tanto en que viniera al recital para poder traicionarle. Y el odio por el público, que había logrado contener durante tanto tiempo, reventó. Estaba ciego de furia y a punto de arremeter contra Didymus para agarrarle del pescuezo cuando alguien gritó:

—¡Canta!

El Cantante de Gospel miró por encima del micrófono al cadáver que estaba tocando el escenario frente a él.

—¿Qué? —preguntó enfadado—. ¿Cómo has dicho?

—¡He dicho que cantes! —gritó el cadáver, con la boca negra hinchándosele.

—Canta, canta —coreó la primera fila de lisiados. Un viejo empujó una silla de ruedas detrás del cadáver. En la silla había un muchacho muy gordo, muy blando y muy blanco, con la cabeza balanceándose como un corcho.

—Hemos venío a oírte cantar —dijo el viejo—. Hemos andao bajo la lluvia desde que salió el sol. No vamos a esperar más.

Varias sillas de ruedas más se sacudieron erráticamente sobre el serrín empapado, las muletas se agitaron y las abrazaderas metálicas chirriaron.

—¡Atrás! —gritó el Cantante de Gospel—. ¡Alejaos de mí!

El resto del público bramaba ruidoso. Estaban encantados de que hubiera algo de diversión y estiraban el cuello para ver cuál sería el siguiente paso de los lisiados.

Woody Pea, con una sonrisa de horror congelada en la cara, se acercó sigilosamente al Cantante de Gospel. Mantuvo la sonrisa de hierro fundido mientras miraba al público y habló por un lado de la boca.

—¿Qué haces? ¡No les provoques! ¡Por Dios, CANTA!

El Cantante de Gospel se apartó de él de un salto como si le hubiese tocado una llama de fuego.

—¡Ojalá Dios te fulmine! —le espetó furioso a Woody Pea—. ¡A ti y a tu maldita carpa!

Al saltar hacia atrás chocó contra Didymus, que se había adelantado y estaba junto a él. Didymus había sacado su *Libro de sueños*. El Cantante de Gospel se giró y miró a Didymus con furia, como si no le hubiera visto nunca antes. Didymus no mantuvo la mirada y la posó en su lugar en el *Libro de sueños*. El Cantante de Gospel se volvió hacia el público, vaciló y luego corrió de un lado a otro por el escenario con la túnica blanca hinchándose a ambos lados, como si fuera una polilla enorme que revoloteaba en busca de una luz que no acaba de encontrar. Finalmente, se cayó en el centro del escenario y a continuación se puso de rodillas.

—¿Quién os creéis que soy? Vosotros que siempre me habláis del pecado cada vez que me paro y vuelvo la cabeza. ¿Quién creéis que soy? ¿Quién soy yo? —A cada palabra su voz subía de tono hasta que al final estaba ya gritando—. ¿Quién soy yo? ¿El pecado? ¿Queréis que hablemos del pecado? ¿Hay algún hombre aquí al que no pueda enseñarle sobre el pecado? ¿Hay alguna mujer aquí a la que no pueda darle unas clases o que las necesite?

No se oía nada en la carpa salvo su voz y el repiqueteo continuo de la lluvia.

—Soy el mayor pecador que hay aquí, ya que estamos hablando de ello. He hecho todo lo imaginable y lo inimaginable.

Las filas oscuras de la gente de Enigma se tensaron. Las bocas se volvieron pálidas y las espaldas rectas. El Cantante de Gospel lo notó.

—Vaya —dijo—. ¿Es que pensabais que podía ser lo que vosotros decíais que era? ¿No sabíais dentro de vuestros negros corazones que el mío tenía que ser parecido?

Woody corrió hacia el micrófono y apagó la voz del Cantante de Gospel.

—¡Amigos! Algo terrible ha sucedido. ¡Los caminos de Dios son inescrutables! El Cantante de Gospel está..., está..., ¡creo que será mejor que recemos! Sí, recemos...

El Cantante de Gospel se puso en pie, golpeó a Woody donde estaba de pie frente al micrófono y, sorprendentemente, porque el predicador era varias veces más grande que él, Woody salió volando del escenario y aterrizó en un hombre al que le faltaba una pierna. El Cantante de Gospel lanzó el micrófono detrás. Se dirigió a la gente de Enigma.

—¡Está bien, hijoputas, miradme! Me habéis acosado por todas partes. ¡Ahora es mi turno! ¡La mayor puta que haya puesto los pies en Enigma o en cualquier otra parte fue MaryBell Carter y fui yo quien la convirtió en la puta que fue!

Toda la gente de Enigma se levantó entre el público haciendo un ruido salvaje. Woody Pea había conseguido abrirse paso entre los tullidos y había subido de nuevo al escenario.

—Algo terrible ha pasado —gritó. Ya no sonreía—. ¡Será mejor que oremos!

¡Oremos todos! ¡Cuidao con la carpa! ¡Cuidao con la carpa por allí, no la empujéis así!

Todo el mundo estaba de pie ya. La muchedumbre se alzaba y se agitaba. Los forasteros se apretujaban para tener una vista mejor de la gente de Enigma.

—¡No queréis más que mentiras! —vociferaba el Cantante de Gospel.

—¡Cuidao con la MALDITA carpa! —chillaba Woody Pea.

—Tirad a ese loco cabrón aquí abajo —gritó alguien de Enigma.

Una pelea estalló entre los forasteros que estaban pisándose al intentar acercarse a la acción. Todo un costado al fondo de la carpa se vino abajo en un tumulto. Se había levantado viento y el agua rociaba el techo hinchado de la carpa.

—Vais a colgar a Willalee Bookatee porque no se folló a MaryBell. Podía haberlo hecho y no lo hizo. Ella quería y él no. Si lo hubiese hecho, le dejaríais en paz —gritaba agitadamente el Cantante de Gospel, fuera de sí en el escenario.

—Canta, maldito seas, canta —gritó el cadáver, cuya cara era del color de la sangre seca.

El viejo que había justo detrás del cadáver se agachó de repente y abrazó al niño gordo e idiota que reía tontamente y lloró:

—No va a curarte, hijo. No va a curarte.

—¿Curarle?, ¿curarle? —preguntó el Cantante de Gospel—. No puedo curar ni salvar. Nunca dije que pudiera. Fuisteis vosotros, malditos —señaló a la gente de Enigma—. No sé hacer otra cosa que cantar gospel y tirarme a vuestras mujeres, a vuestras esposas, madres e hijas, ¡a todas vuestras MaryBell!

Enigma se movió como un solo hombre. No salían de las filas de bancos, los atravesaban, saltaban por encima. Los niños caían de los regazos y los ancianos tropezaban. A los lisiados de las primeras filas les apartaban a empujones, les volteaban y pisaban. Muletas, sillas de ruedas, y trozos de abrazaderas y correas volaron en todas direcciones. Los forasteros se lanzaron a toda prisa hacia delante para ver qué ocurría entre risas y gritos. Un tipo golpeó a otro con un transistor y a cambio fue arrojado contra un soporte de la carpa, lo que provocó que esta se desmoronase.

—¡Rezad!, ¡rezad! —chillaba Woody Pea mientras desaparecía bajo la irresistible aglomeración formada por la primera ola de gente que alcanzó el escenario. Una mujer corpulenta con un lunar triangular creciéndole en la barbilla fue la primera en llegar al Cantante de Gospel. Se abalanzó sobre él con un grito salvaje, envolviéndole la cabeza con sus pechos enormes, y le clavó frenéticamente las manos en la espalda, desgarrándole la túnica. Olía a animal de bosque, a un aroma fuerte y almizclado de piel y pelo. Para entonces ya tenía otras manos encima, y comenzó a recibir puñetazos y codazos. El Cantante de Gospel sentía cómo se asfixiaba bajo la presión del cuerpo nacido de la mujer. Estaba intentando morderla cuando de repente alguien la apartó de golpe y él mismo fue agarrado y arrastrado por unas manos fuertes.

Durante un instante estuvo libre. Entre él y la muchedumbre, se desencadenó un

fogonazo de puños y jirones de pelo. Era su madre. Tenía una profunda herida abierta en el brazo derecho y una gran mancha de sangre en una de las sienes. Luchaba en silencio y con una furia increíble. Tenía sangre alrededor de la boca, pero no era suya. Clavó las uñas, mordió y pateó, pero al final la turba la engulló sin más.

Tumbado boca arriba, el Cantante de Gospel la vio desaparecer. Le habían dado una patada en la parte inferior de la columna y no podía levantarse. Cada vez tenía más cuerpos y caras encima y se encerró en sí mismo. La rabia le había abandonado por completo y estaba absolutamente aterrorizado.

Justo en el segundo en que iban a acabar con él, Didymus se alzó milagrosamente en el lugar que antes había ocupado la madre. Tenía agarrada firmemente con ambas manos la pata de uno de los bancos plegables, que sacudía hacia todos lados mientras gritaba algo que curiosamente sonaba como una canción. Luego le brotó sangre de un lado del cuello y cayó al suelo como un saco vacío.

Desde el momento en que le cogieron hasta que le llevaron al árbol que había en una de las lindes del terreno, el Cantante de Gospel nunca dejó de decir que lo sentía. Gritó que todo lo que había dicho era mentira, que todo era un error. Primero dijo que MaryBell era virgen, luego que era una santa. Les dijo que si le soltaban, les salvaría a todos; curaría a los enfermos, devolvería la vista a los ciegos y haría caminar a los lisiados. Pero la gente de Enigma, a la que se habían unido los forasteros, rugía y corría con él por el campo hasta llegar a un roble donde ya colgaba una soga de una de las ramas. El Cantante de Gospel tuvo que obligarse a respirar. Aquello era una especie de pesadilla. Gritó, se retorció y suplicó. Intentó rezar y el nombre de Dios se le atravesó en la garganta como comida a medio masticar.

Al ver la soga se desmayó. Cuando recuperó la consciencia, ya le habían quitado la túnica. Tenía las manos machacadas y sangraba de varios cortes en el vientre. Justo encima de él, sentado a horcajadas sobre una mula, estaba Willalee Bookatee Hull. También estaba desnudo. La sangre le manaba de una herida entre las piernas y bajaba hasta los lomos de la mula. El Cantante de Gospel ya no podía sentir nada. Hasta la cara tenía entumecida. Abrió la boca para decirles que le dejaran en paz pero en lugar de eso gritó. Alguien acercó una segunda mula sobre la que montaron a horcajadas al Cantante de Gospel. Se cayó y volvieron a montarle, sujetándole esta vez con una soga alrededor del cuello. El Cantante de Gospel estaba lo bastante cerca de Willalee como para oírle decir «Que Dios les perdone». Su voz era tan sosegada y suave que parecía que estuviese sentado solo mirando el bosque al atardecer.

El Cantante de Gospel observó a Willalee y trató de decir, aunque solo pudo pensarlo, «Lo siento». Luego, reuniendo sus últimas fuerzas miró hacia las caras que le estaban mirando desde abajo y gritó:

—¡Malditos seáis, idos todos al infierno!

Luego oyó el chasquido de una rama en la grupa de las mulas.

El Cantante de Gospel y Willalee cayeron juntos. Las sogas estaban mal puestas y les asfixiaban lentamente. Se retorcieron al final de la cuerda y finalmente quedaron

inmóviles. La muchedumbre observaba sin decir palabra. Llovía. De repente, el hombre que había atizado a la mula y que aún tenía la rama en la mano dijo en bajo, «Dios mío», se giró y se alejó a toda prisa del árbol, cruzando el campo hacia el anillo de luz. La turba salió corriendo detrás.

A Didymus le dejaron donde estaba tirado al pie del árbol. Pasó bastante tiempo hasta que despertó. Miró el cuerpo del Cantante de Gospel colgando tieso como el péndulo de un reloj parado. Junto a él, en el suelo, estaba la túnica de seda blanca, manchada de sangre y cubierta de barro. Didymus la enrolló cuidadosamente y la metió bajo el abrigo. Luego sacó su *Libro de sueños*, lo abrió y escribió: «Esta noche colgaron a un hombre de un árbol en Enigma y...».

Llovía tanto que tuvo que dejarlo. Metió el cuaderno en el abrigo con la túnica. Se levantó y tuvo que apoyarse contra el árbol para no caerse. La imagen del campo oscuro que tenía enfrente vibraba, pero finalmente se paró. Tocó la herida coagulada que tenía en un lado del cuello y se le manchó la mano con sangre fresca.

Permaneció de pie tratando de recordar cuál era el camino a la iglesia desde donde estaba. Willalee había dicho que esta noche iba a celebrarse una congregación. No sabía si iba a poder llegar allí o no. No estaba seguro de qué dirección tomar y además llovía y estaba oscuro. Se quedó respirando apoyado en el árbol.

## EPÍLOGO

Al ver Enigma, Richard Hognut pensó en un campo de batalla. El pueblo estaba en un absoluto y opresivo silencio bajo el cielo plomizo.

No había ninguna tienda abierta. No se movía nada. Las calles estaban desiertas y cubiertas de envoltorios de bocadillos, cajas de cartón arrugadas, trozos de papel de colores y vasos. En la acera del banco alguien había abandonado un cochecito de niño aplastado. Y en las afueras del pueblo, la carpa más grande del estado de Georgia estaba hecha trizas en un terreno ahora desierto con tiras de lienzo que colgaban del poste central como banderines de una cucaña.

Richard se sentó ante su máquina de escribir portátil en la parte trasera de la furgoneta blanca, tratando de pensar lo que diría en la grabación informativa. El sudor le descendía hacia el cuello de la camisa. El aire parecía echar humo a su alrededor. Tenía que enviar una historia, tenía que decir algo, pero qué. Escribió: «Una espiral de violencia se ha extendido por este pequeño pueblo del sur...». Y se detuvo ahí. Lo que la gente del estudio quería saber y lo que el mundo quería saber era el *porqué*.

No se trataba de que el estudio o los telespectadores esperasen que él resolviese nada, pero esperaban que les situara en cierto contexto. Y no tenía ni idea de cómo empezar a contar lo que había sucedido aquí. Las congregaciones religiosas no se desmadran. A los cantantes de gospel no se les cuelga junto a violadores. Y pese a ello, ahí estaba destrozada en el campo la carpa y el cuerpo blanco y desnudo del Cantante de Gospel había estado colgando del árbol esa mañana mientras los hombres del FBI caminaban alrededor tomando fotografías. Richard recordó de repente con claridad la cara del Cantante de Gospel, horrible, negra y retorcida por la muerte. Se levantó de la máquina de escribir y salió disparado a la calle por la parte de atrás de la furgoneta. Estiró el cuello para respirar y trató de borrar la cara de su mente.

Cuando empezó a trabajar como reportero años atrás, Richard Hognut se había dicho a sí mismo que tenía que aprender a esperar lo inesperado. Pero pronto descubrió que no había nada tan previsible como el ritual de la catástrofe y la tragedia. Cuando se ha visto una inundación, un incendio o una explosión, se han visto todas. Cuando se ha visto un cuerpo mutilado, o una redada en un burdel o en una timba de dados, se han visto todas. Así que para entonces ya sabía que no había nada tan monótono en su uniformidad como la depravación humana.

El cámara apareció rodeando la furgoneta.

—Está abierta —dijo señalando a la funeraria—. Miré por la ventana y vi a alguien.

Richard miró arriba. No se había dado cuenta de que habían aparcado delante de la funeraria.

—Vamos a entrar a echar un vistazo —dijo.

Cruzaron tranquilamente la puerta hacia el velatorio donde MaryBell sobresalía del ataúd, proyectando un brillo suave bajo la luz desnuda del techo. La estancia olía a cosméticos en descomposición. Una mujer con sombrero negro estaba sentada junto al féretro, de espaldas a ellos. Las flores metidas en latas se marchitaban junto a la pared. Richard se aclaró la garganta y restregó los pies contra el suelo arenoso.

—Discúlpeme —dijo Richard Hognut.

La mujer se movió en la silla y los dos hombres se acercaron a ella. Ella miró hacia arriba.

—Pensé que ya no quedaba ningún turista —dijo con voz monótona. Se agachó a un lado y escupió en una lata.

—No soy turista —dijo Richard Hognut—. Soy reportero y este es mi cámara.

El cámara, que miraba fijamente el rostro sereno y muerto de MaryBell, parpadeó y saludó.

—Estamos tratando de conocer los hechos.

—Es un hecho que mi hija está muerta —dijo con la misma monotonía.

—Y una tragedia —dijo Richard—. Imagino cómo se siente en un momento así —la mujer levantó la vista hacia él brevemente y volvió a escupir—. Pero lo que estamos tratando de hacer es... Bueno, ¿estuvo usted allí anoche?

El cuerpo de la mujer se puso rígido. La mano que tenía extendida sobre la rodilla se tensó y los dedos se encresparon.

—¿Podría hablarnos del Cantante...?

La mujer se levantó erecta de la silla y se colocó entre los dos hombres y el ataúd de MaryBell. Tenía los brazos ligeramente separados del cuerpo como para proteger algo y los ojos tensos y saltones dentro de una red de venas rojas. Emitió un sonido ahogado.

—Es un hecho que mi hija está muerta.

—Claro, señora —dijo Richard. De pronto sintió miedo de ella.

—Si quieren saber más, busquen en otro lao.

—Nos ayudaría mucho si nos dijese algo sobre...

—No —dijo ella.

—¿Es que no nos va a hablar de él?

—Ni a usted ni a nadie —dijo ella, mirando con cariño los rasgos maquillados de MaryBell—. Solo tengo un hecho y ya se lo he dao. Mi hija está muerta —miró a Richard—. No se lo merecía, ¿sabe?

—No, no se lo merecía.

¿Acaso creía que él pensaba que MaryBell merecía ser apuñalada en el cuello sesenta y una veces?

—Puede preguntar a cualquiera en el pueblo y le dirán que no se merecía esto —sacó de entre sus ropas un abanico con forma de corazón y se abanicó—. Usted es de la televisión, ¿verdá?

—De la cadena de noticias WWWW —dijo Richard Hognut. Ni Richard ni el

cámara la miraban ahora. En su lugar, miraban su mano y el abanico con forma de corazón y la cara de Jesús estampada, porque la señora Carter había empezado a abanicar a MaryBell. El pelo rubio subía y bajaba en la frente de MaryBell.

—Vamos a enterrarla esta tarde —dijo la señora Carter—. Algunos hombres ya han ío a Tifton a por un par de caballos blancos. Y el féretro va a ir en un carro blanco tirao por esos caballos. Y la vamos a enterrar esta tarde —dejó de abanicar a MaryBell y miró a Richard—. Podría ser de película.

—¿De película? —dijo Richard.

—Para la televisión —dijo la señora Carter—. A mi MaryBell me la quitaron y nunca tuvo la oportunidad de salir en la televisión ni de otra cosa. Y podría ser de película. MaryBell en ese carro blanco con caballos blancos.

Richard y el cámara se miraban ahora el uno al otro.

—Es perfecto —dijo el cámara. Levantó las manos con los pulgares extendidos y pegados. Miró por el encuadre de sus manos a la cara de MaryBell—. Y quizás podríamos conseguir que la gente de Enigma la siga caminando detrás del carro.

—Na le gustaría más a la gente de Enigma que MaryBell salga en la televisión tirá por caballos blancos —dijo la señora Carter—. Seguirían a ese carro hasta el cementerio y de vuelta. Lo seguirían a cualquier parte.

—Podría incluso volver a llover —dijo Richard. Estaba sonriente. Veía que la noticia iba cobrando forma y se quitó un gran peso de encima—. ¿Te imaginas a toda esa gente vestida de negro tras los caballos blancos y bajo la lluvia?

—De película —dijo ella.

—No se mueva de aquí, señora Carter —dijo Richard—. Tenemos que ver al *sheriff*, pero luego volvemos.

Fuera en la acera, el cámara paró a Richard.

—Por un momento, ahí dentro, pensé que estaba loca.

—Es posible —dijo Richard—. Pero eso no cambia nada. Sigue siendo perfecto. Coge la furgoneta y vamos.

El *sheriff* estaba sentado en su escritorio del juzgado, fumando un Camel tras otro y sorbiendo refrescos *light*.

—Han venío a ver al hombre equivocado —dijo en cuanto supo quiénes eran y lo que querían. Se inclinó hacia delante en la silla, giró la cabeza y les enseñó una hinchazón roja tras la oreja—. Así es como pasé la noche. Solos el bulto y yo. Me dieron justo en la cabeza y se llevaron al negro. ¿Y saben una cosa? Que me alegro. Me dolió una barbaridá pero ahora me alegro. ¿Yo? Yo no sé na. Ni supe, ni sé, ni sabré —se recostó en la silla resollando y prendió otro Camel con la colilla del que estaba fumando.

—¿Por qué mataron al Cantante de Gospel? —preguntó Richard.

—¿Por qué iba a matarlo quienquiera que fuese?

El *sheriff* se levantó. Su barriga se bamboleó bajo la camisa. La agarró y sujetó con las manos.



—Solo hay dos personas en Enigma que no pueden saberlo: MaryBell y yo — cogió el paquete de cigarrillos de la mesa y se dio la vuelta.

—¿Adónde va? —preguntó Richard.

—Voy a llevar el único pulmón bueno que tengo de vuelta a la celda de Willalee Bookatee, y me voy a encerrar allí, y me voy a tumbar en su catre a fumar unos cuantos Camel.

Richard y el cámara regresaron a la furgoneta y se pusieron en marcha hacia la carpa. Se cruzaron con una furgoneta de una cadena de noticias de la competencia que iba en dirección al juzgado. Un coche se detuvo delante de la funeraria. Richard reconoció a un periodista freelance que salió de él. Suspiró y escupió por la ventana. Podía haber tenido una exclusiva mundial. Podía haber grabado un linchamiento. Pero se lo perdió todo por una botella de *whisky* y una cama blanda. Había pasado la noche en Tifton en lugar de volver para el recital porque en Enigma no había hotel y estaba cansado y harto de la multitud y no le apetecía conducir todo el camino bajo una lluvia torrencial. De modo que había estado frente a la historia más importante de su carrera y se la había perdido.

En las afueras del pueblo, todo el terreno había sido acordonado. Dos coches de policía de Tifton estaban aparcados delante del cordón y más allá había un helicóptero militar de la base de las fuerzas aéreas en Albany. Varios hombres con camisas blancas deambulaban por debajo de las ramas largas del roble enorme que había en una de las lindes del terreno. Richard comprobó aliviado que habían descolgado los cuerpos.

Un hombre bajo de color nuez con bigote marrón y dientes marrones salió de un coche de policía y caminó hacia la furgoneta de la WWWW. Se llamaba Chester Miles y por lo general trabajaba fuera de Atlanta. Richard le conocía desde hacía años. Habían hablado sobre infinidad de mutilaciones, atentados y homicidios. El hombre pequeño se apoyó en la puerta de la furgoneta. Él y Richard Hognut se miraron con una amable comprensión.

—Es de los raros —dijo Richard.

—Es de los chungos, Rich —dijo Chester.

—¿Tienes alguna pista de quién lo hizo? —preguntó el cámara.

—Ni siquiera tengo una pista de quién no lo hizo —dijo Chester—. Las huellas que hay bajo ese roble parecen indicar que toda la gente del mundo estuvo allí.

—¿Habéis encontrado a Didymus? —preguntó Richard.

Chester Miles sacó un pequeño cuaderno negro.

—Esto es lo que tengo, Rich. Un varón, blanco, aproximadamente uno ochenta y cinco de alto, setenta y siete kilos, abrasiones y contusiones en cabeza y hombros, muerto por estrangulación. Un varón, negro, aproximadamente uno ochenta y cinco de alto, setenta y siete kilos, abrasiones y contusiones en cabeza, hombros y genitales, muerto por estrangulación. Un tal Woody Pea, evangelista, en estado de *shock*, incoherente. Un tal Didymus, obviamente un alias, no se sabe nada de él,

desaparecido y presumiblemente muerto. Un tal Gerd, hermano del varón blanco muerto, desaparecido, podría estar muerto o en una feria de rarezas dirigida por un enano, de nombre Pie, desaparecido de la zona. El padre y la madre del varón blanco muerto están hospitalizados en Tifton con abrasiones y contusiones, en estado de *shock*, incoherentes. Una carpa grande y marrón, destrozada —cerró el cuaderno—. Eso es todo, Rich. ¿Y sabes qué es lo más extraño del caso?

—¿Qué?

—Que no hay contradicciones. Cada vez que pasa algo, tienes cuarenta historias y todas son diferentes. Pero esta vez no. No hay contradicciones. Sobre todo porque nadie tiene una historia. No he sido capaz de encontrar a una sola persona que me diga qué pasó o lo que cree que pasó —respiró profundamente y miró atrás hacia el coche de policía—. Bueno, no es verdad del todo. Tengo una historia.

—Bien, ¿y cuál es, por Dios? —gritó Richard Hognut.

—Tengo al hermano y a la hermana del varón blanco muerto ahí en el coche. Un tal Mirst y una tal Avel. Son los únicos que parece que no han resultado heridos en esto.

—¿Cuál es su historia? —Richard había estado anotando cosas en su propio cuaderno mientras Chester leía del suyo. Ahora estaba sentado con el lápiz listo sobre la página y la lengua entre los dientes.

—Les traeré aquí y podrán contarte.

Volvió al coche y Mirst y Avel salieron del asiento trasero. Mirst llevaba la guitarra colgada de los hombros con una correa roja, rasgueándola con el pulgar mientras se acercaba a ellos. Su pelo parecía mojado.

—Este es Richard Hognut —dijo Chester Miles—. Es periodista. Decidle lo que me habéis dicho a mí.

—Apenas podemos hablar de ello —dijo Mirst—. Hemos estao llorando toa la noche.

—Toa la noche —dijo Avel—. ¿Eres de la tele? —Estaba mirando las siglas de la cadena escritas en el lateral de la furgoneta.

—Cuéntame la historia —dijo Richard.

—Claro —dijo Mirst—. Fue un accidente.

—¡Un accidente!

—Un accidente —dijo Avel.

—¿Pero cómo pudo haber sido un accidente?

—Nunca se sabe con los accidentes —dijo Mirst—. Por eso se llaman accidentes, ¿no?

Chester Miles sonrió con comprensión a Richard.

—Esa es la única historia que tenemos hasta ahora —dijo—. Tengo que volver con mis hombres.

Se alejó caminando por el terreno.

Richard miró a Mirst y a Avel.

—Hijo —dijo—. No se puede colgar a un hombre accidentalmente —pero lo dijo por la historia que buscaba, porque le parecía que de alguna forma era cierto que todo había sido un accidente.

—Si hubiese estado allí, lo habría visto —dijo Mirst—. Los lisiaos empujaban y gritaban, y el viento soplaba, y todos se pisaban unos a otros y cuando menos nos dimos cuenta el escenario estaba lleno de gente. De alguna manera el Cantante de Gospel acabó con la soga al cuello junto al negro.

—Fuera como fuera, dejará un gran agujero en el negocio del gospel —dijo Avel mirando las letras de la furgoneta.

—Eso está claro —dijo Mirst, dándole un golpe rabioso a la guitarra con el pulgar tieso.

Richard movió nerviosamente la nariz, frunció los labios y su respiración se volvió superficial.

—¿Cantáis gospel?

Mirst y Avel se miraron.

—Llevamos años cantando gospel —dijo Mirst—. Él nos enseñó.

Ambos inclinaron y juntaron las cabezas y se pusieron a cantar *Onward, Christian Soldiers*.

Richard puso la lengua entre los dientes y esperó a que acabasen.

—Esto... ¿Tenéis representante?

—Todavía no —dijo Mirst.

—Conozco a mucha gente en la televisión —dijo Richard—. ¿Qué os parecería que fuese vuestro representante?

—¿De verdad? —preguntó Mirst, cuyos nudillos estaban blancos de apretar el mástil de la guitarra.

—Conozco un abogado en Tifton —dijo Richard— que nos puede redactar el contrato. Entrad en la parte de atrás de la furgoneta.

Corrieron hasta la parte trasera, abrieron las puertas y entraron de un salto. Mirst se sentó inmediatamente en el suelo y empezó a practicar acordes mientras Avel tarareaba.

El cámara se giró hacia Richard y le dijo en voz baja.

—Nunca había oído cantar tan mal. Tengo un perro que canta mejor.

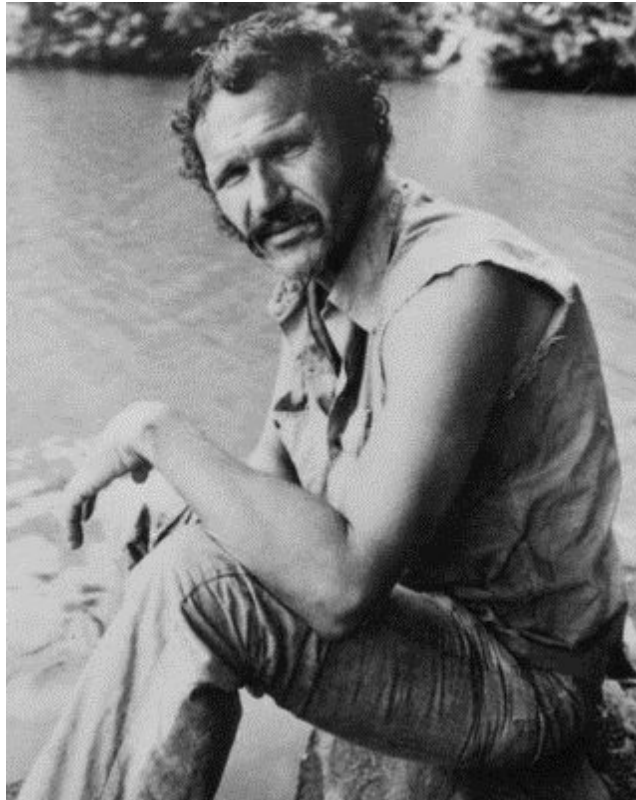
—A nadie le importará que no sepan cantar. Todo el mundo se acordará *de él* —Richard dio una palmada en la espalda del cámara y soltó una carcajada—. Tú llévame a Tifton en una hora y te dejo ser mi ayudante. Ganaremos un millón de dólares el año que viene.

—¿Pero y qué pasa con la historia?

—¡Al diablo con la historia! Que la consiga otro.

El cámara puso en marcha la furgoneta y se alejó a toda pastilla de la carpa destrozada mientras Mirst y Avel cantaban con todas sus fuerzas.





Harry Crews (1935-2012) sirvió como marine durante la guerra de Corea. Durante su primer año en el ejército fue campeón de los pesos ligeros en su regimiento y le rompieron la nariz al menos seis veces. Practicó karate durante 27 años. Su primer hijo murió ahogado en la piscina de un vecino. Entrenó halcones. Le gustaba la cetrería. Tenía un tatuaje en el brazo derecho con la frase «How do you like your blue eyed boy, Mr. Death» bajo una calavera. Es un verso de e. e. cummings. Bebió mucho y se drogó lo suficiente. Hasta los 47 no tuvo su primera resaca. Admitía no ser una persona divertida. La gente no se sentaba a su alrededor y se reía con sus ocurrencias. Él mismo se reía bastante poco. Todo su humor se encuentra en sus más de 20 libros. Murió en Florida, a los setenta y seis años, por complicaciones de una neuropatía.

# Notas

[1] Afección inflamatoria de las articulaciones asociada a la psoriasis. Dedos agarrotados y dermis descuartizada. Una barbaridad. <<

[2] Lean algunas transcripciones de sus entrevistas en *Clenched fists*, su página oficial (). También les recomiendo la maravillosa entrevista para *Arena*, de la BBC, realizada por Melvyn Bragg en 1998 —pueden encontrarla en los extras al DVD de *The singing detective*. Y, no haría falta decirlo, que se empapen de *Pennies from heaven* y *The singing detective*. <<



[3] Potter afirmó: «Usaré verdades emocionales y ciertos hechos geográficos reales, cosas reales que tejeré en el mismo tapiz, como hacen todos los escritores, solo que yo lo he hecho de forma más explícita, porque estoy usando ese género para establecer conexiones. Conexiones con mi propia vida, pero (quiero creer) también con la vida de los demás». <<

[4] En el proceso, Crews creó la frase axioma de la primera persona: «Solo el uso del Yo, esa hermosa y terrible palabra, podía llevarme a donde quería llegar». <<

[5] La periodista Lynne Truss dijo sobre Potter: «Está destripando su propia condición psicológica». <<

[6] Y las dos trazan paralelismos con Dennis Potter. <<

[7] Para detalles *gore* recurran a *A Childhood*. <<

[8] Para entonces su hermano ya lo había hecho, y se encontraba en Corea pegando tiros. <<

[9] Los que todavía hicimos la mili en un periodo en que la objeción ya empezaba a ser común no necesitamos que Crews nos pormenore esa frase. Así como la objeción solía hacerse en tu propio pueblo, el servicio militar implicaba irte *lejos*. Muchos optamos por Lejos, a cualquier precio y con todas las incomodidades y paradojas —pero también descubrimientos e iluminaciones personales— de tal opción. <<

[10] Entre ellos el de *carnie caller*, o presentador de espectáculos de una feria ambulante (*Carnival sideshow*). Dan Fante trabajó de lo mismo en sus años mozos, como él mismo describe en *Fante. Un legado de escritura, alcohol y supervivencia* (Sajalín, 2012). <<



[11] Profesor de Flannery O'Connor, autor de *The velvet horn*, fundador del movimiento antiindustrial The Agrarians y reputado autor sureño. <<

[12] También incluido en *Classic Crews*. <<

[13] Esto, como ya sabemos, no le salió muy bien. <<

[14] El mío es *Brighton Rock*, si le interesa a alguien. <<

[15] Esto no siempre es así. Algunos autores no se parecen en nada a sus inspiraciones. Richard Brautigan era fan de Faulkner, sin ir más lejos. John Fante idolatraba a H. L Mencken. <<

[16] Autor de la inmortal saga de libros de bolsillo sobre skinheads y suedeheads. <<

[17] El primero con la sensacional *I'll never get out of this world alive*, de próxima publicación en El Aleph. El segundo con *Knockemstiff* (Libros del Silencio/Empúries) y *The devil all the time* (de próxima publicación en Libros del Silencio/Empúries). <<

[18] Recordemos que había trabajado de *carnie*. <<



[19] La narrativa gótica es una cosa muy grande. No pretendan que se la resuma ahora aquí. Crews podría ser incluido en lo gótico por su tendencia a pintar puritanos malvados y simas putrefactas de la psique, pero por otro lado el autor nunca utiliza lo sobrenatural para explicar giros argumentales. <<

[20] Que resumía su última novela de 314 páginas, *Los huérfanos* (Blackie Books), con la frase: «Los hermanos Susmozas odian el teatro. Se ponen a hacer teatro». <<

[21] Cuyo atributo freak es una patología de piel descuartizada. ¿No es eso otra linda coincidencia? Como Dennis Potter. <<

[22] Esto es una teoría mía. El nombre de Elvis no aparece en el libro, ni Crews confesó jamás haberle tomado como inspiración. CG también imita los acentos de sus interlocutores, un rasgo por el que era conocido Mick Jagger. <<

[23] Si este supuesto temático les agrada tanto como a mí, pueden ir a leer los dos trabajos de Donald Ray Pollock (ver nota 17). O visitar *The last picture show*, de Bogdanovich. O escuchar la insuperable *Curbside* de Damien Jurado («*How these times still are with me*»). O *Ohio*. O todas, de hecho. <<

[24] En el documental *Searching for the wrong-eyed Jesus* (Andrew Douglas, 2003).

<<

[25] Texto autobiográfico escrito por el autor con motivo de la primera edición de esta obra en 1968. <<

[26] N. del T.: ley aprobada en junio de 1944 por el gobierno de los Estados Unidos en beneficio de los soldados estadounidenses que combatían entonces en la Segunda Guerra Mundial, con el fin de proporcionar a los soldados desmovilizados un mecanismo legal que les permitiera acceder a financiamiento de estudios técnicos o universitarios. <<



[27] N. del T.: *Freak*: sustantivo referido en este caso a un espécimen anómalo, a un fenómeno insólito, un bicho raro, un monstruo. El *Freak Show* o Feria de Rarezas es un tipo de espectáculo de variedades en el que se presentan desviaciones biológicas, malformaciones y mutaciones, seres con capacidades o características físicas inusuales, sorprendentes o grotescas. Véase la película *Freaks (La parada de los monstruos, 1932)* de Tod Browning. <<